



FRAN
BARRERO

AMURAO
Monstruos en la oscuridad

Índice de contenido

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)

AMURAO

Monstruos en la oscuridad

—

FRAN BARRERO

Primera edición: Julio de 2018

© Fran Barrero

© Venus Publicaciones

www.venus-publicaciones.com

www.franbarrero.es

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada: Fran Barrero

Maquetación y Correcciones: Fran Barrero y Ramón Portalés

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN:

*A quienes me apoyan en este
loco sueño de vivir de la literatura.*

2 de septiembre de 1998

El amanecer mostraba un cielo convertido en bóveda de cobre líquido sobre la aldea cuando Horacio miró hacía arriba y supo que el calor, a pesar de no ser aún las seis de la mañana, no parecía dispuesto a marcharse como lo habían hecho días atrás los ruidosos turistas, como él llamaba a los veraneantes. De las fiestas de la aldea ya no quedaban ni los farolillos. Había que aprovechar para quitarlos antes de que todos se marchasen o les tocaría a él y a Francisco, que siempre decía estar demasiado ocupado para esos quehaceres, aún siendo el alcalde y no teniendo muchas más tareas que esa. Horacio se limitó a supervisar cómo los chicos jóvenes desmontaban el toldo y el armazón, junto con el escenario de la orquesta, en la zona del bar El Casino; luego descolgaron las guirnaldas que serpenteaban en la calle de Arriba, recibiendo alegremente cada año a nativos y visitantes.

Esa mañana, dejando atrás el recuerdo de un verano más, desayunó como lo hacía cada día. Una generosa tostada con aceite, tomate y ajo y un vaso largo de café con leche. Sentado a la pequeña mesa de la cocina, sin más luz que la que entraba tímida a través de la ventana, miró con resignación la fotografía de su difunta esposa en la pared y suspiró. La echaba mucho de menos, aunque el mayor pesar con que cargaba no era su ausencia, sino el remordimiento por no haberle dicho que la quería ni una sola vez en los últimos años que compartieron. Maldecía ese carácter agrio y distante suyo. Daría lo que fuese por tenerla de nuevo frente a él, aunque fuese un solo minuto, para abrazarla y decirle todo lo que sentía pero no fue capaz de confesarlo durante su matrimonio.

Volvió a suspirar y siguió con su ritual, recogiendo y limpiando el hule antes de salir de casa y dirigirse hacia el terreno que poseía a unos trescientos metros de la aldea, donde su pequeño huerto y seis gallinas, que atendía con mimo los siete días de la semana, esperaban su compañía y cuidados. Cerró la puerta de casa sin echar la llave y saludó a Herminia y a Pilar al cruzárselas por la calle La Fuente. De tantas veces que había recorrido el camino de la rivera desde que dio sus primeros pasos, hará en septiembre setenta y cuatro años, se sentía capaz de andarlo con los ojos cerrados. En menos de quince minutos estaría trabajando, y esperaba que todo siguiese así mientras no le fallasen las fuerzas.

El silencio se agradecía, ya que le permitía oír sus propios pensamientos y a

los pájaros de la zona, unas horas después serían los grillos y las chicharras los que amenizaran su almuerzo bajo la agradecida sombra de una encina en la que había colocado una pequeña mesa y una silla vieja que su difunta esposa quiso tirar a la basura, pero él rescató para llevarla a la parcela. El mes de agosto solía ser ruidoso y estresante, con tanto crío en bicicleta, coches y motos pasando sin cesar por las calles, tanta gente de risa y fiesta, noches de verbena casi todos los días de la semana... Se olvidaba cada uno de agosto de lo que era la paz y tranquilidad del campo, así como se sorprendía cada uno de septiembre al volver a la normalidad de su día a día.

Sus hijos y nietos hacía dos años que no aparecían más que un sábado cada tres o cuatro meses, miraban la nevera y la despensa por si necesitaba algo, y se marchaban con la misma prisa. También llamaban por teléfono una vez al mes. Horacio sabía que solo querían vender la casa y el terreno, por muy poco que le dieran por ellos, e ingresarlo en una residencia. No les daría el gusto. Mientras le quedasen fuerzas y sintiese la cabeza en su sitio, nadie le movería de la casa en la que nació y en la que veló el cuerpo sin vida de sus abuelos, de sus padres y luego de su esposa, que en paz descansan.

Con esos pensamientos a su espalda, siguió caminado sin prisa ni pausa. Atrás quedó la perrera de Eulogio, tomó la curva a la derecha en el camino de grava y perdió de vista la aldea. La ausencia de lluvias impedía oír el arrullo del pequeño riachuelo que se formaba cada otoño a su derecha y que las altas jaras emitiesen su olor característico y exhibiesen el brillo verde de sus pegajosas hojas. No es que esperase la llegada del invierno, que cada año le sentaba peor a su castigado cuerpo, simplemente agradecía el efecto beneficioso de las primeras lluvias de otoño, para su huerto, para sofocar el calor y para ver el monte con el esplendor que lucía en sus recuerdos, cuando caminaba de la mano de su abuelo para echar de comer a las gallinas en un tiempo en que aún ni sabía hablar.

Casi había llegado a su destino cuando vio un animal muerto en el suelo, a unos cincuenta metros sobre el camino. No tenía la vista tan aguda como antaño, sobre todo de lejos, pero maldijo a los cazadores que se desprendían de los perros que ya no querían de una pedrada en la cabeza o ahorcándolos en una rama de encina, había visto tantos por la zona en los últimos años... Aunque nadie había tenido la desfachatez de dejar uno en mitad del camino.

Cuando le quedaban pocos metros para llegar al cuerpo, comenzó a desconfiar sobre su predicción, y la duda surgió tan rápidamente como se disipó, tres pasos después, al ser consciente del horror que contemplaba.

No se trataba de ningún perro.

MIÉRCOLES

8 de agosto de 2018

El olor a salitre se disimulaba en verano por el sofoco del calor y la humedad extremos, pero aún se podía percibir al amanecer, cuando el sol asomaba perezoso sobre la marisma del río Tinto y la temperatura era más soportable.

Para Marcos, las calles desiertas y el frescor de las mañanas eran lo único positivo de tener que trabajar en pleno mes de agosto en una ciudad costera de Andalucía; al menos, se consolaba buscando la parte beneficiosa de no haber comenzado aún sus vacaciones. La mitad de la población de Huelva se había marchado a los pueblos con playa o había huido a la sierra para mitigar el calor. El termómetro de la parada de autobuses que acababa de dejar atrás mientras conducía marcaba veinticuatro grados a las nueve menos cuarto de la mañana, y no se divisaba una sola nube en el cielo cobalto. Con ese panorama a la vista, prefería no pensar en el calor que pasaría a lo largo del día. El aire acondicionado y la comodidad del sillón de su despacho podrían seducir a cualquier otro policía para sumergirse entre tareas administrativas, pero él se inclinaba por el trabajo de campo antes que tener que soportar largas horas investigando ante un ordenador. No, prefería dejar la oficina para las ratas de biblioteca que disfrutaban persiguiendo datos y realizando informes interminables para sus superiores.

Aparcó en la misma puerta de la comisaría central, algo bueno debía tener el verano, benditas calles desiertas, y fue directo hacia la mesa de Irene, la recepcionista.

—Buenos días. ¿Tenemos alguna novedad?

—Ninguna, sevillano. En verano, hasta los delincuentes se van de vacaciones.

—¿Todavía dura lo de sevillano?

Marcos, nacido en Huelva, aunque comenzó a trabajar como policía en Sevilla, se mostraba aún disconforme con el apodo que le habían asignado.

—Uf, no te queda nada... Aquí los apodos se quedan grabados en el ADN, tus nietos serán llamados sevillanos.

Marcos no respondió, solo exageró un mohín de enfado que Irene se tomó a broma. La recepcionista soltó una carcajada que llamó la atención de los escasos policías que a esa hora trabajaban la sala. El inspector entró en su despacho, compartido con su compañero el subinspector David Sobrá, y comprobó que este aún no había llegado. Pulsó el encendido del ordenador y comenzó a subir las persianas venecianas para observar la bella vista de la ría que ofrecían los ventanales. «Hoy será un buen día para pasarlo en la playa», pensó al ver en la distancia el puente que comunicaba la ciudad con los pueblos de la costa.

Irene apareció con una taza de café humeante, la dejó sobre su mesa con una sonrisa y se marchó después que él le diese las gracias. Ella hizo un gesto divertido a modo de disculpa y Marcos comenzó a repasar el correo: varios mensajes de broma de sus compañeros; uno de Paco, el comisario, para hablar de un caso; otro de Laura para desearle un feliz día y que tocase madera para recibir un caso importante; unos veinte de David con porno de lo más variado; y un último de Maite, la forense, con una composición de varias fotos de su hija, que ya tenía ocho meses y parecía haberse adueñado de las vidas de sus padres y hermanito. Respondió a Maite, a Laura y al comisario, en ese orden; y, cuando estaba borrando el porno de David, este apareció por la puerta con una sonrisa radiante, como era habitual.

—¿Qué pasa tío? Menudo careto tienes esta mañana. —Ese fue su saludo.

—Ya me gustaría lucir esa sonrisa tuya, pero necesito vacaciones y no veo la hora de que llegue el día quince.

—Sal por las noches de fiesta. Llama a Laura y vente a Punta Umbría con Sandra y conmigo y verás cómo nos lo pasamos. Trabajar de día no impide disfrutar de las noches.

—No tengo ya tanto aguante como tú. No sería capaz de llegar puntual al día siguiente ni rendir como es debido.

—Anda ya, el secreto está en no tomar más que una copa y no cansarte bailando. Ya me conoces, yo soy más de apuntalar la barra de los garitos, no se vayan a caer. Luego, te marchas a casa a las dos de la mañana y a las siete y media te levantas como un reloj.

David traía un café doble y dos bollos en una pequeña bandeja de cartón, los colocó sobre su mesa y encendió su ordenador.

—Lo dicho, estás loco. Yo necesito dormir algo más —le respondió Marcos con un suspiro que denotaba la realidad: camino de cumplir treinta y dos años, ya no se sentía tan joven como le gustaría.

—Tenemos caso. He visto el correo de Paco, tenemos que ir a verle ya.

—Ok, pero deja de mandarme porno, eso no es serio. Como le metas un virus al ordenador, verás la cara que ponen los informáticos al ver todo lo que

acumula tu disco duro.

—Sobre todo si entran en la carpeta con zoofilia.

Marcos no supo qué contestar, no sabía si lo había dicho en serio o era una broma, y prefería no seguir con la conversación. De los correos que le enviaba David a diario, solo había abierto el primero, hacía ya nueve meses, y decidió no volver a hacerlo nunca más. NUNCA MÁS.

Paco, sentado en su silla, apuraba un bollo relleno de crema mientras trataba a duras penas de pronunciar «adelante» para que pasasen los policías a su despacho. No los saludó, ellos tampoco lo esperaban; solía estar de mal humor por las mañanas, y más aún en verano. El despacho olía a comida rancia, pero el olor quedaba eclipsado por las vistas a la ría y a la calle Doctor Rubio. La docena de fotos en las paredes mostraban a un policía joven en una época pasada, mucho más delgado y con pelo, recibiendo innumerables medallas y gratificaciones que en la actualidad no valían tanto como pasar una mañana en su barco, pescando con sus nietos y contando los días que restaban para su jubilación.

—No os sentéis —dijo al recibirles—, no hay mucho que decir. Hace una hora atracaron un restaurante chino en la calle Ginés Martín. Pasaos por allí a ver qué averiguáis.

—¿Un atraco a un restaurante? ¿No has enviado a agentes?

—Sí, y no me gustó lo que oyeron a los camareros. Seis tipos organizados como para robar un banco, con trajes negros, pistolas y pasamontañas; lo desvalijaron todo en cuestión de cinco minutos; sabían dónde estaba el dinero y cuándo los empleados estaban ocupados, descuidando la puerta. Se parece demasiado al atraco de la cervecería de la calle San Sebastián hace cuatro días. Quiero que busquéis una relación, si la hubiese, entre ambos casos, y si se trata de una banda organizada que está aprovechando el verano para hacer su agosto. Así que moved el culo y no holgazaneéis en mi comisaría.

—Te noto agobiado, Paco. Yo también quisiera estar en la playa —dijo Marcos con empatía.

—Pues me parece muy bien, pero aquí no hemos venido a quejarnos de la vida que nos ha tocado, así que a trabajar.

A través de la ventana del salón, observaba a un señor obeso con camiseta de tirantes, bañador y chanclas paseando a un yorkshire. El diminuto perro hizo caca y su amo, después de mirar disimuladamente a ambos lados de la calle, pasó de largo sin recogerla. Aquello era del tamaño de un chicle, pero aún así

provocó una mueca de asco en Laura, que tomaba su café solo con sacarina muerta de aburrimiento, viendo pasar el mundo ante ella sin poder interferir. El suceso del tipo incívico y su perro de bolsillo era lo más interesante que había contemplado en semanas. Quizá se arrepintiese de pensarlo, pero echaba de menos a Javi, su operador de cámara.

El trabajo como reportera de grandes casos y a pie de la noticia sonó mucho mejor cuando se lo propusieron, nueve meses atrás, que tras comprobar la cruda realidad: no iba a encontrar casos tan impactantes como el que logró volver a unirla a Marcos, su novio de la adolescencia. Los terribles crímenes cometidos en el pueblo de Minas de Riotinto, en la cuenca minera de la provincia, habían supuesto su ascenso meteórico como reportera de éxito y fama. Pero aquello pasó hace... La verdad es que ya casi no se acordaba, parecían décadas. Su situación era tan angustiosa que, al contrario del resto de la ciudad, no soñaba con descansar unos días en algún hotel de la playa con Marcos, no necesitaba desconectar, no había nada que la agobiase, salvo la falta de actividad.

Esa mañana no debió encender el portátil para revisar el correo. El mensaje enviado por la productora suponía un jarro de agua fría que no esperaba; bueno, sí lo esperaba, pero no tan pronto. No se molestó en responder, bajó la tapa con tanta fuerza que pensó que había roto la pantalla.

¿Qué podría hacer a lo largo del día? Podría acercarse en coche a la playa, pero la inactividad de estar tumbada tomando el sol la devoraría por dentro. No podía visitar a sus hermanas en Sevilla, estaban trabajando. Qué envidia. Daría lo que fuera por tener algo productivo que hacer, pero no había recibido ningún aviso de casos que mereciesen la pena por la provincia ni por otras de Andalucía. En los últimos meses solo había cubierto supuestos secuestros de niños que habían terminado en travesuras al cabo de pocas horas, de robos de poca monta o de (y esta suponía su mejor hazaña) un caso de violencia doméstica en la que la mujer, cansada de malos tratos, apuñaló a su marido. Bien por ella, pero la emisión no tuvo audiencia alguna.

Suspiró hondo y fijó la mirada en la acera de enfrente, unos metros a la derecha de la microcagarruta estaba la puerta trasera del bar de copas El Trastero, cerrado a esa hora de la mañana. Su mayor sueño había sido tener un gran piso en el centro, unos meses atrás logró cumplirlo; tenerlo justo enfrente de su local de copas favorito y compartirlo con Marcos era lo máximo. Y a solo cinco minutos andando de los restaurantes y cafeterías de Pablo Rada. Pero de todo se cansa una en la vida, y tratando de hacer memoria, ni recordaba cuántas semanas... o meses llevaba sin salir a tomar algo.

«¿Voy a la peluquería y me tiño el pelo? ¿Lo corto a capas? ¿Por qué demonios deseo modificar mi pelo cada vez que me siento frustrada con el

trabajo?». Se fijó en el reflejo que le devolvía el espejo del salón. La luz de las ventanas acariciaba su largo cabello castaño, a juego con sus ojos; le encantaba a Marcos, a ella, a todos los que conocía. ¿Por qué siempre pensaba en teñirlo? Aún no tenía una sola cana. Siguió peinándose despacio con los dedos mientras divagaba.

¡Dios, qué aburrimiento!

No podía continuar con aquella espiral de fracasos y decepciones. Incluso estuvo tentada de coger el coche en varias ocasiones para visitar el lago donde empezó toda su aventura. Sabía que aquella superstición era absurda y desechaba la idea al instante. Aunque con el paso de los meses, cada vez le iba pareciendo menos absurda...

Fue a la cocina, dejó la taza vacía en el lavavajillas e hizo el esfuerzo de quitarse la camiseta del pijama para ducharse y vestirse. Necesitaba distraerse haciendo alguna tarea doméstica por la casa, quizá planchar la montaña de ropa que se acumulaba sobre la cama de invitados, y apuntó mentalmente llamar más tarde a la redacción por si hubiera ocurrido algo importante, aunque fuese en la otra punta de la región. Tocó madera cuando le dijeron que tendría que cubrir los casos más escabrosos, aunque estos se produjeran en Almería o Granada, no deseaba alejarse tanto de casa y tener que pasar días o semanas en hoteles soportando al baboso de Javi; pero al final solo tuvo que desplazarse a Sevilla y Málaga. En este momento iría a China si hiciese falta. Necesitaba acción.

¡Dios, qué aburrimiento!

Fachada tradicional roja con dos dragones dorados flanqueando la puerta de entrada para clientes. Cuando David mencionó que volvía a tener hambre, que probaría a ver si le regalaban una bolsa de pan de gambas, Marcos le miró atónito, aunque ya no debiera asombrarse por la capacidad de su compañero a la hora de comer. David se había puesto aún más grande que cuando lo conoció nueve meses atrás, lo que, unido a la barba y la cabeza afeitada, provocaba un impacto tremendo a quienes le conocían por primera vez. Nadie imaginaría la personalidad amable, divertida y servicial que escondía aquel «oso», como le apodaban en el gimnasio y en la comisaría. Llamaron al timbre y esperaron pacientes hasta que un joven chino abrió y les miró con cara de pocos amigos.

—Policía Nacional. Inspector Navarro y subinspector Sobrá. Buenos días, investigamos el robo que sufrieron ayer.

Durante unos segundos, el chico los miró con desconfianza, luego, a pesar de haber visto sus placas, no les dejó pasar.

—Diferentes. Antes otros policías.

—Antes otros y ahora nosotros. Apártate o investigará el caso tu abuela.

David se mostraba impaciente y Marcos tuvo que toser para llamar su atención e indicarle que mantuviese la compostura. El inspector pidió hablar con el responsable del establecimiento y el joven empleado pareció asentir a regañadientes, cerró la puerta para volver a abrir al cabo de unos pocos minutos, acompañado por una señora de mediana edad.

—Buenos días señora, si es usted la dueña o responsable del negocio, quisiéramos hacerle unas preguntas sobre el robo que han sufrido. Si no le importa, quisiéramos entrar.

—Pasen, por favor. —Su amabilidad dejó sin palabras a los policías.

Subieron tres escalones para llegar a la recepción y luego atravesaron la sala con mesas y sillas aún sin manteles ni platos y vasos. La decoración de las paredes y columnas era la misma tradicional que en la fachada, la misma de casi todos los restaurantes chinos que habían visto antes los policías. La señora se frenó en seco y pareció pensárselo mejor. David y Marcos tuvieron que hacer un esfuerzo para no arrollarla, no esperaban ese gesto.

—Sus compañeros ya vieron todo, ya tomaron fotos y vídeos también.

—Es algo rutinario, quizá se trate de una banda organizada que ha operado hace pocos días en la ciudad y nos han encargado el caso. Solo echaremos un vistazo y le haremos unas preguntas. En unos minutos nos habremos marchado.

Suspiró y, tras pensarlo unos segundos, decidió dejarles pasar.

La zona compuesta por cocinas, frigoríficos, almacenes y oficinas no se parecía en nada a la destinada a los clientes. Aunque estaba más limpia y recogida de lo que Marcos imaginó las veces que había comido en restaurantes chinos. El volumen de voz de los empleados, eso sí, era un estruendo insoportable, y parecía que siempre estuviesen enfadados por el tono que usaban. La propietaria o encargada les indicó el camino que siguieron los atracadores, llegando directos hacia la oficina que parecía ocupar ella misma. El cuadro que ocultaba la caja fuerte permanecía aún en el suelo. «La caja está tal como la dejaron, abierta y vacía. Llegaron aquí y pusieron arma en la cara, abre o te mato, dijo, y yo abrí». La mujer no paraba de narrar a toda prisa lo sucedido, parecía que quisiera deshacerse de ellos lo antes posible para seguir con su trabajo.

Marcos preguntó por el número de asaltantes, si tenían acento extranjero, cuánto dinero se llevaron, si hicieron daño a alguien...

—¿Es habitual tener tanto dinero un miércoles por la mañana de agosto?

La mujer se encogió de hombros y Marcos no insistió en su pregunta. Tras algunas comprobaciones más, se marcharon de vuelta a la central.

—No me puedo creer que hayas tenido la poca vergüenza de pedirle una bolsa de pan de gamba.

—La vergüenza y yo no nos conocemos —respondió David.

—Ya. Sabía que dirías eso.

—¿Qué opinas del robo? ¿Pudieron montarlo ellos mismos para cobrar del seguro y compensar las pocas ventas del verano?

—No, no lo han hecho ellos.

—¿Por qué estás tan seguro? —David había dejado de comer para mirar a Marcos con expectación.

—Hay muebles rotos, desorden en general, una de las camareras aún seguía muy afectada, y no creo que sea tan buena actriz. No me cuadra con una estafa al seguro, aunque quiero ver las grabaciones de las cámaras antes de opinar en firme.

—Yo les veía muy recelosos.

—Así son los chinos, son lo más parecido a un andaluz. Te pueden sonreír, incluso mostrarse abiertos como nadie, pero se mantienen al margen de todo. Quizá se interesen por cada detalle de tu vida, pero luego viven la suya sin permitir que otros invadan esa intimidad. Aparte de la estafa a hacienda, claro.

—¿Cómo? —David había quedado con un trozo de pan a medio camino de la boca abierta.

—Aunque el dicho reza «te engañaron como a un chino», lo cierto es que los chinos son más listos que el hambre. Por si no te has dado cuenta, siempre montan negocios en los que se suele pagar en efectivo: bares, restaurantes, tiendas de todo a un euro... El dinero en efectivo no tiene forma alguna de rastrearse, salvo que el cliente pida factura, y poca gente lo hace, o se conforman con un simple ticket de caja. Ingresas cincuenta mil en un mes pero declaras quince mil, así que te ahorras los impuestos de los otros treinta y cinco mil. Para un chino no es cómodo tener a un policía delante de su caja fuerte, ¿comprendes?

—¡Joder con los chinos, qué listos son!

—No te hagas el sueco, que a estas alturas debería haber más confianza entre nosotros. Te recuerdo que sé que fuiste copropietario de una discoteca.

—Tío, a mí jamás se me ocurriría...

—Aquello ha prescrito fiscalmente hace siglos, no pongas esa cara.

David pareció volver a respirar de nuevo. Tras unos segundos, no pudo evitar la carcajada y siguió comiendo.

Las ventanas del despacho del comisario mostraban un día de playa en los que era mejor no salir de debajo de la sombrilla. Por suerte, había colocado en primavera un toldo a su barca que le permitiría pescar a pleno sol sin tostarse ni que se le calentase la nevera con las cervezas. Estaba deseando tener un momento libre el próximo fin de semana para estrenarlo y perderse frente a la costa de Isla Canela. Paz, tranquilidad, el suave mecer del mar, la brisa, el tirón mágico de la caña, la lucha contra los peces más grandes y pensar en la cara que pondría su mujer al verlos. No había nada más relajante y maravilloso que olvidarse del mundo en un largo día de pesca a cientos de metros del mundanal ruido, de los nietos gritando, de su mujer organizando, de la delincuencia que soportaba a diario, del estrés que se vivía en la playa en plena temporada alta. Era su único capricho, su único deseo para ser completamente feliz. Quedaban aún más de mil días para su ansiada jubilación, tenía un programa en el ordenador que le mostraba la cifra en el escritorio, eran demasiados.

—¿Interrumpo?

Maite, la responsable del departamento forense, aparecía por la puerta sin haber llamado. A pesar del mal humor típico de Paco, y de privarle de sus sueños de descanso y libertad, la recibió con una sonrisa sincera. La mujer portaba en brazos a su bebé de ocho meses, eso había cambiado con respecto a la última vez que la vio. Llevaba dos trenzas rubias, más propias de una niña que de una mujer que superaba con creces los treinta, eso no había cambiado en absoluto.

—Ya imagino que estarás desesperada por volver a la acción.

—Pues no te creas. Cuando nació Nicolás, me pilló siendo aún joven e ingenua, pero ahora con Lucía me lo voy a tomar con más calma. Aún no puedo llevarla a la playa, al menos antes de las ocho de la tarde, pero no tengo intención de volver a abrir un cadáver hasta que termine estas vacaciones de empalme.

Maite disfrutaba de sus vacaciones de verano, sumadas al permiso de maternidad y al mes extra que Paco prometió tras el duro caso al que se enfrentaron en noviembre del año anterior. Aunque quizá no estaba tan convencida del todo de sus propias palabras...

—¿Seguro que no te apetece un poco de acción?

—Pues claro que no, con lo bien que se está paseando sin prisas por el parque.

—Lo digo porque ha entrado un caso increíble, aún no sabemos cuánto tiempo podremos impedir que la prensa se haga eco, pero será el suceso del siglo y acabamos de enviar hace una hora dos cadáveres al hospital en un estado...

Maite parecía salivar como un niño ante el escaparate de una tienda de

golosinas al peso. Se podía percibir cómo respiraba al ritmo que marcaban las palabras de Paco.

—Pero no te preocupes —seguía el comisario—, tú descansa y ya te incorporas cuando terminen tus vacaciones.

—Bueno... Si necesitáis una ayuda, si consideráis apropiado o urgente que os eche una mano, ya sabes que siempre puedes contar conmigo para lo que sea.

—Te estaba vacilando, no sabes la cara de desesperación que has mostrado. Ja, ja, ja.

—¡Eres un gilipollas, Paco! Te juro que esta te la guardo de por vida.

—Lo siento, perdona por la broma, pero es que no sabes la cara que estabas poniendo. Parece mentira que no nos conozcamos. Te mueres por incorporarte, y tampoco pasa nada por reconocerlo.

—Pues sí, estoy hasta el mismísimo de no hacer nada más que cambiar pañales, dar biberones y limpiar la casa. ¡Quiero volver a la acción! No estoy hecha para ser ama de casa, con todos mis respetos para quienes lo son con orgullo y deseo, pero necesito rajarse a alguien ya.

—Ja, ja, ja, calla o me empezarás a asustar. Mira, tu niña parece estar aterrada.

El bebé miraba con cara de sorpresa a su madre. Esta le dio unas palmaditas en la espalda y suavizó al máximo su tono de voz para calmarlo.

—Ya sabía yo que debía quedarme esta mañana en el parque Moret en lugar de venir a veros...

Cristina comprendía los riesgos de patrullar y tener que enfrentarse a escenas de tensión con delincuentes portando aquella barriga. Sopesaba, de la forma más realista posible, los pros y contras de quedarse en la central haciendo llamadas, rellenando fichas y partes o lanzarse al trabajo de campo, más divertido esto último aunque peligroso. Entendía, o creía entender, los miedos de Fran a que tuviese un aborto por un percance con un criminal o tras un accidente con el coche en una persecución. Pero no deseaba, mientras las fuerzas la acompañasen, abandonar su trabajo por el simple hecho de estar a punto de dar a luz. Salía de cuentas en tres semanas y quería seguir al pie del cañón mientras se sintiese con ganas de hacerlo. De otro modo se sentía inútil.

Por suerte, llevaba meses trabajando con su largo pelo rubio recogido en un moño bajo, porque si lo llevase suelto estaría más empapada aún en sudor al entrar en el coche patrulla, que aparcado a pleno sol en mitad de la calle se había convertido en un horno. Volverían a la central tras mediar en un altercado

doméstico en una vivienda de la barriada de La Navidad, un quinto sin ascensor que la hizo llegar sudando y maldiciendo en varios idiomas, aparte de rechazar a manotazos la ayuda que Fran le brindaba constantemente. Pobre, no tenía culpa de nada. Al contrario, lo hacía todo por agradarla y hacerle el trabajo más fácil. «Maldito feminismo —pensó—, ojalá pudiera quedarme en casa recibiendo mimos y leyendo una revista bajo el aire acondicionado». Por si aquello no fuera suficiente, la mujer, con visibles marcas de maltrato, había decidido no denunciar a su pareja. Así que habían ido para nada.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Fran.

—Un caso grave de agresión por parte de su pareja. Y aunque ella haya decidido no denunciarlo, quiero buscar a ese tipo por el barrio y detenerlo antes de que regrese a casa y pueda hacer algo peor. Miraremos en los bares cercanos.

—No me refería a eso. Quiero decir... Llevo varias semanas pensando en lo duro que es traer una niña al mundo. No quisiera acabar como parejas como esta, con peleas, maltrato, alcohol... Ya sabes.

—Nosotros no somos ellos, ni nos parecemos siquiera. No te montes películas en la cabeza. Llevas desde el principio del embarazo muy obsesionado y preocupado con ser el padre perfecto, y aunque a veces me guste ver tus intentos por conseguirlo, también noto que genera inseguridad en ti mismo y, ya de paso, en mí. Además, no deberías preocuparte por que nos peleásemos en el futuro, se me dan mucho mejor las artes marciales a mí que a ti, así que serías tú el agredido.

Ambos rieron, luego se dieron un beso, tras comprobar que nadie les observaba alrededor, y partieron en busca del agresor. Dos horas más tarde, cuando se acercase el momento del almuerzo, irían a la central para rellenar el informe y crear una ficha sobre el tipo, o modificarla añadiendo un nuevo suceso en caso de que ya tuviese una creada. La experiencia les hacía ser pesimistas, siete de cada diez denuncias eran retiradas por las mujeres agredidas, y eso en el caso de las que se atrevían a denunciar, ya que lo habitual, como acababa de ocurrir, es que no lo hiciesen por miedo a las represalias. Así que todo el trabajo se hacía en vano. Por desgracia, muchas de ellas terminaban asesinadas a manos de sus parejas y todo parecía adoptar un cariz más oscuro y lleno de reproches que ya no se podrían mencionar.

—¿Sabes qué parece ahí sentada? Bueno, lo cierto es que lo pensé en casa de la mujer que asistimos hace un rato —preguntó Fran.

—Sorpréndeme.

—Pareces la actriz esa que ganó el Oscar hace unos meses, pero no en la película de la hija que es violada y asesinada, sino en la que vimos hace un tiempo. ¿Cómo era? Ya me acuerdo, Fargo. Menudo barrigón debajo del

uniforme.

—Me enfadaría contigo si no fuese porque me has comparado con Frances McDormand, que es una diosa como actriz y como mujer. Anda, aparca a la sombra y entremos en ese bar, necesito una coca-cola y quizá tengamos suerte y encontremos al tipo.

Ya pensaban que no lograrían dar con el agresor cuando, en el cuarto bar de la zona, el camarero señaló al que jugaba en la máquina tragaperras del fondo. Metro setenta, muy delgado, excesivamente bronceado y con el pelo moreno alborotado y tan sucio como su ropa. El tipo dio un golpe seco a la máquina mientras insultaba su mala suerte, luego bebió de un trago medio vaso de tubo de cerveza y volvió a meter otra moneda en la máquina. No se dio cuenta de la presencia de los agentes hasta tenerlos a su lado.

La zona era peligrosa y estaban los dos solos, pero Cristina era más efectiva en combate cuerpo a cuerpo y disparando de lo que aparentaba su cuerpo fibroso y su cara de ángel, con grandes ojos azules y un cabello que la hacían parecer nórdica. Fran medía casi metro noventa y lucía un aspecto cultivado en el gimnasio, no tan exagerado como el de David Sobrá, pero imponía respeto, más aún cuando fruncía el ceño.

Cristina se situó dos metros por detrás del sospechoso y pegó la espalda a la pared del fondo, controlando visualmente a todos los clientes del bar y con su mano derecha sobre el arma en su cadera, a la que previamente había quitado el seguro. Fran estaba a la derecha del sospechoso y a la distancia reglamentaria: la justa para poder derribarlo de un golpe si fuese necesario, pero suficientemente lejos para esquivarle si era el contrario el que comenzaba la pelea. Preguntó su nombre, el tipo gruñó un «¿quién coño eres tú?». Se giró y miró al agente de arriba abajo, luego volvió a la máquina, sin importarle lo más mínimo su presencia, pero preguntando de nuevo:

—¿Esa puta me ha denunciado? —Esgrimió una sonrisa que no presagiaba nada bueno para su pareja.

La conversación con el tal Joaquín Ruiz no fue más que otra pérdida de tiempo. Al no haber sido denunciado, no pudieron más que tratar de amenazarle con la pena de cárcel que cumpliría si volvía a golpear a su pareja o si llegaba a hacer algo peor. El tipo se mostró soberbio, arisco e incluso fanfarrón ante los agentes, parecía saber por experiencia que si hubieran ido a detenerle, ya estaría con las esposas en el asiento trasero del coche patrulla, así que se limitó a oír las amenazas de Fran y reírse luego en su cara. Cristina tuvo que contener a su compañero para que aquello no se convirtiese en algo que les perjudicase a ellos, y regresaron a la central.

—Qué injusto es todo. Qué indefensión ante gentuza y parásitos como estos.

Seguro que está jugando y bebiendo con dinero de los servicios sociales. Así va el país.

—Tranquilo, controla ese genio o no lograrás el ascenso a oficial. Y si te oyen hablar así, te acusarán de fascista.

—Encima. Tenemos que soportar a esta gentuza que vive del estado, además de hacer trapicheos, y sonreír luego ante sus delitos. Ya no te puedes quejar ni de las injusticias sin que aparezca alguien que te ataque por ello.

—Bueno, relájate y vamos a redactar el informe antes de ir a almorzar, que Evita tiene hambre. —Cris había decidido llamar a su hija como su hermana pequeña, a quien pensaba tener como canguro para cuidar del bebé cuando ella comenzase a preparar el ascenso a subinspectora.

—¿No sabes quién soy?

Marcos acababa de descolgar el teléfono y no reconocía la voz, así como tampoco el número desde el que llamaba, pero le parecía muy familiar tanto por la voz como por el tono que usaba.

—No tengo ni idea, sorpréndeme —dijo tras pensar un instante.

—Elena, de El Pozuelo. ¿No te habrás olvidado tan pronto de nosotros?

—Claro que no. ¿Qué tal estás? Cuánto tiempo... ¿Cómo están tu hermano David y tus padres? ¿Sigues yendo a la aldea? ¿Cómo tienes mi teléfono?

—Para, para, un poco más despacio. Estamos todos bien, la crisis aprieta pero no sirve de mucho quejarse... Me dio tu teléfono Inés hace unas semanas, pasamos por Riotinto y paramos para verla en la cafetería. Y claro que seguimos yendo a la aldea, sobre todo en fiestas, por eso te llamaba.

—¿Las fiestas? Aún queda mucho, ¿no?

—Por eso te llamo con tanta antelación. Así os planificáis Laura y tú. Este año comienzan el fin de semana del viernes veinticuatro.

—Pues nos encantaría ir; además, estaremos de vacaciones en esos días. Le consultaré a Laura y te llamo cuando sepa algo, ahora grabaré tu número en la agenda. Tengo muchas ganas de veros a todos.

—Y nosotros a ti. Ya sé que ninguno de los dos conserva su casa en la aldea, pero si no tenéis donde pasar las noches, aquí en mi casa nos acoplamos todos como podamos.

—Pues muchas gracias, aunque espero que eso no sea un problema. Por lo demás, ¿qué tal todo por allí?

—Bueno, en estos años ha dejado de venir mucha gente y ha aparecido otra nueva, ya sabes, lo típico en lugares tan pequeños. Pero seguro que cuando

vengas tendrás la sensación de que nada ha cambiado.

—Seguro que mientes, ya no seremos esos críos que jugaban despreocupados por el día y buscábamos un rincón para hacer el golfo de noche. Ahora observaremos a las pandillas nuevas de adolescentes con nostalgia y sintiéndonos ancianos.

—Pero ellos no son tan auténticos como nosotros. Se pasan todo el día con el móvil en la mano y sin nada interesante que hacer, no como las gamberradas que tú planificabas, que nos divertían unas horas antes de sufrir las consecuencias: los castigos de nuestros padres.

—Ja, ja, ja. Me estás devolviendo recuerdos que ya tenía perdidos. ¿Cómo están David, Luis, Eva y los demás?

—David muy bien, casado y buscando tener un niño, parece que se resiste la cosa. Luis hace siglos que no viene, pero su hermana Isabel es fija todos los veranos. Leyre, su hija, ya tiene quince años y está guapísima, pero anda con el pavo. Eva, Miguel y Noemí también han desaparecido. Pero será mejor que lo compruebes por ti mismo.

—Lo intentaré, no te prometo nada, pero intentaré ir a veros.

Con el volumen justo, los altavoces reproducían *The long day is over* de Norah Jones, y le pareció más que apropiado cuando entró y dejó las llaves en el cuenco de cristal de la repisa de la entrada, se dirigió al salón, donde Laura leía un libro y parecía no haberse percatado de su presencia.

—¿Te apetece bailar?

Ella lo miró sin llegar a sobresaltarse, colocó el marcapáginas, se levantó esgrimando una sonrisa pícara y rodeó su cuello con los brazos antes de besarlo. Bailaron abrazados durante unos minutos, en silencio, hasta que él no pudo evitar preguntar:

—¿Tan malo ha sido el día?

—No puedo engañar a la Policía, ¿verdad?

—No, y menos si es a un inspector tan bueno y que te conoce tan bien.

Laura sonrió sin ganas.

—Este mes es el último que mantendrán el programa. La ausencia de casos que generen atención pública es mínima y no les compensa económicamente a los productores.

—Bueno, al final se cumplirá lo que vaticinaste hace unos meses.

—Eso no hace que me sienta mejor. Si me trasladan para trabajar como reportera de informativos, no creo que con la bajada de sueldo podamos

mantener el alquiler de esta casa.

—¿Eso es todo lo que te preocupa? Buscaremos una más alejada del centro. Huelva es pequeña y no pasará nada por alejarnos uno o dos barrios.

—Me había encariñado con esta... —Mostraba su cara de gatito de Shrek y hacía temblar su labio inferior de un modo que hizo reír a Marcos—. Es tan bonita y grande... y está tan bien situada... Esta mañana incluso he podido ver a un perro-rata cagando en la acera de enfrente. Es difícil conseguir esas vistas.

Marcos tosía entre carcajadas.

—Pero si en Semana Santa te quejaste cada día y cada noche por el ruido y tener las calles cortadas.

—Es verdad. No te lo discuto, pero... Uf, otra mudanza, ¡qué coñazo!

—Bueno, esta noche tenemos cena en casa, espero que no lo hayas olvidado. Así podrás distraerte y no pensar más que en el presente.

—No lo olvidé, estuve toda la tarde haciendo un pastel para el postre. Seguí la receta de internet, aunque el mío no tiene el mismo aspecto, pero seguro que sabrá igual de bien.

—Seguro que sí.

—Eso espero. Vete a la ducha y ponte guapo.

—¿Guapo? ¿Vamos a arreglarnos? Pero si estamos en casa y los invitados son mi hermana y su familia.

—Nada de excusas, ni se te ocurra ponerte el pijama o un chandal. Además, quiero verte esa camisa negra que te compré hace semanas y que aún no has estrenado.

Lo besó con tal fogosidad que le hizo exhalar un «guau» y se mostró dócil como un corderito. Laura había incorporado técnicas nuevas de control que funcionaban de maravilla sobre el chico. Ese dominio de la situación la hizo sonreír por primera vez desde que empezó el día. Ella también comenzó a maquillarse y comentar con Marcos qué comida pedir por teléfono. Ambos seguían negados para las artes culinarias.

—¡No vas a imaginarte quién me ha llamado hoy!

Marcos tuvo que gritar para que Laura lo oyese desde el dormitorio mientras él se afeitaba en el lavabo.

—Sorpréndeme.

—Elena.

—¿Qué Elena?

—La hermana de David, de El Pozuelo.

—No fastidies, llevaré más de diez... doce años sin verla. ¿Qué se contaba?

—Le pasó mi teléfono Inés.

Ese nombre le trajo buenos recuerdos, pero no precisamente de la aldea, ya

que no se llevaban nada bien en la adolescencia. Inés había ido tras Marcos cuando Laura y él eran novios y ella nunca se lo perdonó. En la actualidad, Inés regentaba junto a su marido una cafetería en Riotinto, justo frente al ayuntamiento. Aquel mismo pueblo, nueve meses atrás, había sido testigo de la nueva oportunidad de Marcos y Laura para ser felices, aunque ella no estaba tan segura de la decisión laboral que tomó. Quizás hubiera sido más inteligente optar por presentar un programa de variedades en el plató en Sevilla, vería algo menos a Marcos, pero hubiera sido un trabajo más seguro y mucho mejor pagado.

—¿Y qué te ha contado Elena? —añadió por fin, fingiendo no haber oído el nombre de Inés.

—Nos pide que vayamos a las fiestas de este año. Coinciden con nuestras vacaciones y nos pilla a tiro de piedra. Después de todo, solo son dos días.

—¿Y te apetece ir?

—Bueno, hace siglos que no vamos y echo de menos a los amigos que tenía allí. —A Marcos le vino a la cabeza la última vez que había quedado para cenar con antiguos compañeros de Universidad, y esperaba que los bestias de la aldea no hubieran envejecido tan mal como aquellos, menuda pandilla de cambiapañales nostálgicos y amargados por la política, la crisis y todo lo que se moviera.

—Iremos si te apetece, aunque recuerda que no tenemos la casa de tus padres ni la de mis abuelos.

Marcos y su hermana Rosa vendieron la casa del campo tras la muerte en un accidente de tráfico de sus padres, cuatro años atrás. Y de la casa de los abuelos de Laura prefería no acordarse, la última vez que estuvo en ella tuvo que salir medio desnudo y rezando para que no le matase ni el padre de la chica ni el suyo propio.

—Puedo llamar a mi tía, por si sigue teniendo el chalé allí, aunque me da vergüenza pedírselo después de tantos años sin contacto. Elena nos ha ofrecido una habitación, pero allí estará con su hermano, las familias de ambos, sus padres... Uf, qué pereza.

—Podemos estar unas horas y regresar.

—Vamos, ya sabes que lo bonito es pasar toda la noche y luego ver la procesión por la mañana y asistir a la sesión vermut del mediodía. ¿Quién conduce a la vuelta de semejante paliza y borrachera?

—Pero si somos ateos, ¿para qué quieres ver la procesión del santo?

—Es como la Semana Santa, una tradición. Mas de la mitad de los que van a ver las procesiones no entran en una iglesia el resto del año, salvo que tengan una boda o bautizo. Simplemente les gusta y hace ilusión conservar ese hábito tradicional.

—Bueno, ya veremos cómo nos organizamos, aún quedan más de dos semanas.

El timbre de la puerta sonó unas horas después, para entonces ya estaban listos, tenían la mesa puesta y se percibía el delicioso aroma de la cena comprada en un restaurante de la zona inundando la casa.

—¿Cómo me ves? —preguntó Marcos antes de abrir—. ¿Alcanzo el aprobado?

—Estás guapísimo, esa camisa te sienta de maravilla, igual que la americana. Haces que el piso parezca más elegante aún. Cómo se nota el estilo de quién te asesora en cuanto a ropa.

—Ja, ja, ja. No tienes abuela, sin duda.

El griterío de la pequeña Cristina eclipsó la música jazz que amenizaba el momento, volviendo locos a Marcos y Laura y haciendo que se disputaran el privilegio de ser el primero en achucharla. Con tres años, la pequeña era el centro de atención allá donde estuviese. Dos coletas rubias bamboleaban mientras corría como loca por toda la casa, buscando algún peluche que abrazar o lo que fuese que sirviera como juguete durante la noche.

—¿Eso es una botella de vino? Esas cosas se dejan para cuando no hay confianza, no era necesario que trajeseis nada —dijo Marcos tratando de parecer autoritario.

—No digas tonterías. —Tajante e imperativa, su hermana mayor le hizo sonrojar como siempre—. ¿Qué hay de cena?

—Sopa de marisco, solomillo a la pimienta con patatas arrugadas y una tarta de frambuesa que Laura hizo esta tarde.

—Suenan de lujo.

—Oye, antes de que me olvide, ¿os apetece ir este año a las fiestas de El Pozuelo? Así recordamos los viejos tiempos y volvemos a ver a los amigos de la infancia.

Laura le lanzó una mirada extraña, como de contención en sus palabras. Marcos no lo comprendió hasta unos minutos después. Si no tenían claro dónde hospedarse ellos dos, mucho menos si iban cinco. La cena continuó entre risas y anécdotas. Laura contó los casos que había seguido en Málaga y Sevilla, aunque no mostraba mucho entusiasmo hablando del tema. La niña pasó de ser un huracán a convertirse en un mar en calma, durmiéndose justo después de comer, y la acostaron en el dormitorio de invitados, a la espera de terminar la velada y volver a casa.

Las calles empedradas, bajo escasos y tímidos faroles en las esquinas, le provocaban un paso torpe, casi a tropiezos, a pesar de conocerlas al detalle. A esas alturas, Dani creía haber aprendido a caminar entre aquellas centenarias casas durante los fines de semana y los veranos que había pasado jugando con sus amigos, unos venidos desde Valverde, otros desde Zalamea o Riotinto, la mayoría desde la capital; aunque varios lo hacían desde zonas tan remotas como Madrid, Bilbao y Barcelona. La mezcla de acentos era tan valiosa allí como la camaradería que lograban obtener verano tras verano y aventura tras aventura.

A veces jugaban al fútbol, algunas mañanas atrapaban pájaros con redes, las tardes las pasaban oyendo cantar a quien hubiera traído una guitarra desde su casa, otros días hacían una ruta por la zona o subían a la estación, como habían hecho el resto de generaciones antes que ellos, para fumar y beber una cerveza a escondidas de sus padres. Pero las noches... sí, las noches eran lo mejor, contar chistes, reír, tontear con las chicas... Adoraba aquella rutina.

Rocío lo había mirado mucho durante los últimos días, menudas tetas, no podía creérselo, era una pasada. ¿Quién sabe? Quizá esa noche pasara algo y lograra completar el póker de ases: liarse cuatro días consecutivos con las cuatro chicas más guapas que veraneaban allí. ¿Quién se lo hubiera dicho el verano anterior, cuando medía veinte centímetros menos, pesaba veinte kilos más y tenía un peinado de paje sobre una cara llena de acné? El verano pasado no hubiera conseguido enrollarse ni con el peor engendro que pisaba aquellas calles. El verano pasado fue tan malo que casi lo había olvidado, casi...

Dani se atuso el cabello, castaño largo y reposando sobre los hombros, y dijo a sus colegas que volvería en diez minutos.

La callejuela que comunicaba la plaza con la calle de Abajo estaba en completa oscuridad, como siempre, en dos segundos aparecería el resplandor de la farola frente a El Casino y aún podría oír reír a sus amigos a su espalda mientras caminaba hacia su casa. Menudos bestias. A la mañana siguiente tendrían que soportar la enésima bronca de los vecinos de la plaza por no dejarles dormir, pero ¿qué diablos? Aún no serían ni las once de la noche y era verano, ¿qué esperaban? Los ancianos que vivían allí todo el año siempre se quejaban por todo, por sus risas, por sus juegos, por pasar en moto o bicicleta más rápido de lo que ellos consideraban adecuado, por hablar mientras paseaban por la calle a la hora de la siesta. Cuando fuese mayor, tenía decidido ser un abuelo divertido, de los que se suma a los chicos jóvenes y disfruta de la fiesta. Incluso les conseguiría algo de cerveza a escondidas para que se divirtiesen.

No habría abandonado el grupo si las ganas de ir al baño no hubiesen superado el esfuerzo que llevaba más de una hora soportando. Podría haber

orinado en una esquina oscura de la calle La Fuente, como hacían siempre, y nadie le hubiera visto hacerlo, pero esa noche era una cuestión de aguas mayores. Dani esperaba volver rápido y seguir disfrutando del tonto con Rocío, sonreía pensando que ausentarse durante unos minutos provocaría ansiedad y más ganas en ella. A su vuelta la cogería de la mano, sin mediar palabra alguna, solo una mirada cómplice, y la llevaría al asiento trasero del coche de su padre, que estaba aparcado en la oscuridad tras el patio trasero de la casa.

Pero en esos momentos prefería no pensar más que en el malestar que lo invadía, su estómago estaba a punto de explotar y un sudor frío perlaba su frente. En qué hora decidió cenar esa maldita sopa de marisco. Esperaba que sus padres no le impidiesen volver a la plaza. No eran autoritarios con él a menudo; es más, los tenía bastante dominados, claro que todo dependía del humor que tuviera el viejo en ese momento. Con un poco de suerte, estaría cada uno de ellos viendo alguna comedia en la tele del salón y la del dormitorio, siempre separados, y ni siquiera se darían cuenta de que había entrado para ir al baño. Ya tenía dieciséis años y era bastante autónomo e independiente, mucho más que sus amigos de la aldea y de la capital; aunque su padre tenía la manía de volverse autoritario sin motivo alguno de vez en cuando. «Mientras vivas bajo mi techo...». ¡Joder! ¿Dónde iba a vivir si no?

Un sonido a su espalda le sacó de los pensamientos cuando aún quedaba un trecho para llegar a la puerta de su casa. Se trataría de algún vecino que se asomaba a la puerta tras sentir el ruido de sus pasos. Lo último que notó fue el olor de un perfume desconocido.

8 de agosto de 1998

Aquella no era su casa. No podía ver nada en la oscuridad, pero estaba segura de que aquel lugar le era completamente desconocido. Olía a mohó, sentía frío y humedad, y lo más llamativo de todo: la ausencia de ruido. El miedo que la invadía era tan atroz que incluso bloqueaba sus ganas de llorar. Quería salir de allí. Quería que encendiesen la luz. Quería no temer a lo incierto. ¿Por qué estaba desnuda? ¿Dónde estaba su mamá?

Las flores que su abuela tenía plantadas por todo el patio, y que su madre usaba para hacer hermosos ramos y colocarlos en el salón y los dormitorios, desprendían un olor inconfundible que echaba de menos tanto como el calor sofocante que estaba haciendo ese verano en la aldea y el ruido que por las noches hacían los padres y los niños grandes en El Casino. A veces, tras despertarse en mitad de la noche, sus ojos lograban adaptarse a las sombras y podía adivinar los contornos del dormitorio bajo la poca luz de la luna que filtraban los visillos. Pero donde se encontraba ahora no conseguía oír ni ver nada por mucho que se esforzaba. Caminó muy despacio y con las manos extendidas para no golpearse contra lo que hubiese ante ella o tropezar y caer al suelo. Cada minuto se hacía eterno y la angustia por no saber dónde estaba la sumían en un pozo de desesperación.

Quería volver con sus padres. ¿Dónde estaba su mamá? ¿Por qué la habían encerrado? Si estaba soñando, ¿cuándo iba a despertar?

Al principio fue un tímido hilo de voz, sumido en la congoja de quien no siente la confianza suficiente para formular las preguntas que la embargan. Minutos más tarde, el volumen subió para llamar a quien pudiera escucharla, pidiendo ayuda entre llantos. En este momento, sin poder calcular cuánto tiempo llevaba en aquel oscuro sótano, chillaba con todas sus fuerzas. Sentía desgarrarse la garganta, pero la rabia y el miedo habían compuesto un cóctel que explotaba en su pecho y no le importaba nada, solo quería salir de allí.

El llanto cesó al comprobar que no daba resultado alguno, así que continuó con la inspección del lugar, quizá encontrase su ropa.

Tras lo que serían varias horas, halló una gruesa manta en una esquina, sobre unas cajas que parecían contener revistas, olía tan mal como la ropa vieja que guardaba su abuela en los armarios del sótano, pero se la colocó sobre el cuerpo y logró entrar en calor. Se chocó varias veces con una columna áspera en el centro de la estancia, por suerte no tropezó en el suelo, que era de

hormigón como el del garaje de la casa de sus abuelos. Aparte de eso, solo encontró lo que parecían muebles o trozos de ellos en un lateral y unas telas ásperas apiladas en otro rincón. Buscó un interruptor en las paredes pero no logró hallarlo, ni siquiera cerca de la puerta de metal del fondo a su izquierda, la cual estaba cerrada y no tenía picaporte.

Ya sentía que iba a desfallecer o a volverse loca cuando el sonido de la cerradura lo eclipsó todo.

¿Eres tú, mamá?

JUEVES

9 de agosto de 2018

Marcos desactivó el despertador dos minutos antes de que sonase para no despertar a Laura. Se giró para darle un beso y comprobó que estaba despierta y con la mirada fija en la ventana, desde la que se filtraba la luz del amanecer a través de las cortinas. No se habían acostado muy tarde la noche anterior. Tras la cena, recoger platos, cubiertos y limpiar un poco el salón, se fueron a la cama antes de las doce y media. Pero no esperaba que ella se despertase tan pronto, debía sentirse muy agobiada por la noticia de su trabajo.

—¿No has podido dormir?

—Algo. Luego me echaré una siesta si me siento cansada.

—No puedes seguir así. Comprendo lo duro que es vivir con esta incertidumbre, pero en tu trabajo es algo habitual. Lo positivo, y que debería darte seguridad, es que siempre vas a tener un hueco en la cadena, aunque no sea en este proyecto. Los dos sabemos que existía la posibilidad de que no saliese bien y casi me alegro de que haya sido así.

—¿Te alegras? —preguntó sorprendida.

—Que no haya casos como el de Riotinto significa que no haya muertes u otros delitos terribles con víctimas inocentes. Lo siento por los que buscan el morbo y la carnaza en la televisión.

—Ya, tienes razón. Es una pena que las únicas noticias que despiertan el interés entre los telespectadores sean las malas. —Laura suspiró con fuerza y él la abrazó.

—Es algo lógico en las personas, cuanto peor te sientes, más te alegra saber que otros están aún peor que tú. El ser humano es incorregible y está cayendo en una espiral infinita de pesimismo y depresión.

—Guau, acabamos de despertar y no es momento para tener una conversación con ese tipo de reflexiones, ¿no crees?

—Bien, entonces prepárate para el remedio especial mañanero del doctor Navarro que logra curar todos los males del alma. —Hacerle cosquillas siempre funcionaba, incluso logró convencerla para que se duchasen juntos. No pudo acompañarla durante el desayuno o llegaría tarde a la central, pero prometió

llamar a la hora del almuerzo o tratar de pasarse para comer juntos. Sobre la mesa del salón le dejó un regalo que había comprado el día anterior, un ejemplar de *Grandes Esperanzas*, de Charles Dickens. Sabía que leerlo lograría hacerla sonreír y olvidarse un rato del trabajo.

Llamó una segunda vez, mucho más fuerte e insistente. ¿Tardaban mucho en abrir la puerta o eran sus nervios? Ni había pensado en que eran las ocho y media y los veranos se levantaban tarde en la aldea. Allí estaban todos de vacaciones y se acostaban de madrugada cada noche. En otras condiciones no se le hubiese pasado por la cabeza ir a molestar a sus vecinos, pero la preocupación había ganado la batalla al decoro. La puerta se abrió por fin y su vecina Isabel apareció tras ella, despeinada, con los ojos medio cerrados y marcas de la sábana en la cara.

—Irene, ¿ocurre algo?

—Disculpa Isa. Dani no está en casa ni parece que haya dormido en su cama. Quería saber si Leyre sabe dónde puede haber pasado la noche.

—No recuerdo a qué hora llegó ella ayer, sería muy tarde porque yo estaba ya dormida. Voy a buscarla y pedirle que baje para hablar contigo. Pasa, no te quedes ahí en la puerta.

Isabel pasaba los veranos en la casa que fue antes de sus padres, junto a su marido Javier y su hija adolescente Leyre. Esta última pertenecía al grupo de amigos de Dani, que experimentaban, veinte años después, los juegos y anécdotas que también disfrutaron su madre y el resto de aquella generación.

La chica apareció con un aspecto similar al de su madre, de lado a lado por el pasillo y quitándose las legañas con los dedos. Tenía una larga melena, oscura como sus ojos y muy alborotada, y ya se veía casi tan alta como su madre, a pesar de tener solo quince años; caminaba descalza, con un pijama compuesto por una camiseta blanca ajustada y un pantalón corto rosa, ambos con dibujos infantiles. Miró a su madre y a la vecina con un gesto de enfado a medio contener, no sabía qué estaba pasando ni por qué la habían despertado tan pronto.

—Cariño, ¿sabes algo de Dani? —preguntó Irene.

—¿Dani? —Estaba tan adormilada que tuvo que esforzarse en hacer memoria durante unos largos segundos—. Se marchó muy pronto ayer, antes de las once, creo. Dijo que volvería en unos minutos, pero ya no regresó.

—¿Dijo para qué se marchaba? —Su madre se veía cada vez más angustiada.

—Bueno, siempre que nos separamos del grupo es para ir al baño.

—¿Dónde estabais y hacia dónde se marchó?

—Estábamos en la plaza y se fue a casa, a través de la calleja.

—¿Y no regresó? ¿Estás segura?

—No, todos pensamos que no lo dejasteis volver, como los vecinos se quejan del ruido...

—Dios mío, ¿y dónde puede estar?

—No te asustes. —Isabel puso una mano sobre el hombro de su vecina—. Sabes que aquí nunca pasa nada, las puertas están abiertas y todos nos conocemos.

—Ya, nunca pasa nada hasta que pasa por primera vez...

—No te agobies, seguro que ha pasado la noche con alguna chica, ya lo conoces. Dame un minuto para vestirme y salgo contigo a buscarlo. ¿Quieres un café? Lo hago en menos de cinco minutos.

—Gracias, no sabes cuánto te agradezco la ayuda y compañía. El café mejor para otro momento.

Minutos más tarde, llamaban a las puertas de todas las casas de la aldea, incluso Leyre, que a regañadientes se vistió para obedecer a su madre e incorporarse a un grupo que se hacía más numeroso a medida que el sol subía y acaloraba los pensamientos agoreros de los vecinos. A las diez de la mañana quedaban pocas casas por llamar en la aldea, comenzarían en unos minutos a distribuirse por zonas cercanas. Las mujeres al norte, buscarían en la estación, el depósito de agua y el descanso, los hombres bajarían el camino de la ribera y los jóvenes amigos de Dani buscarían en la era y el pozo. No dejarían una casa sin llamar ni una parcela sin escudriñar.

María, Rocío y otras chicas de la pandilla lloraban desde hacía una hora, temían que Dani hubiera sufrido algún accidente y estuviese malherido o despistado. Sus amigos, también preocupados, exigían que se llamase a la Guardia Civil. Antonio, el dueño de El Casino, como se llamaba el bar de la aldea, llamó después de que lo hiciesen sus padres. Aún no habían transcurrido veinticuatro horas desde la desaparición, pero trató de convencer a un amigo del cuartel general de Nerva.

El áspero canturreo de las chicharras había cesado y la desesperación reinante solo era eclipsada por un silencio sepulcral que se rompía cada pocos segundos, cuando alguien de aquí o allá gritaba el nombre de Dani con todas sus fuerzas.

Ángel se había levantado esa mañana con un extraño dolor de estómago, no

serían ni las seis de la mañana. Sabía que no lograría conciliar el sueño de nuevo y eso le molestó hasta hacer una involuntaria mueca de contrariedad. Se había duchado y permanecía en este momento en el patio trasero de su casa, esperando el amanecer y poder despedirse de su mujer antes de ir al trabajo. La infusión de manzanilla no había hecho efecto, al contrario, cada vez notaba un malestar mayor. La noche anterior decidieron organizar una barbacoa para sus amigos del pueblo, casi todos eran antiguos compañeros del instituto, universidad o guardiaciviles a su cargo y sus respectivas parejas. Acostarse tras una cena tan pesada y unas cuantas cervezas no fue una gran idea, pero celebraban su primer año de casados y no podían posponerlo hasta el fin de semana, ya que muchos de ellos ya se habrían marchado de vacaciones.

No era aquel el único motivo para la fiesta, hacía tres meses que le habían confirmado su ascenso a sargento y aún no había encontrado la ocasión de celebrarlo como era debido. La destitución de Matías, el anterior sargento de la Guardia Civil, en noviembre pasado, provocó que él se encargase de dirigir el destacamento mientras esperaba al sustituto, pero decidieron desde la dirección general de Nerva y la comandancia de Huelva que iba siendo hora de ofrecer el cargo a un suboficial de carrera y no regirse por la antigüedad de los candidatos, sin duda para evitar errores como los cometidos por el anterior responsable.

Aquel pequeño aumento de sueldo hizo que él y Susana, su mujer, pudieran afrontar con más seguridad y garantía la búsqueda de su primer hijo a la vez que pagaban la hipoteca de la casa. No podía ser más feliz, todo en su vida iba de maravilla, aunque el dolor de tripa le estaba matando esa mañana. Ni siquiera le apetecía tomar su fiel tazón de leche con cereales.

No lo pensó más, fue en busca de la caja de medicinas que guardaban en uno de los muebles altos de la cocina. Allí encontraría un Almax o similar. No quería estar arrastrando aquel malestar durante todo el día o que le viniese una diarrea cuando patrullase en mitad de la carretera nacional. Prefería no pensar en la imagen que daría a los conductores si le veían en la cuneta agachado y con los pantalones por los tobillos. Claro que encontrar el medicamento adecuado no estaba resultando tarea fácil, era Susana la que se encargaba de esos temas y él solo podría localizarlo mirando el prospecto de uno en uno. «¡Dios mío, aquí hay más de cuarenta cajas! ¿Para qué demonios guarda tantas medicinas esta mujer? Seguro que más de la mitad están caducadas». No pensaba despertarla por algo tan nimio, pero empezaba a pensar que tardaría una hora en encontrar el que necesitaba.

—¿Qué haces? ¿Te encuentras mal?

Ángel estaba sentado en una silla ante la mesa de la cocina, con todos los medicamentos colocados sobre el mantel, cuando Susana había aparecido por la

puerta dándole un susto de muerte, aún vestía las braguitas y la camiseta de tirantes con las que solía dormir. La visión le hizo olvidar el dolor de tripas por un instante.

—¿Tan tarde es o tú también tienes dolor de tripas?

—Me has despertado con el trajín de muebles que te traes. Yo no tengo dolor de tripas, anoche comí verduras a la brasa. Mira que te dije que no era sano tanta carne antes de dormir.

—Siempre me lo recuerdas antes de las barbacoas pero... es que huelo el chorizo y las chuletas y me pierdo. Por cierto, espero que no vayas así vestida durante el día, el cartero tiene ya una edad y podría sufrir un ataque al corazón.

—A Arturo lo recibo siempre desnuda por completo, pero descuida, tiene el corazón a prueba de bombas.

—Ja, ja, ja. Mira qué graciosa. Anda, ayúdame a buscar un Almax.

Susana se acercó a la mesa y encontró el medicamento al instante. Luego fue al fregadero, vertió un poco de agua en un vaso y se lo dio a Ángel como si fuese un niño pequeño.

—¿Qué haría yo sin ti? Y eso que mi madre no te traga.

—Tu madre es una bruja, ya lo sabes.

La chica guiñó un ojo y se marchó a la cama de nuevo con un gesto triunfal en la cara y contoneando el trasero. Tras unos pasos, estando a mitad del pasillo, se dio un azote fuerte en la nalga. Ángel contuvo un silbido.

—¿Debería estar prohibido! —gritó desde la cocina.

—¿El qué?

—Mostrar ese cuerpazo a un marido caliente que ya llega tarde a trabajar.

—Ains... —suspiró—. No sé qué día es hoy... a ver si tengo suerte y viene el cartero...

—¡Susana!

—No te quejes, si no me das lo mío, tendré que buscar alternativas. Además, nadie te regañará por llegar tarde, eres el que manda en el trabajo. Uf, creo que hace tanta calor esta mañana que voy a quitarme la ropa. —Y se despojó de la camiseta y las braguitas mientras caminaba de vuelta al dormitorio.

El sargento Ángel Díez llegó casi una hora tarde al cuartel y, al entrar por la puerta y cruzar la recepción, trató de mostrar un semblante serio y respetable a pesar de sentir su cara ruborizada aún por el momento vivido en la cama. Esos recuerdos hacían que sintiese vergüenza, como si los compañeros a su alrededor pudieran adivinar los motivos que le habían llevado a llegar a esa hora. Atravesó como una exhalación la sala donde trabajaban los agentes y entró en su despacho.

—Sargento —lo interrumpió un agente que asomó la cabeza por la puerta—, recibimos hace unos minutos la llamada de unos padres por la desaparición de su hijo adolescente, pero no hace ni doce horas y les hemos pedido que traten de buscarlo antes de movilizar un dispositivo de búsqueda oficial.

—¿Dónde ha sido?

—En una aldea pequeña llamada El Pozuelo, entre Valverde del Camino y Zalamea la Real.

—Lo conozco, es donde los dólmenes. Aquel es un sitio muy pequeño. De hecho, es extraño que haya sucedido algo así. Quiero que llames dentro de dos horas al teléfono de los padres para preguntar si ha aparecido, no es frecuente que desaparezca un chico en un lugar de familias que se conocen, sería más lógico que hubiera sido una pareja.

—No le entiendo.

—Una pareja, ya sabes...

—Ah, perdón, creo que no llevo tanto café encima como debiera.

El agente parecía sinceramente desorientado y Ángel pensó que quizá había sido demasiado directo. Tal vez descubrieran lo que había estado haciendo para llegar tan tarde. Miró a través del tabique de cristal al resto de personal que se encontraba en la sala y comprobó que todos estaban ocupados ante los monitores de sus ordenadores. No, quizá solo fuesen imaginaciones suyas. Aquel chico desaparecido debía de estar durmiendo la mona bajo una encina, aunque también podría haberse perdido con alguna chica con la que estuviese viviendo el verano de su vida.

El ordenador ya estaba encendido y entró en la aplicación de correo electrónico, casi todos los mensajes de sus subordinados eran de multas por exceso de velocidad en la nacional o por estacionamiento en lugares indebidos. Sobre la mesa reposaban unos folios con los casos solucionados el día anterior, más de lo mismo de hoy, más de lo mismo de siempre. Entonces comprobó que el cuerpo le pedía un café. El medicamento, el ejercicio conyugal mañanero, o quizá ambos, habían obrado milagros, ya no sentía dolor ni pesadez en el estómago. Se levantó y fue a la pequeña cocina del fondo, donde aún quedaba algo de brebaje en la cafetera y unas galletas reseca que mojaría para reponer fuerzas. Contempló su reflejo en la puerta de cristal, comprobando que el uniforme le quedaba grande. El verano y su mujer se estaban empleando a fondo para hacerle adelgazar.

Mientras daba buena cuenta del café y media docena de galletas, supervisó su otra cuenta de correo, la personal, llena de mensajes anodinos de amigos y familiares. Aquello no conducía más que a otro día aburrido. Quizá lo mejor sería salir a patrullar un rato y así despejar la mente, aparte de hacer algo

productivo. Estar sentado allí solo serviría para acabar teniendo la misma mentalidad y silueta que el anterior inquilino del despacho.

Envió un mensaje a su mujer para indicarle que no estaría mal repetir el ejercicio mañanero cada día al despertar, incluso añadió que era algo muy recomendado por los mejores médicos y clínicas de fertilidad; y que quizá también por las noches fuese muy saludable para una vida feliz en pareja. Dejó el móvil sobre la mesa tras enviar el mensaje y quedó mirándolo como un adolescente a la espera de la respuesta.

Pero no fue Susana quien le sorprendió, sino el agente con el que había hablado veinte minutos antes.

—Sargento, han llamado de nuevo desde la aldea de El Pozuelo, el chico sigue sin aparecer después de buscar en cada casa.

—Pero si no han pasado más de unos minutos desde que me lo comentaste. ¿Cuánto ha pasado exactamente desde la desaparición?

—Solo nueve horas. Es muy poco tiempo.

—En un sitio tan pequeño no. —Su semblante cambió de forma radical—. ¿Qué te han dicho los padres?

—No eran los padres esta vez, sino otro vecino. Al parecer, toda la aldea se ha movilizado y están haciendo una batida organizada por los alrededores.

—No me jodas, Hugo. A estas alturas habrán hecho videos para redes sociales y todo. La gente es muy aprensiva con estos temas, aunque no se lo reprocho. Ven conmigo, vamos a acercarnos a ver qué nos cuentan. Dame cinco minutos para enviar un mensaje a Nerva, por si necesitamos refuerzos en breve.

—Pero el reglamento...

—Lo sé, pero si tenemos agentes ociosos o patrullando carreteras comarcales, daremos una imagen de mierda si resulta que el chico aparece muerto o está secuestrado y ni siquiera hemos aparecido por la zona. No quiero llevarme una bronca de la central a solo tres meses del ascenso. Del mismo modo que ponemos multas en la nacional, también podemos acercarnos a la aldea y echar un vistazo.

La comisaría central de la Policía Nacional de Huelva estaba casi desierta, solo ocho agentes aparecían ante sus ordenadores en una sala acondicionada para más de veinte, además del comisario en su despacho e Irene, la recepcionista, pintándose las uñas de las manos por tercera vez esa semana. A su lado, Cristina se desahogaba de la tensión que acumulaba. Un café para cada una sobre la mesa y cuchicheos casi inaudibles para pasar el rato.

—Quizá por acercarte demasiado a mí con este olor que emiten el desmaquillante y el bote de laca de uñas, pero no porque estés patrullando. Déjate de historias, Cris, la niña no saldrá autista ni cosas raras de esas porque estés trabajando, ni siquiera por el calor. Anda que estás de un hipocondríaco que no es normal. No creo que Fran esté sufriendo estas paranoias, y eso que lo conozco casi tan bien como tú.

—Es que el estrés de este trabajo puede con cualquiera, no sabes los casos que estamos llevando. La chica que atendimos ayer me preocupa, no quiero pensar lo que habrá hecho su pareja al volver a casa.

—Joder, pues llámala, tenéis su teléfono.

—Tienes razón, déjame unos minutos y ahora vuelvo.

Irene asintió sin dejar de mirar su dedo anular izquierdo mientras trataba de pintar la uña sin salirse demasiado, ponía los ojos bizcos y se mordía la lengua para alcanzar la máxima precisión, luego le tocaría limpiar con el desmaquillante el destrozo. A pesar de llevar tantos años practicando, siempre pasaba más tiempo limpiando con el bastoncillo que pintándose las uñas.

Cris se sentó ante su escritorio, cuya silla tenía cada vez el soporte lumbar más duro, o eso percibía ella a medida que crecía la barriga, y buscó entre las notas de su libreta el teléfono de la chica maltratada del día anterior. Se llamaba igual que ella, eso la hizo sentir una punzada en el pecho que no sabría describir. ¿Empatía? ¿Compañerismo? Llamó y logró su objetivo al sexto tono.

—¿Quién es?

—Soy la oficial de policía que ayer estuvo en tu casa, no sé si me recuerdas. Rubia, alta, con una barriga a punto de explotar...

—Sí, me acuerdo. ¿Ha ocurrido algo?

—Eso quería preguntarte. Ayer encontramos a tu pareja en un bar y no conseguimos mucho. De hecho creo que lo enfadamos más. Solo espero que no empeorásemos las cosas contigo.

—Ya me comentó al regresar. No te preocupes, ya llevo tiempo aprendiendo a calmarlo cuando regresa.

—No me ha sonado eso muy bien. ¿Te volvió a pegar?

Silencio.

—¿Cristina, sigues ahí?

—Sí, es que no fue para tanto. Solo un par de bofetadas. Nada comparado con otras veces.

—No puedes dejar que te someta y castigue. No deberías soportar ese trato.

—¿Y adónde iría?

—¿No tienes a nadie? ¿Familiares o amigos?

—Mis padres fallecieron y no tengo hermanos ni amigos. Tengo dos tíos,

pero ninguno se hará cargo de mí después de tantos años. Y yo no sería capaz de pedírselo siquiera. Además, en el barrio todos tienen de qué preocuparse, no van a hacerse cargo de una boba como yo, que se ha metido donde no la llamaban.

La oficial tragó saliva, conocía esa situación demasiado bien. La indefensión de las víctimas pasaba por el desamparo al que estaban sometidas. Toda su vida era su maltratador, vivían bajo una especie de síndrome de Estocolmo en el que cuidaban (incluso idolatraban) a aquel mierdecilla miserable que les daba una paliza diaria a la vez que les proporcionaba techo, comida y una mísera caricia a la semana. Si había hijos de por medio, la cosa se multiplicaba por mil al instante, entonces era imposible separar a la víctima del verdugo. Hasta que una caja de pino y un nicho en el cementerio aparecían para mediar entre ellos.

—Debes buscar la solución. Solo te quedan dos alternativas en la vida, esperar a que te mate de una paliza o tratar de empezar de cero. Si ahora te parece difícil, cada año será mucho peor. Con la edad, uno se vuelve más permisivo con la mierda que le rodea. Si encima te quedas embarazada de él...

La chica rompió a llorar y Cristina supo en el acto que había sucedido lo peor. Sería imposible convencerla.

Debía decir algo, pero se sentía tan hundida que no se le ocurría nada. El silencio a través del auricular se hizo denso y pesado como una niebla en invierno. Las dos deseaban poner fin a aquella conversación, aunque también eran conscientes de la ayuda que suponía tenerse en aquellos momentos la una a la otra. La chica se sentía navegando en un barco en llamas y la policía era un puerto seguro que se alejaba despacio, al que no podría llegar por no sentir las fuerzas necesarias para alcanzarlo a nado. Y Cristina se sentía como si tratase de sacar a flote un peso muerto que se sumerge en el agua sin hacer el mínimo intento por sobrevivir, un peso que representaba sus esperanzas por dar un futuro prometedor a su futura hija. Era una cuestión personal. Aquella chica no merecía el final al que estaba predestinada, por eso no podía consentir que alguien tan joven y con una vida creciendo dentro abandonase toda esperanza por lograr un mundo mejor. Por su propia hija, por poder mirarla a la cara el día que naciese sin avergonzarse por su fracaso, debía luchar por aquella chica que no tendría más edad que ella misma.

¿Cómo iba a mejorar el mundo si nadie peleaba por salvar a los demás?

—Voy a llamarte todos los días e intentaré acercarme a verte siempre que pueda. Pero debes prometerme que tratarás de buscar una alternativa, un trabajo, un sustento para ti y para el bebé.

Silencio.

—Por favor, dime que me has oído y que lo intentarás.

—¿Por qué haces esto? —Lloraba.

—Porque quiero que sepas que no estás sola, que le importas a más personas de las que imaginas. Y porque la vida es mucho más bonita si uno la afronta con valentía y esfuerzo.

—La vida es una mierda. Solo es bonita para los cuatro que salen en las revistas del corazón y las películas, para el resto solo es un día a día tratando de resolver la forma de seguir adelante.

—La vida es mucho más que eso, te lo garantizo.

—¿En serio vendrás a verme y me llamarás?

—Claro que sí, es una promesa.

Las relaciones entre vecinos de la aldea eran cordiales, entre todos, sin importar si acababas de llegar o eras la cuarta o quinta generación que pasaba por allí, siempre que hicieras por acercarte a ellos y participar en lugar de aislarte del resto, claro. Miriam tenía la teoría de que aquello se debía al espíritu andaluz de llevarte bien, o al menos fingirlo, con las personas de tu entorno, sea por pura imagen de cara a los demás más que por mostrar simpatía sincera. Había vivido casi toda su vida en Ubiarco, Cantabria, y allí la actitud vecinal y las relaciones eran todo lo contrario. Quizá los habitantes del norte se mostrasen secos y distantes con los de fuera, incluso ariscos, pero se dejarían el alma por un vecino que les necesitara, aunque llevaran un año sin saludarlo.

Miriam y su marido Manuel habían comprado dos años atrás una casita en la calle de Abajo, justo frente a El Casino. El trabajo de ambos les había llevado a trasladarse a Huelva y buscaron un lugar tranquilo donde poder tener una casita de campo y vivir como lo hacían en Ubiarco, rodeados de naturaleza y tranquilidad. El Pozuelo resultó el lugar ideal por el precio de las viviendas y los escasos vecinos que lo habitaban. En invierno, si el clima se volvía lluvioso, casi no había diferencia alguna con el norte.

Aquella paz y salud eran importantes para Miriam, tenía la esperanza de lograr vencer las opiniones médicas y obrar el milagro con el que llevaba soñando muchos años. Había visitado docenas de clínicas, pero no lograba un tratamiento de fertilidad viable. Una vez desahuciada, se veía limitada a intentarlo una y otra vez por el método tradicional, sufriendo infinidad de abortos a las pocas semanas de la concepción, que la iban sumiendo en tinieblas de desesperación y soledad. Manuel se volcaba en ella, vivía por y para la felicidad de su mujer, pero Miriam cada vez se sentía más distante, algo en su interior la alejaba del mundo para arrastrarla a un universo creado de ilusiones y fracasos por igual, donde estas últimas parecían destinadas a vencer.

Esa mañana se encontraban desayunando en la cocina cuando llamaron a la puerta. Los vecinos buscaban al chico de Irene y Moisés, un adolescente guapo que se paseaba en ciclomotor sonriendo con su pelo largo y una chica diferente cada día. Fue Elena la que había golpeado la puerta, una amiga de la misma edad de Miriam que ya gozaba de la bendición de haber tenido dos hijos. Sus pequeños se pasaban el día jugando en la calle o en el patio de casa. A veces Miriam les compraba algún dulce y disfrutaba viendo cómo lo agradecían y devoraban con entusiasmo. Sería un sueño para ella poder tener dos niños tan bonitos y sanos. O uno solo.

La mañana avanzó deprisa. Miriam miró su reloj y comprobó que ya llevaban tres horas buscando al chico, aún embargados en una angustia que se acrecentaba a medida que este no daba señales de vida. En esos momentos buscaban por la zona de la antigua estación de tren, donde los chicos iban a tomar una cerveza a escondidas, fumar o pasar el rato en pareja. Las mujeres se habían dividido en varios grupos, unas preguntaban en las casitas que rodeaban el campo de fútbol, otras en la zona del descanso, un banco de madera que llevaba siglos al lado de la carretera, y en el entramado de callejuelas de los chalés que hay tras una encina centenaria; otras en la propia estación y en el depósito de agua que se extiende frente a ella, para el que había que subir una empinada colina de tierra y matojos.

—Quizá se fue de fiesta para ver a algún amigo o amiga a Valverde o Zalamea —comentó Miriam a Elena mientras caminaban bajo un sol de justicia que las hacía sudar hasta empapar sus camisetas.

—No creo, un miércoles no hay mucho que hacer, ni siquiera en agosto, si fuese en fin de semana... Además, se lo habría dicho a sus amigos. A estos chavales les gusta presumir de sus conquistas o de sus salidas de fiesta.

—Ya sabes cómo son los adolescentes ahora. Si se ha marchado con algún ligue, sus amigos lo encubrirán aunque les sometan a tortura. Si el chico no aparece en todo el día, quizá alguno hable y confiese la aventura.

—Pero dicen que tiene la moto en casa de sus padres.

—Aquí todos tienen un ciclomotor que prestarle, incluso podría haber venido alguien a buscarlo.

—No sé, me parece demasiado imprudente el marcharse de fiesta y tener a toda la aldea preocupada por una noche loca.

—Chica, todos hemos tenido esa edad. Uno solo piensa en divertirse, no en lo que estarán padeciendo sus padres por la ausencia.

—Si alguno de mis hijos hace eso algún día —Elena mostraba el puño en alto de forma amenazante—, le daré una somanta de palos que no lo olvidará

mientras viva.

—Tus nenes son dos ángeles, seguro que no hacen gamberradas.

—No, claro que no... Qué ingenua eres, Miriam.

Un todoterreno de la Guardia Civil se acercó a ellas desde la zona de las casas del campo de fútbol. Dos uniformados jóvenes y delgados se bajaron del vehículo, preguntaron por la responsable del grupo y Elena, viendo que no había nadie más cerca, se hizo cargo de ese cargo.

—La búsqueda de una persona —informaba el sargento— no se basa únicamente en tratar de localizarle, hay que observar y analizar el entorno antes de pisarlo y poder arruinar una huella o prueba. Lo primero de todo es saber qué ropa llevaba el desaparecido, luego hay que buscar huellas similares a las de su calzado, buscar alguna prenda o zapato que aparezca y que pudiera ser suya, fijarse en ramas de árboles o arbustos partidas recientemente y que indiquen que alguien ha pasado en las últimas horas, estar atentos a fibras de colores llamativos que aparezcan en el suelo o enganchadas en ramas... Me gustaría que extendieran la voz entre todas las personas que se encuentren en este área y, a ser posible, traten de mirar una vez más por si encuentran algo nuevo.

—Lo haremos ahora mismo —respondió Elena. Miriam asintió en silencio.

—Nosotros hemos enviado la foto que nos ha dado su madre a la Policía Local y la Guardia Civil de los pueblos y aldeas cercanos por si el chico estuviese por la zona. Quizá solo sea una travesura de verano y esté ligando o durmiendo tras una borrachera.

—Lo habíamos pensado, aunque sería la primera vez. El chico era muy responsable —añadió Elena.

—Bien, ese tipo de datos es importante. Continúa con la búsqueda y extended la voz sobre lo que deben buscar los voluntarios. —Ángel y su ayudante volvieron al todoterreno y partieron para seguir informando a los vecinos.

El trabajo voluntario de los vecinos no tenía precio, resultaba vital en casos de desaparición, y haberlo comenzado a las pocas horas podría dar con el chico en pocos minutos. Solía ocurrir a menudo que los adolescentes se emborrachaban las noches de verano y, por miedo a la reacción y castigo de sus padres, se marchaban a dormir al aguardo de una encina cercana, perdiendo la noción del tiempo. Otros se escapaban de la aldea para ligar a zonas cercanas. El tal Dani era atractivo (como se apreciaba en la foto que habían enviado los padres por correo electrónico), y debía tener mucho éxito con las chicas. Las

posibilidades de que hubiese sufrido un accidente o un ataque violento eran mínimas en zonas como aquella. Debía aparecer tarde o temprano.

—Les hemos dado muy poca formación sobre búsqueda a los lugareños — dijo Hugo, el ayudante del sargento Ángel.

—La que necesitan saber. Ellos no forman un dispositivo profesional, les vale con buscar huellas, ramas rotas o fibras que indiquen el paso de alguien en las últimas horas. Para todo lo demás ya tendremos a los rastreadores, a los perros, el helicóptero... Con un poco de suerte, el chico aparecerá y no necesitaremos pedir ese apoyo.

El sargento no dio opción a réplica, sacó su teléfono móvil y envió un mensaje a su mujer.

<Estamos en la aldea de El Pozuelo, cubriendo la desaparición de un adolescente. Es más que probable que no pueda acercarme a casa a almorzar. Te veré a la tarde. Ya mucho mejor del estómago, ese remedio que me diste por la mañana fue mano de santo ;) >

Susana respondió al cabo de un minuto.

<Iba a cocinar las albóndigas encebolladas que te gustan. Tendré que congelarlas para el fin de semana. Por cierto, esta noche seguimos con la terapia, no sea que te vuelva el dolor de tripa otra vez ;) >

Ángel no pudo evitar que le brotase la sonrisa y su ayudante lo miró extrañado. El sargento tosió para volver a su semblante serio y buscaron un nuevo grupo al que instruir con la información reglamentaria.

—¿De verdad cree que es una travesura? —preguntó el agente al cabo de unos minutos.

—Uno nunca sabe lo que se va a encontrar, solo puede basarse en las estadísticas de los casos anteriores. Por suerte, las probabilidades de que sea una escapada romántica, una travesura o un despiste ganan por goleada a las de estar ante un delito de secuestro o algo mucho peor.

—No desaparece nadie en la zona de El Andévalo desde los niños de Riotinto —añadía Hugo.

—Mejor no menciones eso delante de los vecinos, ¿entendido? Lo último que querrán oír los padres del chico y sus amigos es aquel episodio que deberíamos olvidar lo antes posible.

—Lo siento, solo trataba de...

—Lo sé, no te disculpes. Pero ahora volvamos a nuestra labor, tenemos que terminar con estos equipos de búsqueda antes de entrevistar a los padres y analizar la casa.

Un grupo de adolescentes buscaba en un sendero seco y rocoso, tras un abrevadero en mitad del llano que llamaban la era. Otros grupos se veían

diseminados en la distancia. Los guardiaciviles se bajaron del coche y repitieron la información.

—¿No tenéis nada que añadir? —les preguntó Ángel antes de marcharse.

—¿Añadir? —Los chicos parecían confusos.

—Si vuestro amigo se fue de fiesta, a ligar o lo que sea a otro pueblo, deberíais decirlo ahora y evitar un castigo mayor para todos. Por encubrimiento os podría caer una buena. Vuestros padres, y sobre todo los suyos, están muy preocupados. No sabéis cuánto dinero vale un dispositivo de búsqueda cada día y cuántos quebraderos de cabeza produce en todos los implicados.

—Ayer se fue temprano a casa, le vimos partir desde la plaza, no hay ni cien metros. Si se hubiera ido de fiesta, nos lo habría contado.

—Eso espero. Por el bien de todos, eso espero.

Ángel miró al frente y hacia su derecha, había movimiento por todas partes.

—¿Dónde buscáis?

—En el pozo, a veces nuestros abuelos nos piden llevarles agua porque les gusta más que la del grifo. Además, todavía jugamos algún partido de fútbol de vez en cuando aquí en la era.

—Pero hay un campo de fútbol ahí arriba, donde las mujeres buscan. Esta zona tiene mucha pendiente.

—Pero aquel es muy grande y está algo más lejos. Aquí hay pendiente pero estamos acostumbrados, cambiamos de campo a mitad de partido y así compensamos. El campo de la estación es solo para el partido contra el equipo de Valverde durante las fiestas.

—¿Y aquel grupo de allí?

—Están mirando por la zona del cementerio.

—Está bien, seguid buscando y recordad informar al resto cuando les veáis.

El sargento y su ayudante volvieron al todoterreno. Aquello se estaba estirando demasiado para tratarse de una travesura, lo peor de todo era que, si se confirmaba la hipótesis del secuestro o agresión (tocaba madera para que no fuese así), ya habría demasiadas huellas por el pueblo y alrededores para tapar los pasos del criminal.

—**B**uenos días, por decir algo. Supongo que dan su permiso para pasar.

Moisés e Irene mostraban un semblante abatido además de exhausto. Habían regresado a casa corriendo cuando supieron que unos guardiaciviles los esperaba en la puerta para hacerles unas preguntas. Ambos llevaban la ropa empapada de sudor y ella tenía síntomas de haber llorado durante muchas horas.

—Pasen, por favor. —El padre del chico se mostraba servicial a pesar del esfuerzo—. Pensaba que se limitarían a buscar a mi hijo.

—A veces, entrevistar a los padres y examinar el dormitorio del chico acelera mucho el hallazgo. Entienda que existe un procedimiento.

—Claro, claro. No pretendía decir cómo deben hacer su trabajo. Pasen y acepten una bebida fría.

—Bastará con agua.

Se acomodaron en el salón de la vivienda, donde Ángel observó el rostro desfigurado por el dolor de la madre del chico, considerablemente más joven que su marido; este trataba de mantener el control, pero también parecía preocupado por el paradero del adolescente. Sacó del frigorífico una cerveza para él y agua para los demás.

Una vez realizadas las preguntas de rigor, que dieron por respuesta que habían permanecido en la casa, ella viendo la televisión en su dormitorio y él organizando unos temas sobre la fiesta de la aldea en el salón, y comprobado que no tenían constancia de lo que hizo Dani la noche anterior, pasaron a examinar el dormitorio del chico.

—¿Qué buscamos, sargento? —preguntó Hugo en un susurro cuando se encontraron a solas.

—¿Cómo dices?

—Nunca he realizado un registro, no sé qué buscar.

Ángel lo miró con resignación. Muchos agentes llegaban sin formación alguna al cuerpo. Era una pena que no hubiese pedido que lo acompañara un agente de carrera, como el recién ascendido cabo Benítez. Pero podría aprovechar para enseñar a aquel dispuesto chaval, que tendría unos veintipocos años, quizá la misma edad que él cuando decidió dedicar su vida a la Benemérita, todo lo aprendido en la carrera universitaria y en los cursos voluntarios del cuerpo.

—Trata de encontrar un diario, notas escritas a mano, manchas que pudieran ser de sangre en ropa, cama, cojines, el suelo..., fotos que estén fuera de un álbum, pero también agrupa los álbumes de fotos que veas para luego revisarlos. Reúne en el escritorio los aparatos electrónicos que encuentres, y no me refiero solo a un iPod, sino también a una tableta, teléfono móvil, discos duros portátiles, tarjetas de memoria, cámaras de foto y video digital y ordenador portátil. ¿Entendido?

Tras el asentimiento de su compañero, Ángel buscó en el armario, primero en los bolsillos de cada pantalón, camisa y abrigo. Nada. Luego trató de encontrar un doble fondo en los cajones o paneles del armario. Nada. Mientras Hugo seguía mirando en los cajones del escritorio, él buscó bajo la cama, arrancó los

pósteres de la pared y luego encendió el ordenador portátil. Tenía contraseña. Se lo llevaría al cuartel para dárselo a los informáticos, les pediría que rastrearan cualquier mensaje de correo electrónico y redes sociales del chico en las últimas semanas, además de los que llegasen a partir de entonces. El móvil no apareció, así que lo llevaría aún consigo. Al lado del ordenador había una foto en un marco, en ella Dani tendría unos dos años y estaba en la playa con sus padres. Los tres se abrazaban y mostraban una carcajada de pura felicidad que contrastaba con el momento que vivían ahora. «Qué jóvenes se veían —pensó Ángel—, o qué mayores se ven ahora los padres del chico, parecen haber envejecido treinta años». El sargento se obligó a desviar la mirada.

—Hemos terminado con el dormitorio de su hijo. Les informo que debemos llevarnos su ordenador portátil y otros aparatos electrónicos para examinarlos, pero se los devolveremos en cuanto lo hayamos analizado a fondo. Deben firmar el impreso para darnos su autorización.

—Claro, y cualquier otra cosa que podamos aportar, estaremos aquí. — Moisés se mostraba participativo, su mujer casi no podía controlar las lágrimas ni el temblor de las manos y la mandíbula.

—Le encontrarán, ¿verdad? Es solo un niño, debe de estar perdido y asustado... —balbuceó Irene.

El despacho de Marcos y David comenzaba a oler como un piso de estudiantes tras una maratón de pizzas y películas. Restos de comida, latas vacías de refresco, los zapatos quitados y los pies encima de la mesa. La excusa era lo soporífero que resultaba revisar cintas de vigilancia una tras otra justo después de comer. Las persianas venecianas impedían la entrada del sol para ver mejor los monitores, pero la oscuridad aumentaba las terribles ganas de dormir la siesta. David Sobrá había bostezado más de treinta veces en la última media hora.

—¿Pero qué guarrada es esta? —Irene, la recepcionista, entró sin llamar y se encontró con la escena—. ¿A qué demonios huele aquí? Esto parece una pocilga, no un despacho de policías.

—No molestes, Irene —gruñía David—. Bastante tenemos con soportar esta tarea en lugar de tumbarnos en la cama balinesa de un chiringuito de playa.

—Pues poco te falta a ti para estar igual. Y tú, Marcos, con lo recatado que llegaste... y mira lo rápido que te has convertido en un clon de este personaje.

Marcos se ruborizó y bajó los pies de la mesa en silencio. Se puso los zapatos ante la atónita mirada de su compañero, que se sintió ofendido por el

comentario.

—No, tío —espetó David—, no sucumbas a su poder. ¿Qué será lo próximo? ¿Que nos traiga un mocho para fregar el suelo?

—Venga, tengamos un poco de seriedad —zanjó el tema Marcos con profesionalidad—. ¿Qué ha sucedido, Irene? ¿Ha llegado algún testimonio o pista nueva sobre los atracos?

—No, es una notificación que nada tiene que ver con el caso. Pensé que podía interesarte cuando vi la localidad. —La recepcionista dejó la fotocopia de un parte de suceso sobre la mesa y se marchó, no sin antes ordenarles que recogieran toda la basura y abrieran de inmediato una ventana para ventilar el despacho.

—Claro, y asarnos de calor —murmuró David—. Tío, ¿qué es eso que te ha dado?

—Joder. Es de la aldea en la que veraneábamos Laura y yo cuando éramos unos críos. Esta noche ha desaparecido un adolescente.

—Eso es competencia de la Guardia Civil. Podemos llamar y que nos cuenten algo.

—No, estarán ocupados. Quizá más tarde llame al cuartel o a algún amigo que veranee aún allí. —Estaba pensando en Elena. En un sitio tan pequeño y donde nunca ocurría nada, estarían todos al tanto y, seguramente, participando en la búsqueda.

—Pues a seguir con los vídeos —se resignó David—. ¿Has visto algo?

—Reconozco a uno de ellos en ambos videos, tiene una complexión física y una forma de andar inconfundibles.

—¿El tipo muy alto, de ancha espalda y algo encorvado? ¿El que camina como si fuera un gánster de película?

—Exacto. Y quizá también el que tienes en el minuto cuarenta y tres del video cuatro del atraco al chino, mira cómo coge el arma girando la muñeca, como si jugase a una videoconsola. Idéntico al que tienes en el minuto catorce del video dos de la cervecería. ¿Qué te parece?

—Déjame ver...

La tarde continuó con la redacción del informe que presentaron al comisario.

—Me fío de vuestro instinto. De todas formas, era demasiada coincidencia que hubiera dos robos en una misma semana y con características tan similares. Tenemos una banda criminal de seis miembros, que sepamos por ahora, y que posiblemente vaya a operar de nuevo; suelen ser extranjeros bien organizados y dan cuatro o cinco palos antes de partir hacia otro lugar.

Marcos asintió, dando a entender a Paco que conocía esos datos.

—Suelen trabajar en ciudades más grandes o con más afluencia de turistas.

Que hayan venido aquí solo se explicaría por la poca presencia policial que hay en agosto.

—El botín es muy inferior. En la cafetería denunciaron quince mil euros y en el restaurante chino veintidós mil, pero a saber las cantidades reales, ya sabemos cómo funciona el tema de los seguros y de la justificación de dinero a Hacienda. Pero también son inferiores las posibilidades de atraparles.

—¿Por qué no roban joyerías o bancos?

Los tres miraron a Irene, que no solía participar en las conversaciones, solo tomar apuntes y repartir fotocopias.

—Una joyería tiene cristales blindados —respondía Marcos—, puerta de seguridad que puede cerrarse dejándoles atrapados dentro, joyas que luego tienen que vender rápido a un intermediario perista a un precio muy inferior a su valor, a veces se tienen que enfrentar a guardias armados, alarmas silenciosas. Una joyería es más lento y difícil de atracar, además de no ofrecer dinero en efectivo como un restaurante. Un banco sí tiene dinero en efectivo, pero requiere muchísimo más trabajo de planificación y ejecución. Estos tipos se han especializado en dar golpes rápidos y fáciles que les soluciona la vida durante el año, les proporciona suficiente dinero para vivir bien, con algún lujo, pero con un nulo riesgo de ser atrapados.

—Eso es —añadió Paco.

—Pues vamos a demostrarles que se han equivocado —espetó David—. Quizá no dejen huellas ni tarden más de diez minutos en hacer cada atraco...

—Ni se encuentran luego los vehículos, salvo calcinados en algún solar —interrumpía Marcos.

—Pues sí, pero podríamos recibir un chivatazo, o estar cerca cuando se efectúe el siguiente robo..., podemos anticiparnos o ellos cometer un error. También haremos una lista de los negocios de hostelería que obtienen mejores beneficios, nos pondremos en contacto con ellos para saber cuándo y cómo envían el dinero recaudado al banco, seleccionando los que tengan peor seguridad o se muevan en las horas a las que trabajan los ladrones, de ocho a diez de la mañana si nos basamos en los dos atracos anteriores.

David sorprendió a Marcos y el comisario por su anticipación y la forma efectiva en que había planificado la investigación.

—¿Tendremos suficientes efectivos para esas tareas? —preguntó Paco.

—Asígname a Fran y a Cristina y nos bastaremos entre los cuatro —respondió Marcos

—Ellos están con las denuncias domésticas, no sabéis lo que se multiplican en verano.

—Me hago una idea, pero no conozco la fiabilidad y disposición del resto de

la plantilla, que por lo que veo son muy pocos y están en labores administrativas.

—Está bien, está bien. Hablaré con ellos y veré cómo podrían compaginar ambas labores. No quiero descuidar las denuncias de maltrato, podríamos tener un homicidio y la prensa está a la que salta con esas cosas, sobre todo para echarnos la culpa por no hacer todo lo posible. Como si fuésemos jueces.

—Como si fuésemos jueces, tú lo has dicho.

Ya de vuelta al despacho y sabiendo que el caso podría avanzar, David parecía repuesto del sueño y con más ganas de fiesta que nunca.

—Venid esta noche Laura y tú a tomar algo a Punta Umbría. Un amigo tiene allí un local y Sandra no trabaja, así nos despejamos un poco.

—Tendré que preguntarle. La ausencia de casos importantes ha provocado que la cadena vaya a cancelar el programa, seguro que la trasladan a informativos como reportera. Eso la ha hundido.

—Pues mejor, así se olvida de todo. Tampoco puede quejarse, los reporteros siguen ganando un sueldo más que decente y solo trabajan un rato al día.

—Ya, pero las ilusiones y esperanzas que tenía se han encontrado con un fracaso que no esperaba. Hay quienes solo desean trabajar y punto, otros viven para progresar en sus carreras y se frustran cuando no lo logran.

—Pues está dicho, llámala y dile que nos vamos esta noche a Punta Umbría. Dile que conducirás tú para que los demás podamos cogernos una buena.

Marcos no estaba del todo convencido de la idea de David, pero probaría suerte. Quizá fuese eso lo que necesitaba Laura para salir del piso, donde había despedido a la chica que iba a limpiar dos veces por semana por ahorrar y se pasaba unos días recogiendo y limpiado la casa y otros tumbada en el sofá, lamentando su mala suerte y la ausencia de crímenes escabrosos.

—No te lo vas a creer —Marcos colgó tras hablar con ella y llamó la atención de su compañero—. Dice que perfecto, que necesita bailar y pillarse una borrachera.

—¿Ves? Anda que no te queda nada por conocer de la filosofía humana.

El nombre de Laura en la pantalla del móvil era lo último que esperaba ver tras la interrupción de su siesta. ¿Qué hora era? Las seis y media de la tarde, aún demasiado pronto. ¿Qué coño quería? Javi se incorporó en el sofá, pulsó el círculo verde mientras se desperezaba y volvió a tumbarse. No oyó nada. Entonces cayó en la cuenta de que no había pulsado el botón del altavoz.

—...y creo que podría ser interesante si nos pasamos por allí para averiguar

algo.

—Tranqui, tranqui. No tan rápido, Laura, no sé de qué me hablas. Estoy con el manos libres y solo he oído el final de la conversación.

—Decía que he hablado con Marcos, me ha comentado a modo de anécdota que ha desaparecido un chico en una aldea cercana a Riotinto, donde el año pasado... ya sabes. El caso es que podríamos acercarnos y preguntar a los vecinos y a la Guardia Civil.

—Pero una desaparición no es algo tan importante como un crimen, quizá perdamos toda la tarde para nada. Y aquello está muy lejos.

—No, la aldea está veinte minutos antes que Riotinto. Y perderemos la tarde si nos quedamos en el sofá tumbados como seguro que estás tú ahora. Mueve el culo, te paso a recoger en diez minutos.

—Pero no sabes si la gente nos contará lo ocurrido, podríamos encontrar hostilidad.

—Cállate y deja de poner excusas.

Volver a recorrer la carretera de la sierra le trajo gratos recuerdos. Casi sentía el hormigueo de algo grande sucediendo ante ella, como si de un talismán se tratase, un amuleto que le traería buena suerte de nuevo. Javi iba en el asiento trasero, se esforzaba en ordenar cables, micrófonos, filtros y baterías en sus mochilas. Tuvo que poner a cargar algunas de estas últimas en el mechero del coche porque llevaba una semana sin usarlas y se habían descargado.

—Qué pesadilla.

—¿Cómo dices? —preguntó Laura mientras conducía por una carretera casi desierta.

—Digo que es una pesadilla esto de subir a la sierra en invierno bajo un temporal y ahora volver a hacerlo en agosto bajo una ola de calor.

—No te oigo quejarte de tu sueldo, del contrato fijo ni de la cantidad de tiempo libre que tienes; ni de las dietas o de la libertad de decisión y sin jefes.

—Bueno, ya sabes, cuanto más tiene uno, más quiere.

—Bien, pues calla y trabaja.

—Y luego dices que no tengo jefes... —murmuró.

—¿Cómo dices?

—Nada, cosas mías.

Llegaron a la entrada de la aldea. La casa que llamaban la nueva escuela quedaba justo a su izquierda. No estacionaron allí, había coches de curiosos y el todoterreno de la Guardia Civil obstaculizando el paso, dieron la vuelta y rodearon el cementerio para entrar por el camino de la ribera, así Laura pudo aparcar en la calle de Abajo y llamar a la puerta de Elena sin tener que pararse a

hablar con vecinos y antiguos amigos, no disponía de tanto tiempo y había ido allí con la idea de trabajar.

La última vez que estuvo en la aldea, Elena era una niña de trece años y su hermano David tenía dieciséis. Hoy no abrió la puerta su madre, ni su padre, sino un desconocido.

—¿Sí?

—Buscaba a Elena.

El desconocido no respondió, ya llevaba unos segundos con el semblante cambiado, antes incluso de oír el nombre de Elena. Se apreciaba que había reconocido a la reportera y habría oído hablar de ella en casa.

—Eres Laura Moreno, ¿verdad? —dijo por fin.

Se presentó como Carlos, el marido de Elena, y los invitó a pasar. Atravesaron la vivienda, oscura y fresca como ella recordaba todas las de la aldea, para llegar directamente al patio trasero, donde dos niños pequeños jugaban en una piscina de plástico azul a la sombra de una gran parra. Laura sonrió, recordaba una piscina similar en aquella casa cuando era una niña. Carlos llamó por teléfono a su mujer para decirle que tenía visita en casa y que debía volver lo antes posible. No dijo de quién se trataba por deseo de Laura, no fuera a presentarse medio pueblo cuando ella había ido a trabajar, no a establecer una tertulia interminable sobre su vida ante personas que no veía desde hacía quince años.

Javi parecía mirar la piscina con unas ganas tremendas de saltar a bañarse, pero se conformó con una cerveza fría que le ofreció Carlos mientras esperaban a su mujer.

—¡No me lo puedo creer! ¡Laura! —No había tardado ni cinco minutos en llegar.

—¡Elena! ¡Cuánto tiempo!

—Qué guapa estás. Cómo se nota que trabajas en la tele. ¡Por Dios, qué delgada se te ve en persona.

—También estás muy guapa.

—Sí, seguro que sí. Parezco una fregona con estos pelos y este vestido de verano. Incluso pasaría por tu madre y eso que soy dos o tres años más joven que tú.

—Anda ya, no digas tonterías. Estás fenomenal.

—Pero cuéntame. ¿Qué haces por aquí?

A Laura no le pasó desapercibida la mirada que lanzó Elena a Javi y a la enorme cámara de vídeo que había colocado en el suelo.

Me comentó Marcos lo del chico desaparecido y pensé que quizás tú podrías informarnos. ¿Quién sabe? Tal vez se pueda hacer un programa sobre el caso.

—No me digas. ¿Vamos a salir en la tele? Ahora mismo voy a maquillarme y peinarme.

—Bueno, bueno. No tan deprisa. Primero veamos qué ha sucedido y luego hablaremos con la Guardia Civil. Luego prepararemos un vídeo corto y lo enviaremos junto con la información a la central; ellos decidirán si es de interés para que se convierta en noticia y lancemos una investigación. Yo solo soy una empleada con jefes por encima.

Javi parecía a punto de decir algo o de reír a carcajadas, pero prefirió callarse. Fue Elena la que continuó la conversación.

—Bueno, entonces dime en qué te puedo ayudar.

Ella, al igual que el resto de vecinos de la aldea, estaba al tanto de todo lo ocurrido, así que contó con pelos y señales todo lo que sabía sobre la desaparición de Dani, lo que había hecho el chico la noche anterior, las conductas de los jóvenes en la aldea (que no se diferenciaban de las que ellos mismos tuvieron quince años atrás), el proceso de búsqueda casa por casa y peinando los alrededores del pueblo, y el trato con la Guardia Civil; que, a pesar de no haberse cumplido ni doce horas desde la desaparición, se personaron para ayudar y coordinar las tareas.

El recelo habitual hacia los desconocidos en un sitio pequeño se había hecho más presente que nunca unas horas antes, cuando llegó el momento de almorzar. Todos los vecinos desaparecieron para ir a sus casas, y los dos guardiaciviles debieron conformarse con unos bocadillos que el dueño del bar tuvo el detalle de hacerles. Ángel no podía creer que aún quedasen bares como aquel. Salvando la reforma del baño, que tendría veinte años, el resto parecía haberse edificado a finales del siglo diecinueve. Una hora más tarde, solo la mitad de los vecinos cumplieron su palabra de volver para reanudar la búsqueda. Ángel y su compañero no les culpaban, algunos eran muy mayores, otros niños, habían hecho más que suficiente. Aparte del terreno agreste y lleno de bichos, hacía un calor seco que impedía respirar sin sentir que los pulmones se incendiaban.

Hugo permaneció con el coche en la entrada del pueblo, donde Salvi, una señora muy amable con fuerte acento catalán, le trajo un café y galletas. Otras señoras de las casas colindantes, como intentando competir en hospitalidad con aquella, lo obsequiaron con botellas de agua fresca y otros dulces caseros, además de preguntarle constantemente por si necesitaba algo. Desde allí, Hugo se comunicaba constantemente con Ángel, que había iniciado una búsqueda por

los terrenos más cercanos a la vivienda del chico. Si había tomado aquella dirección cuando fue visto por última vez, lo más probable es que hubiera seguido caminando hasta salir de la aldea y atravesar las parcelas colindantes.

Unos veinte vecinos acompañaban al sargento, entre adultos y adolescentes amigos del chico. Y en cuanto comenzó la tarea, comprendió que no era una buena idea ir acompañado de personas no habituadas a caminar por el campo ni vestidas para la ocasión, algunos iban en chanclas y bañador. Tras saltar el primer muro de piedra, una víbora primero, y un alacrán a los pocos minutos, aparecieron para dar sendos sustos de muerte a dos de los entusiastas exploradores. El calor se sumaba al terreno en pendiente y lleno de piedras, grandes ramas y arbustos secos. Aquello sería complicado sin un equipo de rastreo profesional con perros y un helicóptero, pero desde la comandancia se lo negaban hasta cumplirse las veinticuatro horas desde la desaparición, así que tendría que esperar a las once de la noche, donde la oscuridad y el cansancio de los vecinos habrían mermado las opciones de éxito.

—La siguiente cerca es la de José. Si el chaval se ha quedado dormido allí, se lo habrán comido los cerdos —dijo un vecino a la derecha de Ángel.

—No seas animal, Manolo. Anda que si te oye el padre —le reprendió otro.

—Ahora, en cuanto lleguemos, vais a ver unos hierros retorcidos apoyados en una encina, es lo que quedó de la bicicleta de mi sobrino un día que la dejó apoyada allí. Sin las cubiertas ni los puños de goma, nada más que hierros mordidos.

El sargento se estremeció ante la idea de encontrar restos de ropa que indicasen algo tan salvaje. Aunque sería extraño, ilógico incluso, que el chico se hubiese ido a dormir a un campo seco y lleno de insectos, serpientes, alacranes y cerdos que pudieran hacerle daño; salvo que estuviese ebrio, pero todos sus amigos aseguraron que no habían bebido nada esa noche, que solían hacerlo los viernes y sábados por la noche nada más.

Llamó al cuartel para comprobar cómo iban las cosas en su ausencia, desde allí le aseguraron que no tenían denuncias de vecinos, la mitad del pueblo se había ido de vacaciones y había quedado casi desierto. Ángel les pidió que llamasen a los agentes que estaban de vacaciones y que pudieran estar disponibles de forma excepcional para incorporarse a la búsqueda en cuanto se cumpliese el plazo estipulado en el reglamento.

Prefería no imaginar cómo se pondría Susana cuando la informase de las últimas novedades. Era más que posible que no pudiera regresar a casa hasta la mañana siguiente. Siendo su primer verano como responsable del cuartel, había decidido retrasar las vacaciones hasta septiembre, lo que había enfadado a su mujer por haber pospuesto también el viaje de luna de miel. Todo lo hacía por su

trabajo, nada por ella, y Ángel era consciente de ello, por lo que pasaba más tiempo en casa pidiendo disculpas que durmiendo. Lo de que el trabajo pagaba las facturas y la hipoteca de una preciosa casa, que no se habrían podido permitir si fuese administrativo en la mina, ya no lograba apaciguarla como al principio. Tendría que compensarla de un modo especial para terminar con aquella tensa situación. Quizá un viaje a Roma, ¿tal vez Venecia? Con el aumento de sueldo por el ascenso y las dietas que cobraría si la búsqueda del chico se extendía durante una semana o más, también podría comprarle una bonita pulsera o unos pendientes. Se imaginaba regalándole el estuche forrado de terciopelo mientras bebían champán en una góndola y oían al barquero desafinando una canción romántica. Seguro que Susana no podría resistirse a eso con lo peliculera y sensible que era.

Los que lo acompañaban a varios metros de distancia frenaron para mirarle cuando comenzó a sonar el estridente tono de su teléfono móvil particular. Ángel no podía creer lo que veía en la pantalla, incluso dudó unos segundos antes de aceptar la llamada.

—¿Inspector?

—Apuesto a que soy la última persona que esperabas.

—Pues la verdad es que sí. Han pasado muchos meses.

—En primer lugar, voy al grano para no molestarte, porque ya sé que estás muy liado con la búsqueda del chico, quiero felicitarte por el ascenso.

—Gracias pero...

—Te preguntas el motivo de la llamada. Me enteré de la desaparición esta tarde. Yo veraneaba en esa aldea en mi infancia, conozco a algunas personas allí, por si puedo serte de ayuda buscando colaboradores entre los vecinos.

—No tenía ni idea, bueno, el caso es que todos aquí se han volcado desde el primer momento. Gracias. En principio, seguimos buscando mi compañero y yo, junto a unos treinta vecinos, a la espera de que se cumplan las veinticuatro horas y podamos traer más efectivos, con todo el arsenal de perros, expertos rastreadores y un helicóptero. Ya sabes.

—Espero que lo encontréis y no sea más que una gamberrada.

—Yo también, aunque a estas horas la cosa pinta mal.

—Ya, yo también lo pienso. Habría que empezar a investigar por la aldea si el chico o sus padres tenían alguna rencilla con otros vecinos, si le había quitado la novia a otro chico, y un sinfín más de cuestiones.

—Esperaré a que la desaparición se haga oficial y comenzaré con ello, ya lo tenía previsto. Por cierto, he visto a tu chica, a la reportera. Estaba hablando con una vecina hace unos minutos.

—¿En serio? No sabía nada. Quizá conozca a la familia del chico y haya ido

para dar apoyo moral.

—No lo creo, iba con el cámara.

—**B**uenas noches, estimados televidentes. Regresamos con un nuevo caso que ha conmocionado a la tranquila población de la pequeña aldea de El Pozuelo, ubicada entre Valverde del Camino y Zalamea la Real en la provincia de Huelva. Alrededor de las once de la pasada noche, un adolescente de dieciséis años, Dani, se despedía de su grupo de amigos, con los que pasaba el rato en esta misma plaza que pueden observar en pantalla, para no regresar. Tomó la dirección de su casa pero nunca llegó a ella. Sus padres, amigos y vecinos están consternados y le buscan desde esta mañana por los alrededores.

»Gracias al permiso de los padres, disponemos de esta fotografía reciente, por si alguno de los espectadores pudiera localizarle. Como ya les he dicho, responde al nombre de Dani, mide metro setenta y cinco y tiene una complexión delgada. Anoche vestía un pantalón negro y una camiseta de mangas cortas blanca. Quizá se muestre desorientado.

»Dentro de una hora y media, la búsqueda se hará hecho oficial y el sargento Ángel Díez del cuartel de la Guardia Civil de Riotinto nos ha comunicado que buscarán al chico con todo el equipo de rastreo de que disponen, incluso esperan la llegada de un helicóptero desde la capital.

»A continuación les mostraremos las declaraciones de algunos vecinos que conocen al chico y podremos hacer una reconstrucción de todos los pasos que siguió desde que abandonó a su grupo de amigos. Devuelvo la conexión al plató durante unos breves minutos sumándome al deseo de que Dani aparezca sano y salvo.

La retransmisión en directo había salido fenomenal, a pesar de sentir el sudor que corría por su espalda. Ya había olvidado el clima seco de aquella aldea, en la que hacía un calor infernal algunas noches de verano y un frío insoportable otras. No haber llevado una ropa más adecuada fue un error de novata imperdonable, quizá no se hubiese notado si Javi la había grabado todo el tiempo con primeros planos, porque las axilas las llevaba muy perjudicadas. Pero aquello no fue lo peor, unas horas antes tuvo que mantener una conversación incómoda.

—No me habías informado sobre tu decisión de ir a la aldea.

—No pensé que te molestase, Marcos. Solo fui a echar un vistazo, ver qué se cocía por aquí. Pensé que estaría media hora y volvería a casa, pero no imaginas la que hay montada. Toda la aldea, los chalés de los alrededores, incluso gente de

aldeas y pueblos cercanos, han venido para ayudar en la búsqueda. Es lo mejor que me ha sucedido en meses.

—No hables tan alto, es un tema delicado y algún vecino podría oírte. Imagina si el chico aparece muerto.

—Tienes razón. El entusiasmo me puede.

—He cancelado lo de la noche con David y Sandra. Parece no importarles, pero seguro que no es así, ya estaban arreglados para salir.

—Seguro que se las arreglan sin nosotros. De todas formas, les llamaré para pedirles perdón.

—¿Vendrás esta noche a casa a dormir?

—El hermano de Elena no está en la aldea, ni sus padres, así que me ha cedido un dormitorio y un sofá para Javi. Me acostaré a las mil, quizá regrese a la capital por la mañana.

—Ya lo imaginaba.

—¿Por qué no te vas con David y Sandra a tomar algo? Lo necesitas también.

—No sé, ya veré. Estoy cansado.

Laura colgó con una sensación de culpa en el pecho. Debió avisarle y que no se enterase por terceras personas. Marcos había estado casi más preocupado por ella en las últimas semanas que ella misma. No le habría costado ni diez segundos mandarle un mensaje con sus intenciones, además de cancelar la cita de la noche con un tiempo más razonable. Ya pensaría en la forma de compensarle cuando pasasen unos días, quizá el fin de semana con una escapada romántica.

—¿Estas lista? —Javi se impacientaba.

—Sí, vamos a buscar al sargento de la civil para seguirle en las labores de búsqueda.

—No parece muy contento con que estemos encima de él todo el rato.

—Pues que se fastidie, estamos en mitad del campo, no puede impedirnos caminar a su lado.

—¿Tú qué crees?

—Es algo lógico, a nadie le gusta tener una cámara grabándole mientras hace su trabajo, más aún cuando uno lleva tantas horas como ese sargento ha pasado aquí en la aldea, seguro que tiene una familia que le echa de...

—No, me refería a si crees que el chico aparecerá tras una escapada o asesinado en un barranco.

—Joder, no hables tan alto.

La oscuridad y el silencio lo invadían todo. Creando un incómodo vacío de sombras lejanas y superpuestas en su mente.

Había despertado horas antes, sin saber precisar en este momento cuánto llevaba allí encerrado, y seguía llamando sin parar a quien pudiera oírle. Sentía sangre seca y dolor en las muñecas por tratar de deshacer los nudos de las cuerdas; pero, a pesar del daño, algo en su interior le impedía dejar de intentarlo una y otra vez. Se había orinado encima mientras estaba inconsciente y tenía más hambre y sed de los que recordaba haber padecido en toda su vida. La suciedad sobre la que se sentaba y el hedor no eran tan preocupantes como la humedad del lugar y la oscuridad. Sí, una oscuridad que lo consumía todo, para luego traer recuerdos, miedos, deseos de libertad, aquello que no podía tener a su lado, como su familia, amigos, su moto, chicas, el sol... Solo una incómoda silla, el dolor de tripas y de manos y la desesperación creciendo hasta hacerse tan grande como un monstruo que deseara devorarlo sin tener en cuenta sus ruegos y llantos.

Las primeras horas pensó que se trataba de un escarmiento por parte de su padre, que no veía con buenos ojos esa actitud de estar con una chica diferente cada semana, cada día. Algunos vecinos, principalmente los padres de las niñas, se habían quejado por su comportamiento. Claro que era improbable, por no decir imposible, que su padre le golpease hasta dejarle inconsciente.

Luego pensó que debía tratarse del padre de alguna de las últimas chicas con las que se había liado. A ver... Eva, Marta, Jessy... ¿En ese orden? Bueno, eran esas tres. El caso es que sus padres, ajenos a todo lo que no fuese descansar y olvidar su trabajo, parecían demasiado pacíficos como para hacer algo así. Y desde luego que no podía tratarse de sus colegas, no tendrían la fuerza suficiente para trasladarle rápido y con sigilo hacia el sótano o nave en la que estuviese encarcelado. Quizá si se hubiesen aliado entre varios... No, aquello sonaba demasiado peliculero.

El responsable debía de ser algún perturbado mental o un secuestrador que quisiera pedir un rescate a sus padres. Y esperaba que no tardase mucho más tiempo en liberarlo porque se estaba muriendo de hambre y sed.

Por lo incómodo de la situación, desnudo y atado a la silla metálica durante tantas horas, no creía que hubiera nadie preparado para soportar semejante experiencia, pero había visto suficientes películas como para saber que debía mostrarse dócil y participativo para no provocar castigos físicos que empeorasen su situación. Incluso lograr hablar con su captor o captores y así lograr una amistad que desembocase en un trato más humano, incluso el arrepentimiento

por haberlo secuestrado. Quizá lo soltasen si se mostraba amigable y afligido.

Estaba a punto de desfallecer de cansancio cuando el sonido de un cerrojo metálico hizo que su cuerpo se tensase por completo, haciendo un último y fútil intento de soltarse de las amarras. Una luz muy débil se encendió sobre una puerta a su izquierda, solo pudo adivinar la silueta en la penumbra de quien entró, no le resultaba familiar. Olvidó todo lo planeado y chilló como nunca antes, gritó insultos y exigió su liberación hasta que pensó que iba a estallarle el pecho, o quizá hasta que recibió un nuevo golpe en la cabeza, que no le hizo perder el conocimiento pero sí acabó con sus fuerzas y sus ganas de rebeldía.

No sabía si era hombre o mujer, solo que acercó un vaso con sopa caliente y él la sorbió a través de una pajita con la vehemencia de la desesperación que le provocaba el hambre. El sueño llegó igual de rápido, ni siquiera tuvo tiempo de hacer una pregunta más o de ver desaparecer a su captor.

11 de agosto de 1998

¿Cuántos días hacen falta para perder por completo la noción del tiempo? Ella era demasiado pequeña aún para hacerse preguntas como esa, pero no para sufrir los efectos de permanecer encerrada en la más absoluta oscuridad y silencio. Llevaba horas, o quizá días, sintiendo como la voz interior de sus propios pensamientos crecía hasta superar en volumen a la suya propia. Esa voz lloraba sin cesar, y formulaba constantemente preguntas en nombre de las dos, porque esa fuerte niña nacida en su interior protegería a ambas y nunca la abandonaría.

¿Dónde estamos? ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde están papá y mamá? ¿Por qué no nos dejan salir? ¿Hemos hecho algo malo? ¿Quién es el señor que viene de vez en cuando?

¿Era una persona o un monstruo? ¿Había salido del armario o de debajo de la cama, como decía su abuela que ocurriría si se portaba mal? ¿Se había portado mal? No lo recordaba. Aquel monstruo, porque había decidido que lo era, la hacía llorar, a pesar de las caricias y los besos que le daba sin cesar por todo su cuerpo desnudo. Sintió ganas de vomitar de nuevo al recordar el olor de su saliva.

Jamás olvidaría la primera vez que tuvo que soportar su compañía, las tres siguientes ya sabía a qué atenerse, otra cosa era sentirse preparada para repetir el juego... La sola presencia del monstruo, tan grande y moviéndose en silencio bajo la penumbra, hizo que no pudiese más que temblar ante quien sabía que no era su padre ni su abuelo, la forma de moverse, el olor personal de su cuerpo, no, no le era familiar. Tras unos instantes de incertidumbre, preguntó quién era y por qué estaba allí encerrada, no obtuvo respuesta. Comenzó a llorar y gritó las mismas preguntas. Entonces sintió el impacto y el abrasador fuego que brotó de su cara, la bofetada la hizo caer al suelo.

Se había portado mal, había sido una niña maleducada.

El monstruo la ayudó a ponerse en pie y le susurró que todo saldría bien y que volvería con sus padres si antes se portaba como una niña buena. Ella, con todas sus fuerzas, trató de no llorar mientras sentía sus ásperas manos recorriendo su cuerpo, y de no gritar al percibir súbitamente su boca tan cerca de la suya.

Quizá todo aquello fuese producto de su imaginación, ya que comenzaba a olvidar ese momento, y las tres visitas siguientes, como si los contemplase a

través de la densa bruma de los sueños; quizá seguía sumida en una pesadilla interminable y nadie lograba despertarla desde el otro lado; quizás esas cosas malas le ocurrían por haber hecho algo malo que no recordaba. Quizá...

Tras aquel momento, que ya no sabía si había sido real o no, y que la hizo vomitar cuando se encontró de nuevo a solas, impidiendo que pudiera probar bocado del plato que el monstruo había dejado a sus pies, se acostó sobre la manta abrazando sus rodillas. Tardó una eternidad en lograr conciliar el sueño, el dolor por los golpes que llegaron tras el extraño juego le producía un picor insoportable por todo el cuerpo, aunque no era tan desagradable como el que sentía en sus entrañas. El ritual se repitió en las visitas posteriores, salvo porque, antes de comenzar a jugar con ella, el monstruo la bañaba con agua tibia y jabón, tomándose su tiempo para asegurarse de que estuviera limpia. Las caricias y besos llegaban justo después, aunque cada vez parecía querer más; su respiración iba haciéndose más sonora con el paso de los minutos y acababa gritando de un modo extraño antes de cesar en su pegajoso y repugnante juego. La última vez, hacía solo unos minutos, había hecho cosas nuevas que jamás sería capaz de contar a nadie, ni a su madre. Y para terminar, como siempre, la había golpeado con fuerza; como si dejase de quererla de repente para comenzar a odiarla. Como si se hubiera portado mal sin ser consciente de ello.

Lloró durante horas.

—¿Mamá? ¿Dónde estás? —No sabía si era ella o su voz interior la que preguntaba, pero lo hacía sin poder contener el llanto— ¿Por qué me has abandonado?

VIERNES

10 de agosto de 2018

Algo de brisa fresca ofrecía el puerto de Huelva, un alivio tras las últimas noches de bochorno. Marcos y Paco dejaron a la espalda el bar La Cantina, donde habían tomado el primer café de la mañana. Caminaban en silencio a una hora demasiado temprana aún para comenzar su jornada laboral. Las farolas iluminaban el paseo del puerto al tiempo que el horizonte mostraba una fina línea azulada que separaba el cielo del mar, ambos aún dormitando. Marineros y comerciantes se cruzaban a toda prisa para ultimar las ventas de género para el fin de semana y el olor a pescado en la zona era más intenso de lo que los policías habían imaginado cuando decidieron caminar en aquella dirección. Barcos rezagados aparecían con su carga desde el horizonte, apresurados para no arruinar una noche de trabajo, mientras las gaviotas se daban un festín con los desperdicios que arrojaban los pescadores tras limpiar el género. En algunos momentos, el estruendo que provocaban era ensordecedor.

—Chico, no me he despertado tan pronto desde hace décadas, salvo para salir a pescar, claro.

—Lo siento mucho, Paco, no quería importunarte, pero era necesario. Yo tampoco he podido dormir en toda la noche.

—Pues ya me dirás. Supongo que vas a dimitir o trasladarte a otro punto donde haya más acción. No tengo ni idea, pero debe de ser algo muy importante para haberme llamado a esa hora de la noche. No creo que algo relacionado con el caso de los robos no pudiese esperar a las nueve. Bueno, salvo que me digas que eres tú el jefe de la banda de atracadores.

Marcos no se inmutó, no estaba para bromas. El comisario lo comprendió y prefirió darle tiempo para que soltase lo que fuera que llevase dentro.

Se sentaron sobre una gran caja de madera, contemplando la paleta de azules oscuros con la que el amanecer estaba dibujando el escenario de la ría, surcada a esa hora por pequeños barcos blancos que llegaban tardíos con su carga a esperar la inspección del práctico del puerto. El silencio hubiese sido la guinda del pastel ante un panorama tan bello, pero las gaviotas no se mostraban dispuestas a cooperar.

Con la misma intensidad que el olor a pescado y el griterío de las aves arañaban los sentidos, el secreto que escondía Marcos quemaba su pecho tras disfrutar desde hacía nueve meses de una situación laboral y afectiva que sentía no merecer. El inspector llevaba demasiado tiempo cargando con un pesar que ya no podía soportar. Había barajado durante los últimos meses la posibilidad de confesarse ante las personas más cercanas a su entorno: su hermana Rosa, Laura y su compañero David, pero no sería justo hacerlo sin comenzar con su jefe. Paco debía conocer la verdad sobre el pasado de aquel héroe condecorado que llegó desde Sevilla, debía estar al tanto de la realidad y las mentiras y obrar en consecuencia. Lo que decidiese hacer Paco a partir de aquel momento, sería asumido por Marcos con obediencia.

Como si de un volcán contenido durante milenios se tratase, soltó todo lo que llevaba dentro con pelos y señales, narrando lo sucedido aquella fatídica noche un año atrás. Su mala decisión, la muerte de su compañero como resultado, el miedo a perder su trabajo cuando realizó el informe y su intento por rechazar la medalla; la petición de traslado a los tres meses para salir de allí ante la imposibilidad de volver a patrullar aquellas calles, las pesadillas posteriores. Paco asentía mientras observaba a los barcos pasar, quizá por respeto a Marcos y que no se sintiese intimidado o porque comprendía, tras tantos años de servicio, el duro trabajo mental que requiere aceptar los errores y pasar página tras las muertes de los compañeros.

El inspector terminó, vaciándose de secretos y miserias, y un silencio mortecino se extendió durante largos minutos.

—¿Y bien? ¿No dices nada? Entenderé que quieras degradarme, denunciarme al Ministerio o suspenderme.

—Chico, no digas tonterías.

Marcos lo miró sin comprender.

—Soy un fraude.

—¿Y quién no lo es? Si tuviese que suspender a cada agente o inspector que siente miedo ante alguna situación, que comete un error, que pierde a un compañero..., no habría nadie en la comisaría. Somos humanos y debemos vivir con lo que arrastramos al hombro. Has sido muy valiente al decirme todo esto, ninguno en la comisaría hubiera tenido los cojones de hacerlo.

—Llevarlo dentro durante todo un año ha sido complicado, sobre todo cuando comencé a sentir que aquí volvía a tener una familia entre los compañeros. Quería que fueras el primero en saberlo. Pero no esperaba que te lo tomaras como si no importase.

—Claro que importa, pero solo a ti. Eres tú el que cargará con ello hasta que comprendas que no es tan importante.

—¿Cómo no iba a serlo?

—Me refiero a que llegará un momento en tu vida, quizá cuando tengas mi edad, en el que comprenderás que todos nos exponemos a recibir un disparo en una puta noche de lluvia, a morir y dejar esposa e hijos llorando. Que la culpa no es de nuestro compañero, que su obligación no es la de salvarnos la vida, sino resolver el caso, detener al criminal. Que cada uno debe salvar el culo como pueda.

Marcos le miraba atónito.

—Vamos, hijo, no es para tanto. Hacer hermandad con el compañero es un código interno, un acuerdo que salva muchas vidas, pero cada policía está adiestrado para cubrirse sus propias espaldas y es consciente de lo que debe hacer. No espero que lo comprendas aún, pero me alegro de haber sido el primero en oírlo, porque quiero ser también el último.

—¿Cómo dices?

—No quiero que se sepa en la comisaría. Podría afectar a tus compañeros.

—Pero no es justo que...

—Aquí no se valora lo que es justo o no, sino el impacto que podría generar. En la comisaría te consideran todos un ejemplo a seguir, un héroe, un gran policía que resuelve casos imposibles, que venga a su compañero muerto en acto de servicio. Ellos te necesitan tal como te ven ahora, como un referente. ¿Sabes cuántas peticiones para examinarse y ascender recibía al año antes de llegar tú? ¿Quieres saber cuántas he recibido en estos nueve meses que llevas con nosotros? Tus compañeros hacen horas extras sin que nadie se lo pida, antes protestaban cuando se les sugería invertir una noche o un fin de semana en un caso. Todos te miran al entrar y al salir y envidian a David por ser tu compañero.

—No he percibido nada de eso que me cuentas.

—Eso no quiere decir que no suceda a tu alrededor. Confía en mí y sigue haciendo tu trabajo como sabes. Y prométeme que no se lo contarás ni siquiera a David.

Marcos miró al comisario tratando de ver más allá de su semblante serio, incluso autoritario en esos momentos, pero no pudo ver más que experiencia y un consejo objetivo que tal vez necesitaba aunque ni siquiera lo sabía. Regresaron paseando a la comisaría mientras charlaban sobre los avances del caso de los robos.

Sentía un dolor lumbar tan grande que evitó desperezarse por si se partía su espalda en dos. Había olvidado que las casas de pueblo siempre heredan los

colchones de las viviendas principales; en algunas ocasiones estiraban su vida por encima de los treinta años. Al menos todo olía a limpio y no a naftalina como las camas de sus abuelos cuando veraneaba allí. ¿Qué era eso? Llegó a su olfato el aroma de tostadas recién hechas y café, además del trajín de cacerolas en la cocina, aquello indicaba que empezaban a preparar el almuerzo en la casa, serían las doce o casi. Si se acostó a las ocho de la mañana... ¡maldita sea! No había logrado dormir ni cuatro horas.

Laura tomó su teléfono móvil de la mesita, entraba algo de luz por la ventana, pero todo seguía sumido en penumbras y un olor a muebles antiguos que la puso nostálgica. Las once y cuarenta y siete se leía en la pantalla. Tenía dos mensajes de Marcos, que contestó con un: <Estoy bien, estuvimos buscando al chico toda la noche sin resultados, luego te llamaré>.

Salió del dormitorio, tras vestirse y hacer la cama, y vio a Javi roncando en el sofá del salón; ni la luz, ni el ruido ni un terremoto le despertarían. Qué envidia. En la cocina encontró a Elena junto a su madre, hacía siglos que no la veía y eso se reflejaba en su piel, su mirada y su forma de moverse. También había otras señoras que no conocía. Elena tuvo que percibir su azoramiento, porque le pidió que la acompañara al patio con una pobre excusa, donde se sentaron ante un café bien cargado y unas magdalenas. Los hijos de Elena ya llevarían horas jugando allí, se adivinaba por el estado de suciedad de sus rodillas y manos y por cómo lo habían desordenado todo, incluyendo las macetas de su abuela, con las que habían confeccionado una especie de fortín.

—Tantos años de tranquilidad no sirven de nada —dijo Elena mientras miraba a los niños—. Llega un suceso como este y la seguridad desaparece en un suspiro.

—Pobres, echarán de menos estar en la calle —dijo Laura.

—Echan de menos la libertad, como la que teníamos nosotros. No solo para estar en la calle, también para ir a los dólmenes, a la ribera, a la estación... sin que sus padres se preocupen.

—Bueno, creo recordar que, siendo muy pequeña, estuvimos una temporada sin que nos dejaran salir de casa. Aunque no me hagas mucho caso, quizá sea el cansancio y el sueño. A ver si tu café logra devolverme a la vida. —Laura sonrió sin ganas, aquel recuerdo de su niñez no fue dulce.

—Tu compañero necesitará un bidón.

—Déjalo dormir, así estará de mejor humor luego. Espero que tengas toneladas de magdalenas y tostadas, no sabes cómo desayuna... Tendré que compensarte con una buena compra en el supermercado.

Ambas rieron. Por un momento, solo un breve instante, parecieron volver a la infancia. Las risas de los niños jugando, que eclipsaba el canto de las

chicharras, el sol del mediodía tamizado entre las hojas de la parra, el momento de relax ante el café. Solo un instante.

—¿Se ha sabido algo durante estas horas? —preguntó la reportera sin poder desviar sus pensamientos del caso que la había llevado de nuevo hasta allí. Quizá Elena se hubiese enterado de alguna novedad.

—No, aún no se ha encontrado a Dani. Y eso que no para de llegar gente desde fuera, incluso de la capital. No creo que tarden mucho en dar con él si sufrió un accidente, aunque deberían mirar en lugares más complicados como la ribera o el camino de la caldera.

—Recuerdo que cuando era pequeña fuimos una tarde después de comer a la caldera y volvimos destrozados. Abejas, serpientes, hierbajos secos que arañaban, rocas y paredes de piedra que tuvimos que saltar; y al final no había agua para bañarse. Más de tres horas entre ir y volver, sin llevar agua, como solíamos hacer para ir a todas partes. Nos podía haber pasado de todo.

—La inconsciencia de la edad.

—Ya te digo. —Laura rompió su dieta comiendo una magdalena. Se la merecía.

—Quizá sea eso lo que ha ocurrido ahora, que la realidad ha llegado de golpe a la aldea. Una imprudencia al marcharse solo a la aventura. O la crudeza y la locura de los criminales que andan por ahí sueltos. Tal vez Dani se cruzó con un perturbado.

—Es pronto para pensar algo así de fuerte, ¿no crees?

—Quizá el perturbado sea de la aldea. El chico picoteaba entre las niñas como si una abeja se diese un festín entre flores. Quizá algún padre...

—¿Le has comentado eso a la Guardia Civil?

—No, supongo que ya lo habrán hecho otros vecinos.

—Sí, tienes razón. En fin, no quiero molestarte, despertaré a Javi para que desayune mientras yo pregunto al sargento por las novedades. Así podré marcharme a Huelva para ducharme, cambiarme de ropa y hablar con Marcos. Te agradezco mucho lo que has hecho por nosotros, más aún con todo este jaleo.

—Ya sabes cómo son los veranos aquí, tan tranquilos que se agradecen los momentos de actividad que surgen de improviso.

Laura lo sabía, no había olvidado lo intensamente que se vivía todo allí, a pesar de que daba la sensación de haberse parado el tiempo. Cambió de tema.

—¿Vienes a menudo?

—Cada dos fines de semana, más o menos. También unos días en Semana Santa y en Navidad. Los niños disfrutaban tanto y el clima es tan sano comparado con la capital.

Laura asintió, aunque no tenía esas necesidades y deseos, la vida la había

llevado por un camino diferente, uno en el que aún ni se planteaba tener hijos y salir al campo con ellos. ¿Quién sabe si en un futuro?

Sacudió la cabeza para eliminar esos pensamientos y fue a despertar a Javi, al que zarandeó sin piedad y espetó: «tienes veinte minutos para desayunar y estar listo en el coche». Luego salió por la puerta en busca del sargento de la Guardia Civil.

En verano solía haber mucho menos trabajo, pero reducirse la plantilla al cuarenta por ciento por vacaciones significaba tener que llevar dos casos al mismo tiempo, lo que imposibilitaba hacerlos con plena efectividad. ¿Qué pensaba el comisario? No podrían estirar las horas ni asistir a dos lugares a la vez. Fran estaba muy enfadado los últimos días y lo pagaba dándole una charla sindicalista en la cocina a David y a Jorge, otro compañero. Cristina los observaba desde la distancia, a través del tabique de cristal, sentada ante su mesa y con el auricular del teléfono marcando tonos en el oído.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Te prometí llamarte a diario. ¿Qué tal estás? ¿Va todo bien?

—Sí, aunque no puedo hablar en este momento, Cristina.

—¿Está tu pareja en casa? ¿Está bebido o agresivo?

—No tiene un mal día, pero puede enfadarse si sabe que hablo con la policía.

—Está bien, no te molesto más, pero llama a este número o al de la tarjeta que te di si necesitas contarme algo. ¿De acuerdo?

—Sí, gracias.

Se oyó como la chica colgaba desde el otro lado y Cristina volvió a observar a Fran, hacía aspavientos en su dirección. Seguro que hablaba de ella. No necesitaba estar allí ni saber leer los labios para comprender que estaba enfadado por verla «más de diez horas al día cargando con la enorme barriga en un trabajo tan peligroso. ¿Quién se haría responsable si perdía el bebé?». Repetía aquellas palabras más de diez veces al día desde hacía dos meses.

Esgrimió una sonrisa. No, esa vez no se enfadaría con él por protegerla, debía sentirse feliz y orgullosa por tener una pareja que se preocupaba por ella. Está bien ser autosuficiente e independiente, pero tener personas a tu alrededor que se desviven por ti tampoco está nada mal. Debería enfadarse si a él no le importase lo más mínimo que tuviese un accidente, o que se agotase con tan duro trabajo cargando con el exceso de peso y el dolor de espalda y pies. Por si todo eso no fuese suficiente, cada noche de los últimos cuatro meses, regresando ambos cansados a casa, limpiaba, recogía y cocinaba en casa. El reparto

equitativo de tareas domésticas había sido asumido por Fran al completo, a pesar de las quejas feministas de ella.

¿Cómo iba a enfadarse si la trataba así? Ya se lo decían su madre y sus hermanas: «aprovecha ahora, quizá dentro de unos años echas de menos estas atenciones».

—Venga, gruñón. No te quejes tanto y vamos al despacho de Marcos. Tenemos reunión. —Asomaba la cabeza por la puerta de la cocina, interrumpiendo la charla y haciendo que Fran diera un respingo.

—Oye, que también es mi despacho —protestaba David.

Marcos cedió su sillón a la chica nada más verla entrar y se sentó en el borde de su mesa. Ella insistía sin éxito en que podía usar una de las sillas destinadas a visitas y entrevistas.

—Solo serán unos minutos —zanjaba el inspector—, no los perdamos con protestas y cortesías. El tiempo apremia.

Paco apareció en ese momento y se acomodó en silencio al fondo, junto a David y Fran. Irene no dio señales, detalle que todos percibieron.

—No te esperaba Paco. Podemos ir a la cocina, allí no estaremos tan apretados.

—Olvídalo, en la cocina hace más calor.

—Bien, pues entonces empezaré con los informes —nadie objetó nada y Marcos prosiguió—. Hemos unificado las dos denuncias en un solo caso tras averiguar que la forma de actuar, la ropa, las armas y el número de delincuentes eran idénticos, pero sobre todo por reconocer a dos de los asaltantes en ambos atracos a pesar de los pasamontañas. No tenemos pruebas para seguir su pista porque no han dejado huellas ni existe reconocimiento facial; incluso han quemado las furgonetas usadas en los asaltos para destruir cualquier rastro. Una se encontró a las afueras de la barriada Perez Cubillas y la otra cerca del estadio Nuevo Colombino.

—Podríamos interrogar a los directivos del Recre —interrumpía David. Los demás lo observaron con curiosidad.

—¿Cómo dices? —preguntó Marcos.

—Hombre, la furgoneta aparece al lado de su estadio y ellos tienen una deuda que necesita financiación urgente.

Todos callaron, aún era demasiado temprano para valorar las bromas del subinspector. Paco suspiró hondo y le lanzó una mirada asesina. A continuación, Marcos continuó con su exposición.

—Sin pruebas, indicios, testigos..., solo podemos anticiparnos a su próximo movimiento. Huelva tiene más de dos mil establecimientos de hostelería, pero si descontamos los que están cerrados por vacaciones, los que son muy pequeños

(tipo kiosco a pie de calle), y los que están en lugares de difícil acceso y fuga en coche, como la plaza de Las Monjas, Calle Concepción y zonas similares, nos quedan unas dos docenas que he anotado aquí —señalaba un folio sobre su mesa—. En realidad había algunos más, pero me he quedado con aquellos que atracaría yo; basándome en los beneficios que hacen y lo fácil que es largarse a toda prisa después de aparcar en plena puerta.

—No podemos vigilarlos cada mañana, no podemos destinar dos docenas de patrullas a proteger a diario esos bares. No somos una empresa de vigilancia privada —protestó Paco.

—No, pero podemos avisarles y aconsejarles que cambien sus rutinas. Si los atracadores han estudiado los horarios de los próximos locales, pero llegan y se los encuentran cerrados o sin dinero en la caja, estaremos frenándoles y, aunque no les detengamos, al menos les arruinaremos los golpes. Poniéndoles trabas, se verán forzados a abandonar de la ciudad.

—Lo que quieres decir es que vayamos a pedirles que cambien los horarios de carga y descarga y limpieza del local, aparte de sugerirles que tengan la menor cantidad de dinero o que estén alerta para tener las puertas cerradas con la máxima seguridad mientras realizan esas tareas en el interior.

—Correcto, Cristina.

—Pero pueden elegir tomarse la justicia por su mano. Quizá se enfrenten a los asaltantes —añadió Fran.

—No creo, no estamos en los Estados Unidos. Aquí nadie se enfrenta a un comando armado y menos por un dinero que les repondrá el seguro en pocas semanas —aseguró David. Todos conocían que había sido copropietario de una discoteca, así que no le cuestionaron, sabía de lo que hablaba—. Los camareros, cocineros y reponedores, que cobrarán unos ochocientos euros como mucho, no van a sacar un arma para liarse a tiros y arriesgar sus vidas. Ya no digamos que conseguir un arma aquí no es tan fácil como ir al supermercado.

—Bien, entonces nos repartiremos la tarea y avisaremos hoy mismo vía teléfono a los encargados y propietarios de estos locales. Añadiré algunos más por seguridad.

—¿Eso es todo? —preguntó el comisario.

—En lo relativo a este caso, no podemos hacer mucho más. Confío en dificultarles la tarea y que cometan un error, que tarden mucho más en cometer el siguiente atraco o que la llamada de aviso se efectúe antes y podamos atraparles en el acto o tras perseguirles. Con el poco tráfico que hay en verano y llevando ellos una furgoneta cargada con seis personas, sería difícil que se nos escaparan.

—Podemos patrullar todos los efectivos que estamos en activo por las

mañanas, observando las furgonetas que circulen a esas horas —propuso Fran.

—¿A la hora de carga y descarga? Olvídalo. A esas horas hay más furgonetas que coches. Salvo que fueran con los pasamontañas puestos y a toda velocidad, saltándose semáforos, sería como buscar una aguja en un pajar. Eso no quita que podamos patrullar a esas horas para cumplir con otras llamadas y denuncias. ¿Quién sabe? Lo que no quiero es que alguien se haga el héroe. Si os encontráis con un atraco, usad el procedimiento: llamada a todas las unidades para pedir refuerzos y cortar el paso de su vehículo con el coche patrulla, o disparar a las ruedas si eso no pone en peligro las vidas de inocentes. ¿Entendido?

Todos asintieron y Paco abandonó el despacho. Marcos repartió el listado de locales para hacer las llamadas.

Por muy temprano que llegase cada mañana a la playa, siempre había niños gritando y corriendo. Durante los últimos años, se había preguntado en varias ocasiones si estaría ya preparada para tener hijos, hasta que llegaba el verano para recordarle cómo los detestaba. A ver si con un poco de suerte su hermana le proporcionaba un sobrino o sobrina para saciar su escaso instinto maternal. Era lo bueno de ser tía en lugar de madre, que podía devolver al monstruito en cuanto la cosa se pusiera difícil.

Nuria observó la cantidad de gente que ya se encontraba a su alrededor, otro día más se quedaría sin poder quitarse la parte de arriba del bikini; a pesar de que Inma no podría verla y tener un ataque de celos, ya que no bajaría a la playa hasta pasadas las doce del mediodía. Tanto quejarse durante el año por el horario de tarde de la agente de policía, incompatible con el suyo de mañana en la oficina bancaria, y cuando por fin disponían todo un mes de vacaciones parecía no querer pasar nunca más de dos horas seguidas junto a ella.

Inma disfrutaba más de las noches de Islantilla, le encantaban los locales y su buen ambiente, a pesar de que Nuria prefería no usar esa palabra ni tener que ir siempre a garitos con público gay. Que estuviese enamorada de otra mujer no significaba que no pudiera relacionarse, tener amigos o salir de fiesta con heterosexuales. Inma estaba cada vez más paranoica y falofóbica, palabra que odiaba, pero que la definía a la perfección. Bueno, aún quedaban más de veinte días de vacaciones para encauzar un poco la diversión hacia un punto en el que disfrutasen las dos por igual.

Hablando de diversión, Nuria pensó en llamar o mandar un mensaje de móvil a Cristina para ver qué tal llevaba el embarazo y cómo le estaba sentando trabajar con tanto calor. Se levantó de la silla y colocó esta bajo la sombrilla.

Todavía el sol no castigaba tanto como lo haría en menos de dos horas, pero prefería estar a la sombra, se sentía allí con más intimidad y aprovecharía para beber agua.

La respuesta de su compañera al mensaje llegó a los pocos segundos, provocándole una carcajada. Miró en todas direcciones con azoro, pero nadie parecía haberla oído. Multitud de críos jugaban en la orilla y otros más mayores gritaban y corrían tras un balón de fútbol. Podría ponerse a cantar a pleno pulmón y casi nadie lo notaría.

<Aquí como siempre: David contando chistes guarros, Paco gruñendo, Irene en plan madre de universitarios, Fran colocando algodones a mi alrededor... ¿Te imaginas un verano mejor? Quiero vender un guión a alguna teleserie. Me haré rica desbancando esa de la comunidad de vecinos>

Nuria contestó:

<Yo estoy debajo de la sombrilla en mitad de Mordor. Puñeteros críos alrededor gritando. Inma sobando en el apartamento. Anoche me entraron cuatro veces en el garito al que fuimos, solo había mujeres... bueno, al menos lo parecían>

La respuesta de Cris fueron cinco iconos llorando de risa.

Nuria suspiró al comprobar que había contado los días para que llegasen las vacaciones, y ahora que las disfrutaba, echaba de menos la vorágine del trabajo en la «oficina».

Guardó el teléfono y colocó la silla de nuevo al sol, ya se empezaba a notar el picor en la piel. Empujó el respaldo hacia atrás y se puso los auriculares del mp3. Rezó para que ninguno de aquellos adolescentes le diese un pelotazo o se lamentaría por no haber llevado su arma reglamentaria en el capazo.

¿Qué importaban el hambre, la sed, el cansancio o el sueño? Todo quedaba en un segundo plano. Cualquier pensamiento que en otra circunstancia hubiera significado pesar, vergüenza o sacrificio, adquiriría otro color, otro cariz ante la pérdida de su niño bonito. La vida le había arrebatado todo lo que tenía, lo que más quería, y no sabía qué había hecho para merecerlo ni qué podía hacer para volver a su estado anterior.

Irene observó su reflejo en la superficie de la puerta del frigorífico, tenía entre las manos el tercer café de la mañana. ¿Quién era aquella señora? ¿Cómo había pasado tan rápidamente de ser una niña flacucha y sonriente a convertirse en la ajada y triste mujer que tenía ante sí? ¿Había sido su vida como esperaba años atrás?

En su momento, dudó de la posibilidad de ser plenamente feliz al lado de Moisés, y no se trataba de la diferencia de edad, diecinueve y treinta y siete años respectivamente cuando se conocieron y decidieron casarse a los pocos meses, sino de la posibilidad de darle un hijo con el paso de los años. Las dudas se disiparon en cuanto quedó en cinta durante la propia luna de miel. No había pensado en tener hijos hasta pasados los treinta y así disfrutar de una juventud prolongada y bendecida por el dinero de su marido, pero el niño fue más que bienvenido y llenó de alegría la casa desde el primer minuto. Con los años fue comprobando que también era inteligente y aplicado. Lo educó con disciplina y cariño, convirtiéndolo en un perfecto caballero desde casi sus primeras palabras. La belleza vino después. Ella era hermosa, Moisés no tanto, pero el chico despertaba ese último año suspiros entre las chicas como no había visto nunca antes. Quizá fuese amor de madre, se decía a veces, pero todos alababan la capacidad del chico para meterse en el bolsillo a todo el mundo, especialmente a las niñas más bonitas.

Se había sentido tan celosa del cariño que él ya no le dedicaba para ofrecerlo a ligues de una noche, que en varias ocasiones había pensado en encerrarlo en su cuarto y tenerlo solo para ella. La vida no la bendijo con otro bebé, así que se sentía volcada, incluso obsesionada, por aquel ángel que había salido de su interior.

De los diversos roles que había adoptado en la vida, el de madre era el que menos valoró, al menos hasta el momento en que el chico desapareció para hacerla sentir vacía en todos los sentidos. ¿Dónde se encontraría aquel trozo de sus entrañas? ¿Qué había sido de su pequeño? ¿Estaba bien? ¿Había sufrido un accidente? ¿Alguien lo había atacado? ¿Quién querría hacerle daño? No, no debía dejarse llevar por pensamientos negativos. Pero la incertidumbre estaba terminando con ella.

Lo que más le dolía, a pesar de no haberlo percibido hasta hacía unas dos o tres horas, era la calma y paciencia de su marido. Moisés se mostraba entero y parecía ajeno a todo lo que estaba pasando. Mientras ella no encontraba ocasión y ganas para peinarse o dormir unas horas, ni lo deseaba, él se organizaba como si dirigiese su empresa, como si Dani no hubiera desaparecido y estuviese tratando una compra de activos o de maquinaria. ¿Cómo podía ser tan frío?

La imagen de la puerta del frigorífico, aun siendo borrosa, mostraba una aflicción que no deseaba tener en su rostro. En esos momentos debía ser fuerte y buscar a su hijo con todas sus energías. No pudo contenerse y arrojó con furia el café a su reflejo. La puerta chorreaba el aún humeante líquido cuando Irene se sentó en el suelo, abrazó sus rodillas y rompió a llorar de nuevo. Se había prometido no volver a hacerlo, pero no sabía luchar de otro modo contra la

injusta condena que estaba padeciendo.

—¿Estás bien, Moisés?

Su suegro acababa de entrar en el comedor y le había dado un susto de muerte. Los padres de su mujer habían llegado desde la capital para ayudar en la búsqueda de su nieto, ya fuese saliendo al campo o trabajando en la casa para que no faltase comida, estuviese todo limpio y recogido, o presionando a la Guardia Civil, donde el anciano había trabajado durante más de cuarenta años.

Moisés había bebido más alcohol en las últimas horas que en ninguna fiesta que recordase de su etapa de universidad. Copa a copa y cerveza a cerveza, mantenía un estado ebrio constante sin llegar a sentirse derrumbado ni volverse irascible. La edad y la costumbre de beber un par de copas a diario habían provocado aquella férrea resistencia al alcohol. O quizá los acontecimientos habían ayudado.

La desaparición de Dani supuso un duro golpe al principio, ¿se habría perdido? ¿Emborrachado? ¿Habría discutido con alguien? ¿Se habría marchado con alguna chica como mencionaba la Guardia Civil? El chico era guapo y no paraba de ligar con todo lo que se movía, la aldea se le habría quedado muy pequeña y quizá decidió salir a un pueblo vecino. Los críos se vuelven tan herméticos cuando les sale pelusa en la entrepierna y sobre el labio... Luego, con el paso de las horas, comenzó a pensar que podría haber sufrido un ataque o estar retenido para pedir un rescate. Nadie había llamado aún a sus teléfonos.

Aquello le hizo pensar que alguien pudiera querer castigarle a él por sus acciones en el pasado, por sus pecados. Uno no llega a hacer fortuna desde abajo sin dejar «cadáveres» por el camino. Pero lo descartó, nadie sería tan ruin como para castigar al niño en su lugar. ¿O sí? La culpa y las dudas fueron creciendo minuto a minuto, hora tras hora, y el chico no aparecía. Cada vez le costaba más mirar a la cara a su mujer.

Decidió deshacerse de su suegro y salir en apoyo de la Guardia Civil. Solo esperaba no volver a encontrarse de nuevo con la reportera aquella que lo abordó la noche anterior, cuando regresaba demasiado cansado como para responder con lógica y fluidez las preguntas que le hizo. Además, creía recordar a aquella niña, ¿no la había visto por la aldea unos años atrás cuando aún era una adolescente?

Sentía el mundo desmoronarse sobre él y no lograba comprender por qué.

—¿Moisés?

—Sí. Disculpe, estoy algo cansado.

—Acuéstate un rato —le dijo el anciano.

—No, voy a salir unas horas a ayudar. Aquí en casa no apporto nada. Recuerde que el teléfono que debe coger si llaman al fijo es el del salón, y debe pulsar el botón grande y rojo antes de descolgar para grabar la conversación.

—Ya lo sé. Aún me funciona esto —dijo mientras se daba golpecitos con el dedo índice en la frente.

La casa se había vuelto una cueva oscura y tenebrosa, ya no se sentía a gusto en ella. El aire estaba cargado y necesitaba salir a respirar. Se marchó a toda prisa para sumergirse en la vorágine de personas que inundaban la calle. Todos lo miraron al instante, como a un actor famoso en un estreno. Aquello le gustaba menos aún. ¿Dónde estaría el sargento?

Menudo verano la esperaba, ¿qué demonios? Menudo año llevaba a su espalda. Su madre le decía cuando era adolescente: «cásate con un guardiacivil de pueblo y tendrás la vida resuelta». No especificó que, si estaba enamorada y había casos importantes que investigar, no vería a su marido por casa más que una esposa de marinero.

Susana se había despertado sola en la cama, empapada en sudor por una noche más cálida de la cuenta y porque el amanecer era el momento del día en que más le apetecía la compañía de Ángel. Si engendrar a su primer hijo se estaba poniendo así de difícil, quizá debiera tener una charla seria con él.

Una ducha fría y un desayuno sin prisas en el patio de la casa hicieron que se calmase un poco. Las paredes que limitaban su jardín con el de sus vecinos necesitaban una mano de pintura, y las macetas pedían a gritos un sistema de riego automático, eran demasiadas para regarlas de una en una a diario, y también un trabajo excesivo el poderlas cada semana. Ángel tendría tarea el fin de semana, porque ella bastante tenía con limpiar la casa, además de hacer la compra y la comida.

Se había fumado un cigarro con fruición, no tenía esa posibilidad cuando estaba con él, al que había jurado haberlo dejado hacía meses. Claro que era consciente de que debía olvidarse de fumar antes de quedarse embarazada o luego le costaría más la abstinencia, ya se lo habían asegurado sus amigas. Pero un cigarrillo tras desayunar y otro tras el café de la tarde eran un vicio imposible de dejar, casi tan necesarios para ella como el sexo o dos onzas de chocolate negro tras la cena. ¿Cómo lo harían las demás? Quizá la motivación aumentase un mil por ciento cuando se llevaba un hijo dentro y se le quería proteger de esa mierda.

Los pensamientos la obligaron a apagar el cigarro a la mitad y a prometerse

por enésima vez que sería el último. Miró la cajetilla y el mechero durante unos segundos, luego los guardó en el bolsillo del pantalón y se marchó a la cocina para poner el lavavajillas. Entonces eran las nueve y media y debía empezar a recoger, ordenar y limpiar la casa antes de las doce, la hora a la que comenzaba siempre a hacer el almuerzo.

La televisión de la cocina mostraba a un cocinero elaborando un sabroso plato, su voz era casi eclipsada por el canto de los pájaros en el patio. El reloj marcaba la una y media del mediodía y el portazo sacó a Susana de sus pensamientos.

—Apuesto a que no me esperabas.

Ángel sonreía al aparecer por la puerta de la cocina. La chica lo miró con semblante serio, impassible.

—Pues claro que sí.

—¿En serio? ¿Eres adivina?

—No, pero en la aldea esa en la que estáis buscando al chico te hubieran echado a patadas o metido en una alberca si no te duchabas y cambiabas la ropa que llevas puesta desde ayer por la mañana. Incluso te he olido antes de que entrases por la puerta.

—Vaya, no se le escapa nada, mi teniente.

—Ya suponía que vendrías a adecentarte. Pero no pienso darte de comer ni permitirte ducharte si no te duermes unas horas. Mira qué cara tienes, parece que vengas de dos días de fiesta seguidos.

—Has descubierto mi doble vida... —se acercó para besarla pero ella lo rechazó, seguía enfadada por haberla dejado sola durante un día y medio—. Tranquila que no necesitaré que insistas. Tengo ocho agentes en la aldea y deberán bastarse por sí mismos mientras yo recupero fuerzas. Entiende que los padres del chico estaban desesperados, no iba a abandonarlos en las primeras horas de búsqueda. En cambio, ahora que está todo organizado, solo estaré allí durante mi horario, te lo prometo.

—Más te vale cumplir tu palabra. —Susana comprendía el trabajo de su marido y las tensiones que debía soportar en casos como aquel—. ¿Quieres comer ya o te duchas primero?

—He comido algunos bocatas en el bar del lugar y dulces que nos han dado las vecinas, pero igualmente tengo un hambre que me muero. Si me ducho primero, caeré dormido antes de probar bocado... ¿Eso que huele es un cocido?

—Como te gusta a ti. Siéntate y cuéntame cómo va la búsqueda mientras te sirvo un plato.

—No hay mucho que contar. —Ángel se sentó ante la pequeña mesa de la

cocina y bebió de un trago el vaso de refresco que se acababa de servir, luego volvió a rellenarlo y cortó un gran trozo de pan—. El chico no ha dejado huella alguna ni testigos. Como si hubiera sido abducido por un platillo volante. Se despidió de los amigos unos segundos para ir a casa, los chicos me contaron que solían hacerlo a menudo si tenían que ir al baño.

—Pero no llegó a casa ni regresó con sus amigos.

—Esa es la teoría o la suposición. La realidad es lo que debo averiguar. En caso de agresiones y muertes de adolescentes, los padres son los primeros que se deben investigar.

—¿No creerás que...?

—Yo debo creerlo todo. Tengo a uno de mis agentes observando constantemente el comportamiento de los padres. Que digan que el chico no regresó a casa no significa que sea cierto.

—¿Y qué vas a hacer cuando vuelvas a la aldea?

—Llamaré a la central por si se sabe algo del teléfono del chico, si lo usa podremos localizar su posición. Luego hablaré con los agentes de la aldea para estar al corriente de cualquier novedad que haya ocurrido y más tarde tendré una conversación en profundidad con los padres.

—Lo que quieras, pero te duchas y duermes más de ocho horas, no me hagas repetirlo...

El ambiente en las calles se había enrarecido. Se observaba a demasiados desconocidos, y no se trataba de guardiaciviles, ¿qué hacían esos curiosos por la zona? Tener que cerrar las puertas de las casas con llave para evitar intrusos o robos era una nueva molestia que se sumaba al desconcierto por la desaparición de Dani y al fastidio de no dejar jugar a los niños fuera de casa. Menudo verano, pocos recordaban haber vivido otro tan fatídico; pero nadie lo comentaría ni se quejaría, sería desconsiderado ante el dolor que los padres del chico estaban padeciendo.

En casa de Isabel, esta conversaba con su vecina Elena mientras oían las quejas de una enfadada Leyre protestando por el toque de queda que sus padres le habían impuesto. No era justo para ella tener que regresar a las diez de la noche a casa y no poder salir de las calles del pueblo. Sus amigos no tenían esas restricciones tan severas y pensarían que la trataban como a una niña pequeña. Ya imaginaba las burlas.

—¡Qué pulmones tiene tu hija! —dijo Elena con sorpresa.

—No lo sabes bien, y cuando aparezca su padre verás cómo aumenta de

volumen y llora lo que haga falta para convencerle de que la dejemos salir más tiempo. Va lista.

—Nosotros hubiéramos hecho lo mismo. Estábamos todo el día en la calle, permanecer en casa era un suplicio, ¿no lo recuerdas?

—Ya, pero nosotros no teníamos televisión en el cuarto, videoconsola, móvil, tablet, mp3... Me da mucha rabia impedirle estar con sus amigos, pero las diez es una buena hora para regresar, la única opción alternativa es irnos los padres con ellos de fiesta todas las noches para estar más seguros.

—Y no creo que aguantemos como antes —dijeron las dos a la vez, luego rieron.

—Ni que nos dejen ir. Leyre antes no se despegaba de mí y, aún no sé cuándo ocurrió el cambio, ahora se muere de vergüenza si sus amigos la ven conmigo o con su padre. ¡Imagina salir de fiesta juntos!

—¡Buenas!

No sabían quién entraba en la casa, pero esgrimiendo el saludo oficial del lugar, seguro que era una vecina.

—¡Pasa, estamos en el patio! —gritó Isabel.

—¿Reunión de chicas en casa? —preguntó Miriam. Parecía más animada que de costumbre. Algo extraño, porque solía portar un semblante apesadumbrado por sus constantes problemas de salud.

—Sí, es que no se puede andar por la calle, y no me refiero al calor —apuntó Elena, las demás sabían que se refería al bullicio.

—Ya lo he visto —certificó Miriam—. Las calles parecen las de un mercadillo medieval, cuesta incluso avanzar de un sitio a otro. He ido a la escuela y no os he visto, ni al resto de vecinos del pueblo, solo a algunos extraños y muchos guardiaciviles tomando café y comiendo los dulces que les han llevado las vecinas.

—Mi madre, por ejemplo —se quejó Elena—. Menos mal que conseguí poner a salvo una docena.

—¿Hay alguna novedad? —Isabel pronunció esas palabras de un modo mecánico, dándose cuenta al instante de que se había convertido en la pregunta-frase más repetida en el lugar en las últimas treinta y seis horas.

—No, siguen buscando cada vez más lejos, pero no han encontrado ninguna pista ni rastro —respondió Miriam.

—¿Qué tal estás tú? —Se preocupó Isabel.

La recién llegada se sentó a la mesa junto a ellas y la anfitriona le sirvió una taza de café. Cuando estaba a punto de responder, Leyre volvió a gritar desde el dormitorio.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Elena, aguantando la risa.

—¿Esa es tu hija? —dudó sorprendida Miriam.

—Dice que me denunciará por secuestro a los guardiaciviles en cuanto salga a la calle.

Las tres se miraron en un silencio cómplice durante dos segundos y rompieron a reír. La chica pataleaba en su dormitorio.

—Te iba a preguntar qué tal lo estaba llevando la chica, pero ya compruebo que no muy bien.

—Ojalá los niños se quedasen como los que tiene Elena. Sería perfecto, y eso que una piensa que dan mucha guerra a esa edad, pero luego llega la adolescencia y... —otro grito de la chica puso el término perfecto a la exposición de su madre.

—No nos has contado, ¿qué tal vas con el estómago? Y Manuel, ¿está en casa?

—Manuel salió con otros hombres de la aldea a buscar por la zona de la ribera. Yo me encuentro mucho mejor, aunque no debería abusar del café, así que no te molestes si solo tomo unos sorbos.

—No tienes que bebértelo, puedo traerte cualquier otra cosa. ¿Una manzanilla o poleo?

—No, gracias, el café está bien.

—¿Qué creéis que le ha pasado a Dani? —Isabel y Miriam miraron perplejas a Elena—. Bueno, es que parece que nadie comenta nada, como si fuese malo opinar o cuestionarse lo que le haya podido suceder.

—Yo creo que se te ha pegado algo de Laura después de haber dormido en tu casa.

—Ja, ja, ja. Eso debe de ser, aunque creo que cada uno tiene su conjetura y no creo que pase nada por compartirla con los vecinos y amigos.

—¿Y cual es la tuya? —sorprendió Isabel—. No me mires así, has sido tú la que ha propuesto hablar del tema.

—Yo creo... —Hizo una pausa de efecto y comenzó a susurrar tras inclinarse sobre la mesa a modo de confidencia, sus amigas también se inclinaron—. Yo creo que ha dejado preñada a alguna chica de la aldea o de los alrededores y el padre de la niña se lo ha cargado.

—¡Pero qué bestia eres! —exclamó Isabel mientras Miriam reía a carcajadas.

—¿No? ¿Qué haríais Javier y tú si un chico deja embarazada a Leyre?

—¿Y quién te ha dicho que no tengamos al chico descuartizado en el trastero? —preguntó Isabel con un gesto cómico a la vez que macabro—. Quizá Leyre esté castigada por eso. Pronto, cuando se le empiece a notar la barriga, la dejaremos encerrada hasta el final del embarazo.

—Menos mal que no te está oyendo —añadía Miriam.

—¿Y tú qué crees? No has dicho nada.

—¿Yo? No sé qué pensar. Quizá haya sido el padre el responsable.

—¿El padre? Pero si le daba todos los caprichos.

—Esos son los peores —replicó Miriam con seriedad—, parece que quieren ocultar algo.

La conversación se extendió mientras observaban el comienzo del atardecer sobre las encinas que se diseminaban en el monte frente a la casa, una panorámica que mostraba el detalle macabro y desolador de casi un centenar de personas en busca del chico desaparecido.

Laura no pudo dormir más de una hora y media después de almorzar con Marcos. Este no se había enfadado por su desaparición repentina, en contra de lo que ella pensaba, pero le aconsejaba que no se obsesionase ni se agarrara a un clavo ardiendo con el nuevo caso. El programa de televisión no era viable aunque apareciese una noticia aún más impactante que la de Riotinto. Ella ya sabía eso, pero quería despedirse de la audiencia con algo más succulento que un robo local.

La ducha templada y cambiarse de ropa le sentó mejor aún que dormir, ya le hubiese gustado darse un baño, pero no podía perder más tiempo. Si hallaban al chico y ella no estaba allí para grabarlo, sería una catástrofe. Se lamentó por no tener aún la casa de sus abuelos o la de los padres de Marcos en la aldea. Abusar de la confianza de Elena no le gustaba, tener que aceptar favores no siempre salía bien al cambio. Y su espalda agradecería un colchón firme.

Metió dos mudas de ropa, un pijama y varios pares de zapatos en una maleta pequeña, y todo su arsenal de maquillaje y peluquería en otra, tomó las llaves del Ford Mondeo que la cadena le había regalado en noviembre, tras estrellar su pequeño Ford Fiesta durante el desarrollo de una noticia, y Llamó a Javi para decirle que tenía diez minutos para bajar al portal o se marchaba sin él.

—¡Buenas!

—¡Pasa. Estamos en el patio!

—Bueno, doña importante ha vuelto.

Isabel reía ante su propio comentario. Laura observó una botella de licor de caramelo sobre la mesa y ató cabos.

—No esperáis siquiera a que anochezca, ya veo que habéis empezado la fiesta del viernes noche por todo lo alto —replicó ella.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí?

—Me lo dijo tu madre.

—Lo que no sepa mi madre... Por cierto, no conoces a Miriam. Lleva dos años en la aldea, vive en la casa que era de Horacio, ¿recuerdas?

—Tres casas más arriba de esta, ¿no? Justo frente a El Casino.

—Esa.

—Pues encantada. —Le dio dos besos y se sentó a la mesa—. Me pondré unos chupitos, que necesito energía para soportar toda la noche.

—Si quieres algo más fuerte, tengo vodka y ron.

—No te preocupes, gracias. Los chupitos de caramelo me vendrán de maravilla.

—Por cierto, chica, haber avisado que venías maquillada, peinada y con traje de gala. Menudas pintas llevamos a tu lado, parecemos tus chachas.

—No te quejes, qué más quisiera yo ponerme ropa cómoda y disfrutar de esta puesta de sol en lugar de estar pensando que tengo que buscar al sargento de la Guardia Civil por esos campos empedrados para hacerle mil preguntas.

A las nueve menos veinte de la noche:

—No significa no.

—Pero serán solo un par de preguntas, de verdad, te lo prometo. Puedo decírtelas ahora por si deseas preparar una respuesta con tiempo. —Laura lo tuteaba, defecto adquirido tras entrevistar a Marcos tantas veces.

—Señorita, ya se lo he dicho tres veces, no puedo participar en este circo — se disculpaba Ángel muy azorado ante la mirada de los vecinos—. Llevo poco en el cargo y no quiero recibir una sanción o toque de atención por parte de mis superiores. Ya le he dicho todo lo que sabemos tras la búsqueda, que es nada. Y le repito nuevamente que no puedo conceder entrevistas.

—Solo serán unos segundos, nadie del cuerpo se molestará, al contrario, la colaboración con la prensa es bienvenida para su imagen.

—Si le concedo una entrevista o respondo en directo a sus palabras, tendré a todos los demás canales y periódicos exigiendo el mismo trato. Entiéndame.

—Está bien, entonces te haré unas preguntas y me contestas fuera de cámara, luego ya haré el directo en solitario.

—¿Pero qué tenemos aquí? Qué pequeño es el mundo. —La voz sonaba áspera y algo familiar, pero ni Ángel ni Laura hubieran imaginado que se encontrarían en la aldea con aquel viejo conocido de ambos.

La caja vacía sobre el escritorio, que debiera estar rebosante de casos por

resolver, era fiel testigo de que la agencia de detectives no iba tan bien como había imaginado en un principio, y todo era culpa de la maldita crisis económica de los bancos y la burbuja inmobiliaria, amén de la escasez de desapariciones o infidelidades, las especialidades de un rastreador experimentado como él. No lograba atraer clientes a pesar del anuncio en las Páginas Amarillas ni del enorme cartel pintado por él mismo en la misma fachada de su casa. Tampoco descartaba que no le contratasen por las envidias que despertaba entre los lugareños. Los triunfadores siempre producen ese tipo de reacciones.

La pensión concedida tras sus años de servicio era escasa y los ahorros estaban acabándose. Así que la llamada de teléfono que acababa de atender había llegado como agua de mayo.

La noche anterior, mientras cenaba con su mujer, pudo ver a la flacucha periodista metomentodo narrando la noticia de la desaparición del chaval. Menudo chollo de trabajo le habían dado, y eso que no era más que una inútil sin respeto alguno por la autoridad. Pero ya lo sabe todo el mundo: en la televisión se triunfa rápido si una chica es guapa y está dispuesta a portarse bien con los productores. Eso lo había visto en películas y su olfato infalible de lobo macho alfa nunca fallaba con una intuición. También había visto al chupatintas de Ángel. Menudo trepa. Pero si todo lo que sabía aquel imberbe lo había aprendido observándole cuando era su ayudante. El mundo estaba lleno de desagradecidos, pero él sabría anteponerse a toda adversidad y salir victorioso.

Matías no tardó ni media hora en ponerse unos pantalones y una camisa medio decentes y llegar a la aldea, donde tenía que entrevistarse con sus clientes antes de comenzar a buscar al chico desaparecido. Lo que no imaginaba es que iba a encontrarse a aquellos dos en su camino.

—¿Pero qué tenemos aquí? Qué pequeño es el mundo.

Laura y Ángel se giraron, quedando mudos ante su imponente estampa. Matías provocaba ese efecto aunque ya no llevase su antiguo y glorioso uniforme de sargento de la Benemérita.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su sucesor.

—Estamos en un país libre, no es delito caminar por la calle. Pero para tu información, he sido contratado por los padres del chaval para buscarlo. Parece que no se fían de un imberbe con gafas.

—Pero si tú no usas gafas —susurró muy bajo Laura.

—Déjalo, a ver si termina de hablar y se marcha —devolvió el susurro Ángel.

—¿Qué cuchicheáis? Parecéis críos en el colegio. Si hubierais ido a un colegio de curas, con mano dura, como lo hice yo, ahora seríais personas de

bien.

—Fantástico, Matías, nos alegramos mucho por ti. Y ahora, si no te importa, debemos seguir trabajando.

Les había dejado sin habla. Menuda entrada triunfal en la aldea, cosas así le hacían saber que su agencia solo pasaba por un pequeño bache, pues él estaba predestinado a triunfar. Que nadie se preocupase en la aldea, estando él en el caso, el crío aparecería en cuestión de horas.

Había olvidado la dirección apuntada en algún papel, así que preguntó a una anciana por la casa de Moisés García... o González y se dirigió calle abajo. Las piedras provocaban que caminase dando tumbos, y la cortinilla de pelo con la que tapaba su calva se zarandeaba constantemente, claro que él la recolocaba con presteza y nadie se daba cuenta a su alrededor. ¡Maldita sea! Estaba sudando como un cerdo, ¿como podía hacer tanto calor allí? Ya llevaba la camisa empapada y su majestuoso bigote goteando. ¿La anciana había dicho que era la casa con el friso marrón o azul? Bueno, volvería a preguntar.

—**B**uenas noches, estimados televidentes. Siento comunicarles que aún no se sabe nada sobre la desaparición del joven Daniel G. R. Los servicios de búsqueda y rescate no cesan en sus tareas y cada vez se añaden más efectivos, tanto profesionales como civiles voluntarios que se acercan para ayudar. Los padres, amigos y vecinos de la aldea de El Pozuelo se sienten abatidos ante la impotencia y desasosiego, pero no se rendirán hasta encontrar al adolescente. He podido hablar con el responsable del caso y coordinador de la operación, el sargento Ángel Díez, y nos asegura que siguen peinando la zona y buscando bajo cada piedra, extendiendo cada vez más el radio de acción. Nos informa también que, desde que desapareció el chico, a las once de la noche del pasado miércoles, hasta que comenzó la búsqueda a la mañana siguiente, este pudo haberse desplazado muchos kilómetros en cualquier dirección. No se descarta ninguna hipótesis por el momento, pero las dos principales son que haya sufrido un brote de enajenación y se haya marchado por su propia voluntad, o que haya sufrido un ataque, a pesar de no haberse encontrado rastro alguno de sangre ni de otro síntoma de violencia en la calle y alrededores. A continuación, mostraremos un vídeo resumen de esta jornada de intenso calor y búsqueda angustiada; y, tras la pausa publicitaria posterior, haremos entrevistas en directo a algunos vecinos y conocidos del chico.

El foco de la cámara dejó de deslumbrarla y el murmullo a sus espaldas, de todos los vecinos que habían ido a curiosear o aparecer en pantalla, aumentó de

volumen considerablemente. Laura necesitaba salir de allí, así que, sin decir una palabra a Javi, partió a toda prisa hacia la casa de Elena.

—¡Guau! ¡Qué sensación más extraña! —exclamó su amiga a la vez que se levantaba de un salto del sofá en el que estaba sentada.

Laura se frenó en seco al llegar al salón de la vivienda, donde Elena y su familia veían la televisión casi a oscuras. Todos la miraban extrañados. Como si estuviesen ante un fantasma.

—¿Qué ha pasado? ¿Me he perdido algo?

—No, es que estábamos viéndote por la tele hace menos de un minuto, y verte entrar por la puerta ha sido extraño, como una aparición. —Los presentes asentían.

—Dentro de veinte minutos tengo que hacer entrevistas, ¿quiere aparecer alguno de vosotros?

—Sí, claro, con las pintas que tenemos.

—Pues os ponéis la ropa que hayáis traído para la fiesta y os maquilláis y peináis. O si necesitáis más tiempo, podéis aparecer en la emisión de mañana.

—Déjate de entrevistas, qué vergüenza. Por cierto, dicen que Moisés ha contratado a un detective privado, pensaba que esos solo salían en las películas.

—Conozco al detective —apuntó Laura— y créeme, las personas como ese tipo solo se ven en las películas, doy fe.

Cuando el reloj marcaba las diez y media, ya iba vestida con ropa cómoda y se había duchado y desmaquillado. Estaban todos en la terraza cenando mientras los niños aprovechaban los últimos momentos para jugar antes de acostarse. David, su amigo de la infancia y hermano mayor de Elena, había llegado una hora antes con Mimi, su mujer. En ese instante acababa de contar un chiste y todos reían, aunque Laura tuvo la sensación de habérselo oído antes en varias ocasiones.

Su móvil sonó tuvo que pedir disculpas antes de levantarse para entender la llamada. Era Marcos.

—¿Qué tal el día?

—Persiguiendo atracadores fantasmas. Hemos estado planificando la forma de anticiparnos al siguiente atraco.

—Entonces, ¿creéis firmemente que se trata de una banda organizada? Quizá esa sea mejor noticia para el programa que esta. Y de esa forma pasaría más tiempo contigo.

Laura observaba las fotos de la pared del salón bajo la penumbra que generaban las luces de la terraza entrando por la puerta y la ventana, conocía a la mayoría de las personas que aparecían en ellas, aunque muchos faltaban y otros

mostraban en la actualidad un aspecto muy diferente. De fondo oía a los niños jugando. Tantos recuerdos se agolpaban en su mente desde que había vuelto a ir a la aldea, que sentía renacida una parte importante de ella, una que ya creía haber olvidado. No había dicho en serio a Marcos lo de cubrir los atracos, deseaba estar allí. Aunque esa cama tan blanda...

—Aquí no hay nada que cubrir, solo si logramos atraparles. Están bien organizados, saben lo que hacen, así que será complicado con tan pocos efectivos. Con un poco de suerte, quizá nos contentemos con aguarles la fiesta y obligarles a marcharse de la ciudad.

—De todas formas, te echo mucho de menos.

—Yo también a ti. Pero ahí estás bien acompañada, y te vendrá bien ese clima, trabajar unos días y volver a ver a los viejos amigos.

—Hoy a llegado David, está calvo como una cebolla, pero por lo demás sigue como siempre. Aún cuenta los mismos chistes.

—Si algo está bien, ¿para qué cambiarlo?

—Sí, esa es la filosofía de los lugares pequeños.

—Quizá la mejor de todas. Aunque no se valora a su debido tiempo.

Ella asintió en silencio.

—Gracias por llamar, espero que puedas venir a vernos. Aquí hay más conocidos de los que imaginas.

—¿Tantos amigos siguen yendo a la aldea a veranear?

—Sí, aunque me refería al cabo Ángel y a nuestro amigo Matías.

—¿Estás de broma? ¿Hablas del Matías de Riotinto?

—Ya me gustaría que fuese una broma. Ha aparecido esta noche, justo antes de la conexión en directo. Dice haber sido contratado como detective privado por los padres del chico.

—Pues van listos los pobres. Espero que no te haya molestado.

—No, descuida, solo fue un instante curioso, o tal vez divertido. Bueno, no sabría definirlo de otra forma.

—Bien, si se propasa o...

—Tranquilo, sé cuidarme.

Tras despedirse, Laura volvió al patio, donde David contaba otro chiste que también creía recordar. Se sentó en silencio y comprobó que todo seguía como siempre. Cerró los ojos por un instante y percibió el aroma de los geranios recién regados, de las hojas secas de la parra, de los campos de encina recibiendo el frescor de la noche. Parecía que aquel lugar permaneciese al margen del paso del tiempo, sin importar que uno envejeciese y otras generaciones tomaran el relevo de una juventud mágica vivida entre aquellas casas centenarias. Como si una parte de su alma hubiese quedado atrapada para siempre, o ligada de forma

inseparable al devenir de los amigos que habían compartido con ella momentos maravillosos y que, por suerte, se alegró de no haber olvidado.

¿Qué habría sido de Eva? Su inseparable amiga de la infancia y la adolescencia, su confidente y compañera de risas. Era la ausencia más importante que sentía en la aldea. Una parte de ella se sentía incompleta al no poder llenar aquel vacío.

Volvió a abrir los ojos y trató de centrarse en lo que la rodeaba en esos momentos. Aquel caso era importante y la aldea desprendía un aura de preocupación que debía erradicarse para que no afectara al clima sano que siempre la embargaba.

¿Dónde estaría el chico? ¿Qué habría sido de él? ¿Sería una travesura? ¿Había sufrido un accidente? ¿Un ataque?

El rostro de su madre, nítido en la oscuridad como un dulce recuerdo reciente, permanecía fijo en sus pensamientos las veinticuatro horas del día, aunque ya no podría precisar si era de día o de noche. Seguía atado a la misma silla de metal y, aunque partes de su cuerpo habían perdido la sensibilidad, agradecía el que era su único contacto con el mundo. El resto a su alrededor se componía de un aterrador cóctel de silencio mortecino y densa oscuridad que le impedía respirar con facilidad. Comenzaba a oír voces, aunque aún era consciente de que se trataba de pensamientos que intentaban atormentarlo con preguntas como ¿por qué aquella persona silenciosa, que aparecía para alimentarlo, lo tenía cautivo? ¿Qué quería hacer con él? ¿Por qué lo hacía? ¿Dónde estaba encerrado? ¿Lograría salir de allí? ¿Volvería a ver a su familia y amigos?

Las posibles respuestas que llegaban a su mente sin ser llamadas lo aterraban más aún.

Aguantó hasta sentir que iba a reventar, pero tuvo que sucumbir al instinto de supervivencia. La vez anterior se había hecho sus necesidades encima estando inconsciente, pero una vez despierto no fue tan sencillo, pensó morir de vergüenza, como si las partes racional y humana de su ser se hubiesen extinguido, lo hubieran abandonado o le hubiesen sido extraídas a la fuerza, para convertirlo en un simple animal. Instintos primarios y nada más. Luego dejó de pensar en ello y trató de relajarse, no sabía cuánto tiempo podía permanecer allí, si saldría con vida o si le sucederían cosas aún peores.

Un susurro surgió del eco de sus ensoñaciones. Una voz que Dani reconocería de entre un millón. La misma que lo visitaba cada vez con más

frecuencia desde que se encontraba en cautiverio; ya fuese despierto, en sueños o tras la bruma que provocaba la desesperación. Una voz que invadía todo el espacio y se hacía dueña de la razón y los deseos, exigiendo por derecho gobernar en su mundo. Una voz que doblaba sus escasas fuerzas y lo sumía en el abandono absoluto. Tan aterradora... Era su propia voz. Una parte independizada de su consciencia y a la que dejaría la tarea de tratar de huir, de sufrir dolor, sentir miedo, suplicar, llorar. Y llegado el momento, morir en su lugar. Porque Dani no pensaba hacerlo, no pensaba sufrir o morir allí abajo.

No, ni pensarlo.

El sonido de la puerta de metal volvió a romper el frágil clima que la soledad, la oscuridad y el silencio confeccionaban a su alrededor. «Ahí está de nuevo nuestro carcelero. Primero depositará el vaso con comida licuada sobre una superficie que parece metálica, luego usará la manguera a presión para rociarnos y eliminar los excrementos y la orina, por último nos dará de comer y beber. No te resistas, no trates de hacer nada. Debemos ser sumisos y no provocar un castigo peor».

Dani se equivocaba.

Tras alimentarlo, su captor dio el relevo a una segunda persona, alguien sigiloso que había permanecido al amparo de la oscuridad. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Los días anteriores también estuvo allí? Al igual que su compañero, tampoco habló al efectuar su tarea.

El primer golpe no fue muy fuerte, pero tan inesperado que bloqueó todo intento por gritar, suplicar o quejarse. El segundo fue más fuerte y casi lo derriba con silla y todo. Sin decir una palabra, sin motivo, sin piedad. Los golpes se sucedieron hasta hacerle perder el conocimiento.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué te he hecho para merecer esto? ¿Qué vas a hacer conmigo? —Los susurros entre sollozos llegaron demasiado tarde, para entonces volvía a estar solo, volvía a estar a salvo.

13 de agosto de 1998

El silencio se había convertido en la cálida manta que la arropaba cada noche, la oscuridad en la seguridad de que nadie la señalaría al oír sus lamentos cada amanecer, la soledad... la soledad en una severa maestra que explicaba la lección una sola vez. Hasta que la aprendiese de una maldita vez. ¿Y cuál era esa lección que debía aprender lo antes posible? Que nunca saldría de allí, al menos con vida.

«Haz todo lo que te pida el monstruo, nunca te quejes por la comida, por sus caricias, abrazos... ni por lo otro. Es la única forma de sobrevivir».

Era demasiado pequeña para comprender lo afortunada que debía sentirse por aquellas reacciones, y por una fortaleza interior que se esforzaba en fabricar un muro de defensa psíquico contra la invasión física que sentía llegar cada día. Quizá aún no comprendiera por qué le sucedía aquello, por qué había de sufrir la separación de sus padres, el confinamiento, los tocamientos del monstruo ni las voces que gritaban dentro de su cabeza cada vez más alto; pero en su interior sabía que lograría sobrevivir más si se mostraba dócil a la vez que evitaba pensar en ello. Una voz interior, un instinto oculto en su mente... ¿quién sabe? Cabía la posibilidad y la usaría.

El rincón en un lateral del sótano servía para dormir, cosa que trataba de hacer el máximo tiempo posible. Así lograba olvidarse de que ahora moraba en el infierno. Sobre el suelo de duro hormigón seguía colocada la manta, y cuando tenía frío se cubría la desnudez con uno de los pliegos de tela de saco que encontró tras inspeccionar en la oscuridad. Todo olía demasiado intenso, antigüedad, sudor, desperdicios, heces... Pero lograba aislarse de esas sensaciones frotando con fuerza sus brazos y pensando en el rostro de su madre, sabía que ella no la abandonaría. No, ella no, ella la buscaría hasta su último aliento. Acariciaba a veces su entrepierna, sintiendo en las yemas de sus frágiles dedos la aspereza de la sangre seca y recordando el dolor sentido horas antes, el dolor que la hacía sentirse viva aún.

Con esperanza.

Todo lo que recordaba de su vida anterior, del mundo que había disfrutado sin siquiera comprender la fortuna que tenía, era pedir muñecas, juguetes, golosinas..., caprichos que sus padres le concedían unas veces por agasajarla y otras para evitar sus protestas y llantos. Aquello le parecía tan absurdo e insignificante, tan vacío y egoísta, al recordarlo en esos momentos. En su nueva

situación daría su vida por una última caricia de su madre, por una mirada cálida, por un «te quiero», por sentir una última vez el tacto y olor de sus sábanas y almohada, por un vistazo final a su casa, por saborear un instante las comidas que rechazaba de su madre, por un cabalgar de nuevo sobre la rodilla de su padre, por sentir durante un segundo el sol sobre su piel.

Pero todo eso había quedado atrás, y cuanto antes lo asimilase, mejor para ella. No volvería a sentir nada más que la áspera tela de saco, el frío y humedad del lugar y las ásperas manos y la boca del monstruo haciendo con ella lo que deseara.

*—¿Mamá? ¿Dónde estás? ¿Por qué me has abandonado?
Y su susurro se diluyó rápido en el silencio.*

SÁBADO

11 de agosto de 2018

Abrió la puerta y se encontró con el puñetazo en plena cara. Luego la oscuridad.

La noche anterior había sido una locura, ¿quién diría que estaban en pleno agosto y con casi toda la ciudad veraneando en la costa, la sierra o fuera de la provincia? Al final tendría razón su socio al decir que bastaba con una buena publicidad en redes sociales y tener un negocio que fuese la novedad para conseguir que todos los clientes potenciales hiciesen cola en la puerta del restaurante. Quizá por eso aquel se encargaba de poner el dinero y saber cómo atraer a los clientes, mientras Antonio se limitaba a coordinar el trabajo de campo. Su trabajo era pelear al timón de aquel barco que habían montado a medias.

Desde detrás de la barra había estado observando toda la mañana el baile sincronizado de las veinticinco personas que trabajaban entre la sala, el almacén y la cocina. Unos limpiaban y dejaban la decoración lista de cara a los clientes que aparecerían para almorzar en unas horas, otros se afanaban en cocinar las comandas del menú que podían soportar unas horas en la nevera y seguir pareciendo frescas. Mozos de almacén metían cajas de bebidas de los camiones de reparto y suministro de ingredientes en las despensas y frigoríficos. Antonio contó cada caja y botella para asegurarse de que las entregas se correspondían con los albaranes de los pedidos realizados, dio órdenes a los que limpiaban y metió prisa a los cocineros. No le llegaba el tiempo para estar gritando cada cinco minutos y que dejaran las puertas cerradas con llave, como había ordenado el policía que llamó el día anterior. Cerrar con llave era difícil si la puerta se usaba cien veces por hora en esos momentos, y no podía contratar a una persona expresamente para estar cerrando y abriendo con llave cada minuto. Además, era de cristal, no sería una barrera muy persuasoria si un comando de ladrones armados quisiera entrar.

Acababa de atender otra llamada más. Esta vez no había sido de su socio, que no tenía tiempo para estar nunca allí, pero bien que llamaba cada veinte minutos o se pasaba para comer con sus amigos y quedar como un rey al no

tener que pagar la cuenta. Se trataba del camión que suministraba los vinos, que decía retrasarse media hora más. Antonio le contestó que más le valía estar antes de esa media hora si no quería que cambiase de suministrador. En pleno agosto no había tráfico como para llegar tarde a un reparto.

Uno de los mozos llamó desde la cocina, había verduras en mal estado. Maldijo en varios idiomas y entregó dinero en efectivo al mozo para que fuese a comprar al supermercado de la esquina, más tarde le diría unas cuantas cosas a la empresa que había entregado esa basura. Faltaban copas de cristal, tendrían que bajar al sótano para reponer, dijo otro. El suelo del salón estaba recién fregado y una oronda limpiadora no paraba de gritar insultos en rumano o polaco a quienes arruinaban su labor. Los cocineros habían puesto música a todo volumen y aquello comenzaba a ser tarea imposible. No, el negocio no daba el suficiente beneficio como para soportar aquella locura seis días a la semana. Necesitaba encender un cigarro pero no quería que saltase la alarma de incendio y acabase todo inundado; además, debía dar ejemplo entre los empleados.

Gritó a todos que terminasen de una vez y que dejaran de hacer tanto ruido, y salió a la calle para encenderse un cigarro. Ni siquiera esperó a llegar a la puerta, prendió el mechero por el camino. Y fue al tirar del picaporte cuando vio la mano enfundada en un guante negro estampándose contra su cara.

Despertó oyendo gritos, no era un buen ambiente para recuperarse del dolor de cabeza. Solo recordaba el puñetazo en la cara, pero le dolía mucho más la cabeza. Llevó su mano a la nuca y comprobó que no sangraba tras golpearse contra el suelo. Trató de levantarse, pero una figura vestida de negro se lo impidió preguntándole con acento extraño qué coño hacía, él estaba aún aturdido y no pudo responder. Vio a uno de los cocineros señalando en su dirección y todos los presentes, incluidos los vestidos de negro, con pasamontañas y pistolas, se volvieron hacia él.

Aunque le parecía una eternidad, no debían de haber pasado cinco minutos y ya habían vaciado la caja fuerte con la recaudación de la noche anterior, suerte que los jueves no solían hacer tanto dinero como los viernes o sábados, y que ya sacó esa mañana suficiente efectivo para pagar los suministros y el servicio de limpieza. Aunque no se libraría de un quebradero de cabeza nuevo, y de los gordos: llamar y atender a la policía, avisar al seguro, hacer un parte...

Con la misma rapidez que habían aparecido, los atracadores se esfumaron sin dejar ni rastro, solo el miedo, desconcierto y silencio alrededor de las miradas excitadas de los empleados. Durante unos eternos minutos, Antonio no supo qué hacer, así que se sentó y encendió un cigarro, allí mismo, en el centro del salón y ante una de las mesas que ya estaban decoradas para acoger a futuros clientes. El

cigarro no tiraba, lo había encendido del revés; lo tiró al suelo, sacó otro y comprobó que las manos le temblaban como un flan, a su alrededor todos lo miraban expectantes. Encendió por fin el cigarro y dio una honda calada que logró relajarlo, pero duró poco, el recuerdo del arma presionando su cabeza mientras abría la caja fuerte devolvió el temblor a su estómago. Vomitó sobre el suelo, arrojó el cigarro sobre el propio vómito y se limpió las lágrimas y la saliva con la servilleta de la mesa.

Ni siquiera sabía cuánto había tardado en llegar la policía cuando vio entrar al inspector por la misma puerta por la que se fueron los atracadores. Ya poco importaba, aquello era un mero trámite para el seguro. La experiencia vivida no se esfumaría por la presencia de cuatro uniformados ni por sus palabras de tranquilidad. No se marcharía nunca.

Marcos le dio la vuelta a la almohada para que estuviese más fresca y trató de respirar más despacio, intentaba dormir un poco más, pero ni por esa. Esa mañana volvió a vencer al timbre del despertador, y por dos horas nada menos. Cenar y dormir solo, sin poder conversar con Laura, pasar un rato junto a ella en el sofá, sentir su presencia por la casa o su respiración durante la noche, le provocaba un estado que no sabría definir pero que no le gustaba en absoluto. Antes nunca había dependido tanto de nadie. Esperaba que la chica pudiera avanzar en su trabajo, contentar a la productora y alargar unos meses la cancelación del programa; a la vez que se preocupaba por su seguridad, aquel era un trabajo peligroso. Si había un secuestrador o asesino en la aldea, no dudaría en quitar a la reportera de en medio si esta se acercaba demasiado, como ocurrió en el caso de los niños de Riotinto. Aquel recuerdo aún lo atormentaba algunas noches, sobre todo por su torpeza al implicarla dándole más información de la que su puesto le permitía. Pero debía dejar de ser tan protector, confiar más en su criterio y en la experiencia ganada tras aquel fatídico desenlace. No, Laura no volvería a ser tan ingenua e intrépida... Uf, eso no lograba creérselo por más que lo intentaba.

Fue a la comisaría cuando aún no había llegado nadie de su turno, los del nocturno lo saludaron, ya lo conocían por aquella manía de entrar antes de tiempo. Se acomodó en el sillón, encendió el ordenador y revisó el correo y los mensajes de móvil por enésima vez, comprobando que no tenía ninguno de Laura, y comenzó a organizar el trabajo de la mañana. Lo primero sería salir a patrullar hasta las diez y media por la zona entre Pablo Rada y la Gran Vía, donde se ubicaban siete de los locales marcados como posibles objetivos de los

atracadores. Luego regresaría a la central y ayudaría al resto de compañeros con sus casos y delitos menores.

Salió a patrullar a las ocho menos diez, solo, David no entraría hasta las nueve. Montó en el coche y preguntó por radio quién lo copiaba dentro de su turno de mañana, solo un policía respondió. Marcos sonrió, no esperaba menos.

—Buenos días, pistolero.

—Sabía que estarías ahí, aunque eres quien menos deseaba que hubiese madrugado.

—No empieces con la sobreprotección, bastante tengo con Fran. Ni por ser chica ni por estar embarazada debo recibir un trato diferente; sé cuidarme como cualquier otro.

—Bueno, no voy a discutir tan temprano. Espero que llevéis los chalecos y que no hagáis tonterías.

—Las locuras te las dejamos a ti.

—Lo he dicho en serio. Tened cuidado. Quiero que hagáis la ruta de la Avenida de Andalucía hasta llegar a Pablo Rada, coordinaros conmigo para no coincidir en ese punto y así cubrimos mejor la zona.

—Ok, jefe.

—Si os aparece en la emisora la voz de un taxista dando una alerta, no os asustéis. He pedido esta mañana apoyo por si ven alguna furgoneta que se mueva más deprisa de la cuenta, se salte semáforos o...

—Marcos —interrumpió Cristina—, todas las furgonetas de reparto se mueven así.

—Ya me entiendes, los taxistas notan esas cosas, y si los de la furgoneta van con trajes y pasamontañas negros...

—Ya, entiendo. Ha sido una excelente idea. Fran lo piensa también, acaba de levantar el pulgar mientras bosteza por enésima vez.

—Joder, es que estáis locos los dos —se sumaba Fran a la conversación—. Esto es un curro como cualquier otro, y más de ocho horas al día es masoquismo. Hoy es sábado en pleno agosto y quiero que alguien me lo compense.

—Te invitaré a cenar una noche de estas —respondió Marcos tratando de contener la risa.

—No me mal interpretes, jefe, pero no eres mi tipo.

—Pero si no me has dado aún una oportunidad...

Los tres rieron. Cortaron la comunicación para dejar el canal libre y siguieron patrullando.

Huelva parecía aún dormida a pesar del calor que ya se sentía y de la luz cobriza que rebotaba en los cristales de los edificios de Pablo Rada, creando un

falso atardecer que deslumbraba al inspector mientras circulaba atento a todo lo que se moviese a su alrededor. Un sinfín de furgonetas se cruzaban con algún que otro coche que regresaba de una noche de fiesta en los pueblos de la costa. Aparte de eso, pocos viandantes, madrugadores que salían a comprar el pan o para correr antes de que hiciese más calor. La ciudad se mostraba como un eco lejano de lo que era en días de diario fuera del verano.

A las nueve y media, Marcos pensó en parar en una cafetería para tomar el segundo café de la mañana, la falta de conversación y el aburrimiento le pasaban factura. Tuvo que olvidarlo cuando la voz de Irene sonó por el altavoz

—A todas las unidades, repito, a todas las unidades. Aviso de atraco con violencia en el quince de Martín Alonso Pinzón. Repito, el quince de la Gran Vía, Martín Alonso Pinzón.

—Joder, el Bonilla, he estado allí hace veinte minutos. —Marcos estaba en la plaza Quintero Báez. Encendió la seta y giró ciento ochenta grados con un derrape. Llegó en menos de cinco minutos, pero al bajarse del coche ya sabía que era demasiado tarde.

Había cenado allí con Laura y otros amigos varias veces en los últimos meses. Justo enfrente quedaba el Real Lion, el local favorito de su compañero David, que no tardaría en aparecer ni quince minutos. Cris y Fran lo harían en menos. En la fachada ya no quedaba furgoneta alguna, solo empleados asustados y muchos curiosos.

—¿Cuánto hace que se han ido? —preguntó a la vez que enseñaba la placa como mera formalidad, ya que había aparecido con la luz y la estridente sirena de la seta del salpicadero.

—Unos diez minutos, se fueron por allí. —El empleado señalaba el final de la calle, hacia la avenida Alameda Sundheim.

Marcos sabía que los atracadores ya habrían prendido fuego a la furgoneta a esas alturas.

—¿El encargado?

—Está dentro, el de la chaqueta marrón.

Marcos entró en el restaurante, pero antes de poder presentarse al asustado tipo que le habían indicado, le llegó un mensaje por el intercomunicador: «furgoneta blanca, modelo mercedes V200, ardiendo en la intersección de las calles Miss Whitney y Matarife. Nos acercamos a la zona». La tensión en la voz de Cristina connotaba que conducían a toda velocidad.

—Tened cuidado y pedid refuerzos si veis sospechosos —respondió, a sabiendas de que los atracadores ya irían en otro coche cuatro calles más allá.

El encargado se había girado y oído la conversación. Parecía recuperarse del incidente poco a poco. Marcos se presentó y luego se sentó a su lado a la mesa y

preguntó si alguien podía ponerle un café. Era la primera vez que pedía algo así en la escena de un suceso, pero no deseaba esperar a que se lo ofreciesen, estaba aprendiendo las costumbres de David.

Moisés había vivido en la aldea desde que tenía uso de razón, aunque también recuerda que fue el primero de su familia en comprar una casa fuera, lo hizo en la capital tras terminar la carrera de empresariales que sus padres le pagaron con esfuerzo y sacrificios. Montó su primera empresa, de instalación de ascensores, a los veintisiete años, dos más tarde reformó la casa de sus padres en la aldea, convirtiéndola en la más lujosa y moderna de toda la región. Se dejó todos los ahorros en ello. Qué menos que devolverles todo lo que habían invertido en él. Y de paso, disfrutaría de los lujos que tenía en su casa de la capital cuando veranease en la aldea. Además, les regaló las parcelas colindantes a la suya, consiguiendo el terreno de más hectáreas de la zona.

Antes de que lo hiciese su hijo Dani, él había aprendido a gatear, caminar y luego correr por aquellas calles empedradas y llenas de experiencias. Recordaba cuándo se habían pintado cada uno de los frisos de las fachadas, cuándo un vecino u otro había vendido su casa y había recibido con una sonrisa a los nuevos propietarios, cuándo remodelaron la iglesia y el día en que se cerró definitivamente la escuela por falta de niños. Los años pasaron y, aunque a día de hoy ya no tenía la necesidad de pasar los veranos allí, sus padres habían muerto años atrás y él compró una gran casa en la playa, Dani insistió y él no era capaz de negarle nada a su único hijo.

Observó a su alrededor, había despertado en el mismo sillón en el que tomó la última copa la noche anterior, el vaso estaba hecho pedazos sobre el suelo. No le importó el dolor de cabeza, ya se había acostumbrado a los efectos del alcohol del mismo modo que al nulo trato que se dispensaban su mujer y él desde la desaparición del chico, como si Dani fuera el único nexo de unión que quedara entre ambos. Era temprano, pero se oía alguna voz por aquí o por allá cada pocos minutos, la actividad en la aldea no se interrumpía jamás.

Un destello anaranjado perfiló la línea del horizonte a través de la ventana del salón, iluminando suavemente la estancia como si tratase de hacer más llevadera la soledad y el silencio que lo embargaban en esos momentos. Ni siquiera le apetecía tomar otra copa, no deseaba hacer nada que no fuese estar sentado a la espera de consumirse por completo. La desaparición de lo que más le importaba en el mundo había invadido cada rincón de su ser, como una marea de negro veneno que lo estaba devorando lentamente. Tampoco lograba reunir el

valor de mirar a la cara a su mujer y confesarle la miseria a la que antes no daba siquiera importancia, un secreto que guardaba como quien guarda una moneda en el bolsillo del pantalón, de forma nimia y ordinaria.

Quizá él fuese el responsable de lo que le estaba ocurriendo a Dani y saberlo corroía sus entrañas.

Sentía la destrucción de su mundo, de su persona, de un modo tan claro que incluso creía haber visto a...

Se sobresaltó hasta el punto de levantarse con una agilidad y fuerzas que desconocía. Los golpes en la puerta de la calle corrieron el velo de niebla en que se había sumido, mostrándole que el amanecer, en realidad, había llegado hacía ya más de una hora y empezaba a hacer calor en la casa. Se dirigió rápido a abrir la puerta cuando notó que insistían en la llamada.

Un instante de asombro, luego congoja y miedo a preguntar, dibujaron la reacción de Moisés ante los guardiaciviles. Ni siquiera pudo saludarles antes.

—¿Qué ha pasado? ¿Lo... lo habéis... encontrado? —Temía lo peor.

—Buenos días. No, aún no lo hemos encontrado. Sentimos venir tan temprano y no queremos molestarle más de lo necesario, pero debemos cumplir con el procedimiento y hacerle una serie de preguntas. —El sargento Ángel Díez venía acompañado nuevamente de uno de sus agentes.

—¿Preguntas? No entiendo. Ya respondí a muchas preguntas cuando vinieron la primera vez, también inspeccionaron el cuarto de Dani y se llevaron su ordenador, su tablet...

—Lo sabemos, y sentimos no haber encontrado ninguna pista tras el análisis, esta misma semana se le devolverán todos los aparatos electrónicos confiscados. Pero en estos casos, y aunque sea un trago difícil de digerir para todos, debemos hacer otra serie de preguntas. —Enfatizó esa última frase, tratando de mostrar todo el tacto posible.

—Bien, pasen, por favor —murmuró Moisés aún muy desconcertado.

—Necesitamos que esté presente su mujer, ¿se encuentra en la casa? Debemos hablar con los dos.

—Quizás esté aún dormida, anoche nos acostamos muy tarde. La llamaré y ahora les prepararé un café.

A pesar de la poca luz en el recibidor, Ángel apreció las facciones laxas, incluso hinchadas, de la cara de Moisés, además de algunas venas partidas en sus ojos, muestras inequívocas del consumo masivo de alcohol. Pasaron al interior para esperar a su anfitrión, allí corroboró la hipótesis al ver la botella casi vacía y los cristales en el suelo.

La vivienda no era la más grande de la aldea, aunque allí todas las casa tenían un tamaño más que generoso, herencia de una época en la que se

construía lo que se deseaba y pensando en alojar a muchos hijos. Lo que era indudable, cosa que Ángel había constatado días antes al entrar por primera vez, es que en la decoración se había invertido muchísimo más dinero que buen gusto, además, apostaría a que dos décadas atrás los muebles ya estaban algo pasados de moda. Hacía buen tiempo esa mañana y, cuando Irene se sumó a ellos, salieron los cuatro a la mesa de la terraza para conversar ante una taza de café. Antes de eso, Moisés y su esposa se afanaron en limpiar los restos de la cena pasada, Ángel aprovechó para observar que la piscina llevaba mucho tiempo sin usarse, quizá años. Había muchas hojas secas por el suelo del jardín y un columpio oxidado daba el toque decadente a una casa de verano, antaño majestuosa y llena de risas, que había caído lentamente en el olvido.

Ángel observó desde el principio el frío trato y las evasivas en las miradas entre el matrimonio. Había visto a parejas divorciadas con más apego y cariño del que se profesaban ellos, más aún después de una desgracia como la que estaban padeciendo. ¿Quién sabe? Cada persona lleva el dolor como puede. Nadie salvo ellos conocía lo que sentían y lo que ocurría entre aquellas paredes.

Mientras el café se enfriaba un poco, el sargento decidió empezar y así terminar lo antes posible.

—Se preguntarán qué estamos haciendo aquí, y no quiero hacerles esperar más. —Hizo una pausa para elegir las palabras y el tono adecuados—. Debemos conocer la relación que tenían con su hijo y qué hacían durante la noche en que desapareció.

«Mierda, no ha podido sonar más incriminatorio». Ángel estuvo a punto de darse un coscorrón en la cabeza.

Irene miraba con asombro a su marido. El silencio incómodo, esperado por parte de los guardiaciviles, dio paso a las obvias preguntas de incredulidad.

—¿Sospechan que pudimos matarlo nosotros? ¿Lo dicen en serio?

—Cálmese, señora. Nosotros solo hacemos nuestro trabajo, seguimos el procedimiento y barajamos todas las hipótesis.

—Pero, ¿En qué se basan para suponer algo tan monstruoso?

—En primer lugar, en los casos de muchos niños desaparecidos ha resultado que uno de los padres era el culpable. En segundo lugar, que todo el dispositivo de búsqueda se basa en la idea de que Dani abandonó a sus amigos a las once, pero no llegó a la casa. Si, por el contrario, hubiese entrado en esta vivienda y hubiese sufrido un... —escogió la palabra con tacto— accidente...

—Nosotros... nosotros estábamos aquí, yo veía la tele y él trataba aspectos sobre algunas actividades de las fiestas de la aldea. Ya le dijimos que mi marido patrocina el partido de fútbol y otros temas para los niños. No sentimos llegar a Dani en ningún momento y nos acostamos. Aquí nunca pasa nada y pensamos

que estaría tonteando con alguna chica en la plaza o en la escuela, el local donde se reúnen, sobre todo en invierno cuando llueve, y donde vamos los domingos los vecinos a tomar café. Le repito que no fue hasta la mañana temprano cuando nos dimos cuenta de su ausencia. Y hubieran pasado muchas más horas si la puerta de su dormitorio no hubiera estado abierta, siempre la cerraba para dormir hasta casi la hora del almuerzo. Vi su cama sin deshacer y entré por curiosidad, luego lo busqué en el salón por si había dormido en el sofá después de ver la tele.

—Sí, ya nos contó esos detalles. Pero quisiera saber si discutían con él, si él pudiera haber amenazado con irse de casa.

—No, más bien todo lo contrario, le concedemos demasiados caprichos. Ni siquiera lo castigamos cuando suspendió este curso cuatro asignaturas. Sé que deberíamos ser más autoritarios y educarle de otro modo, pero Dani lo ha sido todo para nosotros desde el momento en que llegó a nuestras vidas. Nunca pudimos imponernos con autoridad.

La conversación duró otros diez minutos, en los que Ángel no pudo profundizar más. Cuando se despidió de Moisés e Irene, tuvo la sensación de que había mucho fango bajo la fina capa de arena que le mostraba el matrimonio. Esa forma de hablar de la madre, tan sumisa y mostrándose desamparada ante la ausencia de su hijo, contrastaba con el carácter seco y distante del padre, que casi no respondió a ninguna de las preguntas.

Ángel le pidió al agente que montase en el todoterreno y se incorporase a la búsqueda. Él quería hacer una serie de preguntas a los vecinos de los García, quería comprobar aquellos datos de una fuente más fiable, aunque sabía del hermetismo y lealtad en los lugares tan pequeños, sobre todo ante un extraño vestido de uniforme.

Un potro de tortura sería una bendición en comparación con aquella cama del siglo pasado. Con la experiencia del día anterior, debió cambiarle a Javi el sofá del salón por aquel dormitorio para él solo. Su operador de cámara no se había quejado y parecía haberle cogido un cariño desmedido al sofá, ya que no se despertaba ni por la luz que entraba por la ventana ni por el ruido de quienes se levantaban dos horas antes para preparar el desayuno y realizar otras tareas en la casa.

En la cocina encontró a Elena junto a Mimi, la mujer de su hermano David. Elena llevaba puesto uno de sus clásicos vestidos cortos y cómodos, su delgadez y el bronceado siempre le habían quedado muy bien a sus rasgos afilados y

cabello castaño oscuro, Mimi, con el cabello corto y color miel vestía pantalón largo y blusa de mangas largas sobre una piel clara como la de una holandesa, Laura sintió calor solo con verla. Las dos conversaban en un tono bajo para no despertar a Javi. No interrumpieron la charla al llegar Laura, se limitaron a saludarla con una sonrisa, había confianza entre ellas.

—¿Se sabe algo nuevo? —preguntó la reportera cuando consideró que hacían una pausa en la conversación.

—Nada. El gordo ese que ha llegado..., dicen que está dando órdenes a los vecinos y organizando la búsqueda, pero nadie le hace ni puñetero caso. El sargento de la Guardia Civil ya comentó que todos se comportasen como si no existiera.

—Qué pesado es Matías, a ver si con un poco de suerte se pierde por ahí o se cae al agua en la ribera.

El gesto despectivo y cansado de la chica al hablar del tema provocó que Elena y Mimi sintiesen curiosidad.

—¿Lo conoces?

—Lo expulsaron de la Guardia Civil en noviembre del año pasado, cuando los crímenes de los niños de Riotinto, por detenernos a Javi y a mí de forma ilegal.

—¡No fastidies! Pues le habrá hecho mucha ilusión volver a verte.

—Igual que a mí —zanjó el tema—. Si no os importa, voy al patio, a ver si puedo hablar con Marcos.

—Dale recuerdos de mi parte —apuntó Elena.

Por las mañanas, sin la presencia de los niños jugando, el jardín parecía estar sumido aún en épocas mejores, más civilizadas. Meciéndose bajo el canto de los canarios, ahora se apreciaban con claridad imperfecciones y grietas en algunas zonas de los muros laterales, la puerta rugosa al haber sido pintada cien veces, las macetas con musgo en la cerámica, el típico almacén trastero al fondo, que antaño fue el primer baño de la casa, la omnipresente parra creando con sus ramas un cenador de brotes de sarmiento que garantizaba un año más de vida a la centenaria planta. La casa de sus abuelos tendría ahora ese mismo aspecto, al menos, si los que la compraron años atrás no la reformaron, que solía ocurrir a menudo. El día anterior pasó por la calle de La Plaza y observó la fachada, no permaneció más de un minuto ante ella para evitar que los recuerdos la debilitasen y supusieran una distracción en su trabajo. No descartaba llamar a la puerta algún día.

—Me alegra saber que estás recuperando horas de sueño. A mí me pasa todo lo contrario, sin tu presencia en la casa me acuesto tan pronto que despierto a las seis de la mañana. —La voz de Marcos sonaba distante por el manos libres del

coche, pero cercana en el cariño de sus palabras.

—No te creas que recupero tanto, ya sabes que aquí se acuesta todo el mundo muy tarde, y más en fin de semana. Y la cama me está destrozando la espalda, necesitaré un quiropráctico con urgencia cuando regrese. —Eso último lo dijo en un susurro para evitar que la oyesen desde la cocina.

—¿Qué novedades hay respecto a la desaparición?

—Ninguna, parece que al chico se lo haya tragado la tierra. ¿Y qué tal te va a ti con el caso de los atracos?

—Esta mañana ha ocurrido el tercero, pensaba que habías visto la televisión.

—No, me he levantado hace unos minutos y solo me ha dado tiempo a ducharme y bajar para llamarte. Debí mirar una web de noticias en el móvil. Aquí parece que todo vaya más despacio, sin prisas, que el tiempo se detiene y te aísla del resto del mundo. Quizá porque nada parece importar más que disfrutar de la tranquilidad.

—Sí, debe de ser fantástico perderse unos días por allí.

—Pues yo voy a hacer lo contrario. Si la ciudad está teniendo una ola de atracos organizados, es allí donde está la noticia, aquí solo puedo esperar a que aparezca el chico y eso no genera audiencia para mi programa, solo para los noticiarios.

—¿Entonces regresas hoy?

—Esta noche, tras la conexión en directo me despediré de todos y regresaré a casa. Espérame antes de irte a dormir.

Laura se despidió de Marcos y permaneció algunos minutos más en el patio, como queriendo impregnarse de aquellas sensaciones antes de volver a abandonarlas durante más de una década.

Al entrar, pasó directamente al salón, donde dio un coscorrón en la cabeza a Javi y le apremió a estar listo en quince minutos. Ya que debían pasar un último día allí, lo harían aportando algo positivo a la búsqueda. Se unirían a algún grupo durante unas horas y también grabarían algunas entrevistas con voluntarios y escenas de la zona mientras era inspeccionada.

Menuda mierda de verano. Ya había empezado mal, con aquel presumido tirando la caña a todas sus amigas, y ahora encima el rollo de la Guardia Civil, la prensa, curiosos, voluntarios de todas partes invadiendo las calles. Ya ni podían sentarse en los tres escalones de la plaza, en el descanso o en la estación. ¿Se podía estar más jodida? Pues claro, sus padres habían entrado en fase de paranoia absoluta e imponían un toque de queda. ¿Estamos locos? ¿Tenían que

pagarlo todos porque el gilipollas del Dani hubiese desaparecido?

Tres días antes dormían con la puerta de la casa abierta y ahora solo faltaba que hiciesen guardia con la escopeta.

<¿Qué haces, tía?> —Leyre.

<Nada, me aburro> —Marta.

<¿Vamos luego a dar una vuelta?>

<¿Adónde?>

<Da igual, es para no estar en casa.>

<Vale.>

<Guay.>

<¿Se sabe algo de Dani?>

<Me da igual Dani. Por su culpa estamos jodidos este verano.>

<No digas eso. El pobre no tiene culpa de nada. Puede estar pasándolo mal, o que haya sufrido un accidente.>

Leyre, tumbada sobre la cama, apagó el móvil y lo dejó con desgana sobre la mesilla. No le apetecía seguir con aquella absurda conversación. Para Marta era fácil, como se había liado con él dos días antes de su desaparición, la muy imbécil estaba tan preocupada que había dejado incluso de comer. Encima se quedaría más delgada aún... Asco de vida.

Como se había convertido en costumbre desde que se lo pusieron, pasó la lengua por el metal de la ortodoncia y maldijo el momento en que dejó que su madre la convenciese para ir al dentista. Casi prefería tener algún diente torcido que ser la única idiota que llevaba la boca llena de alambres.

«Cuando te quiten el aparato, serás la más guapa de todas tus amigas», dijo su madre, tratando de convencerla como si fuese imbécil. ¡Dios! ¡Dos años! Dos interminables años podría tener que llevar aquella mierda en la boca. ¿Qué chico querría besar a una tostadora? En la aldea era invisible, ningún chico se fijaba en ella. Igual que en Valverde.

Y lo que más rabia le daba de todo aquello era pensar en cómo había sido la mejor amiga de Dani, incluso su confidente, en años anteriores; casi desde que habían aprendido a correr por esas calles empedradas, uña y carne cuando él era gordito, patoso y casi tartamudeaba al estar ante una niña. Ni siquiera el verano pasado se separó de ella un solo día. Este, en cambio, tras haber dado el estirón, haber adelgazado, con ese ridículo pelo largo y esa forma de hablar y de vacilarle a todo el mundo, ni se había dignado a saludarla. ¡Ni siquiera saludarla! Puto engreído. ¿Quién se creía que era? Una semana llevaba en la aldea y no le había dirigido la palabra, ni un triste saludo, mientras pasaba las noches metiendo la lengua en la boca de cada una de sus amigas. ¡Menuda manada de zorras! Todas diciendo que no les gustaba ningún chico de la aldea y luego caían

como moscas; haciendo cola por pasar un rato con él en la habitación de la escuela o en el asiento trasero del coche de su padre.

¡Qué asco de sitio! ¡Ojalá ese verano se hubiera quedado en Valverde o hubiera veraneado en la playa! ¡Ojalá esas zorras se hayan quedado preñadas!

Dani tenía lo que merecía.

—¿Qué tenemos?

—Poca cosa, por no decir nada. Esos tipos saben muy bien lo que hacen y cómo hacerlo. Apuesto a que, si se encuentran en algún momento con dificultades, abortan en el acto y desaparecen. Así es imposible que cometan un error.

La cocina de la comisaría acogía la conversación entre Paco, Marcos, David, Cristina, Fran e Irene; esta última tomaba apuntes para dejar luego fotocopias a todos con las directrices a seguir y cualquier novedad que hubieran descubierto.

Unos minutos después de que Marcos llegase al restaurante atracado, aparecieron David, Fran y Cristina, el inspector aún entrevistaba al encargado. Ellos se dividieron para interrogar al resto de testigos, inspeccionar el local y la caja de caudales, aparte de tomar las grabaciones de las cámaras de vigilancia, que tendrían que visionar a lo largo de la tarde, así como buscar las grabaciones de las cámaras de la calle y también del lugar en el que abandonaron la furgoneta. Quizá algún cajero o restaurante cercano hubiese grabado a los asaltantes mientras cambiaban de vehículo y huían.

—Mejor que aborten y desaparezcan a que usen las armas —murmuró Fran.

—Dudo que hagan esa tontería. Son profesionales que conocen las leyes de este país, no se arriesgarán a disparar y matar a alguien. No son tan estúpidos —dijo el comisario—. Y ahora vamos al grano. No sabemos cuántos golpes más piensan dar. No han recaudado mucho entre los tres primeros, al menos para tratarse de una banda organizada y bien adiestrada. Eso quizá nos dé margen para dos o tres atracos más.

—Quizá no sean suficientes —añadía Marcos—, quizá veinte atracos más no lo sean. Si no tardan más de cinco minutos, no dejan huellas antes, durante y después del atraco, ni muestran su rostro, será casi imposible detenerlos.

—Pues no me importa cómo lo hagáis, pero no podemos dar una imagen de impunidad. Imagina la propaganda: «ven a Huelva a delinquir sin que la policía haga absolutamente nada».

—Lo sé, Paco, no tienes que recordármelo cada día. Pero no podemos hacer nada salvo que cometan un error o nos crucemos con ellos en un atraco, y lo

sabes.

—La estrategia de pedir precaución a los hosteleros no ha dado resultado —apuntó Cristina—. No tenían la puerta cerrada ni se dieron cuenta del atraco hasta tenerles dentro del restaurante.

—Si me permitís un apunte —interrumpió David—, cuando se está haciendo la limpieza, reposición de género y otras tareas, que además se hacen contra reloj para abrir a la hora exacta y recibir clientes, no se puede tener la puerta cerrada, aunque puedes destinar a algún mozo a vigilar la calle o contratar un guardia jurado. Pero en ambos casos hay que invertir dinero y los locales no lo harán si están asegurados contra robos.

Nadie discutía de esos temas con David, era una especie de asesor experimentado. Así que trataron de buscar alternativas para frenar a los atracadores.

—Podemos hacer que todos los efectivos que se encuentran de vacaciones regresen como apoyo.

—Lo siento, Cris —la contradijo Paco—, pero eso es inviable. Aunque existe la posibilidad de posponer o cancelar las vacaciones de los agentes, solo se realiza en casos graves de homicidio o posible atentado terrorista. Los atracos, más aún cuando se trata de locales asegurados, no son fuerza mayor y no requieren ese tipo de medidas drásticas. Si los propietarios de los establecimientos no consideran importante cambiar sus rutinas o contratar vigilancia extra, nosotros no vamos a dejarnos la piel por cuidar lo que a ellos no les importa tanto.

—¿Y las aseguradoras? —preguntó Fran.

—No les hará ninguna gracia pagar las indemnizaciones —respondía David—; pero no se trata de una sola empresa, cada local tendrá contratada una de las docenas de aseguradoras que existen. Así que no invertirán un euro en sufragar seguridad privada, se conformarán con aumentar las cuotas de los locales asegurados que sufran robos. Les pasa como a los propios propietarios de los negocios, que prefieren ver su seguro aumentar unos euros al año antes que pagar trescientos euros al día por un vigilante armado y que luego nadie les ataque.

—Nos echarán la culpa a nosotros, nos llamarán inútiles y gritarán a los medios que estamos despilfarrando el dinero de sus impuestos —murmuró Marcos.

—Si yo te contase los impuestos que pagan los locales de ocio y restauración... —añadía David.

—No nos salgamos de la conversación. Vamos, quiero soluciones para prevenir o para localizar a los asaltantes.

—Comisario —observó Cristina—, he mandado una petición de ayuda a la Interpol y Europol para coordinar con ellos y el resto de policías europeas la identificación. Envié las secuencias de vídeo en las que Marcos y David había identificado a dos de los atracadores por su complexión y forma de moverse. Quizá tengan identificados a los miembros de la banda, aunque solo fuera a alguno de ellos.

—Esa ha sido una buena iniciativa, esperaremos recibir ayuda que nos acerque a sus identidades —Marcos guiñó un ojo Cris, ella sonrió orgullosa.

—También podemos continuar con el apoyo de taxistas y conductores de autobús, para que nos avisen por radio o teléfono en cuanto vean una furgoneta sospechosa —apuntaba David.

—Bueno chicos, se acabó la reunión. Todos sabéis lo que hacer y cómo hacerlo, así que moved el culo. —Paco se marchó de la cocina, los demás lo miraron atónitos. En el fondo tenía razón, no había mucho más que discutir, solo seguir investigando, esperar noticias de otros cuerpos europeos y tocar madera para que los atracadores cometieran un error o la policía tuviera un golpe de suerte.

—No vamos a encontrarles porque cometan la imprudencia de hacer alarde de dinero, eso sería de principiantes y ellos no lo son. Además, tampoco llamarán la atención por no ser onubenses, ya que estamos en pleno verano y toda la provincia está llena de extranjeros.

Marcos dejó claros los límites a los que se enfrentaban. Las expectativas no eran nada halagüeñas, pero aún así debían seguir investigando y teniendo fe. Ese era su trabajo, y no siempre el componente investigación superaba en porcentaje al de la suerte.

—¿Qué tal está Laura? Sandra pregunta por ella a menudo.

David y Marcos revisaban los videos de vigilancia en su despacho, dando buena cuenta de una comida encargada al restaurante chino de la misma calle. Ya no se podía ver a Cristina y Fran en sus escritorios al otro lado del cristal, se habían marchado a almorzar. Regresarían en pocos minutos.

—Agobiada por el trabajo, desesperada por el caso del chico desaparecido y nostálgica por volver a encontrarse en la aldea en la que veraneábamos cuando éramos críos.

—Todo eso se le pasará cuando salga una noche de fiesta con nosotros. Dile que le tengo preparada una bien grande, en el Mykonos de Punta Umbría. No lo olvidará mientras viva.

Si alguien sabía montar una fiesta inolvidable, ese era David Sobrá, aunque Laura estaría aún demasiado afectada por todo lo que sucedía a su alrededor

como para aceptar semejante oferta. Además, no deberían estar invirtiendo el tiempo en pensar en diversión cuando apremiaba avanzar en el caso, aunque fuese a la hora del almuerzo.

—Olvida a Laura y centrémonos en el trabajo. Quiero cerrar este caso lo antes posible. —No había terminado la frase y ya se arrepentía del tono usado, no quería que David pagase su frustración por sentirse impotente ante los atracadores y vulnerable ante la ausencia de su pareja. Pero ya era demasiado tarde.

—Está bien, siento si...

—Olvidalo. Estoy tenso estos días, duermo poco y trabajo demasiado. No debí pagarlo contigo. Perdona.

—No hay nada que perdonar. Para eso estamos. A veces es necesario desahogarse. Si te llego a notar tan tenso, te habría ofrecido la fiesta a ti.

—No te lo discuto, la necesito como nunca.

A pesar de la vacaciones, el bar restaurante estaba tan lleno como de costumbre, sobre todo de policías uniformados como ellos mismos. Fran devoraba un codillo de cerdo mientras ella trataba de controlar su ansiedad y hambre con un plato combinado de pollo a la plancha, verduras y arroz. No quería tener que quitarse de encima quince kilos tras el parto. Las pruebas para subinspector serían en febrero del año siguiente y ella estaría en mejor forma física (y mental) que nunca.

Fran se mostraba cada vez más participativo en su faceta de pareja sentimental y las dudas del año anterior sobre su compromiso habían quedado muy atrás. En la actualidad, se centraba en darle un hogar feliz a la pequeña Evita y trasladarse a la nueva casa, en la zona de pescadería, para tener la comisaría cerca y ver la ría al atardecer desde las ventanas. Era una cuestión de días. Los padres de ambos y la hermana pequeña de Cristina estaban entusiasmados con el futuro nuevo miembro de la familia, así como preocupados, al igual que Fran, por el trabajo tan peligroso en el que ella aún no había pedido la baja de maternidad.

El silencio durante la comida era un requisito indispensable para Cris, lo usaba para concentrarse en los temas de trabajo o personales que requerían de su máxima atención. Aunque en ese momento decidió romper la norma.

—¿Crees que cogemos a esos atracadores?

Fran la miró estupefacto, con la boca llena y congelado ante aquel momento único. No sabía qué contestar.

—Vamos, no te quedes ahí mirando, responde —añadió con una sonrisa.

—Bueno... Marcos y David son buenos, y nosotros le hacemos una excelente cobertura, pero... esos tipos vienen de fuera y saben lo que hacen. Será difícil.

—Difícil no es imposible. Y este tiene que ser mi caso. Si logro ayudar a resolverlo no tendré que pasar los exámenes y ascenderé por méritos. Necesito atrapar a esos atracadores como sea.

—No deberías centrarte ahora en eso.

—¿Ah, no? ¿Y en qué debería centrarme según tu opinión?

Fran tenía el tenedor a medio camino de la boca abierta, casi no respiraba y la miraba con incertidumbre. Midió las palabras y decidió seguir adelante.

—Pero mírate, casi te ha llevado varios minutos sentarte en esa silla. No estás ahora para pensar en resolver casos difíciles y peligrosos, sino en centrarte para no sufrir un accidente.

La mirada de Cris hubiese congelado el océano en pleno verano. Fran bajó la vista al plato pero no se atrevió a tocar los cubiertos. Esperaba el huracán que lo arrasaría todo en cuestión de segundos. Pero este no apareció.

—Tienes razón, debería ser más realista y no precipitarme con lo que tenga que llegar en el futuro.

Él levantó la mirada despacio, aún sin creerse lo que acababa de oír. ¿Sería aquella una trampa para que se confiase? ¿Llegaría la terrible tempestad tras la calma?

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi novia? —titubeó en un leve susurro.

Ella lo miró perpleja y, tras un largo e incómodo instante, rompió a reír. Fran respiró aliviado y ella suspiró hondo, parecía comprender que la tensión no la ayudaba, al contrario, frenaba su mente e impedía que viese con claridad su futuro, sus opciones, a su pareja, a su futura hija y las posibilidades de ascenso que tanto deseaba. No le había gustado nada ver ese temor en los ojos de su pareja, pero menos aún saber que era ella quien lo provocaba, tendría que pedir disculpas por demasiadas cosas cuando su mente volviese a su estado habitual. Si es que lograba hacerla regresar.

Tras el almuerzo volvieron a la comisaría, donde David y Marcos ya habían identificado a los dos atracadores cuyos rasgos físicos y forma de caminar se diferenciaban claramente del resto. Aquel dato solo servía para incriminar a la banda en los tres asaltos, pero no para identificarlos. Aún les quedaba mucho trabajo por delante.

Los sitios tan pequeños eran asfixiantes para Javi. Necesitaba garitos o discotecas, gente joven y de buen ver por la calle, y en la mayor cantidad posible para poder tirar la caña a otra chica más cuando le hubieran rechazado las primeras. Era un obrero del amor, a pico y pala, trabajando sin cesar hasta obtener su premio. Pero aquella aldea era, sin la menor duda, el sitio más aburrido en el que había trabajado; no comprendía como Laura se lo pasaba tan bien en sus reuniones de marujas con las vecinas del lugar. Allí, la que no tenía más de treinta años y dos hijos, tenía quince o menos. «¡Maldita sea mi suerte!». Como alternativa, no podía hacer más que tomarse unas copas, pero el único bar del lugar no podría ser más deprimente, casi todos los tertulianos eran ancianos que bebían aguardiente por las mañanas y vino peleón por las noches. Si Laura no le hubiese dado la excelente noticia de que regresaban a la capital, hubiese acabado por hacer una locura, como quitarle las llaves del coche y marcharse de fiesta a Valverde.

Después de pasar la tarde acompañando a voluntarios, a vecinos y a buscadores profesionales, realizando varias grabaciones y entrevistas, tenía una hora para descansar antes de que la chica ordenase a la redacción el montaje del video que quería usar de fondo para su conexión. Así que decidió pasarla tomando una cerveza bien fría apoyado en el extraño banco de cemento que se extendía frente a la fachada del bar. Había otras personas a su alrededor, pero él prefirió no entrar en conversaciones y relajarse en silencio, además de contemplar a un grupo de adolescentes con faldas cortas, pantalones ajustados y tops minúsculos que pasaba sin prisa por la calle. Pensó en lo mal que debía estar para fijarse de aquella forma en chicas tan pequeñas.

Esa tarde se había descubierto a sí mismo hablando de forma animada con alguna que otra voluntaria y con una amiga de Laura, algunas de aquellas mamis estaban todavía de buen ver, si se arreglaran y maquillaran un poco... Lo raro, lo que más le sorprendía, era no haber tirado la caña en ningún momento a su compañera, estaría perdiendo facultades, porque era lo mejor que había en la zona. Y no es porque hubiera sido rechazado por ella en infinidad de ocasiones, eso nunca le haría rendirse, más bien se estaba haciendo el interesante. Las chicas se vuelven locas cuando un chico se muestra indiferente ante ellas. Sí, quizá aprovechase a alguna de las amigas de la reportera para darle celos. Los celos nunca fallan.

Apuró la cerveza y levantó la mano mirando al camarero, este le respondió con otro gesto universal y al minuto le llevó otra botella. Grupos de personas subían o bajaban la calle, alguno paraba en el bar a saludar o tomarse algo con amigos; la vida fluía, lentamente, y pronto tendría que ir al baño para que la

cerveza también fluyera hacia el retrete en su recorrido natural.

Sí, aquellas mamis no estaban nada mal.

Su mujer se enfadaría por llegar tarde a cenar, y tendría que recalentar el plato en el microondas, con lo seco que quedaba todo. El caso es que Matías debía justificar sus honorarios y no iba a marcharse a casa antes de que lo hubieran hecho sus clientes. Los padres del chico esperaban progresos por su parte y no podía defraudarlos. Aquel era su mejor caso, bueno, su único caso en muchos meses y necesitaba el dinero y la fama que lograría si encontraba al chaval.

Como quien se dirige a indagar entre los vecinos congregados al final de la calle, se escabulló hacia el bar y pidió una cerveza, la tomó de un solo trago, como las anteriores a lo largo del día. Aquel calor y tanto caminar estaban agotando sus fuerzas y su paciencia. Al salir del bar vio sentado al cámara perroflauta que había encerrado el año anterior junto a la reportera metomentodo. De buena gana le daría una somanta de palos para que espabilase de una vez y buscase un trabajo de verdad, en vez de estar molestando a los agentes de la ley que hacen una labor fundamental.

Pasó de largo para no meterse en problemas y eructó de forma disimulada el gas que le había provocado la cerveza. Comprobó que tenía el pelo bien colocado, se atusó el frondoso bigote y miró al cielo, preguntándose cuándo demonios iba a anochecer del todo para marcharse. ¿Cuántos días tendría que ir hasta cumplir con su trabajo? Aquello no estaba resultando tan sencillo como calculó al llegar el día anterior. Con su olfato de lobo avezado, ya tenía que haber resuelto el caso y concedido una entrevista a aquella flacucha reportera, que se vería forzada a tragarse su orgullo y llamarle héroe ante todos los espectadores. ¿Por qué resultaba tan complicado encontrar al chico si en su mente lograba hacerlo en cuestión de minutos?

Aquello era muy simple.

Opción 1: Se había largado por una pelea con los padres.

Opción 2: Fue a echar un polvo con alguna novia.

Opción 3: Está secuestrado.

Opción 4: Lo han matado y se han deshecho del cuerpo.

Lo de echar un polvo está descartado, habría aparecido ya, salvo que la chica lo hubiese secuestrado o el padre de ella lo hubiese matado. Ahí se complicaba la cosa un poco.

Si se ha peleado con los padres y se ha marchado, habría aparecido por algún

pueblo cercano donde lo hubiesen reconocido, toda la provincia estaba plagada de carteles con su foto y salía todos los días en la televisión.

Si estaba secuestrado, ¿por qué no pedían un rescate de una vez? Aquello resultaba extraño, debía descartar esa opción.

Lo más lógico, y lo que suele suceder a menudo, es que encontrasen tarde o temprano el cuerpo o algún indicio o prueba en la casa o el coche del asesino (que solían ser los padres).

Todo sencillo y rápido. Entonces, ¿por qué no aparecía de una puñetera vez el cuerpo o la prueba del homicidio que incriminaba al asesino?

Volvió a mirar el cielo con un mohín de impaciencia, dio dos pasos más y se volvió a toda prisa al bar, necesitaba orinar con urgencia.

—**B**uenas noches, estimados televidentes. Hoy se cumplen tres días de la desaparición de Daniel G. R. en la aldea de El Pozuelo en el Andévalo Onubense. Tres días de incesante búsqueda por toda la región. Tres días de solidaridad por parte de vecinos y voluntarios, de duro trabajo por parte de la Guardia Civil. Tres días de desesperación para los padres del adolescente, que no pierden la esperanza de encontrarle sano y salvo. Tres días sin avances, sin resultados. Tres días de frustración.

Laura hizo una pausa de efecto, mostraba un sincero pesar en su rostro.

—Hemos pasado la jornada acompañando a los voluntarios y rastreadores profesionales para mostrarles a continuación la dura tarea que supone buscar bajo este calor por un paraje seco y lleno de peligros como barrancos, serpientes o insectos. Pero podrán comprobar que ninguno de estos valientes vecinos tienen un segundo para quejarse. Solo piensan en aportar su grano de arena en la feliz noticia que sería devolver al chico sano y salvo con su padres.

El piloto de la cámara de video de Javi tornó de verde a rojo para indicar que no estaban en el aire, los espectadores verían a continuación un vídeo compuesto por una mezcla de imágenes y entrevistas grabadas durante el día. Tras algo más de cuatro minutos, una cuenta atrás de Javi con los dedos de su mano izquierda volvió a darle la entrada en directo.

—... y no quisiera despedir la conexión sin hacer unas preguntas a los vecinos del lugar, que se han acercado, interrumpiendo su merecido descanso y cena, para acompañarme. Buenas noches, cómo te llamas?

—Elena.

Ya en casa de Elena y David, afrontaba un aperitivo y la cena antes de la

despedida. Todos sus amigos se habían reunido, incluidas Isabel y Miriam, para tomar unas cervezas y pedirle a la reportera que no dejase pasar otros quince años hasta la próxima visita. Ese era su deseo también, aunque en esos momentos solo podía pensar en no llegar demasiado tarde a la capital, ya que había prometido a Marcos regresar antes de la hora de acostarse.

—¡Qué vergüenza! No sabía qué decir. —Elena aún estaba ruborizada.

—Anda ya, lo has hecho muy bien.

—Bien lo haces tú. Parece sencillo cuando se te ve hablar por la tele, pero cuando le toca hacerlo a una, la lengua parece hincharse y no recuerdas qué palabra decir para no parecer una tonta. Espero que nadie que me conozca lo haya visto.

—No creas, es posible que ya esté en Youtube.

Elena se desesperaba ante la broma mientras sus amigos reían a carcajadas.

Laura sintió un extraño pinchazo en el estómago, una sensación que no recordaba desde que era adolescente, cuando terminaba el mes de agosto y todos se despedían en la entrada de la aldea o en la plaza. Después de un mes sin separarse entre ellas, la despedida se tornaba un suplicio desgarrador, y veían como una tras otra se iban marchando en los coches de sus padres para no volver hasta el año siguiente. En una época en la que no se tenía móvil a esa edad, recurrían a escribirse cartas o llamarse de vez en cuando desde el teléfono fijo, así que se insistían y rogaban que no perdiesen la conexión.

Pero la conexión se perdió durante quince años para Laura y, de algún extraño modo que no lograba entender, había vuelto a conseguirla en tan solo dos días. «El cuerpo es sabio, acaba reaccionando ante las cosas buenas que pasan», pensó mientras observaba a su alrededor. Ya no había Barbies y casitas, los muñecos habían sido sustituidos por hijos, el bar tenía sillas de publicidad Coca-Cola y casi nadie iba al pozo a por agua para sus abuelos; ya no estaba Eva, ni Luis y otros tantos, pero la esencia seguía intacta en el aire.

No deseaba marcharse.

La noche caía pesada sobre las escasas luces de la aldea, pero sin lograr arrastrar el calor con ella, provocando que los vecinos hiciesen vida en el interior de las casas, más frescas con sus gruesos muros que los patios recalentados durante el día. Antonio regaba con la manguera su jardín, tanto el poco césped del fondo como el suelo de plaquetas de barro, que silbaban al contacto con el agua fría; tendría que esperar unos minutos y repetir la operación, el suelo estaba tan seco y caliente que se bebía, literalmente, el agua al instante. El juego de

mesa de metal forjado con las cuatro sillas que antes ocupaba el centro de la zona de plaquetas, se encontraba apilado en un rincón, sin uso desde que falleció su mujer. Debería tirarlo todo a la basura o dárselo a algún vecino que lo aprovechara, así no se acordaría tanto de los felices momentos que ya nunca regresarían.

De fondo se oían las chicharras con su áspero canto; aunque se hubiese marchado el sol horas atrás, el calor parecía tenerlas aún excitadas. Aparte de ese sonido, el silencio había regresado tras marcharse la mayoría de los voluntarios y los guardiaciviles. Se agradecía más que nunca.

Por unos instantes, Antonio tuvo la sensación de que todo lo ocurrido esos días había sido un sueño, un oscuro y cruel sueño. Pero fue solo un instante.

Sufría la certeza de que aquello era real, y no por observar lo que sucedía a su alrededor cada día, sino por el fatídico momento vivido la noche del miércoles anterior.

Antonio se sentía fuerte y ágil, a pesar de acercarse a los ochenta años. Nadie pensó, décadas atrás, que iba a ver enterrar a su esposa. El abuso del alcohol y la carne roja eran sus debilidades, pero allí estaba, incluso había sobrevivido a un doctor de Valverde que siempre le dijo que no llegaría a cumplir sesenta años si seguía por aquel camino. «Pues ahí lo tienes, setenta y ocho y sigo fresco como una lechuga». Lo único que Antonio ya no controlaba era la vejiga, no había noche que se librase de ir cuatro o cinco veces al baño.

Otro de los efectos que trajeron la jubilación y la sociedad fue el de no saber nunca qué hora era, hacía años que había dejado de mirar los relojes y se orientaba por la posición del sol y por su necesidad de comer. No le quedaba en la vida más que ver pasar los días, así que ceñirse a un horario era lo más parecido a vivir en una cárcel. Sabía cuándo era de día y cuándo de noche, con eso le bastaba. Y aunque no contaba los días, sabía que fue tres noches atrás cuando todo cambió para él.

Se levantó deprisa y logró llegar al baño a tiempo. En alguna ocasión no lo había conseguido y luego le tocó fregar el suelo, darse un agua en el bidé y cambiarse de pantalón del pijama. A la vuelta, ya aliviado y sintiendo cómo el sueño volvía a acunarle en sus brazos, oyó pasos procedentes de la calle. Sabía que sería algún chaval regresando a casa o yendo a la plaza, donde siempre se reunían los jóvenes las noches de verano hasta bien entrada la madrugada. Jamás había sido cotilla, pero en un lugar donde nunca pasaba nada, era imposible no asomarse a la ventana para ver quién cruzaba ante la puerta. «La ventana es el antepasado natural de los programas de cotilleo de la tele», decía a menudo su mujer.

Justo frente a su puerta, a solo dos o tres metros de él y separados por el cristal y el resquicio entre los visillos, observó una escena que le perseguía día y noche desde entonces. Incluso había perdido el apetito. A partir de la mañana siguiente, cuando comenzó la búsqueda del chaval, no pudo evitar sentir un escalofrío cada vez que se cruzaba con ellos por la calle, en el bar o por las zonas en las que buscaban al chico. ¿Cómo podían aparentar esa normalidad tras cometer semejante barbaridad? ¿Cómo eran tan hipócritas de buscar a un chico que ellos mismos habían atacado y llevado Dios sabe dónde? Antonio estaba aterrado ante la idea de que el demonio campase a sus anchas por las calles que lo habían visto crecer.

La situación había tomado un cariz nefasto para su salud, pasaba las noches sin conciliar el sueño, temeroso de los monstruos con los que convivía. Ya no podía evitar mirarles fijamente cuando les tenía cerca, y ellos parecían percibirlo, especialmente esa misma tarde, en la que habían cuchicheado mientras él les observaba sin disimular su pánico.

¿Por qué no se lo decía a la Guardia Civil? ¿Por qué no lo confesó cuando le preguntó un agente en la puerta de su casa, justo donde había ocurrido todo? Nunca había tenido un apego especial por los guardiaciviles, sobre todo desde que un sargento mató a su hermano en los años de la posguerra y por pura diversión. Claro que había pasado mucho tiempo desde entonces, tiempo para olvidar. Y aquellos chicos jóvenes no habrían nacido siquiera cuando los criminales que patrullaban la aldea en las décadas de los cuarenta y los cincuenta hacían lo que se les antojaba ante la impotencia de quienes sufrían sus fechorías.

El chaval estaría muerto o padeciendo un secuestro y él podía poner fin a todo en el acto, salvarlo y terminar con la pesadilla que había embargado a los vecinos de la aldea. ¿Qué le impulsaba a callar? ¿El miedo? ¿La sensación de acusar a un vecino? Aquello era absurdo, ellos casi no eran vecinos, solo iban en veranos y fines de semana. ¿Qué habría hecho Pepa si siguiese viva? Mil pensamientos se cruzaban torpemente en una cabeza que ya no lograba obtener soluciones con la rapidez de antaño.

¿Y si lo hubiera soñado? Un chico desaparece y él cree haber soñado con su secuestro... Sí, quizá fuese eso lo que estaba padeciendo, esa demencia senil de la que todos hablaban, el mal que atacaba en la vejez y que era percibido por todos menos por el pobre diablo que lo padecía.

Llevaba un rato sentado en un sillón del salón frente al televisor. Pero el programa no conseguía distraer sus pensamientos y apagó el aparato. Con la casa a oscuras tenía la sensación de que no hacía tanto calor. Y no necesitaba más luz que la de la luna, débil hoy, pero suficiente para mostrar los contornos de la estancia y para dibujar un baile grotesco de sombras en la pared producido por el

toldo del patio movido por el viento. Sombras que parecían tratar de asustarlo, convirtiéndose de repente en siluetas humanas que se movían sigilosas a su espalda. Antonio no tuvo miedo de las sombras, ni siquiera cuando se convirtieron en personas y, sin mediar palabra alguna, lo golpearon sin piedad.

Cuando veía en el cine o en la tele de su cuarto todas aquellas películas de guerra, de espías, con palizas e interrogatorios, siempre había pensado que los golpes y la tortura física en general tenían como fin hacer el máximo daño posible al cuerpo del torturado, y así lograr su rendimiento o cooperación. Una vez experimentado en su propio cuerpo esa situación, comprendía lo equivocado que había estado. Los golpes solo sirven para que seas consciente de que sigues vivo y que aún te queda mucho por sufrir; también para hacerte comprender que el daño físico es insignificante en comparación con el dolor que la mente va experimentando con el paso de los minutos, las horas... los días. Y no es que sufriese mentalmente por la separación de sus seres queridos, a sus padres y amigos los veía y oía con nitidez a su alrededor, ninguno de ellos lo había abandonado. Era algo que no podrían arrebatárselo sus captores. Tampoco le afectaba la escasa alimentación (en cantidad y calidad), así como sentirse sucio al hacerse sus necesidades sentado desnudo sobre aquella silla. Su mente no se degradaba por hechos tan livianos, aunque pareciesen una locura al pensarse desde una perspectiva más lejana o segura.

Eran la oscuridad y el silencio los que lograban un estado mental en el que racionalidad, instinto, miedo e incertidumbre pugnaban por ser los vencedores constantemente, en detrimento de su cordura. Estaba sometido al aislamiento de sus sentidos más desarrollados, así como no saber si era de día o de noche, si llevaba cautivo tres días o trescientos, si el mundo seguía existiendo al otro lado de aquellas paredes o había desaparecido. Todo lo que lo rodeaba parecía diseñado para derrotarlo. Dejaría gustoso que le dieran otra paliza a cambio de poder ver la hora en un reloj. Dejaría que le dieran otra paliza solo por poder conversar con alguien, aunque fuese uno de sus captores.

A veces gemía para poder oír su voz; pero hacía mucho, quizá más de un día, que no se había atrevido a hablar por temor al sonido que pudiera salir de su boca. No se reconocía en absoluto, y llegaba a pensar que estaba transformándose en otra persona, en alguien más fuerte para soportar aquel calvario. O en un monstruo como los que le tenían cautivo. Esa última opción, aunque terrorífica, era la que más esperaba. Solo podía combatir al diablo convirtiéndose en otro diablo.

Ni terminó aquel pensamiento cuando oyó de nuevo la puerta, sin precisar si había pasado un día o un año desde la última visita. Lo más seguro, por el dolor que sentía en mandíbula y costillas, aparte de usar su lógica e imaginación, es que fuese un día.

¿Hoy tocaría comida y baño nada más o también habría un extra?

16 de agosto de 1998

—¿Os lo estáis pasando bien? ¿Qué habéis hecho hoy?

—(...)

—¿En serio? ¿Habéis ido al pilar para bañar a las muñecas? ¡Qué divertido! ¿No se ha enfadado tu madre cuando has llegado toda mojada.

—(...)

—Bueno, aunque te haya castigado un día sin salir, puedes jugar a las muñecas o a cocinar con las demás en el patio de casa.

—(...)

—Yo volveré pronto, claro, y me pondré un vestido precioso para la fiesta. Me lo compró mi madre justo antes de venir. ¿Qué vas a ponerte tú?

—(...)

Su mente conversaba animadamente con sus amigas, esos diálogos amenizaban las interminables horas de soledad en la oscuridad. Solo cuando la conversación era interrumpida bruscamente por la intrusión del monstruo, que invadía sus pensamientos cada vez que sentía dolor por sus golpes o por lo otro, volvía a la consciencia del lugar en el que se hallaba. Presionaba sus oídos con las palmas de las manos y gritaba con todas sus fuerzas mientras corría al rincón de la manta, bajo la que se ocultaba llorando hasta olvidar por completo la existencia del mismo. Ese método funcionaba siempre, salvo cuando el monstruo no estaba en su cabeza sino a su lado.

La puerta se abría cada cierto tiempo, aunque no sabría calcular si era una o dos veces al día, o cada dos días. Y todo su ser se esforzaba en cumplir los deseos del monstruo: no hablar ni llorar o protestar por el dolor. Lo haría por sí misma y por su madre, que había intentado hacer de ella una señorita educada y obediente desde que los recuerdos la alcanzaban. Su madre esbozaba una sonrisa al prometerle ella que así sería, aunque se olvidase de su promesa en cuanto desaparecía por la puerta de casa. ¿Qué culpa tenía, si luego todos reían sus travesuras?

Ahora no haría travesuras ni sería deslenguada.

El tiempo pasaba rápido cuando estaba junto al monstruo, sobre todo si pensaba en la tortura de las horas en silencio y oscuridad que llegaban después. Tras cada visita, se comía toda la comida del plato, sin protestar, se dejaba lavar durante unos minutos y jugaba con él un rato. Luego volvía a su rincón de la manta, donde la esperaban sus amigas.

Cada vez lloraba menos. Total, para qué. No había consuelo, ni mimos y besos, ni regalo alguno por parte de sus padres. Ya no había padres, solo miedo y soledad, y a ambos se había propuesto vencerlos. Con sus amigas y olvidando lo que ocurría con el monstruo al instante de haberse marchado, estaba haciendo de aquella nueva situación, de aquel infierno, su nueva vida. Añoraba con toda su alma la anterior, pero no podía permitirse el lujo de comparar o de mortificarse por lo que ya no regresaría.

Porque no regresaría.

El sótano era su hogar ahora, su mundo; y el dolor de los golpes y la sensación extraña en su interior podía olvidarlos si se concentraba lo suficiente. Todo lo necesario para vivir lo tenía allí: comida, agua, un lecho, un lavado diario, el monstruo... No, el monstruo debía marcharse. Ese era el momento de sus amigas, era el momento de jugar, de ir al pilar a salpicarlas de agua después de bañar a las muñecas; las muñecas siempre están sucias después de jugar con ellas. También quiere correr en la plaza, acercarse a El Casino a tomar un refresco frío.

¿El Casino? Claro, allí había visto al monstruo muchas veces, conversando con su padre y con otros, bebiendo cerveza con ellos y riendo como lo hacía cuando estaba con ella.

Aunque entonces no sabía que era un monstruo.

DOMINGO

12 de agosto de 2018

Desde que murió su madrina Pepi, Isabel se prometió a sí misma que los fines de semana y meses de verano que estuviese en la aldea visitaría a diario a su padrino Antonio, ya que era misión imposible pedirle que fuese él quien fuese a comer o tomar café a su casa; si era un cascarrabias terco hacía veinte años, en la actualidad no había mejorado precisamente. Los dos días anteriores no se había acercado, demasiado jaleo con la búsqueda de Dani, aunque tampoco hizo falta porque lo veía a menudo por la calle, sumado al grupo de vecinos. Esa mañana decidió ir a su casa para preguntarle si quería que lo acompañase a misa o si necesitaba algo, ya que por la tarde ella y Javier se acercarían en coche al supermercado de Valverde.

Su vivienda estaba en la misma calle que la de Antonio, solo tres casas más abajo. A esa hora de la mañana, bajo el silencio que caracterizaba el amanecer, podría haberle preguntado alzando la voz desde su patio, como recordaba hacer a su madre años atrás, pero con tantos vecinos veraneando en la aldea, le pareció poco adecuado. Tampoco quería despertar a quienes se acostaron tarde anoche tras volver de la búsqueda, ni a Leyre y tener soportar su malhumor típico de las mañanas.

Cruzó la puerta de su casa y comprobó que hacía fresco, se agradecía. Se cruzó sobre el pecho los laterales de la fina rebeca y caminó hasta la puerta de Antonio, llamó antes de girar el picaporte. Nadie respondió, pero estaba abierta. Entró en el recibidor y preguntó en voz alta dónde se encontraba. A esa hora ya solía llevar despierto un largo rato, aun siendo domingo. De nuevo el silencio. Quizá estuviese en el patio regando las macetas antes de que hiciese más calor y se evaporase el agua casi al instante de verterla. En la aldea todos lo hacían temprano en la mañana y por la noche antes de acostarse.

El olor de aquella casa, así como el aspecto, idénticos a los que había tenido desde que ella era muy pequeña y entraba en busca de algún dulce o bollo de su tata Pepi, le traía recuerdos felices cada vez que entraba por la puerta o pasaba al patio. Era una sensación que jamás se marchaba de su mente, y deseaba que nunca lo hiciese. La primera vez que llevó a Leyre a la aldea, con pocos días de

vida, fue aquella casa la primera en la que entró, ese era otro recuerdo insuperable más; y había hecho todo lo posible para que su hija heredase aquella mágica sensación, claro que la muerte de Pepi hizo que ya no hubiese dulces ni achuchones tras la puerta, solo vacío, silencio, oscuridad y el carácter algo agrio de su padrino.

El recibidor era amplio, idéntico al de su propia casa, con las dos habitaciones a los lados y enfrente la puerta de doble hoja, eternamente abierta, que daba al salón. La habitación de la izquierda, antes el cuarto de invitados, era donde Antonio guardaba los trastos viejos; y la de la derecha su dormitorio. Las puertas estaban abiertas y la cama de su padrino hecha. Pasó al salón. Esa estancia contaba con una puerta a la derecha, la del baño, y otra a la izquierda para ir a la cocina, desde allí se accedía al patio trasero. A través del ventanal sobre el sofá se observaban las macetas y los dos naranjos que cuidaba Antonio con mimo. Isabel siempre quedaba hipnotizada al pasar por allí. Los naranjos estaban cargados de fruta a la espera de que ella y otros vecinos y amigos se acercasen para liberarlos de peso.

En la cocina no había rastro de vasos o platos del desayuno, ni sucios ni fregados, tampoco olía a café. Aquello la extrañó. Salió al patio y comprobó que Antonio tampoco se encontraba allí. Las macetas con geranios, rosas y petunias tenían la tierra seca. Cruzó el patio y salió por la portezuela al prado que se extendía hasta las parcelas repletas de encinas que rodeaban la aldea, el sol comenzaba a mostrarse en el horizonte. Desde su casa se observaba el mismo bello amanecer cada día. No pudo evitar esperar unos minutos, hipnotizada ante una magia que había disfrutado durante toda su vida.

Cada vez más preocupada por su paradero, gritó el nombre de su padrino por si se encontraba cerca. Quizá hubiese ido a tirar la basura a los contenedores ubicados en el camino de la ribera, a doscientos metros. No obtuvo respuesta. ¿El pozo? No, nunca iba a por agua al pozo. Además, se había acostumbrado, como el resto de vecinos más jóvenes, a beber el agua del grifo o comprar garrafas de agua mineral en el supermercado.

Volvió a entrar en la casa, más preocupada que nunca; claro que el anciano podría haber salido a visitar a algún vecino, dando un paseo por las calles del pueblo, o acercarse al cementerio para llevar flores a la tumba de su mujer. Existían muchas posibilidades. Isabel comprendió que aquella aprensión y desconfianza se debía a la desaparición de Dani. Todos tenían miedo a la pérdida de un ser querido y extremaban las precauciones tanto como aumentaba la sensación de inseguridad que les invadía.

Paralizada en mitad del salón, y antes de salir a la calle a emprender la búsqueda que había planeado, se preguntó, horrorizada como no lo había estado

en toda su vida, cómo no había visto aquello que tenía frente a ella. No pudo gritar, un nudo en la garganta y un temblor de rodillas jamás antes experimentado hicieron que tardase una eternidad en reaccionar y salir corriendo a pedir ayuda. Ni siquiera sabía dónde tenía el móvil ni el número al que debía llamar. Solo podía llorar y sentir cómo su vida daba un triple salto mortal sin red.

Lo que acababa de contemplar iba a arruinar todos los instantes y recuerdos felices que aquella casa le había obsequiado durante su vida.

Una extraña niebla parece envolverlo todo, pero no evita que sea consciente de que sus padres no le dejan salir a jugar a las calles del pueblo. Llevan días retenidos en casa, sin ver a sus amigos, observando las caras de angustia de todos los mayores, viendo cómo llegan otros vecinos, padres de sus amigos, a descansar y tomar algo frío; sus semblantes son de derrota y cansancio, y su ropa sucia como si hubiesen estado trabajando durante horas. Siente que a veces falta su madre, otras su padre, pero no presta mucha atención, solo trata de divertirse en el jardín con su hermana mayor, su único resquicio de libertad.

Marcos tiene once años y su hermana Rosa cumplirá trece en dos semanas. Jugar entre ellos es muy aburrido. A Marcos no le gusta porque ella solo quiere hablar de chicos o tejer estúpidas pulseras de lana para regalar a sus amigas. Marcos prefiere jugar al fútbol. Echa de menos a los amigos con los que juega un partido cada tarde en la era, y luego, cansados y sucios, se lavan la cara en el pilar, a pesar de que sus padres les han prohibido tocar el agua donde beben los rebaños de ovejas de la zona, y regresan a casa a por la merienda. También echa de menos las conversaciones sobre quién juega mejor, quién es más fuerte, quién lanza una piedra más lejos o cómo poder ir a espiar a los niños mayores cuando parten hacia la estación para fumar a escondidas, entre todos, el cigarrillo que han conseguido robar a alguno de sus padres o que el dueño del bar ha accedido a venderles o regalarles. Otras veces los observan saltando a algún chalé donde aún no esté el dueño y bañarse rápido en su piscina. Cuando son descubiertos, se llevan un azote o coscorrón para recordar que no deben chivarse a sus padres, por descontado que no los invitan a participar de la diversión, son niños pequeños y los tratan con desprecio; tampoco podrían saltar la puerta metálica para bañarse ni salir corriendo a tiempo si apareciese el dueño de la casa. Uno de los niños mayores, Basi, dijo que en una ocasión apareció el dueño y les disparó con una escopeta, pero Marcos no sabe si creerlo o se trataba de una fanfarronada.

Los días pasan despacio, aburridos, con un calor que se sufre mucho más que

cuando están pasándolo bien. Aquello no parecen vacaciones, el ambiente es serio, preocupado, su madre les besa y achucha más que nunca y ellos no comprenden qué está ocurriendo. Los mayores dejan de hablar cuando los niños entran en una estancia en la que estén conversando, eso no lo habían hecho jamás, antes los niños eran invisibles. Los mayores hablaban incluso de cosas picantes en su presencia, provocando a los niños una risa estúpida al no comprender del todo a qué se referían.

Y cuando la situación parece que no va a volver a su curso normal, un día que no sabe definir si sigue siendo verano o no, todo se multiplica. Marcos recuerda dormir en la cama junto a su madre, abrazado por ella con tanta fuerza que casi no podía respirar, oyéndola llorar y sin saber el porqué. El hermetismo de los mayores se convierte en olvido al verano siguiente, y ese mismo olvido les invade a ellos con más rapidez de la que su curiosidad infinita hubiera deseado. ¿O fue todo un sueño?

Marcos observaba la luz del amanecer entrando por la ventana de la habitación. A su lado, Laura dormía a pierna suelta, desnuda bajo una fina sábana y ajena a los recuerdos que habían brotado como cuchillas afiladas de algún rincón desconocido de su memoria. ¿Por qué aparecían en ese momento? ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Qué pasó entonces? ¿Por qué nunca más se habló de ello en la aldea? Quedaban muchos huecos por rellenar y por su formación y trabajo era demasiado curioso como para dejarlo pasar. ¿A quién podría consultar para salir de dudas? ¿Qué adulto querría hablar después de veinte años? ¿Qué llevó a toda la aldea a elegir el olvido como la mejor vía de escape ante aquella situación? ¿Por qué la mitad de los vecinos vendieron sus casas y no volvieron jamás?

El inspector se levantó de la cama y se dio una ducha tibia. Necesitaba despejarse, pero no logró su objetivo. En lugar de aclarar mejor aquellos recuerdos, hizo que todo desapareciese de nuevo, como si regresase al cajón perdido de su escritorio. Y no fue de forma intencionada, ya que necesitaba saciar su curiosidad, pero el caso de los atracos tenía prioridad y no debía distraerse con temas personales que quizá no solucionase o no tuviesen la más mínima importancia.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —La voz de Laura, casi en un susurro, le hizo volver de la niebla de sus pensamientos.

—Ha sido algo extraño. No he despertado del todo, sino en un estado... como de vigilia, sin saber si soñaba o estaba recordando. No sé si me entiendes.

—Sí, claro. A veces me pasa también.

Marcos se sentó en el borde de la cama, al lado de ella, le dio un beso y

acarició despacio su cabello sobre la almohada.

—No sé si recordarás un verano, aún éramos muy pequeños, en el que no nos permitieron salir de casa. Aún puedo ver las caras de preocupación de mis padres, la tensión que se respiraba entre todos los vecinos. Es curioso que lo haya olvidado o lo recuerde tan vagamente, porque no era tan pequeño, ya tenía diez años o más.

—Los veranos eran muy iguales —respondió ella—, mismo sitio, misma gente, mismos juegos. Uno pierde la noción de almacenar correctamente los recuerdos cuando todo es tan monótono. Solo acabamos recordando con claridad aquellos hechos que son significativos. Por eso es difícil saber si has cerrado la puerta al salir o has apagado el gas, porque es monótono y cotidiano.

—Aún así, fue un verano excepcional, recuerdo que algunos de mis amigos no volvieron al año siguiente, de hecho, no regresaron nunca más. Sus padres vendieron las casas.

—Yo no recuerdo eso que cuentas, quizá porque algunos veranos, cuando era pequeña, mi familia pasaba más tiempo en Riotinto o la playa, solo íbamos a la aldea para las fiestas.

—Tal vez sea un sueño nada más, tampoco me hagas mucho caso.

—Pregunta a tu hermana Rosa, ella tiene dos años más y puede que te saque de dudas. Elena e Isabel también son mayores que yo, luego las llamaré y te diré lo que me cuentan.

—¿Tú crees que debería preocuparme por eso? Ahora tenemos tres robos y más presión sobre nosotros para localizar a los atracadores. Quizá no debiera perder el tiempo con recuerdos de mi niñez.

—Pues hablando del tema de los atracos, Javi y yo te seguiremos tras el coche patrulla durante un rato, luego iremos a grabar a las fachadas de los restaurantes y probar suerte por si algún encargado quisiera hacer declaraciones.

—No hará falta que toques madera. En plena crisis y con casi toda la población fuera, los restaurantes necesitan publicidad a toda costa.

Olvidó hacerlo el día anterior y sentía remordimientos por haber faltado a su palabra, a pesar de la poca importancia que Fran le daba. «Ella ni siquiera habrá notado que no llamaste, no te mortifiques», le dijo su pareja. A pesar de ello, tenía grabado en la mente que debía hacer esa llamada en cuanto llegase a la comisaría, antes incluso de revisar el correo o ir a la cocina a por un café descafeinado y unas magdalenas. Pensar en comida hizo que le sonasen las tripas, tenía hambre a todas horas. Si su futura hija seguía creciendo, ¿cómo

demonios iba a poder salir por un agujero tan pequeño? ¿Cuánto le costaría recuperar su peso tras el parto? Pero es que todo estaba tan sabroso... incluso la carne roja, que nunca fue santo de su devoción. Su médico le dijo que durante el embarazo aparecen gustos nuevos, así como se aborrecen comidas que antes eran favoritas. Eso sumado al cruce hormonal con el bebé, a las precauciones a tomar con carne y pescado crudos, a las náuseas de los primeros meses y el peso añadido e hinchazón de tobillos de los últimos... No veía la hora de tener a su pequeña entre los brazos y ponerse con ahínco a recuperar su silueta y parte de la que era su vida antes del embarazo. Se revisaba cada mañana y cada noche el cuerpo y daba gracias al altísimo por no tener estrías ni celulitis, claro que las cremas y la dieta estricta del ginecólogo tenían su parte de mérito.

Entraron por la puerta y el saludo de Irene fue un «Debéis ir al despacho de Paco, es urgente».

—Pero tengo que hacer una llamada...

—Nada de llamadas, Paco os está esperando junto a Marcos y David.

El comisario les vio llegar a través de las paredes de cristal y David se anticipó abriéndoles la puerta, dejaron que Cristina se sentase, algo enfadada al ver que los demás permanecían de pie, y la conversación no se demoró un segundo más allá de un simple saludo.

—Marcos y David parten inmediatamente hacia la sierra. El caso de los atracos es vuestro.

Fran y Cristina no comprendían lo que significaban o implicaban esas palabras. La chica fue a decir algo, pero el comisario la interrumpió.

—En la aldea en la que ha desaparecido un chico, ahora tenemos también el cadáver de un anciano con signos de violencia. El equipo forense, un juez de instrucción y la científica ya van hacia allí. Así que vosotros os haréis caso de los atracos. La operación la dirigirás tú —miraba a Cristina—, mientras puedas hacerlo. —Señaló su tripa.

La chica no tuvo tiempo a replicar o pedir más explicaciones. Salió algo abrumada del despacho y se reunieron, todos menos Paco, en la cocina. La noticia provocó un apetito aún más voraz y llenó su taza hasta arriba de café con leche mientras comía magdalenas de dos en dos.

—¿Querías un ascenso a subinspectora por méritos? Aquí lo tienes —susurró Fran a su oído.

Ella no le hizo caso, tenía mil preguntas por resolver en su cabeza y solo disponía de cinco minutos antes de que Marcos se marchase, así que bebió un largo sorbo de café para poder tragar las magdalenas y preguntó:

—¿Tendré tu apoyo en algún sentido?

—Estaré en la aldea hasta que podamos resolver el crimen. Eso puede ser

unas horas o semanas, meses... Ni siquiera sabemos si está relacionado con el secuestro del chico.

—¿Y si necesito llamarte para algún consejo?

—Eso no tienes ni que preguntarlo —le dedicó una sonrisa—. Pero relájate, esos nervios no te ayudarán en absoluto. Eres una policía de primer nivel, solo necesitas confianza, todo lo demás ya lo tienes.

—Entonces, ¿puedo adoptar las medidas que estime oportunas y cambiar a mi antojo el enfoque de la investigación?

—Pues claro que sí. Te acaba de decir el comisario que estás al mando, no tienes que consultarme nada ni pedir permiso.

Cuando Marcos y David se marcharon, Fran y ella fueron a sus mesas y comenzaron la rutina de contestar los mensajes de correo electrónico, planificar el día y, ahora con la dirección del caso, estructurar sus opciones y buscar las vías a seguir.

—¿Qué querías decir cuando le has preguntado a Marcos por cambiar el enfoque de la investigación?

—Tengo una idea que puede funcionar, aunque tenemos pocos efectivos para llevarla a cabo.

Los productores no sabían a qué atenerse, Laura había cambiado tantas veces de destino en cuatro días, que ya no sabían si frenarla o alentarla, ni se aclaraban con el suceso que podría generar más audiencia. El secuestro del chico, la banda de atracadores y ahora el asesinato de un anciano; el verano se estaba poniendo caliente en la provincia de Huelva y la audiencia era la que mandaba. A la espera de que se pronunciaran definitivamente sobre el caso que debían cubrir, Laura decidió volver a la aldea y preparar un directo lo más sensacionalista posible sobre el nuevo crimen. Presionaría a Marcos todo lo que hiciera falta para obtener algún dato confidencial; sabía lo que se valoraba eso desde la cadena y el incremento de audiencia que producía. ¿Y si ambos sucesos estaban relacionados, el asesinato y la desaparición? Poder decirlo en directo sería una bomba, el empujón que necesitaba para estirar el contrato unos meses más.

El coche de Laura excedía el límite de velocidad, la carretera no mostraba mucho tráfico y Javi, a su lado, no podría tener peor semblante.

—¡Esto es increíble! No me puedo creer que vayamos a volver. ¿No sientes piedad por mí? Si paso dos días más entre aquellas calles, voy a volverme loco.

—Javi, tenemos un pie fuera del programa, nos van a devolver a reportajes

cortos y eso significa una reducción considerable de sueldo. Así que no comprendo que lo único que te preocupe es que no haya bares y chicas.

—Bueno, visto desde ese ángulo... Pero comprende que es verano, apetece salir a ligar, estar en la playa, chiringuitos y niñas en bikini. Quejarme es mi única vía de escape para soportarlo.

—Si te comprendo, no creas que no empatizo contigo. Esa aldea está llena de recuerdos, experiencias y amigos para mí; pero objetivamente reconozco que es un sitio pequeño y aburrido si no te integras o no te acogen en su grupo.

—No estaría mal que me acogiese alguna de tus amigas, hay dos de ellas con las que no me importaría...

—No, joder. No seas cerdo. ¿Cómo pretendes que te respete y que dialoguemos como personas adultas si lanzas comentarios como ese cada dos por tres?

—¿Pero qué he dicho? El sexo es una necesidad fisiológica. Seguramente alguna de tus amigas casadas... bueno, ya sabes, con el matrimonio se apaga mucho el deseo. Yo solo me presto a revivir la llama...

—No termines esa frase, y en lo que resta de camino mantén la boca cerrada.

Las doce del mediodía y aún quedaban unos minutos para llegar. Recorrer aquella carretera por tercera vez en los últimos días había hecho avivar los recuerdos de las veces que se distraía con el paisaje desde el asiento trasero del coche de sus padres. Hacía días que no hablaba con ellos, por más que se esforzaba en prometerse que les llamaría cada noche. Era una hija y una hermana desastrosa, como le recordaban sus hermanas cuando lograban contactar con ella.

Tomó el desvío de la aldea y comprobó que, a pesar del calor que ya azotaba con saña, algunos vecinos estaban de paseo en el banco de madera que se conoce como el descanso de la estación. No se extrañó, seguro que preferían tostarse al sol que soportar el ruido y alboroto que producían los turistas, curiosos y voluntarios que abarrotaban las calles. Los ancianos que vivían todo el año allí no estaban acostumbrados a semejante algarabía.

Ya no se apreciaban grupos de búsqueda en los alrededores, estos se centraban en cubrir una extensión más lejana, casi llegando a los pueblos y aldeas colindantes. El pequeño valle donde se enclava la aldea había sido escudriñado docenas de veces sin éxito. Evitó la entrada principal por la calle de Arriba y tomó el desvío de la derecha para acceder directamente al patio trasero de la casa de Elena y David.

No golpeó la puerta de metal antes de entrar, no era costumbre como en el caso de la puerta principal de las viviendas, pero sí dio una voz al poner el primer pie en el patio.

—Ya estabas tardando mucho en regresar. —Era la voz de Mimi, la mujer de David, a la que había tratado solo aquellos días pero había sido suficiente para tomarle confianza. Esta se había asomado desde la cocina. Laura no comprendía cómo soportaba el calor con aquel vestido hasta los tobillos, ni siquiera se ponía el bikini para darse un baño en la piscina con los niños, como hacía Elena cada tarde.

Laura dio un beso en la frente a los niños, que no le hicieron el más mínimo caso, y entró en la cocina mientras oía a Javi detrás de ella quejarse por tener que llevar más bolsas y maletas.

—No te duermas, gruñón. Necesitaremos grabar mucho material antes de las seis de la tarde, aparte de hacer entrevistas y localizar a los policías y a los guardiaciviles.

—Bueno, el policía encargado del caso es tu novio, así que llámale al móvil —respondió de mala gana.

—Es verdad, hemos visto a Marcos hace una hora. Entraba en la casa del pobre Antonio —añadía Mimi, sumándose a la conversación—. Aún no he hablado con él, Elena no ha podido presentármelo. Parecía muy atareado y no se ha parado a conversar ni saludar a nadie.

—Debe de estar presionado desde arriba, el caso podría tener relación con la desaparición del chico y eso lo convertiría en mediático. El ministro de interior está de vacaciones, así que se pondrá hecho una furia si el caso trae mucha repercusión mientras él se baña en Mallorca. Pero no te preocupes, luego cenaremos todos juntos y verás cómo es menos serio de lo que parece en la tele.

—¿Bromeas? Elena e Isabel ya me han contado que era muy divertido cuando todos pasabais los veranos aquí.

—¿Ese acento es del norte?

—Sí, bueno, llevo pocos años aquí en Huelva, aunque pensaba que ya había perdido el acento casi por completo. —Parecía azorada, se frotó las manos con un paño y volvió a entrar en la cocina ante el desconcierto de Laura.

Era más que notable la diferencia de personalidad entre el norte y el sur, pensó la reportera con una sonrisa. Se cambió de ropa, tomando de nuevo la habitación de la cama-potro de tortura como suya sin pedir permiso, y trató de adecentar su peinado y maquillaje. Luego se despidió de Mimi y salió con Javi en busca de la casa de Antonio, un señor mayor al que recordaba de su adolescencia en la aldea como muy severo, a veces malhumorado, pero que se transformaba en cuanto tomaba dos copas y sacaba a todas las mujeres a bailar.

Mientras en el exterior varias docenas de curiosos miraban la puerta cerrada y precintada por la policía con una cinta azul y blanca que recorría la fachada de la casa, murmurando hipótesis sobre lo sucedido, en el interior de la vivienda se libraba una coreografía mil veces realizada. El salón mostraba una fina capa de polvo sobre el suelo y cada mueble, detectaría cada huella dactilar que sería fotografiada y archivada para su análisis posterior, pisadas y otros restos como cabellos, fibras textiles, saliva y demás fluidos... todo lo que supusiese el paso de un ser humano por el lugar. Los de la científica, bajo soporíferos trajes de plástico blanco que cubrían incluso la cabeza, fotografiaban toda la escena al milímetro antes de mover el cadáver por orden del forense, que esperaba en el patio trasero, entretenido con la inspección que llevaban a cabo Marcos y David. Buscaban el objeto usado por el homicida, ya que no se encontraba en el interior de la vivienda.

—Sería extraño que se lo hubiese llevado —dijo David.

—¿El arma? —respondió Marcos.

—Sí, sería una prueba incriminatoria.

—Tal vez el asesino no se lo haya llevado a su casa. Quizá lo ha tirado muy lejos, por eso he pedido a un guardiacivil que revise los contenedores de basura. Lo más probable es que lo haya tirado lejos de la casa para evitar que lo encontremos.

—La mejor forma de evitar que se encuentre es esconderlo en su propia casa, aunque dudo que lo haya hecho, casi nadie lo hace.

—Eso es cierto, y se debe a que su mente juega siempre en su contra. El homicida pensará que tenerlo en casa es una soga al cuello, que si alguien lo encuentra o se hace un registro estará perdido y sin opciones de burlar al juez. No hay mayor prueba en un juicio por asesinato que estar en posesión del arma. Y es ese pensamiento el que hace que el homicida obre de la forma más torpe, creará que lo mejor es limpiar sus huellas del arma, si es que no llevó guantes durante el crimen, y arrojarla a varios metros para poder salir rápido de la zona y no ser visto.

—Vaya, lo que se aprende contigo. A mí no me enseñaron eso en la academia.

Marcos le miró un segundo y comprobó que lo había dicho con sinceridad. Una sensación de bienestar lo embargó en ese momento.

—Eso se aprende estudiando psicología criminal.

—Sí, debería leer más.

—Dejemos de hablar y agudicemos la vista, busquemos un palo de madera de un metro de largo.

—Los de la científica han dicho que también podría ser un tubo de metal, que no sabrían si es una cosa u otra hasta analizar al microscopio los restos dejados en las heridas. ¿Cómo sabes que es de madera y la longitud exacta? No me digas que eres el asesino. —David volvía a su humor habitual.

—Se trata de observar a tu alrededor. Si te fijaste, el patio de la casa está impecablemente ordenado y limpio. Todas las herramientas están recogidas en un extremo, las macetas bien podadas, la mesa y las sillas limpias y correctamente apiladas... Demasiado orden como para dejarse una azada separada del resto y sin el palo. El asesino entró por el patio, en esta aldea siempre están las puertas abiertas. Nadie espera que entres por ahí de noche y no hay farolas porque no da a una calle. Es perfecto. Una vez en el patio vio las herramientas, o sabía que estaban ahí por conocer la casa, y sacó el palo de la azada para usarlo como arma.

—No estás bromenado, ¿verdad?

—¿Te lo parece? —Marcos lo miró con angustia y apremio en los ojos. David enmudeció durante unos segundos.

—Si lo encontramos y es como dices, Sherlock, os invitaré a ti y a Laura a una cena de parejas que hará historia.

Algo menos de veinte minutos después, entraron en la vivienda con el palo de madera de la azada envuelto en plástico transparente, un extremo del mismo se mostraba cubierto de sangre oscura y seca. Lo habían encontrado entre unos matorrales a unos cincuenta metros de la casa. Un técnico de la científica se apresuró a quitárselo de las manos y les informó que habían terminado con el salón.

Ramón Alemán, el sustituto de Maite como forense mientras ella terminaba sus vacaciones, se encontraba agachado sobre el cuerpo. David lanzó a Marcos una mirada cómplice, este último sabía que su compañero no soportaba a los hipster, pero menos aún a los que ya tenían una edad. Ramón era alto y delgado, con barba poblada y bien cuidada, pelo engominado, gafas negras de pasta y lucía una camisa demasiado ajustada y enmarcada por tirantes. El inspector no le devolvió la mirada a su compañero, solo tosió como señal entre ellos para mantener la seriedad; luego se sumó al forense en el análisis visual del cuerpo.

—Procedo a efectuar el examen externo del cadáver —dijo el forense a su grabadora—. Metro sesenta y cinco de estatura, unos setenta kilos, calvo, ojos marrones, setenta y ocho años, livideces en las manos, sin duda provocadas por la postura en la que fue encontrado. Cuento diez... once fuertes contusiones en la cabeza. No aprecio más golpes, al menos hasta realizar la autopsia y desnudar el cuerpo. No se observa ninguno en las manos y antebrazos, así que no trató de defenderse o fue sorprendido. Procedo a enumerar y detallar cada uno de los

once golpes (...). Calculo por la temperatura y rigidez, que llevará unas doce horas muerto.

—Once golpes. —Marcos había esperado a que el forense terminase su trabajo—. Son muchos para matar al anciano, quizá el asesino no tenía mucha fuerza, aunque sí paciencia. ¿Cree que pudo ser una mujer?

—Una mujer, un adolescente o un hombre, ¿quién sabe? Pero seguro que no está acostumbrado al campo. En una aldea como esta casi todos tienen huerto; a alguien habituado a labrar no le llevaría más de dos golpes abrirle la cabeza a otra persona. Quizá usase una sola mano, aunque lo dudo; si quería asegurarse de golpear con fuerza y precisión, habrá usado las dos.

—Está irreconocible... —apuntó Marcos en un susurro.

—Sí, pero, aparte de los golpes, es por la hinchazón y coloración post mortem de las contusiones. La persona que descubrió el cuerpo se llevaría un susto de muerte.

—Nada menos que su ahijada, la conozco. Espero hablar con ella cuando se haya tranquilizado y hayamos examinado la casa.

—No aprecio restos en las uñas, ya lo esperaba. Definitivamente no se defendió.

—No esperaba el ataque.

—Quizá conocía a su asesino, o fue sorprendido en la oscuridad y, tras el primer golpe, quedó tan aturdido que no pudo hacer nada por evitar el resto. En principio, eso es todo, quizá con la autopsia descubramos algo más. Le mandaré un mensaje en cuanto tenga los resultados.

El forense se despidió tras hacer su trabajo y Marcos y David esperaron a que el juez de instrucción autorizase el levantamiento del cadáver y todos se marchasen para comenzar el registro a fondo de la casa, donde permanecieron hasta las tres de la tarde.

No habían terminado aún cuando Laura llamó para informarles de que el almuerzo estaba listo. Los policías fueron a casa de Elena y todos se acoplaron como pudieron en la mesa del patio, donde el sol era de justicia y la parra no lograba frenar el calor, pero había más espacio que en el salón. Los dos niños comían en el interior con sus abuelos mientras veían dibujos animados en la televisión.

La curiosidad de los presentes era más que notable, pero Marcos salió del paso dando escuetos datos que no comprometían la investigación. Sus amigos se mostraban afligidos por la muerte de un vecino que conocían desde toda la vida, más aún sus padres y abuelos, aunque pronto volvieron las risas y olvidaron el macabro suceso cuando David, el hermano de Elena, contó unos chistes y comenzaron las anécdotas sobre las aventuras que vivieron durante su niñez.

Marcos miró a Laura y no pudo evitar pensar que tenía un aspecto radiante, una sonrisa despreocupada que llevaba meses sin exhibir. Era la primera vez que volvía a encontrarse con ella en la aldea después de la adolescencia y no podía creer lo poco que había cambiado en esos años, en todos los aspectos. Bajo la luz única de aquel escenario y oyendo a sus amigos con nostalgia, no podía evitar pensar en los momentos en que su relación comenzó. Se lanzaron algunas miradas durante la comida y él interpretó que a ella le encantaría volver a veranear allí. ¿Quién sabe? Quizá pudieran alquilar una casa los veranos, una grande para que viniese Rosa con su familia y las hermanas de Laura también. En la aldea había varias casas y chalés con carteles de venta y alquiler, así que podría probar... O quizá se estaba montando una película en su cabeza y las miradas de la chica solo mostraban que se estaba divirtiendo durante el almuerzo.

El caso era lo importante en esos momentos y debía apartar cualquier pensamiento personal para no distraerse.

Su compañero, como era de esperar, se hizo con la atención de todos en pocos minutos y, a base de anécdotas de sus noches de fiesta, les encandiló con la idea de llevarles una noche por los mejores garitos de la capital. Aquello comenzaba a distanciarse de lo que debía ser una comida rápida durante el trabajo y Marcos tuvo que adoptar el papel de aguafiestas. Todos protestaban cuando ellos se marcharon, agradeciendo la hospitalidad y prometiendo que volverían a la noche.

Hacía un calor infernal, como cada tarde de verano en la sierra, cuando vieron en la puerta de la vivienda de Antonio al sargento Ángel esperando con el uniforme empapado en sudor y una botella de agua casi vacía en las manos.

—Buenas tardes inspector, necesitaría hablar con usted.

—Podías haberme esperado dentro de la casa. Y tutéame. Me alegro de verte.

—Bueno, el precinto policial...

—Eso es solo para los curiosos. Pasa y cuéntame eso que tienes en mente sobre la relación de los dos casos.

—¿Cómo sabes...? —Ángel mostraba la boca abierta y había olvidado de repente el calor y el hambre.

—Bueno, una desaparición y un homicidio en solo cuatro días en una aldea como esta... Eso es demasiada casualidad. Hasta tu amigo Matías lo habría deducido.

El sargento obvió ese comentario, conocía a Marcos lo suficiente como para saber que no lo había dicho con mala intención.

—Entonces, ¿también crees que están relacionados?

—Por ahora solo lo sospecho. Creo que quien se llevase al chico, porque habría aparecido ya de tratarse de una gamberrada o un accidente, ha eliminado a un testigo. Aunque es solo una hipótesis, igual que pienso que el chico pudiera estar muerto y esto es una venganza contra el padre.

David y Ángel le miraban en silencio, sorprendidos por aquella declaración.

—¡Vaya! Eso es... bueno, no sé cómo definirlo...

—A ver, intentaré explicarme. Si secuestras al hijo de un empresario rico es para pedirle un rescate o para vengarte por una jugarreta. Si no se ha pedido rescate alguno, es que lo han matado. Lo del anciano parece más complejo, pero pensad que el que raptó o mató al chico, lo hizo mientras este volvía a casa en mitad de la noche, y las ventanas de los dormitorios de Antonio —Marcos corrió la cortina de la habitación en la que estaban— dan a la calle por la que el chico pasó. En esta aldea, y en todos los lugares pequeños, a esas horas de la noche en verano, cuando aún no se ha dormido nadie, es habitual asomarse cuando se oye a alguien pasar. Si Antonio vio algo y el secuestrador o asesino del chico lo descubrió, lo ha eliminado para atar cabos sueltos. Claro que...

Marcos meditaba mientras los otros dos seguían expectantes.

—Quizá fuera un secuestro no muy bien organizado, tal vez por un vecino y no un criminal experimentado; pero cuando el secuestrador fue a pedir un rescate, el revuelo mediático y todo el pueblo buscando al chico provocaron que se asustase. Tal vez lo mataron a las pocas horas de secuestrarlo. No siempre salen los raptos tan bien como se ven en las películas. O el secuestrador acabó con el chico al comprobar que no podría seguir con su plan sin riesgo de que lo atrapasen.

—Es un planteamiento... interesante de tu hipótesis. Aunque no tengamos ninguna prueba de ello —observó Ángel—. Para mí está claro que el chico no se ha perdido ni fugado. Sospechaba de un ataque, pero sin pruebas es complicado afrontar un cambio en la búsqueda, ya que no puedo pedir una orden de registro para cada vecino de la aldea y las casas y chalés de los alrededores.

—Dudo que esté en una casa, eso es muy comprometedor. Está muerto o vivo, lo tendrán en algún pozo, sótano o lugar lo suficientemente apartado de la vista y oídos de todos.

—Seguimos buscando una aguja en un pajar.

—Sí, en un pajar demasiado grande.

—**E**sto será como buscar una aguja en un pajar.

Las mesas de Cristina y Fran en la comisaría eran demasiado pequeñas y no

podían colocar sobre el suelo todas las cajas que habían recibido sin entorpecer el paso y la labor a sus compañeros. Como el caso antes lo llevaban Marcos y David, la chica los llamó para pedir su despacho, que ellos no lo iban a usar mientras investigaban en la aldea, a modo de almacén y centro de operaciones. Fran terminó de apilar en columnas todas las cajas de cartón en las esquinas del despacho y se rascó la cabeza, pensaba que sería imposible revisar todo aquello antes de un nuevo cambio de siglo. Cris lo miró con una sonrisa, como leyéndole el pensamiento, y lo tranquilizó.

—Abulta mucho, y seguirá llegando más material que tendremos que ubicar como podamos por aquí, pero solo nos interesan los discos y las memorias que han incluido. Lo demás, casi todo el volumen, son permisos, declaraciones de autenticidad y otro papeleo que las empresas mandan siempre que les pides grabaciones de sus cámaras. Sus abogados, especialmente en bancos y grandes multinacionales, redactan documentos infinitos para lavarse las manos ante las grabaciones de personas sin su consentimiento explícito; docenas de folios con lenguaje leguleyo para dejar claro que nadie usa esas grabaciones con otros fines que el de la seguridad de los lugares y las personas que los visitan.

—Entonces, ¿tenemos que ir sacando los discos o memorias y podremos tirar el resto?

—No, vamos a tener que guardarlo todo, al menos hasta que el caso esté resuelto o archivado. Luego guardaremos como pruebas los discos que nos hayan servido y tiraremos el resto. La documentación la podremos eliminar también. Pero antes de separar las grabaciones de la documentación, hay que ir catalogando cada una de ellas para saber a qué empresa pertenece; además del día y la calle que aparece en el vídeo.

—¿Han llegado ya las de tráfico?

—Esas no las enviarán, para hacerlo más cómodo y rápido nos han dado una clave de acceso provisional, así que las buscaremos en sus propios servidores.

—Aún así, será demasiado trabajo para tan poco tiempo.

—No te agobies antes de empezar, piensa que solo nos interesa una franja de tiempo muy reducida, de pocos segundos en cada vídeo. Comenzamos en el momento del atraco, ya que conocemos el instante y lugar en el que estuvo aparcada la furgoneta mientras los ocupantes robaban en el restaurante. Tú cotejarás los vídeos de la calle en ese momento y seguirás el movimiento de la furgoneta hasta el punto en el que la abandonaron y, por lógica, se montaron en otro vehículo; luego seguirás el vehículo nuevo hasta su destino. Yo, por mi parte, retrocederé en el tiempo para seguir el trayecto de la furgoneta hasta el punto desde el que partieron. Siguiendo sus movimientos, podremos saber dónde viven y hacia dónde van tras los golpes.

—Pero, ¿y si hay un tramo de su trayecto que no está grabado? Las cámaras pueden no registrar todas las calles.

—Ya lo contemplo. Si nos falta un tramo, usaremos las vías posibles de escape. Miraremos en las siguientes cámaras de las calles por las que haya podido pasar, así volveremos a tener la furgoneta en el punto de mira.

—Veo que lo tienes todo muy estudiado, a pesar de que este sistema no se ha usado nunca antes.

—Lo sé, a nadie se le habrá ocurrido.

—No seas tan vanidosa. No se habrá hecho porque es un trabajo que puede llevar meses.

—Y nos llevará meses si seguimos hablando en lugar de comenzar a trabajar.

No era una orden, jamás usaría su rango de oficial para doblegar a Fran, pero sabía que aquello era difícil y no había tiempo que perder, sobre todo porque ella necesitaba hacer una llamada.

—¿Adónde vas?

—Necesito ir al baño.

—¿Otra vez?

—¿Vas a controlarme las veces que necesito mear? ¿Quieres llevar a la pequeña en tu barriga, presionando la vejiga, durante unas horas?

—Vale, vale, disculpa. No era mi intención.

Cristina salió del despacho y aprovechó para ir al baño, que algo de ganas volvía a tener. Una vez allí, sacó el móvil y buscó entre las últimas llamadas.

—Espero no haber arruinado tu siesta.

—Ya sabes que no soy muy de dormirla, ni siquiera en vacaciones, ahora buscaba algo interesante que ver en la tele. ¿Qué te cuentas? No se habrá adelantado la pequeña, ¿verdad?

—No, es que me he empezado a agobiar con el trabajo y necesitaba charlar contigo un rato.

—Pues desahógate. Cuéntame lo que te ha pasado

Cristina narró a Nuria la asignación del caso y la idea del seguimiento de cámaras de vigilancia en la calle (de tráfico o particulares) para los atracadores.

—Fiiiiuuuuuuuu, eso suena a trabajo de chinos.

—Por eso me acordé de ti, de cómo se te da de bien el trabajo de investigación entre un mar de datos que tratan de esquivarte.

—Pues, aunque te parezca mentira, no sabes lo que daría por estar unas horitas al día trabajando ahí con vosotros.

—Tienes razón, me parece mentira —respondió entre risas Cristina. Luego se tapó la boca, no sabía si habría otra chica en el baño y no quería que la oyesen riendo como una loca mientras orinaba.

—Te lo digo en serio. Te pasas todo el año esperando a que lleguen las vacaciones, con imágenes mentales de playas paradisíacas, hoteles de lujo y chiringuitos con un ambiente alucinante, comiendo langosta y luciendo cuerpo bronceado; pero luego llega y lo pasas soportando niños y marujas gritando en la playa, con arena en la tortilla y algas en el agua. Y cuando vas al apartamento, tan pequeño como caro y alejado de la primera línea de playa, tienes que limpiar, fregar, recoger y cocinar a diario, vamos, como si me hubiese quedado en casa.

—Pero ahí puedes salir por la noche a pasear con la brisa del mar y tomarte unos cócteles.

—Claaaaro, dos veces a la semana y para ver extranjeros quemados como cangrejos o chulopiscinas en bares de mala muerte.

—Ja, ja, ja, para, que vas a hacer que me caiga de la taza.

—¿Qué taza? No me digas que estás en el baño.

—Sí, y vas a conseguir que me siente mal el almuerzo. Deja de quejarte y disfruta por las dos. Emborráchate por mí, que no sé cuándo voy a poder tomar una copa de nuevo.

—Vale, pero pásame algo de trabajo si ves que estás hasta arriba. Tengo el portátil en el apartamento y conoces mi dirección de correo electrónico. Por las mañanas, mientras Inma aún duerme, puedo ayudarte unas horas. Mucho mejor que aburrirme sola bajo la sombrilla viendo críos jugando a la pelota.

—Te tomo la palabra, luego no te quejes.

Susana no se tomó con buen humor el hecho de ver aparecer a su marido después de las cuatro y media de la tarde. Aquellas no eran horas de almorzar en una casa decente. Ser el sargento de la Guardia Civil y estar en mitad de un caso importante no eran excusas que ella fuese a admitir. Aunque le puso un plato de comida en la mesa. Ninguna de sus vecinas iba a decir que no cuidaba a su marido ni hacía sus tareas y obligaciones.

Había quedado con dos amigas del pueblo para ir a la piscina municipal a las cinco; hacía meses que no quedaba con ellas para tomar un café o dar un paseo y se moría de ganas de poder conversar con alguien, de hacer cosas fuera de su casa, de divertirse. Pero mandó un wasap para cancelarlo y se sentó a la mesa mientras Ángel devoraba el plato de arroz.

—Mañana haz por venir más temprano, esto no es un restaurante de esos que están abiertos veinticuatro horas al día.

—Que sí, mujer, que no llegaré tarde. Ya te he explicado que tenía que hablar con los nacionales que llegaron esta mañana para el homicidio del anciano. Si

hay relación entre los dos casos, debemos estar coordinados. Hubiera hablado con ellos antes, pero estaba a varios kilómetros investigando una finca y cuando llegué a la aldea solo puede esperar a que terminasen de almorzar.

—Bueno, pues que no se repita. Y hablando de otra cosa... ¿cómo va el asunto?

—Igual que jugar a los dardos en la oscuridad. Sospechamos de los padres, de los vecinos, de cualquier empresario que haya tenido trato con el padre, de cualquiera que pasara de visita por la aldea aquella noche... Pero no tenemos pruebas, testigos ni rastros. El chico desapareció aquella noche como por arte de magia, así que pudo ser cualquiera de ellos.

—Espero que se encuentre bien, ya estoy harta de tanto loco que va matando a inocentes, casi no se puede ver la televisión sin que aparezcan noticias de niños asesinados. Además, eso de que los padres pudieran ser los culpables... no me acostumbraré nunca; los padres solo deberían tener la capacidad de darle la vida a sus hijos, nunca de quitársela. Siento un escalofrío solo de pensarlo. ¿Tú no?

Ángel devoraba el plato a toda prisa, sin hacer mucho caso a las reflexiones de su mujer. Estaba de acuerdo con ella, pero su trabajo estaba muy ligado a la existencia de esos monstruos. Los delitos formaban parte del ADN de muchas personas y no se erradicaría esa maldad con buenos deseos, sino con castigos lo más justos o severos posibles.

—Pero dime algo. Me paso el día sola sin tener a nadie con quien hablar y no me respondes los pocos minutos que pasamos juntos.

Ángel la miró atónito, aquel cambio brusco de personalidad era el segundo en menos de media hora. Su mujer parecía a punto de romper a llorar, o de ponerse a arrojar platos al suelo.

—Yo... siento no estar más pendiente de ti estos días. Me está costando mucho desconectar del caso. Nunca sucede nada por la zona, pocas ocasiones se presentan para encontrarnos con un secuestro o desaparición con tanta repercusión en los medios. En estos casos siempre tenemos una lupa sobre nuestras acciones, presión por parte de la prensa, de los ciudadanos y de los jefes. No sabes cuánto lamento que todo esto te esté afectando a ti, que estés pagando tú por mi trabajo.

—No pasa nada, es que me paso el día sola en la casa y empiezo a sentir ganas de gritar o de salir a correr y no mirar hacia donde.

—Te comprendo, pero piensa que esto es algo puntual. Pronto volveremos a la rutina de poner multas en la nacional o mediar entre peleas de vecinos, y te quejarás de tenerme demasiado tiempo en casa, ya lo verás —le dio un abrazo y un beso en la frente, ella se acurrucó entre sus brazos, relajada aunque sollozando aún—. No tenemos muchos ahorros después de la boda y la hipoteca,

pero podemos hacer números y mirar un viaje en septiembre para perdernos unos días por alguna playa caribeña o visitar algún país de Europa.

—No te preocupes, ya llegarán los viajes. Ahora solo te necesito a ti. Casi no hemos buscado el bebé estos días, no quiero dejarlo para más adelante, no quiero ser una madre mayor.

—Entonces prepárate, porque antes de irme vamos a despertar a todos los vecinos de su siesta. A ver quién se atreve a venir a protestar...

Susana se sentó sobre sus rodillas y le besó mientras reía a carcajadas. Ángel no terminó de almorzar, la levantó en brazos para llevarla al salón, donde la tumbó sobre el sofá y le hizo el amor dos veces sin perder un segundo en quitarse el uniforme. Hacía años que no se dejaban llevar por un arrebató así, desde que eran novios e improvisaban la forma de saciar su deseo dónde y cómo fuera posible sin que los padres de ella los pillasen. Susana, semidesnuda, sudorosa y aún tumbada en el sofá, haciendo bucles con los dedos en sus cabellos, sonreía mirando a su marido mientras este trataba de recomponer el uniforme para dar una imagen respetable ante sus subordinados al volver a la aldea.

—Hacía tiempo que no me hacías el amor con el uniforme puesto, y me encanta, estás muy sexy.

—Es importante no perder las buenas tradiciones —respondió él con una sonrisa pícara.

—Prométeme una cosa.

—Claro, eso está hecho.

—No te quites el uniforme cuando llegues por la noche. —La chica se mordía el labio inferior mientras lo observaba con deseo—. Quizá me encuentres con ganas de seguir donde lo hemos dejado...

—Cariño, si ahora el uniforme huele a cuadra, prefiero no pensar cómo olerá esta noche.

—No ponga excusas, sargento.

—Sí, mi capitán. —Ángel se cuadró ante ella y ambos rompieron a reír.

El silencio y la soledad la embargaron tras el golpe seco de la puerta de la entrada. Volvía a su rutina, a su vida, a limpiar, recoger, fregar y pensar en qué preparar para la cena. ¿La tomaría sola o acompañada? Aquello era lo que la aguardaba de por vida, salvo cuando llegase un bebé. No había nada en el mundo que deseara más que ser madre, casi desde que tenía uso de razón. Con diez y once años, todas sus amigas se habían pasado a las muñecas Barbie o similares cuando ella aún paseaba a su muñeco Antoñito, llamado así en honor a su abuelo, que fue quien se lo regaló. Soñaba con pasar horas contemplando el pequeño cuerpo de su futuro hijo en la cuna, dejar que durmiese sobre su pecho

para oler ese aroma especial que tienen los bebés, darle el pecho y después el biberón, cambiarle los pañales... Había deseado casarse desde que tenía quince años, y solo para poder buscar la maternidad, pero llevaban casi un año de intentos sin éxito.

Si permanecía un segundo más tumbada en el sofá se quedaría dormida, prefirió levantarse para limpiar y recoger la cocina. Se ajustó la camiseta y colocó la minifalda en su sitio, pero no llegó a su destino, partió corriendo hacia el baño y casi no llegó a tiempo de vomitar. ¿De dónde había salido aquella náusea? Había echado hasta el desayuno. Se levantó del suelo, pulso el botón de la cisterna y fue a lavarse la cara. Frente al espejo del lavabo observó su rostro aún conmocionado por el esfuerzo, con lágrimas en los ojos y un hilo de saliva brotando de sus labios hinchados. Entonces lo comprendió, y el silencio de la casa se inundó de felicidad y de unas risas que no pudo contener.

Quince años atrás llamaba a aquella puerta para preguntar si su amigo Miguel estaba en casa para ir a jugar un partido de fútbol o salir de fiesta una noche de feria en algún pueblo cercano; esa tarde lo hizo para entrevistar a su propio amigo y su familia por un caso de asesinato. La puerta tardó una eternidad en abrirse y la imagen que mostró no fue la que esperaba.

—¿Dígame? ¿Necesita algo?

—Buenas tardes, Policía Nacional. Siento molestarles, pero estamos entrevistando a los vecinos de la aldea por el fallecimiento de Antonio Calero.

La señora de avanzada edad que contemplaba Marcos, desconocida por completo para él, se apartó a un lado.

—Pase usted.

—Disculpe la interrupción, y también la curiosidad, esta casa era de unos conocidos míos hace muchos años.

—La compramos hace siete veranos, para nuestros nietos. Si quiere usted pasearse por ella, está en su casa.

—No, por favor. Solo tenía un momento nostálgico, espero que lo entienda. Amigos de la infancia vivían aquí y pasamos muchas tardes en este salón y en el patio trasero. Pero volvamos al motivo que me ha traído aquí, necesito hacerle una serie de preguntas.

—Está bien, pregunte lo que quiera.

Marcos esperó a que hubiera más miembros adultos de la familia reunidos en el salón para comenzar con las preguntas rutinarias: ¿Vieron algo la noche anterior? ¿Conocían a la víctima? ¿Tenían trato con él? ¿Han visto algo extraño

en el comportamiento de algún vecino en los últimos días? ¿Tenía Antonio rencillas con algún vecino? ¿Opinan que el crimen está relacionado con la desaparición del chico? ¿Por qué lo piensan? Y un sinfín más de cuestiones.

—¿Has dado con algo? —preguntaba David por teléfono móvil. Él realizaba la misma tarea en las casas de la acera de enfrente.

—Nada, llevo tres casas y no hay por donde empezar.

—Igual que yo, nadie ha visto ni oído nada, nadie tiene problemas o ha peleado con nadie. Un callejón sin salida.

—Aún es pronto para decirlo, quedan muchas casas por visitar. Por cierto, te noto algo raro.

—¿Cómo? Yo estoy de lujo.

—A eso me refiero. Estamos de servicio, no aceptes las copas de vino o cerveza que te ofrecen, eso no es profesional.

—Solo me tomé una, quizá dos. Es que hace tanto calor.

—Déjate de tonterías que estamos ante algo demasiado serio como para arruinar la imagen de la Policía con una conducta como esa.

—Joder, Marcos, que no voy a emborracharme con dos cervezas, no me hables como si fuese un novato.

—Pues no te comportes como tal. Tu obligación es pedir un vaso de agua si tienes sed.

Marcos colgó antes de recibir la réplica, enfadado por lo que hacía su compañero, pero también algo arrepentido por haber sido demasiado duro con él. David era un buen policía, entregado y dispuesto, aunque a veces había que controlarle para que su personalidad arrolladora y con permanentes ganas de fiesta no venciesen a sus instintos de resolver el caso que llevaban entre manos. Quizá luego tuviera una charla con él para suavizar la situación, pero ahora apremiaba el tiempo para entrevistar al máximo número de vecinos de la aldea.

La casa de Eulogio e Isabel permanecía con esa impronta característica de los hogares que no cambian un ápice a los largo de las décadas. Marcos se sintió con quince años de nuevo, entrando en casa de su amigo Luís para planificar una salida al amanecer para atrapar pájaros o una salida en la noche para ligar con las chicas que les gustaban. No importaba que la tele, el sofá o el microondas aportasen detalles nuevos, la casa contaba con el mismo aroma, la misma luz, seguía transmitiendo la misma magia, logrando que su mente volara en el tiempo.

—Dichosos los ojos. —En la cocina estaban Isabel y su hija Leyre, la adolescente miraba a Marcos con intriga y emoción a partes iguales mientras terminaba su merienda.

—Disculpa, no recuerdo si he llamado al entrar.

—Lo has hecho, pero no reconocí tu voz. Hace tanto tiempo. ¿Vienes a ver a Luís? Hace muchos años que no viene por aquí.

—Pues es una pena, le echaba de menos. Aunque en realidad he venido para hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Es sobre mi padrino Antonio?

—Sí, ¿cómo te encuentras?

—He tenido días mejores.

—Ya lo imagino. No sé si te han dicho que puede asistirte un psicólogo especializado en casos de shock. —Marcos la veía nerviosa en sus acciones y con un semblante distraído, típico de quienes han sufrido un encontronazo con un cadáver o han sido testigos de un accidente o crimen.

—Sí, sí me lo dijeron. No pasa nada, el mundo no se parará por algo así, aunque no creo que pueda olvidar la escena de esta mañana.

—Lógico...

—Pero no creo que hayas venido solo para eso.

—Tienes razón. Estamos barajando la posibilidad de que dos sucesos tan seguidos estén relacionados de algún modo, es lo que trato de averiguar y para eso vine a hacerte unas preguntas sobre la relación que existiese entre Antonio y Dani o su familia.

—Siéntate entonces y toma un café —Leyre se marchó a su habitación e Isabel fue a por la cafetera—. Dani no tenía relación más que con sus amigos y llevaba sin venir por la aldea casi desde el verano pasado. Sus padres, Moisés e Irene, tendrían la misma relación con Antonio que con el resto de los vecinos que llevamos toda la vida por aquí, ni más ni menos. Pero si te refieres a algún tema laboral o de cualquier tipo más allá que ser vecinos, lo dudo mucho. Nunca oí a Antonio hablar de ellos ni a la inversa.

—Entiendo. ¿Viste a Dani la noche de su desaparición? Quizá hablando con Antonio. Tal vez durante el día.

—Esa noche no pude ver nada, empezamos con un café en casa de Elena a las cinco y media de la tarde y la cosa se fue animando hasta las tantas de la madrugada, ya sabes cómo funciona. David cuenta unos chistes, Mimi trae una botella, Elena no necesita nada de eso para animarse... Y Javi y yo sucumbimos.

—¿David y Mimi? Pensaba que habían llegado ayer a la aldea.

—No, ellos van y vienen, pero casi todo el verano lo pasan aquí.

La entrevista con su amiga siguió, igual que con otros vecinos esa tarde, pero no dio los resultados esperados ni logró ofrecer una pista o indicio que encaminase la resolución del caso o lo conectase con la desaparición.

David Sobrá, cuando se reunieron al atardecer, comentó que tampoco había

sacado nada en claro. Aceptó las disculpas de Marcos por su comportamiento al teléfono, pero también asumió su parte de culpa por olvidar que estaba de servicio y debía mostrar una imagen más distante, seria y acorde a la gravedad del caso. Luego le hizo saber que Sandra tendría unas palabras más que serias con él por impedirle ver a su novio por la noche.

Marcos reía tras hablar con David en El Casino, pero no duró mucho la diversión. Laura apareció con un semblante serio e hizo su propio interrogatorio sobre lo averiguando por los policías durante la jornada.

—Ya sabes que no puedo contarte nada confidencial ni informes de autopsias del departamento forense. No me busques un lío, ya lo hiciste el año pasado y no creo que el comisario sea tan benévolo conmigo siempre. Te recuerdo que tu programa se basa en seguir sucesos de interés, pero no hay acuerdo tácito con la policía, el Ministerio rechazó dicha colaboración.

—Joder, Marcos, eso lo sé, pero no creo que el comisario te diga nada por darme algún detalle como el arma del crimen, dónde se encontró el cuerpo, si se sospecha que hay vinculación con la desaparición del chico... Siempre voy a tratar esa información como datos supuestos, nunca como proporcionados por una fuente oficial.

—Aún así, es el primer día de la investigación y eso quiere decir que es cuando más debo ser cauto con mis declaraciones a la prensa.

—¿La prensa? No me hables como si yo fuese una desconocida, soy tu pareja.

—No, Laura, eres una periodista. No olvides lo que me estás pidiendo, y no lo haces como pareja durante un almuerzo, sino como investigadora de un canal que espera tener algo morboso para ofrecer a los televidentes.

—Sabes lo que esto significa para mí.

—Y tú sabes lo que supondría para los dos si tirase todo mi trabajo por la borda por ayudarte en el tuyo.

—¿Eso es un no definitivo?

—**B**uenas noches, estimados telespectadores. La desaparición del joven Dani G. R. en la noche del miércoles pasado no fue un suceso aislado en esta tranquila región de la provincia de Huelva, ya que esta mañana se ha descubierto en la misma aldea el cadáver de un anciano. Aunque los investigadores del caso no se han pronunciado ni desean hacer declaraciones, todo apunta a un homicidio. ¿Quizá relacionado con la desaparición del adolescente? En tal caso, ¿qué relación guardaba el anciano con el chico o su familia? Y volvemos a las

preguntas que nos hacíamos desde el principio, ¿aparecerá Dani? ¿Se esclarecerá el misterio de su ausencia? Tanto la Guardia Civil como la Policía Nacional han optado por el hermetismo más absoluto y no han aportado ningún dato, aunque se ha extendido por la aldea el rumor de que usaron un palo para matar a golpes al anciano, un grueso palo de los que se usan como mango para una azada de agricultura. Una muerte horrible. Aprovecho para enviar el pésame en nombre de todo el equipo del programa y de la cadena a sus familiares y allegados.

Laura hizo una pausa de condolencia.

—No quisiera pecar de imprudente ni entrar a valorar los acontecimientos desde un punto de vista personal, pero creo que tanto ustedes como yo se preguntan cómo es posible que en una aldea tan pequeña ocurran dos sucesos de esta magnitud en solo cuatro días sin estar relacionados entre sí. Las respuestas llegarán en cuestión de días, pronto sabremos lo que ha ocurrido, aunque no habrá que esperar tanto para conocer las opiniones de los vecinos del lugar. Tengo a mi alrededor a varios que desean expresar su punto de vista. ¿Cómo se llama usted?

El patio de la casa de Elena y David acogía otra cena en grupo, como ya estaban acostumbrados esa semana. Marcos y Laura habían llevado una compra de víveres que ocupaba los maleteros de sus dos coches, a pesar de las protestas de sus anfitriones. El alojamiento debían pagarlo de algún modo, así que no aceptaron las quejas. En este momento bebían unas cervezas y reían relajados, olvidando lo duro que había sido el día, mientras servían unos aperitivos antes de la cena. El sol se había ocultado perezoso sobre el horizonte dos horas antes, y en esos momentos no quedaba más que un suave reducto azul y una temperatura muy agradable para estar en la terraza.

Los niños, ajenos a todo el revuelo formado en la aldea, aun siendo los más damnificados por la sobreprotección de sus padres, apuraban los últimos momentos de juego antes de cenar e irse a la cama entre lloros y súplicas; su silencio sería aprovechado por los mayores, que permanecerían hasta altas horas de la madrugada, como antaño hacían en la plaza, contando vivencias, recuerdos y bromas. El tiempo no se detenía para los habitantes y veraneantes de la aldea, pero sus mentes lograban viajar al pasado en cada reunión para rescatar anécdotas que se resistían a olvidar.

Marcos y Laura dejaron atrás la conversación sobre los datos de la investigación, era necesario apartar sus facetas profesionales para ser solo una pareja más que disfrutaba de la noche veraniega y de la compañía de amigos. Ambos conocían las presiones a las que estaban sometidos y no necesitaban disculpas ni aclarar ningún malentendido entre ellos. El día siempre era duro

para los dos, y amanecería de nuevo al cabo de unas horas con las mismas esperanzas y deseos de lograr sus objetivos. Se apoyarían al máximo y estarían como puntal el uno del otro, eso era cuanto necesitaban.

Marcos tocó madera para que el comisario no atase cabos en cuanto al dato del mango de madera de la azada que había informado Laura.

Los chistes de David, el hermano de Elena, estaban más que desfasados, pero los que aportó el otro David, el compañero de Marcos, hicieron las delicias de los presentes, que ya llevaban varias cervezas y copas de vino en el cuerpo. A la una de la madrugada comenzaron a recoger la mesa y marcharse a descansar, el día siguiente sería duro para algunos de ellos.

Marcos no podía evitar la sensación de que todo aquello era demasiado distendido y que se estaba desviando con tanta fiesta y despreocupación. Aunque, cuando miraba a David, reconocía que era importante desconectar y tener una vida al margen del absorbente trabajo. Quizá David también tuviera muchas cosas que enseñarle para hacerle crecer y evolucionar positivamente como policía.

Unas horas antes, el propietario y camarero de El Casino servía la enésima cerveza a uno de los clientes más rentables que había tenido en los últimos años. Matías sentía cómo el calor, el sudor, el hambre y el cansancio hacían mella en su inquebrantable voluntad. No era justo. No podía creer que un excelente detective estuviese perdiendo el tiempo en una aldea de mala muerte, buscando a un chico que estaría de fiesta en Ibiza o en un barranco tras habérselo cargado alguno de los energúmenos con los que se cruzaba cada día. Sospechaba de todo el mundo, pero de ninguno en particular, así que la frustración iba agotando su paciencia.

Buscar a un chico por entre aquellos campos perdidos de la mano de Dios no era su función; saltar muros de piedra, esquivar serpientes y alacranes, caminar sin cesar de sol a sol sin una mísera cerveza fría... ¡Qué mierda de caso! Y lo peor de todo con diferencia: ¡se estaba perdiendo los toros! Ya habían emitido varias corridas en el Canal Sur y se las había perdido por estar entre jaras secas y palurdos. Como fuera, aunque tuviese que renunciar al contrato, tenía que ver la corrida de José Tomás de dentro de dos días. A ser posible en el sofá de casa y con una cerveza bien fría entre las manos.

¿Dos días? Ese era el tiempo que llevaba allí, a él le parecían meses; y de repente se descubría el cuerpo de un anciano asesinado. ¡Coño! Esas eran palabras mayores. Debía hacer todo lo posible por estar al tanto de las

investigaciones de la policía, tener esa información era vital para resolver el crimen del viejo y hacerse famoso; además, seguro que guardaba algún vínculo con la desaparición del chico, quizá fuese un viejo verde que le gustaba toquetear a los chavales.

Pidió otro botellín más y continuó atando cabos en su mente.

No había otra explicación posible. Los padres no podían haberlo matado, ya que lo habían contratado a él y nadie es tan tonto como para contratar al mejor detective si uno mismo es el culpable. Tampoco aparecía con vida por ningún sitio, así que debía estar muerto. Algún vecino tuvo que hacerlo. Sí, esa era la solución al caso. Solo faltaba descubrir quién era el criminal, y el viejo muerto tenía muchas papeletas. Quizá el padre del chico lo descubrió y la emprendió a golpes con él. Era un fastidio no seguir en la Guardia Civil, con el uniforme y la autoridad que implicaba, de ese modo podría apretarle las tuercas a Moisés hasta que confesase.

—¿Otra cerveza más? —preguntó el camarero desde el otro lado de la barra. Matías ya notaba algo de pérdida de equilibrio.

—A mi vuelta, ahora voy a mear.

¿Cómo podría adelantar en la investigación a los nacionales? ¿Cómo lograría resolver el caso si no había tenido acceso al cadáver ni a la casa, a pesar de haberlo pedido incluso por favor? No contaba con ninguna prueba ni informes de forense. Así sería difícil descubrir al asesino. ¡Espera! Claro, ahí está la clave. Debía entrar en la casa y hacer su propia investigación. Los grandes detectives de las películas también tenían que saltarse algunas normas para lograr avanzar en su trabajo. Qué poco se respetaba y valoraba el noble oficio que había elegido.

En cuanto terminase de mear, llamaría a su mujer para comentarle que no iría a cenar. Tomaría una última cerveza y comería algún aperitivo; necesitaba hacer tiempo para que todos los vecinos se largasen a sus casas y la calle quedase vacía. Luego rompería el precinto policial, no, mucho mejor si daba la vuelta, seguro que la puerta del patio trasero estaba abierta; y si no lo estuviese, saltaría sin problemas sobre ella y lograría entrar sin ser visto. Dio unas palmadas a su enorme barriga y se dijo que estaba aún en forma para poder entrar en una casa con un ágil salto.

Dos horas más tarde, tras veinte minutos tratando de saltar el muro de metro y medio que rodeaba el patio sin éxito, y cuando ya estaba a punto de abandonar su empresa, descubrió que la puerta estaba abierta, pero que había que tirar en lugar de empujar de ella. Se maldijo por no haberlo comprobado antes. Entró con todo el sigilo que pudo, ya que respiraba como si acabase de terminar una

maratón, y pasó a la cocina. Todas las puertas seguían abiertas. Allí comenzó a encender las luces de la casa, no podría localizar ninguna pista a oscuras y había olvidado la linterna en el maletero del coche. Husmeó por el salón, el baño y las habitaciones, sin saber muy bien qué buscar. Media hora después, se dio por vencido al no ver nada incriminatorio y fue a la cocina a sacar una cerveza de la nevera, encendió la tele en el salón y se sentó en un sillón a descansar.

—El caso está difícil —se dijo.

El otro era una mujer, lo estaba comprobando en ese mismo instante. Los sentidos se habían agudizado durante esos días a unos niveles impensables, especialmente el oído y el olfato. Unos minutos antes había sentido el olor personal del primero de ellos, de ese aún no sabría decir si era hombre o mujer, lo había bañado con la manguera a presión y luego le había dado de comer un puré de verduras, como cada visita. Odiaba el puré de verduras cuando cenaba con sus padres, hace unos minutos le había sabido a gloria, aunque estaba tibio; esperaba no vomitarlo con lo que venía después, no comería nada más hasta la siguiente visita.

El relevo se hizo casi al instante, sin dejar tiempo siquiera a paladear del todo la cena o almuerzo. Ojalá supiese qué día era y la hora, tal vez datos insignificantes, pero mataría por saberlos.

Ya no perdía el conocimiento con los primeros golpes, se había endurecido a pesar de sentirse más débil y dolorido con el paso del tiempo. Algo en su mente creaba una coraza psíquica que le protegía, su cuerpo se debilitaba, pero su mente contrarrestaba esos efectos con una resistencia asombrosa. Fue tras el décimo golpe (pues los contaba a modo de ejercicio mental) cuando lo oyó, un gemido casi inaudible, pero inconfundible, era una mujer. Luego volvió a sonar alguna otra vez, pero su entereza mental había descendido hasta casi hacerle dudar de haberlo oído o ser un eco producido por su mente al límite del colapso.

Al recobrar el conocimiento, el dolor del cuerpo había desaparecido, o su cerebro había aprendido a filtrar esa sensación para evitar una tortura mayor que la supuesta por el cautiverio en soledad, silencio y oscuridad. Entonces no paraba de oír el exiguo gemido en su cabeza. Que su verdugo fuese una mujer explicaría que no pegase tan fuerte, aunque sentía que cada vez iba adquiriendo más fuerzas y técnica, acabaría por romperle una costilla o la mandíbula y aquello sería su fin.

Ya no se molestaba en preguntarse a sí mismo por los motivos que les llevaba a sus captores a hacerle aquello, eso solo lo sabrían ellos y no parecían

dispuestos a sentarse a compartirlo con él. Lo único que le preocupaba era tomar la decisión a seguir, elegir entre los dos únicos caminos que se presentaban en su horizonte a corto plazo: resistir y soportar todo lo que le cayese encima, con la esperanza de ser rescatado o puesto en libertad algún día; o desistir y abandonarse a una muerte más rápida. Sabía que todo era mental, que pensando en el dolor, en su mala suerte y en el abandono, todo él se rendiría y no soportaría dos palizas más.

Era tan fácil como eso.

Su cerebro se había adaptado a la nueva situación de un modo asombroso, casi no podía creerlo, solo unos días antes (¿o habían pasado semanas o meses?) estaba pensando en comprar ropa, lucirse con la moto ante las niñas, asegurándose de tener el pelo bien peinado, y elegir a su próxima víctima para pasar un buen rato por la noche. Hoy su mundo se reducía a fabricar cada vez más sólido el muro interno que le protegía de aquellos dos monstruos.

¿Qué decisión tomar? ¿Merece la pena seguir aguantando?

18 de agosto de 1998

Hoy no vinieron sus amigas a verla, no pudo jugar con ellas ni preguntarles qué habían hecho a lo largo del día. Las necesitaba, necesitaba distraerse con sus historias, su voz, sus risas, las necesitaba a ellas. Eso la puso triste, así que pasó casi todo el tiempo acurrucada en el rincón sobre la manta y tapada hasta la cabeza por la tela de saco. Comprobó que ya casi nunca tenía hambre, tampoco energías, pero aún así trataba de caminar por el sótano un rato cada cierto tiempo, un sótano que se conocía de memoria bajo la oscuridad. Dominaba al detalle dónde estaban las bicicletas apiladas, el mueble de madera hecho pedazos, la silla donde se sentaba para... A esa zona trataba de no ir nunca. También el montón de sacos, las cajas de cartón que contenían revistas, la columna del centro del sótano, que era de metal oxidado y sin pintar. Raspaba. Sería capaz de correr durante horas por aquel lugar sin tropezar con nada, como si de un murciélago se tratase. Ya le dijo su madre una vez que los murciélagos eran capaces de moverse en la oscuridad porque tenían un sentido especial para orientarse. Ella debía de haber adquirido ese sentido, porque se tocaba la cara y la piel de los brazos y del vientre, y no parecía que se estuviese transformando en murciélago.

Pensar en su madre la trajo de vuelta unos instantes.

—¿Cómo estás cariño? —Mostraba un semblante apacible, sonriendo con benevolencia.

—Quiero volver a casa, mamá. No quiero estar aquí —dijo entre sollozos.

—Aún es pronto, debes esperar y portarte bien.

—Me porto bien, el monstruo no me ha oído llorar ni me quejo cuando la comida no me gusta, me la como toda y no hago ruido nunca aquí abajo.

—Eso es lo que hacen las niñas buenas. Y tú eres buena, ¿verdad, mi angelito?

—Sí, mamá, soy buena —ya no pudo contener más el torrente de lágrimas que brotó hasta sentir que iba a partírsele el pecho en dos.

—No llores, cariño. Pronto estaremos de nuevo juntas. Haz todo lo que te pidan y te dejarán salir.

—El monstruo hace cosas malas, mamá.

—Pero se cansará, tarde o temprano, y te dejará marchar.

—¿Me lo prometes? ¿Me lo prometes, mamá?

Su madre ya no estaba, volvía a estar sola en la oscuridad, siendo azotada

por el cruel y lento paso de los minutos, hasta el momento en que el monstruo quisiera bajar a jugar con ella, a jugar al juego que hacía daño y que solo disfrutaba él.

LUNES

13 de agosto de 2018

El café era horrible. Cada día se planteaba más en serio la posibilidad de comprar una cafetera de calidad y tener en un armario de la oficina todo lo necesario —sacarina, agua mineral, un bote de crema de leche y algunas pastas— para saborear un desayuno decente al llegar por las mañanas. Adoraba el café, pero aquello que expedía la máquina de la sala de espera no era más que un insulto y una tortura a su paladar y su estómago.

La planta sótano del hospital Juan Ramón Jiménez se mostraba a las cinco de la mañana como el sepulcro de un faraón, oscuro y tan silencioso como los inquilinos de la morgue. Sobre la camilla de la sala de autopsias ya le esperaba un cuerpo, sería algo rápido y fácil, gracias también a una soledad sin distracciones. Le gustaba madrugar y empezar de noche las autopsias para evitar tener policías, juez de instrucción, a veces el propio fiscal, respirando en su nuca o desmayándose en cuanto destapaba el cuerpo. Los policías encargados de un caso de homicidio no tenían la obligación de estar presentes durante el proceso, pero lo hacían para tener la información al momento o poder hacer preguntas mientras él trabajaba. El fiscal y el juez se apuntaban como si verle trabajar fuese un pícnic de domingo. Fue una gran idea comenzar su trabajo de madrugada, desde aquel primer día se acabaron los ojos curiosos.

Quitó la sábana que cubría el cadáver y comprobó que se había drenado casi toda la sangre. También que la grabadora que colgaba frente a su cara estaba encendida y cumpliendo su función:

—Comienzo con una extracción de sangre para su análisis, también guardo orina, líquido gástrico y bilis. Todo por duplicado por si necesitase un peritaje de comprobación. Tomo el bisturí y hago grandes cortes en muslos, brazos y la espalda, bajo los homoplatos, en busca de posibles hematomas. Corto el tórax y el abdomen describiendo una gran Y. Extraigo el corazón y los pulmones para enviarlos al instituto de anatomopatología. Todos los órganos serán diseccionados y analizados por un especialista. Paso a las contusiones en la cabeza, se han realizado todas con el mismo objeto. Guardo algunas astillas de madera para cotejar con el arma encontrada. El cadáver tiene fracturados el

frontal y el temporal izquierdo, eso indica que el asesino es diestro.

Acercó la cara mucho más a la grabadora.

—La víctima ha muerto, a la espera de resultados de análisis, como consecuencia de los once golpes recibidos en la cabeza, provocándole la rotura de dos huesos principales del cráneo y un visible hematoma en el cerebro. Día trece de agosto de dos mil dieciocho, a las cinco y treinta y siete de la mañana. Fin del examen pericial.

Tomó una gran linterna de una de sus mesas y volvió al cuerpo.

—Una vez certificado el motivo de la muerte, usaré luces ultravioletas para buscar restos biológicos, fluidos y huellas. Por último, usaré luminol, un producto químico que permite descubrir un rastro por muy débil que sea. Si el asesino se ensañó con la víctima, pudo escupir sin querer o sudar sobre este último. Ese ADN sería fundamental en la investigación.

No logró encontrar nada, pero aún tenía mucho papeleo por hacer después de coser el cuerpo. En una hora llamaría al inspector Navarro para darle los resultados. Mientras realizaba esa tarea, observó el rostro desfigurado del anciano. «El que ha hecho esto debe ser un demente».

—**D**ime otra vez que estamos haciendo lo correcto.

La luz del amanecer se filtraba a través de los visillos y creaba una atmósfera evanescente gracias al humo de los cigarros que terminaban de consumirse en el cenicero. Otra noche más sin poder dormir, otra más llena de recuerdos en pugna con los remordimientos.

Se levantó del borde de la cama y observó su cuerpo desnudo en el espejo del tocador. Solo se atrevía a hacerlo bajo esa escueta penumbra. A pesar de haber cerrado con llave el baúl de recuerdos de su niñez, y luego haberlo enterrado bajo capas y capas de memoria, no había sido capaz de enfrentarse nunca más a la visión de su desnudez. Casi no se apreciaban las cicatrices, el paso de los años había borrado unas y suavizado el resto hasta casi hacerlas desaparecer, pero ella sabía que seguían allí, grabadas a fuego. Acarició un seno siguiendo con la yema de un dedo la borrosa marca de una dentadura gigante y desproporcionada.

Él aún estaba en la cama, observando cómo la luz acariciaba el contorno de la silueta de su mujer y sin recordar cuántas horas habían estado haciendo el amor durante la noche. Ella no lograba saciarse cuando estaba en ese estado tan alterado, como si el clímax fuese una droga que pudiera calmarla y no deseara dejar de consumirla, como si ansiara morir de una sobredosis. A pesar del paso

de los años y de las marcas que ella tanto odiaba, él seguía considerando aquella visión como algo celestial. Adoraba a su mujer, la veneraba por encima de todo, moriría y mataría por ella.

No se lo decía a menudo, pero sus miradas hablaban por él, así como los actos que había realizado sin dudar un instante. Aquella visión cada mañana era su propia droga, sentía un vínculo mágico al contemplar su cuerpo. Daría lo que fuera porque ella viese la belleza que sus ojos percibían, lo que fuera. Incluso mataría para que ella olvidase aquellos recuerdos que impedían su plena felicidad.

Pronto la luz sería demasiado intensa y ella correría al baño para vestirse, como cada mañana. Dicen que lo bueno, si breve... Él anhelaba pasar una eternidad contemplando aquel cuerpo tan frágil y fuerte a la vez.

—Hacemos lo correcto —respondió él.

—Necesito que me lo digas constantemente, por favor.

No esperó la respuesta, se levantó y entró en el baño, cerrando la puerta a su espalda. Se derrumbó sobre el suelo, llorando en silencio, tratando de contener su boca con las dos manos, apretando hasta hacerse daño. Abrió los ojos y volvió a sentir la oscuridad del lugar, volvió a estar desnuda en un lugar oscuro, silencioso, vacío y húmedo. Acarició sus cicatrices durante unos largos minutos y luego comenzó a vestirse, sin encender la luz, aún no había perdido aquella habilidad o sentido desarrollado para moverse con total soltura en la más absoluta oscuridad.

La ausencia de luz, de sonidos y de personas a su alrededor era su refugio, su carga de energía ante la visita del monstruo, un monstruo que podía regresar en cualquier momento, aunque llevase tantos años dormido. Lo había visto, llevaba mucho tiempo viéndolo por la aldea, aunque él no la reconociese. ¿Su marido podría defenderla? Quizá, él lo haría todo por ella, matar, morir. Se lo decía constantemente y ella confiaba en su palabra; pero, ¿sería suficiente para contener al monstruo? Debía ser fuerte, debía ser autosuficiente, no podía confiar su seguridad, su vida, a nadie.

Salió del baño con un vestido que cubría todo su cuerpo y su sonrisa habitual, la que mostraba a sus vecinos y amigos, la máscara que solo su marido conocía. Él ya se había vestido también, en silencio para no importunarla, y la esperaba para bajar a la cocina a preparar el desayuno. Antes de abrir la puerta del dormitorio, ella se volvió hacia él y su semblante volvió a ser el real, el asustado pero cargado de fortaleza, el indeciso, pero pleno de intenciones.

—Dime otra vez que estamos haciendo lo correcto —susurró para que nadie la oyese.

—Estamos haciendo lo correcto, cariño.

—Está bien, seré una niña buena, haré lo que debo hacer.

Por mucho que Laura se lo hubiese advertido, jamás hubiera imaginado el dolor de espalda y cuello que sentía en ese momento. Aún no eran las siete y media de la mañana y ya estaba despierto, a pesar de haberse acostado mucho más tarde de lo que hubiera deseado. La chica seguía durmiendo a su lado, cualquiera diría que ya se había acostumbrado a aquella cama, y no quería despertarla, así que salió a hurtadillas de la habitación y se marchó al patio, donde hacía demasiado frío para vestir un escueto pantalón corto.

Sacó rápidamente el móvil del bolsillo para atender la llamada antes de que despertase a media aldea. Era Ramón, el forense.

—Está bien, quedo a la espera del informe completo con los análisis de sangre, órganos, toxicología y demás. Lo cierto es que no hay muchas más opciones aparte de los golpes en la cabeza.

—Sí, estos casos son muy evidentes. Siento no haber encontrado ADN ni huellas.

—Yo lo siento más. Podríamos tener resuelto el caso, ya que aquí hay pocos vecinos con los que comparar las huellas o hacer un análisis de sangre. Gracias de todas formas por la prisa y por llamar.

Colgó el teléfono y se mantuvo unos minutos más en silencio bajo el amanecer. Aquella terraza estaba orientada al oeste, para disfrutar de los atardeceres, no como la casa de sus padres, si aún fuese de la familia. Aún así, ver el cielo tornar de azul intenso a celeste, y luego a un mágico anaranjado, no tenía precio. Se había sentado en una silla para deleitarse con un silencio solo roto por los insectos y animales, tanto de granja como salvajes, que comenzaban a dar la bienvenida al nuevo día. Pensó en ese momento que nunca había apreciado todo lo que aquel lugar podía ofrecerle, que quizá sus padres sí lo hacían y por eso compraron la casa, para que sus hijos fueran más felices, y entonces olvidó los dolores del cuerpo. Olvidó el caso que le había llevado allí de nuevo, sus miedos, su pasado en Sevilla, la muerte de su anterior compañero, todo. Olvidó hasta su nombre en aquel momento en que se sentía parte del milagro que le rodeaba.

Con los ojos cerrados, bajo el aroma los geranios, dejó que el tiempo retrocediese, evocando momentos más felices, o quizá solo más despreocupados. Recordó su primer beso con Laura, tras la escuela durante las fiestas del verano de 2002, su primer paseo cogidos de la mano, también los momentos con los amigos, los partidos contra el equipo de Valverde, las excursiones a la Ribera, al

charco de la Caldera, al Tintillo, a entrar a hurtadillas, como lo hacían los mayores años antes, en algún chalé para bañarse en su piscina mientras los dueños no estaban; a beber y fumar a escondidas para sentirse mayores. Recordaba las fogatas en invierno, con David cantando con su guitarra mientras las miradas furtivas entre chicos y chicas se sucedían a través de las llamas. Aquello nunca regresaría, formaba parte de un pasado que estaría siempre ahí para devolver el cosquilleo al estómago, pero se podía seguir escribiendo la historia, añadir páginas al diario mágico de la vida. Y también...

—¿Qué haces aquí tan temprano?

Laura estaba a su espalda, aterida con los brazos cruzados sobre el pecho. Él hizo un gesto para que se acercase y ella se sentó sobre su regazo. Marcos frotaba sus brazos helados y el contacto entre ambos hizo que el calor volviese.

—Creo que podremos conseguir un descuento si vamos los dos juntos al quiropráctico.

—Ja, ja, ja. Ya te lo advertí. Qué pena que no haya una casa rural o un hostel pintoresco en la aldea para hospedarse.

—Pero allí tendríamos un ambiente diferente, no estaríamos con amigos. Y eso no garantizaría que nos tocara una cama mejor.

—Cualquier cama sería mejor. Mataría por un hotel, de esos con spa incluido.

—No hables tan alto, a ver si nos van a oír. Encima que nos ofrecen su hospitalidad.

—Que conste que no me quejo, agradezco mucho su detalle, pero esa cama va a acabar conmigo.

—Con los dos, cariño, con los dos. Pero cambiemos de tema. ¿Qué piensas hacer hoy?

—No tengo mucha elección, seguimos a David y a ti, presionar al sargento Ángel, seguir entrevistando vecinos... No hay mucho donde elegir.

—Bueno, te cambiaría el trabajo por el mío. No tengo ni idea de por dónde seguir la investigación, incluso estoy planteándome consultar a antiguos compañeros para recibir su consejo. Nunca se sabe desde dónde vendrá la inspiración.

—Ya verás como todo se soluciona. Estamos donde nos conocimos, donde empezó todo. Aquí nada puede salir mal.

—Claro que sí, saldrá mal en cuanto se encienda la luz y aparezcan tus padres.

—Ja, ja, ja. No me recuerdes ese momento, por favor.

—He pensado en ir a visitar la antigua casa de mis padres, pero me tiemblan las piernas solo al pasar ante la fachada.

—Yo pensé hacerlo con la de mis abuelos hace un par de días. No creo que los dueños nos dejasen entrar a curiosear para volver a ver mi antiguo dormitorio.

—Bueno, yo tengo una placa en la cartera que abre cualquier puerta. Y aún me quedan muchos vecinos por entrevistar.

—Pues no te perdonaría que fueses a la mía y no me avisaras para acompañarte.

—Vaaaaale, eso está hecho. No te vayas muy lejos y te mando un mensaje cuando estime que me acercaré a visitarles para hacerles unas preguntas.

Media hora más tarde, Marcos se encontraba con David en mitad de la calle desierta. Aún no hacía calor y ningún vecino ni voluntario había comenzado la jornada de búsqueda. La noche anterior terminó casi a las cuatro de la madrugada. Los dos policías se saludaron antes de comenzar su trabajo.

—¿Qué tal la noche?

—Podría haber estado mejor —respondió David.

—¿Una cama incómoda?

—No, pero me hubiera gustado dormir con Sandra después de tomar unas cervezas en algún garito decente.

—Vaya, entonces no te quejes, otros hemos pasado peor noche.

—¿Por?

—Digamos que Isabel te ha proporcionado una cama aceptable, y eso es más de lo que hemos tenido los demás. Así que no te quejes y a trabajar.

—¿Por dónde empezamos?

—Seguiremos con las entrevistas a vecinos. Aún faltan unos dos días para los resultados completos de la autopsia, así que no tenemos más que hacer salvo recabar testimonios y coordinarnos con la Guardia Civil por si hubiese alguna conexión entre los dos sucesos. Quiero que cada vecino nos diga dónde estaba en el momento de la desaparición del chico y el del asesinato del anciano, además de su relación con cualquiera de ellos. Quiero hablar con Ángel para ver si ha enviado a algunos agentes a entrevistar a los compañeros de clase del chico, si está investigando las cuentas corrientes de los padres, sus historiales médicos. Y ahora viene lo más complicado, me gustaría sonsacar rumores a los vecinos de aquí, rencillas pasadas, cualquier cosa que conecte a cualquier vecino con la familia del chico o con el anciano. Si tuviésemos un motivo, aunque fuese un simple rumor, sería un punto de partida.

—Eso se consigue con más facilidad después de tomar dos cervezas, la confianza, ya sabes. —Marcos le lanzó una mirada fría de desaprobación—. Era una broma, no te lo tomes todo tan a pecho.

A pesar de tomar un rumbo diferente cada día, comenzaba a tener la impresión de estar buscando siempre en el mismo lugar, todas las encinas parecían la misma, todos los arroyos secos, los matorrales, los barrancos, los caminos y cortafuegos. Ángel se sentía como un hámster corriendo en su rueda, muy ilusionado y frenético al principio, pero a esas alturas, cinco días después, cansado y sin esperanza de llegar a ninguna parte. Mirando a derecha e izquierda, no veía mejores semblantes en los rostros de sus agentes ni de los cada vez menos voluntarios. El silencio que los acompañaba, mientras peinaban una zona cercana a la aldea de El Buitrón, daba fiel reflejo de los ánimos bajo aquel sol que ya comenzaba a ser insoportable.

Ana, la única mujer de su equipo, cojeaba levemente después de un tropiezo el día anterior. Le había pedido que se tomase un día libre para ir al médico, pero no lo había logrado, ni que se marchase a realizar tareas de oficina hasta estar recuperada; su tesón era admirable, pero en el fondo ella también sabía que las posibilidades de encontrar al chico con vida eran casi nulas. Otros agentes como Miguel y Paco, que caminaban unos cincuenta metros a su izquierda, se habían dedicado los últimos días a conversar a menudo, pero callaban con disimulo al acercarse el sargento. Ángel sabía que cuestionaban el éxito en la tarea y lo acertado de sus decisiones.

Hicieron un alto para descansar bajo la sombra de una encina y al lado de un pozo que alguien había tapado muchos años atrás con ladrillos y una chapa de metal. El sargento sacó una botella de agua y, tras dar unos sorbos, la ofreció a un voluntario que había parado junto a él.

—Vamos igual de despistados que el perro —dijo el aldeano señalando con la cabeza al guardiacivil que les precedía a todos, guiado por un perro labrador negro que no había logrado encontrar rastro alguno en los cuatro días que llevaba con ellos.

—Cuanto más no alejamos de la aldea —respondía Ángel—, mucho más terreno tenemos que cubrir, y cada día que pasa, el rastro se va perdiendo. Ese perro ha encontrado a mucha gente, pero si el chico partió en otra dirección, a kilómetros de aquí, será difícil que localice el rastro.

El sargento sacó una barrita de cereales y le ofreció la mitad al voluntario, pero este lo rechazó alegando que no le gustaba el alpiste. Y, sin más dilación, reemprendieron la marcha para alcanzar al resto del grupo.

Media hora más tarde sacó el móvil para saciar su curiosidad.

—Buenos días, sargento —saludó Marcos desde el otro lado.

—Espero que no estés pasando el calor que nos castiga a nosotros en mitad del campo.

—No, estamos en una casa, tratando de averiguar si los vecinos han visto u oído algo.

—¿Y hay novedades? ¿Sigues pensando como ayer? Sería valioso para la investigación que nos proporcionemos al instante cualquier información que obtengamos.

—Ya contaba con ello. En principio no observamos nada extraño en el comportamiento de los vecinos ni hemos recibido ninguna información sobre rencillas o peleas que justificasen el homicidio del anciano, claro que hay que insistir mucho para traspasar el hermetismo y recelo que tienen por los que ellos consideran extraños.

—Ya, me encontré con la misma situación al entrevistarles. ¿Algún dato nuevo sobre el análisis forense?

—No, no esperes gran cosa. El forense no ha encontrado ADN ni huellas, aunque habrá que esperar a los de la científica; si ellos lograron encontrar algo...

—Eso sería fantástico, apuesto a que teniendo al asesino, tendremos también al secuestrador. ¿Sigues pensando que es alguien de la aldea?

—Debe de ser alguien que conozca a los vecinos y sus costumbres. El que mató al anciano supo por dónde entrar y a qué hora hacerlo. Y en pleno mes de agosto hay demasiada gente en la aldea como para que un extraño se mueva en mitad de la noche sin que nadie lo vea. El móvil para el secuestro podría ser un abuso o estafa por parte del padre del chico hacia otro empresario, pero en la aldea no hay nadie vinculado empresarialmente con Moisés García, lo hemos comprobado a conciencia. Quizá no sea un vecino de los que viven durante todo el año, esos son pocos y casi todos muy mayores, pero un vecino de fines de semana y vacaciones... Apostaría a que sí.

—Pero al chico pudo secuestrarlo cualquiera que pasase por la calle.

—Yo creo que fue alguien que sabía que los chicos están por la noche en la plaza y que conocía sus costumbres, como la de ir al baño a casa cuando han bebido alguna cerveza. Quizá lo estuvo esperando varios días hasta que logró su objetivo. ¿Quién sabe? Tal vez fue algo muy estudiado y premeditado, un sicario que llega un par de meses antes a la aldea, alquilando una casa, y estudia los comportamientos y horarios de los vecinos para dar un golpe perfecto.

—Valoro tu opinión, Marcos, pero me parece dar demasiados datos por sentado. Si el secuestrador lo tenía todo planificado, no creo que estuviese esperando varios días para probar suerte y que el chico pasara a una hora en la que ningún vecino le viese secuestrarlo y llevarlo a un coche.

—O una casa. Podría haberlo retenido en casa y luego haberlo trasladado

inconsciente a otro lugar en mitad de la madrugada, saliendo por un patio trasero. Ya has visto que están sumidos en la más absoluta oscuridad.

—Eso limitaría mucho a los sospechosos. Si quitamos la casa del anciano, la que ocupa El Casino, también la de al lado, que es un almacén del propio bar, nos quedan pocas viviendas; dos de ellas son de amigos tuyos: Isabel y... ¿cómo se llaman los hermanos? Sí, Elena y David.

—Sí, son pocas, aunque no estamos seguros de que el secuestrador lo llevase a una casa de esa calle, allí mismo hay una salida hacia la calle de detrás del bar y también hacia las calles La Iglesia y Tejada. Y seguimos sin orden de registro, ningún juez las concederá para semejante número de casas.

—Apuesto a que muchas de ellas tienen sótano, pero estamos atados de pies y manos.

—Lo sé, por eso hay que centrarse en buscar al criminal y no al chico.

La playa era como una sartén abarrotada de guisantes saltarines y ruidosos a esa hora del mediodía, asfixiante sería el adjetivo que usaría Nuria para definirla. Había bajado a las nueve en punto y disfrutó de un baño en silencio, pero a las diez ya había demasiado ajeteo. Apostaría a que la mayoría de aquellos niños que jugaban, y sus madres conversando a gritos, no madrugaban con tanto ímpetu para ir al colegio o hacer las tareas de la casa cuando no estaban de vacaciones. Se sentía tan irritada por no poder disfrutar del relax que necesitaba, que había comenzado a mostrarse machista al pensar que aquellas verduleras no tendrían más trabajo que cotorrear con las vecinas durante todo el día. De otro modo no se explicaría que no necesitasen la paz y tranquilidad que ella demandaba en los pocos días de vacaciones que podía disfrutar al año.

No dio más vueltas a lo que dejaba atrás mientras cargaba con el capazo, la sillita y la sombrilla, ya que se centraría en la conversación que deseaba mantener con Inma en cuanto entrase en el apartamento. Que no se le pasara por la cabeza el volver a alquilar un apartamento en la playa, ¡jamás! Costase lo que costase, el verano siguiente irían a un hotel con piscina privada, y a ser posible de esos que no admiten niños. Si este año Inma había elegido destino y se había encargado de la reserva del alquiler, el próximo sería tarea suya. Una decisión innegociable.

Aún no divisaba el edificio del apartamento cuando una llamada al móvil la sobresaltó. No pensaba atenderla, mejor esperar a llegar a casa y devolverla, si es que no era publicidad o un número desconocido, pero estaba cansada y quiso parar a la sombra. Dejó la sombrilla y la silla en el suelo, abrió el capazo y buscó

en el bolsillo interior.

Era Cristina.

No le apetecía hablar con ella en ese momento para no perder el extremo enfado que la embargaba, era su arma principal para conseguir que Inma claudicase en su petición, que ni siquiera tratase de discutir. Como tampoco quería pagar con malhumor a su amiga el detalle de haberla llamado. Pocas ocasiones tenía al día para relajarse desde que estaba de veraneo, aunque sonase contraproducente.

—¿Qué te cuentas, suertuda?

—Ja, ja, ja, trabajando en pleno agosto y con una barriga que no me permite verme los pies. Prefiero no preguntarte por lo harta que debes de estar para llamarme suertuda. ¿Todo sigue igual?

—Igual, parece que cada vez haya más gente en la playa, los garitos sean más ruidosos y casi nunca veo a Inma porque cada noche se acuesta más tarde y se levanta a la hora del almuerzo.

—Pues vente a la comisaría, verás cómo te entretienes.

—No me tientes. Sé que lo dices de broma, pero cada día me lo pienso más. Si cambio la mitad del mes de agosto por tomarme vacaciones a finales de septiembre, quizá todavía pueda salvar el año.

—Deja de comerte la cabeza, el apartamento lo tenéis pagado y no creo que la idea le siente muy bien a Inma. Además, tu problema es que eres adicta al trabajo. Aunque estuvieses en un hotel tranquilo de una playa caribeña, te quejarías por otras cosas, como lo babosos que son los nativos o la música de salsa que no te gusta nada.

—Ya me decía a mí misma que no te atendiese la llamada aún. Has logrado que se me pase el enfado y quería usarlo para conversar con Inma.

—Pues te daré motivos para agobiarte y enfadarte más aún, así lo compenso. Necesito ayuda con el caso, te tomaré la palabra y te pasaré vídeos a tu mail. Claro que si no te apetece, no es...

—¡Es fantástico! Podré distraerme con algo de trabajo y ayudarte. Y si resuelves el caso, acuérdate de mí, que da muchos puntos trabajar cuando estás de vacaciones.

—Eso no tienes que pedirlo, ya sabes que somos un equipo. ¡Girls Power! — gritaron a la vez.

Nuria observó a su alrededor, un grupo de adolescentes la miraban boquiabiertos, pero sus semblantes no dejaban lugar a dudas, su camisa abierta mostrando sus atributos en bikini había eclipsado al grito.

—Te mando ahora mismo los enlaces al servidor de la comisaría, entras con tu usuario y contraseña, como desde el ordenador de aquí, y te paso un correo

con indicaciones sobre lo que quiero y la parte que te toca. Pero una cosa te pido, por favor, no te pases el día trabajando, me sentiría culpable de que perdieras las vacaciones y que tu chica se enfadase contigo.

—Mira, ella me dijo ayer que dormía catorce horas diarias porque la vacaciones son el momento de hacer lo que uno más desea y necesita sin tener que dar explicaciones, así que no podrá objetar nada si yo paso mi tiempo haciendo lo que me da la gana.

—Aún así, no te pases el día delante del ordenador, recuerda que debes beber muchos mojitos por mí.

Tras finalizar la conversación, Cristina lanzó un hondo suspiro. A ella no le importaría el ruido y masificación de la playa con tal de pasar unas horas sentada en la orilla con los pies en el agua. Amaba la playa y la sensación de la arena húmeda y fría entre los dedos de los pies más que nada en el mundo. No sería capaz de salir de una ciudad costera ni con el mejor ascenso. Claro que no caminaba por la orilla desde... marzo. Entonces comprendió que la siguiente vez que pisase una playa lo haría con un bebé, sin tiempo para relajarse; tal vez si Fran se encargaba de mantener a la pequeña bajo la sombrilla y cuidaba de ella durante una hora, hora y media a lo sumo. Sería increíble.

El chico estaba sentado en el sillón de Marcos, consultando las grabaciones con el mismo gesto que tendría un cirujano mientras extrae un órgano vital durante un trasplante. Casi no había un palmo de distancia entre su nariz y la pantalla, fruncía el ceño cada pocos segundos y parecía tararear alguna canción por el suave movimiento de sus labios. Cristina sonrió ante la escena, él no parecía darse cuenta de que estaba siendo observado.

Sería un buen padre, ahora estaba más segura que nunca; era cariñoso, detallista y concienzudo, se había propuesto serlo y ella sabía que no la defraudaría. Quizá aún un poco infantil, pero ¿qué hombre menor de treinta años no lo era en la actualidad? En cuanto tuviese a la pequeña Evita, y recibiese visitas a menudo de sus suegros, hablaría seriamente con la madre de Fran para hacerle saber que ya no era ningún niño pequeño, que tanta sobreprotección solo sirve para infantilizar de por vida a los hijos, amén de crearlos dependientes. Claro que ella misma aún discutía con su madre cada vez que hablaban por teléfono o la visitaba y la buena mujer se empeñaba en endosarle varias fiambreras de comida y algo de ropa interior que había comprado muy bien de precio. ¡Dios, se pasaba todo el invierno llamando para recomendar que no saliese de casa sin paraguas por si llovía!

—¡Mierda!

—¿Cómo dices? —Cristina volvió a la realidad del despacho cuando Fran se levantó visiblemente enfadado.

—Día y medio, día y medio de trabajo para nada.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algún hueco entre las cámaras por el que les has perdido la pista?

—Peor, hay un trabajo de película detrás de estos tíos.

—Cuéntame —dijo ella mientras se levantaba a duras penas para sentarse a su lado.

—Mira. Desde que salen del restaurante hasta que abandonan la furgoneta solo pasan dos minutos y treinta y siete segundos. Pero luego no se marchan a ningún otro coche, se quitan los pasamontañas y se van andando y sin llamar la atención hasta la avenida Alameda Sundheim.

—¿No tenemos nada mejor que estas grabaciones?

—No, solo tenemos esta cámara, es de una sucursal del Banco Popular, están tan lejos que no hay definición alguna. Fíjate ahora en cómo entran en el autobús.

—¿Le has seguido la pista?

—Por las catorce paradas hasta el final de trayecto de la línea. Durante el recorrido se bajan cincuenta y siete personas y se suben veintiséis, pero nadie vestido de negro ni en grupo.

—¿Se han quitado la ropa negra dentro del autobús y la han guardado en las bolsas con el botín?

—Ni siquiera eso. Han dejado la ropa y las bolsas en el autobús y se han repartido el dinero entre ellos. Han bajado de uno en uno en diferentes paradas y no hay forma de seguirles la pista de ese modo.

—¿Y los vídeos...?

—Los vídeos no tienen definición como para dar una imagen clara de cada uno de los cincuenta y siete rostros que se bajan; es más, la mayoría de ellos está de espaldas o de perfil. Así es imposible, es como si se hubiesen diluido entre la población.

—Esos no son rateros de poca monta, no señor. —Cristina suspiró con impotencia.

—Vamos a tener que confiar en descubrir desde dónde parten, quizá ahí tengamos más suerte.

—Está bien. Nuria cubre el robo de la cervecería, yo estoy con el restaurante chino, ponte tú con el tercer atraco, el mismo que has seguido pero retrocede en el tiempo con las grabaciones, ¿de acuerdo?

—Claro, tú mandas. Pero, ¿estás segura de que tendremos opciones de

atraparles siguiendo esta línea de investigación?

—Es esto o rezar para que cometan un error, o que nos crucemos con ellos de pura casualidad. Prefiero trabajar a quedarme esperando, no creo que nuestra tarea sea la de esperar un milagro.

Su marido se sorprendió al salir de la cocina y encontrarla sentada en el sofá viendo la televisión. Isabel no se inmutó.

—Pensaba que irías a la escuela para ayudar con las comidas de los voluntarios.

—He decidido no acercarme. Seguro que hay tanta gente que una más hubiera estorbado en lugar de ayudar. Además, están todo el tiempo cotorreando a voces y me provocan un dolor de cabeza tremendo.

—Vaya, y yo limpiando y preparando algo de almuerzo al pensar que tú estabas allí. Creía que la tele del salón la estaba viendo Leyre.

—La niña no está en casa; de estarlo, se oiría la música a todo volumen o sus quejas por lo mierda que está siendo el verano.

Javier se sentó a su lado, en la televisión daban un programa de cotilleos en el que la presentadora comentaba el nacimiento del nuevo hijo de un torero famoso. Isabel parecía abstraída tanto del mundo como del televisor, con la mirada fija en un punto infinito tras este último.

—¿En qué piensas? Desde hace unos días tienes momentos en los que parece que no estés con nosotros.

—Es por algo que hablé con Marcos sobre un recuerdo que dijo haber tenido de la infancia. Lo cierto es que la conversación y los detalles que me dio activaron algo que también creía olvidado. Marcos piensa que quizá fuese un sueño de la infancia, de esos tan intensos que acabas por pensar que han ocurrido en la realidad. Pero no es posible que yo también lo tuviese, y su hermana Rosa lo ha confirmado hace un rato. Hace veinte años ocurrió algo que provocó el encierro de todos los niños de la aldea durante todo o casi todo el mes de agosto. Igual que ahora.

—¿En serio? Pues no debe de haber mucha gente que lleve veinte años aquí para consultar.

—No, es cierto; mis padres y los de Marcos y Rosa han fallecido, los de Elena y David no habían empezado a veranear aún aquí, los de Eva y Miguel no tengo ni idea, ya no tienen casa por la zona ni sé dónde viven. Quedan ancianos, aunque cada vez menos —lanzó una mirada cómplice a su marido para hacer referencia a la muerte de su padrino—. Podría salir a preguntar, aunque supongo

que eso ya lo ha deducido Marcos y lo estará haciendo mientras se entrevista con los vecinos.

Tras el golpe de la puerta de la calle, sin oír saludo alguno, por lo que Isabel y Javier sabían de quién se trataba, la chica entró como un huracán en el salón.

—Por Dios, qué asco. Espero que no estuvierais haciendo cosas guarras — dijo Leyre tras ver a sus padres abrazados en el sofá.

—¡Oye, niña! —respondía su padre fingiendo indignación—. Si nunca hubiéramos hecho cosas guarras en este sofá, tú no habrías nacido. —Y achuchó a Isabel de una forma exagerada.

—¡Puaaaajjj! Viejos verdes, menudo ejemplo le dais a vuestra hija, luego no me vengáis con sermones y que tenga cuidado con los chicos.

—No, si el cuidado deben tenerlo ellos para que yo no les corte lo que más quieren en el mundo, y no me refiero a su móvil.

—Qué gracioso... Eres un chiste con patas, papá. Y aprovechando que parece que estáis de buen humor, he pensado que podríais dejarme llegar algo más tarde esta noche, estaremos en la aldea y no nos separaremos entre nosotros.

—Eso último no ayuda.

—Ya sabes a lo que me refiero, papá, no seas coñazo. Total, solo hasta las doce, estaréis despiertos, todo el pueblo lo está. La aldea estos días parece la calle Concepción en Navidad.

—Eso es lo que nos preocupa, que esté despierto también el que se llevó a Dani, y él lo hizo a las once.

—Pero eso pasó hace un montón de días y lo que le haya pasado a Dani no tiene por qué pasarle a los demás. No es justo que paguemos todos por las tonterías que él hacía.

—¿Tonterías? ¿Cómo dices?

—Nada, no he dicho nada.

—Leyre, ven aquí, ni se te ocurra subir a tu cuarto hasta que te hayas explicado. ¡No hagas que tenga que repetírtelo!

—Que no he dicho nada, joder, no seas pesada.

—¿Qué forma es esa de hablarle a tu madre? ¡Ven aquí! ¿Qué tonterías hacía Dani? Contesta o el toque de queda se convertirá en un castigo encerrada sin salir en todo el mes.

—¡Liarse con todas! ¿Vale? Se las llevaba a la habitación de la escuela o al asiento trasero del coche de su padre y... ya sabes. ¡Era un cerdo, un cerdo asqueroso y ellas unas guarras! ¿Contenta? Ahora se lo dirás a todo el mundo y a mí nadie me hablará por ser una chivata. ¡OS ODIO! —Y corrió escaleras arriba llorando, dio un portazo y puso la música tan fuerte que hizo vibrar toda la planta baja.

—¿La habitación de la escuela? —Javier se mostraba sorprendido—. Ese juego de cama lleva veinte años sin lavarse. ¿Ha dicho también el asiento trasero del coche? Creo que si ese chico aparece tarde o temprano, y con vida, le mataré yo mismo si no lo hace el padre de otra chica.

—No seas animal, Javi. Por Dios, qué poco conoces a las mujeres.

—Isabel, ese chico era el mejor amigo de la niña desde siempre, la de horas que han pasado jugando en esta casa y en la suya. A solas... no quiero pensar que...

—¿Pero aún no te has dado cuenta? La niña no está así por lo que ha pasado entre ellos, sino por lo que no ha pasado.

«El asesino y posible secuestrador es un vecino del pueblo, sea veraneante muy habitual o habitante durante todo el año». Ese pensamiento de Marcos se hacía más evidente cada día, casi cada hora. Alguna de las personas que ya había entrevistado podía ser el culpable o la culpable de aquellos crímenes, quizá estuvo tomando café en alguna casa que escondía al chico, vivo o muerto, en el sótano bajo sus pies. En este momento sumaba otra incógnita a su ecuación. Después de hablar con algunos ancianos del lugar, se corroboraron sus sospechas; no se trataba de un extraño sueño, veinte años atrás desapareció una niña de doce años, Rocío, durante todo un mes. Entonces no hubo tanto revuelo mediático y fueron los propios veraneantes y aldeanos los que ayudaron a la Guardia Civil a buscarla. La niña fue encontrada por un vecino casi al borde de la muerte algo más de un mes después, pero no se supo nada más porque, según contaban los que fueron testigos, los padres la llevaron a un hospital del norte y desaparecieron para siempre. Especularon entonces con que no había llegado viva al hospital, tenía muchas heridas y estaba desnutrida, en los huesos; otros decían que un animal salvaje la había atacado y ella había logrado sobrevivir y regresar arrastrándose por el campo hasta la aldea; otros con que fueron los propios padres los culpables. Las habladurías en los sitios pequeños no tienen fin.

Marcos llamó a Irene para que investigase el caso, también al cuartel de Riotinto para conocer cualquier detalle de aquel suceso. Pero no había más que una denuncia por desaparición, no se llegó a realizar ningún parte o atestado, ni policial ni médico, sobre la niña tras su aparición. Tanto ella como sus padres habían desaparecido sin dejar huella, ni siquiera se encontraba censado en estos momentos nadie en España con esos nombres. Se los había tragado la tierra.

Si el recuerdo era misterioso y sesgado en cuanto a detalles, la información

sobre lo ocurrido lo era más aún. Tampoco era un hecho ocurrido setenta años antes, hacía veinte ya se informatizaba todo. No podía creer que tuvieran información de 1917 para el caso anterior y no la tuvieran de 1998.

Fue entonces cuando Marcos comprendió que los veraneantes hubieran enclaustrado a sus hijos tras aquel suceso, algunos directamente se marcharon de la aldea para siempre. Aquello justificaba el miedo y el mutismo que recordaba de sus padres y vecinos mientras él y su hermana jugaban en el patio. Quizás ese mismo recuerdo quedase en las mentes de los hijos de Elena tras el verano actual, quizá ellos también lo acaben encerrando en un rincón lejano de su memoria para convertirlo en un sueño casi olvidado.

Necesitaba indagar más sobre aquella desaparición, quizá estuviese relacionada de algún modo con los acontecimientos actuales, era una línea de investigación que no podía descuidar, sobre todo porque no tenía mucho a lo que aferrarse para encontrar al asesino del anciano ni al secuestrador del chico. Era asombroso cómo una aldea tan pequeña y tranquila se había convertido en un foco de crímenes sin resolver.

Siguiese el camino que siguiese, necesitaba aclarar conceptos u ordenar toda la información que había reunido hasta el momento. Sacó el móvil e hizo una llamada que ya había pospuesto demasiado.

—Según esos datos, no hay nada lo bastante claro como para relacionar los tres sucesos entre sí. Quizá sean independientes y el caprichoso destino haya provocado que sucedieran en la misma aldea con tan poca diferencia de tiempo.

El teniente Pablo Aguilar de la policía de Sevilla, experto en homicidios y laureado por varios casos importantes, ya había ayudado a Marcos en anteriores ocasiones. Aún se recordaba su participación en la búsqueda de El Fantasma, asesino en serie de chicas que aterrorizó al país pocos años antes. En estos momentos, Pablo trataba de mostrar un enfoque diferente a las conjeturas de su colega onubense. Su intención era sacarlo del pozo en el que se había metido, mostrarle la posibilidad de estar equivocado para no descartar otras hipótesis. Si Marcos se obcecaba en seguir una vía equivocada, no podría resolver el caso.

—Me da la sensación de que no piensas eso realmente —objetó Marcos—. Que no crees en tantas casualidades, dos desapariciones de menores en veinte años y un asesinato sin móvil aparente a tres días de la segunda desaparición.

—No importa lo que yo piense, el caso es tuyo y debes tener claras tus opciones, no decantarte por una sola y abandonar las demás. Quizá tu hipótesis se lleva el ochenta por ciento de las probabilidades, pero podrías equivocarte, nunca hay que descartar el otro veinte por ciento.

—El problema es que no tengo efectivos. Estoy con un compañero y un

apoyo administrativo mínimo en la comisaría. El caso del adolescente lo lleva la Guardia Civil y solo se centran en encontrarlo, no en buscar a quién pudiera haberlo secuestrado. Para el caso de hace veinte años necesitaría apoyo de otra división de investigadores en los archivos, pero no tengo a nadie. Ese es el motivo de que trate de seguir solo la opción más lógica o probable.

—En ese caso, si solo puedes seguir un camino, creo que has elegido el mismo que seguiría yo.

—Bien, me centraré en buscar la relación que pudiera haber entre aquella niña y el chico desaparecido, entre sus familias. Y seguiré a la vez una pista que pudiera llevarme a lo ocurrido en la casa del anciano.

—Te centras en hechos, pistas y pruebas. Veo que aún no recuperaste el instinto de buscar más allá que tenías años atrás.

Esa sinceridad provocó un mohín de asombro en Marcos. Pero comprendió que tenía razón.

—Céntrate en el interior de las personas —continuaba Pablo—, porque es lo que marca su comportamiento. Si el secuestrador y asesino está entre los vecinos, que sería lo más probable debido a cómo se ha movido con presteza y sigilo, debe tener un comportamiento diferente, no para ti, pero sí para aquellos que lo han tratado a diario durante años. Debes buscar esa mirada de recelo, el asombro de ellos ante un acto o palabra pronunciada, debes buscar el rumor sobre lo extraño que se comporta este o aquel vecino. Tú veraneabas allí, conoces a muchos de ellos, intégrate de nuevo, no como policía sino como un vecino más. Obsérvalos y analiza todo cuanto veas.

Hablar con Pablo siempre suponía un efecto parecido a volver a respirar aire puro cuando uno se encontraba asfixiándose. Ningún policía que Marcos conociese había caído tan bajo mentalmente y luego había logrado reponerse en pocos años. Pablo era su ejemplo a seguir cuando trabajaba en Sevilla, y aún tenía tanto que enseñarle...

Volvió con David, que le esperaba tomando un café tras el almuerzo.

—¿Seguimos con las entrevistas?

—Espera, ¿qué es ese revuelo?

Dos meses encerrado en la casa, dos meses sin salir siquiera a tomar una cerveza con el resto de aldeanos a El Casino. ¿Qué hacía aquel tipo aparte de permanecer encerrado durante días o dar un paseo en solitario alguna que otra tarde? No era lógico, no señor. Los guardiaciviles dijeron que habían estado hablando con él, que no se observaba nada sospechoso en su casa ni en la

parcela, pero no era lo mismo hablar que interrogar. Seguro que con un buen susto y un par de golpes se solucionaba todo aquel entuerto en un santiamén.

El poder de convocatoria de Ignacio era legendario en la aldea, capaz de hacer que todos estuvieran de acuerdo en cambiar el nombre de una calle o la fecha de las fiestas por un simple capricho suyo. No en vano era el alcalde desde que alcanzaba la memoria de todos. Bastaron unas rondas de cerveza y un discurso de veinte minutos, tras haber sembrado las semillas de la duda y la desconfianza en los días anteriores, para que todos saliesen del bar en busca de aquel vecino del que no conocían siquiera su nombre.

Tardaron en llegar a la puerta de la parcela menos de quince minutos, pulsaron el timbre pero no recibieron respuesta alguna, tampoco al llamar a la puerta de la vivienda después de que la turba tirase abajo la cancela metálica e irrumpiese en el jardín..

Lo encontraron mientras trataba de buscar una salida alternativa en la parcela. Minutos después ya se oían los gritos desde la aldea, a unos quinientos metros. ¡Asesino! ¿Dónde tienes al chico? ¡Dilo y quizá salves la vida! ¡Traed una soga! El tipo parecía estar a punto de sufrir un ataque al corazón, no era capaz siquiera de hablar. Uno de los vecinos le dio dos bofetadas mientras el resto lo alentaban para golpearlo más, reían al verle llorar tan asustado.

Le habían colocado una soga al cuello y estaban pasando el otro extremo sobre la rama de un árbol del jardín. Ignacio le preguntaba sin cesar por el paradero del chico y le conminaba a confesar sus crímenes antes de que fuera demasiado tarde. Él seguía tan asustado que no lograba articular palabra, su única reacción visible fue orinarse encima.

¡Bang! ¡Bang!

¿Quién sabía hasta dónde habrían llegado si no hubieran aparecido los policías nacionales? Los disparos convirtieron el ensordecedor griterío en un silencio sepulcral, hasta los insectos hicieron una pausa en su constante serenata. Los vecinos se giraron y presenciaron cómo Marcos y David se acercaban hacia el alcalde, soltaron al agredido y le preguntaron si se encontraba bien.

—No, si encima ahora seremos nosotros lo malos. —Ignacio se arrepintió casi al instante de decirlo, pero era superior a él, necesitaba sentirse con el mando ante sus vecinos.

—¿Los malos? —Marcos se giró despacio y se encaró con él, ya había guardado el arma, pero, aún así, Ignacio no pudo evitar un temblor en su interior. El resto de vecinos permanecía en silencio— No, estos de aquí no son los malos, solo son imbéciles, descerebrados, manipulables... cualquiera de esos adjetivos vale para ellos. El único malo que veo eres tú. ¿Crees que no sé que has estado incitando a los vecinos desde hace días? Todo esto es cosa tuya, lo has

provocado tú, porque en la aldea no se hace nada si no lo has dirigido o autorizado primero. Y por ese motivo te vas a meter en tu casa ahora mismo y no vas a salir de ella hasta que la investigación haya terminado.

—¿Pero quién te crees que eres? Tú no me puedes dar órdenes.

—Claro que no, pero soy el único que puede impedir que la reportera del Canal Sur grabe una entrevista en directo delante de tu casa, en la que yo mismo informaré de cómo el alcalde de la aldea a dirigido un intento de asesinato contra un vecino, mostrando una foto tuya y dando tu nombre y apellidos.

—Tú no puedes hacer eso.

—Claro que puedo hacerlo, y también llevarte detenido por organizar el linchamiento, podrías estar meses en la cárcel a la espera de juicio. Y créeme, aparte de contar con dos testigos policías en tu contra, pocos de los que hay aquí cometerán perjurio ante un juez para evitar que fueras quince años a la cárcel.

—Bueno, al fin y al cabo no ha pasado nada. Todos estamos bien y el amigo ya está casi repuesto, ¿verdad, vecino? —Ignacio trató de acercarse para estrecharle la mano pero Marcos se lo impidió—. No tenemos la culpa de que no quisiera responder a nuestras preguntas, no me negarás que eso es muy sospechoso.

—El amigo se llama Javier y es mudo —apuntó Marcos—. Y de él dependerá que vayáis todos presos por el ataque y el allanamiento de morada.

Un murmullo se extendió entre los presentes. Aquello explicaba también que se relacionase poco con el resto de vecinos. Claro que ellos no lo sabían, así que no tenían culpa de nada.

—Por cierto, amigables vecinos, vais a dar vuestro nombre, apellidos y DNI al subinspector que me acompaña. Dentro de unos días se os presentará la factura por todos los desperfectos que habéis ocasionado en la casa. Y si alguien tiene algo que objetar, solo tiene que decírmelo ahora.

Los vecinos se miraron en silencio y comenzaron a cumplir la orden. David sonreía mientras apuntaba en su libreta los nombres.

—No, no me lo creo. Dime que eso es una broma. ¿Han intentado linchar a un vecino solo porque hablaba poco con el resto? ¿Y resulta que era mudo? No, no, no... No puedes pedirme que no cuente eso en antena, sería mi mejor conexión en los últimos meses, mi pico de audiencia este verano.

—Las cosas están demasiado calientes por la zona como para dar esa imagen de los aldeanos.

—¿Imagen? Pero si es exactamente lo que han hecho, ni más ni menos. Se

han comportado como si estuviéramos en la Edad Media, es asombroso.

—Bueno, quiero pensar que no se hubieran atrevido a llegar hasta el final. Aunque el susto de muerte que le han dado al pobre hombre no se le olvidará mientras viva.

—No dudes que necesitará un psicólogo durante mucho tiempo.

—Una experiencia nueva que podrá usar en su trabajo.

—¿Cómo dices?

—Se rumorea que es escritor, apuesto a que no imaginaba lo que sería de su vida cuando alquiló la casa para escribir en paz y tranquilidad.

—Y yo apuesto a que se ha marchado ya de la casa para no volver.

—También lo he pensado. Quiero aprovechar para pedir permiso al propietario y hacer un registro de la finca.

—¿También sospechas de él?

—No da el perfil psicológico en absoluto, tampoco conoce el pueblo ni a los vecinos como debe hacerlo el criminal, pero solo lleva dos meses aquí y lo de que es escritor solo es un dato que pudiera no ser cierto. No perderé más de dos horas en echar un vistazo.

—¿Puedo ir contigo?

—Pues no, ¿cómo se te ocurre siquiera pensarlo?

—Bueno, si yo no informo sobre el linchamiento... me deberás un favor.

—Joder, si nos ve alguien entrando contigo allí, imagina la imagen que daríamos.

—Pues ya ves lo que importa la imagen que demos ante los aldeanos que han intentado colgar de un árbol a un vecino.

Dos horas más tarde, la cancela rota les permitió entrar y apreciar, sin las tres docenas de vecinos furiosos, los destrozos ocasionados en la hermosa parcela. El césped estaba lleno de agujeros. En el fondo de la piscina había macetas y trozos de las pequeñas estatuas que flanqueaban el camino desde la casa, algunos descerebrados la habían emprendido a patadas hasta romperlas todas y luego arrojarlas al agua. Comprobaron que la puerta de la vivienda estaba forzada y abierta. Llamaron con precaución.

—Te dije que se largaría sin parar siquiera a hacer la maleta —dijo Laura tras cerciorarse de que nadie respondía.

—Bueno, es mudo, es lógico que no conteste cuando le llamamos.

—Quizá esté escondido con una escopeta en las manos —añadió David, y Laura se estremeció al pensarlo.

—Si tuviera una escopeta —dijo Marcos al ver la preocupación en la chica —, la habría usado cuando lo atacaron. Ahora el infeliz estaría detenido en

comisaría por defenderse de un ataque.

Había libros apilados por todas partes, sobre los muebles y en el suelo, incluso en la cocina. También multitud de folios impresos con correcciones, notas y frases tachadas o subrayadas. Ojearon varias al azar y comprobaron que escribía novelas románticas. Laura sonrió tras leer un pasaje erótico.

—Si algún día escribe un libro sobre la aldea, seré la primera en comprarlo. Lujuria silvestre sería un buen título, también Pasión tras el linchamiento — murmuraba la chica.

Marcos no siguió la conversación, tenían mucho aún por hacer.

—Voy a su dormitorio. David, echa un vistazo por el salón. Laura, tu misión es buscar algún sótano que hubiese en la casa. Mira por toda la planta baja, levanta alfombras si encuentras alguna, mueve muebles, ya me entiendes, luego busca por el jardín cualquier trampa.

Matías reía a carcajadas, llorando incluso, al conocer al detalle el intento de linchamiento que le narraban otros tertulianos en el bar. Esa tarde no le parecía tan trágica la espera antes de regresar a casa.

—Así que el tío se meó encima, ¿no? Ja, ja, ja. Y resulta que no contestaba porque era mudo ja, ja, ja. Menudo atajo de principiantes. Yo lo hubiera metido en una habitación y lo hubiera tenido sin comida, agua ni ir al baño durante un día, dándole un sopapo de vez en cuando. Te garantizo que habría aprendido a hablar, recitar el rosario y cantar como Julio Iglesias.

Matías miraba de reojo cómo dos parejas de vecinos jugaban a las cartas al fondo del bar; echaba de menos sus partidas de mus, pero estar allí bebiendo cuando le pagaban por estar investigando ya era un abuso, ponerse a jugar a las cartas sería demasiado descarado. Bueno, quizá el día siguiente.

Sin que sus clientes se enterasen, Matías había dejado de buscar al chico para centrarse en el caso de asesinato, por lo que había pasado el día haciendo preguntas a los lugareños en sus casas, aparte de consultar a todo el que se cruzaba por las calles en relación a lo que estuvieron haciendo aquella noche y si vieron a alguien en actitud sospechosa por la aldea. Si los padres del chaval se enteraban de aquello, tenía previsto decirles que todo indicaba que el chico podía haber sido secuestrado y que se trataría de la misma persona que acabó con el anciano, aunque no fuese verdad; y que la forma más inteligente de encontrar al chico era descubrir qué vecino había matado al viejo. Sí, era un lince a la hora de investigar y de controlar a las personas para llevarlas a su terreno. Y en ese mismo instante iba a pedir otra cerveza, necesitaba combustible para mover

aquel cuerpo imponente, pero primero iría al baño de nuevo.

—Pero mira a quién tenemos aquí, si es la periodistucha.

Laura se topó de frente con Matías, en realidad lo hizo ante su cada vez más prominente barriga; el hámster acostado que lucía por bigote temblaba cuando reía el ahora investigador privado. La mueca de contrariedad de la chica no pasó desapercibida para él.

—Mira que suerte, tenemos en la aldea a Hércules Poirot.

—No sé quién será ese tal Puaró, pero no te reirás tanto cuando tengas que entrevistarme por ser el héroe que ha encontrado al chico.

—¿En serio? Pero ya deberías haber solucionado el caso, ¿no? O quizás has cambiado la desaparición del chico por algo más interesante, como comprobar el consumo de cerveza en un bar de pueblo. Eso parece que se te da de maravilla. Por cierto, Juan —llamó Laura al dueño de El Casino—, si descubres que te falta cerveza, quizá la encuentres en este tonel. —Señaló la barriga de Matías y todos los presentes rieron la broma.

Matías se había quedado sin palabras, si no tuviese la urgencia de ir al baño... si aún conservase su puesto de guardiacivil... si...

—**B**uenas noches, estimados televidentes. Lamento comunicar que las autoridades no han dado aún con el homicida de Antonio C. G. cuando se cumplen dos días desde su muerte violenta. Fuentes policiales barajan cada vez con más convicción que el crimen esté vinculado con la desaparición del adolescente Daniel G. R. Tanto la Policía Nacional como la Guardia Civil, coordinados en todo momento, se afanan por resolver estos dos sucesos y devolver la calma a los vecinos, especialmente a los afligidos padres del chico desaparecido. Como podrán ver en la grabación resumen del día de hoy, he acompañado a varios agentes y oficiales de ambos cuerpos en su trabajo cotidiano de entrevistas y búsqueda de pruebas. Les dejo con esas imágenes y a la vuelta entrevistaremos en directo al vecino y mejor amigo de Antonio.

Tras terminar de cenar, Marcos pidió a Laura que hablasen un rato a solas, y como la temperatura era agradable a esa hora de la noche y casi no quedaba rastro del bullicio que durante el día castigaba a los vecinos, decidieron dar un paseo por la aldea. Sin saber por qué, terminaron sentados en la fuente de piedra tras la escuela, justo donde empezó todo para ellos.

—¿Lo recuerdas? —preguntó la chica con un suspiro y una sonrisa.

—Claro, cómo olvidarlo. Pero no era eso lo que quería hablar contigo.

—Ya me imagino, debí pedirte permiso, pero no me lo hubieras concedido.

—Es lógico, el departamento se podría enfrentar a una demanda por parte del propietario del chalé. Entrar con una cámara oculta mientras registrábamos la propiedad es ilegal, y lo sabes.

—Pero el propietario nos concedió el permiso para entrar.

—Sí, pero no para grabar su vivienda y emitirlo en antena. Por Dios, no te hagas la ingenua conmigo, sabes de sobra cómo funciona tanto tu trabajo como el mío.

—Vale, vale, lo siento. No teníamos nada nuevo y mi programa se nutre de novedades. Era meter la cámara en la casa o contar lo del linchamiento. Eso último era lo más jugoso y lo he omitido por ti.

—Me vale con tu promesa de que no volverás a hacerlo.

—Te lo prometo, disculpa de nuevo. No sé cómo compensártelo... —Lo abrazó para darle un beso, usando la voz y la mirada de corderito que solían funcionar para apaciguar a Marcos.

—No, estate quieta, podría vernos alguien.

—No sería la primera vez que nos damos el lote aquí. De hecho, no creo que ninguna pareja de la aldea en los últimos cien años no haya pasado por esta fuente.

—Pero ahora soy la autoridad, todos esperan de mí una seriedad que no estaría bien si... Espera, has dicho antes que no sabías cómo compensármelo, quizá con un masaje en la espalda y el cuello. Esa cama va a terminar conmigo.

—¿Quedaríamos muy mal si le regalamos una cama nueva a Elena? Podemos decir que es un detalle por alojarnos estos días.

—Creo que sí, quedaríamos fatal.

La primera noche, por decirlo de algún modo, ya que era ajeno al paso del tiempo, tardó una eternidad en conciliar el sueño. ¿Cómo hacerlo sentado en una dura silla y atado a la misma de pies y manos? Luego, a medida que el cansancio vencía sus escasas fuerzas, fue dando cabezadas sin estar seguro del todo de si lograba dormir o no. En este momento, siendo consciente de que no había otra cosa que hacer allí, dormía más tiempo del que permanecía despierto, incluso llegaba a soñar en muchas ocasiones. Sueños extraños en los que se alternaban datos ocurridos en el pasado con momentos ficticios y angustiosos en cenagales que atrapaban su cuerpo hasta inmovilizarle, también soñaba con calles infinitas cuyo final nunca alcanzaba por mucho que se dejase los pulmones corriendo, con personas sin rostro que se cruzaban ante él sin poder verle ni oírle, con un

sol tan intenso que le impedía ver nada a su alrededor, con sus padres, indiferentes ante su sufrimiento, con chicas jóvenes y guapas que se reían de él y le señalaban, con una figura negra a modo de torturador que lo apaleaba sin motivo ni mediar palabra.

Pero esta vez había sido diferente, más dulce, o quizá más cruel. Soñar que hacía el amor con Marta le recordó que tal vez no volvería a acariciar los firmes senos de una chica en su vida. Marta estaba delgada, pero con un pecho de escándalo, estuvo mordisqueándolo mientras ella agitaba la cadera sobre la suya, menuda cabalgada, tanto en el sueño como en su recuerdo de un par de días antes de... bueno, de cruzar las puertas del infierno. Bajo aquella oscuridad, su memoria había perdido las facciones del rostro de la chica, pero no podría olvidar jamás la visión, el tacto y el sabor de aquel cuerpo. Sentado sobre la fría silla de metal, sobre sus propios desperdicios, fantaseó con darse una ducha caliente y luego dormir sobre el cuerpo de la chica, los dos desnudos y sintiendo la suavidad y el calor de su piel. Acariciaría con las yemas de los dedos su pecho hasta quedar dormido.

Claro que Marta había sido una excepción en sus sueños, dormir era un suplicio inenarrable; las imágenes que llegaban a su mente, acompañadas de las sensaciones de derrota que sufría durante y después de los sueños, lo sumían en deseos de abandonarlo todo. Y estar despierto era aún peor, el tiempo pasaba tan lentamente... Estar esperando una nueva visita de sus verdugos, una nueva comida repugnante, un nuevo baño con la manguera, una nueva paliza. Todo su mundo se basaba en esperar algo. Y es que el dolor del cuerpo, el hambre, el entumecimiento general por no moverse y las llagas producidas por la silla en su cuerpo desnudo acababan siendo asumibles, pero la falta de comunicación se hacía insoportable. La oscuridad y el silencio eran pesados como una gruesa manta mojada que ya no podía sostener sobre sí mismo, la incertidumbre sobre su futuro lo dejaba sin oxígeno y las preguntas sobre los motivos que habían llevado a sus captores a hacerle aquello provocaban una ansiedad que siempre terminaba en llanto ahogado.

Sabía que su mente empezaba a acercarse al límite de su capacidad, pronto perdería lucidez, pero no le importaba, ya que la locura sería una bendición en una situación como aquella. Todos sus recuerdos desaparecerían lentamente para dar paso a imágenes y experiencias que nunca habría visto ni vivido, se convertiría en un despojo de los que no saben lo que hacen y dicen, que no tienen pasado ni futuro, que solo duran unos pocos días antes de rendirse al dolor y al hambre. Si no lo mataban de una paliza, los que lo habían secuestrado acabarían por pegarle un tiro al comprobar que del chico que antes visitaban ya no quedaba más que un envoltorio de huesos, piel y heridas a medio cicatrizar.

El día anterior había tratado de dialogar con ellos; bueno, suponía que era el día anterior porque ocurrió justo antes de la última paliza. Cuando la puerta se abrió, usó un tono bajo, educación y preguntas directas para intentar razonar; o quizá lo hizo solo por hablar con alguien. La voz que salió de su garganta era la de un extraño, áspera y afligida, así que titubeó durante unos segundos mientras le daban de comer.

—¿Qué os he hecho para merecer esto? ¿Es necesario tenerme aquí a oscuras? ¿Por qué me pegáis? ¿Habéis pedido un rescate a mis padres? ¿Qué vais a hacer conmigo? —Sollozaba entre cada pregunta susurrada. No obtuvo respuesta.

La paliza fue mayor que nunca.

21 de agosto de 1998

Llevaba el tiempo suficiente encerrada en aquel sótano como para haber creado su propio ciclo temporal, no basado en días de veinticuatro horas como en su vida anterior, sino en las sensaciones que la embargaban: hambre, sueño, dolor y, sobre todo, las visitas del monstruo. Por eso supo con precisión milimétrica que su captor no había ido a verla, se había saltado su sesión de juegos. Una falta en un calendario cuyos particulares días se medían por el tiempo que transcurría entre cada visita y la siguiente. Y todo su mundo se limitaba al paso de infinitos, monótonos y vacíos días en los que esperaba a que la alimentasen, bañasen y luego...

La ausencia del día anterior significaba que el monstruo no jugaría con ella de esa forma extraña y desagradable que la hacía sentirse avergonzada hasta el punto de que ni siquiera confesaría a su madre aquellos actos, pero que cada vez lograba olvidar con más facilidad tras su marcha y la vuelta a la soledad y silencio.

Esa ausencia también significaba que no la golpearía por haberse portado mal, como hacía tras cada sesión de juegos. Aunque no recordaba haber sido desobediente ni malhablada en ningún momento desde que llegó allí, siempre fue buena y obediente. Pero qué iba a saber ella, que no era más que una niña pequeña y nunca tenía razón cuando un adulto imponía su autoridad y opinión.

Esa ausencia... esa ausencia suponía soledad, silencio, vacío; incluso la oscuridad parecía más intensa y sombría sin él. A pesar de creer que allí se encontraba sola, no fue hasta el momento en que el monstruo no la visitó cuando comprendió el verdadero significado de la soledad.

En ese momento no le importaría estar con él, es más, lo necesitaba. Aunque la golpease.

Ella no creía hacer nada malo durante los juegos, pues obedecía a su madre y cumplía con las órdenes y deseo del monstruo; hacía cuanto él le pedía y se dejaba hacer sin protestar, a pesar del dolor y del asco. Aún así, la sensación de suciedad que recorría todo su cuerpo, el recuerdo de los actos, del olor denso y almizclado... Aún así se sentía morir un poco más cada día, pero era una muerte dulce, agradable. Más llevadera que la vida a solas.

La falta de alimento no le produjo ningún pesar; la inactividad en el sótano y la costumbre de comer poco durante esos días habían provocado que no echase en falta la comida. Se podría decir que su situación había mejorado, al

menos así lo pensó durante lo que serían las primeras horas de desconcierto al notar la ausencia de su captor. Sin embargo, el paso del tiempo, lento y pesado, fue creando un mundo de sensaciones nuevas en su mente; preguntas que se añadían a las que seguían sin respuesta desde el primer momento que llegó allí.

¿Se habrá cansado de jugar conmigo? ¿No vendrá nunca más a verme? ¿Me dejará morir de hambre aquí?

No se sentía con fuerzas ni quería agotarse inútilmente, pero debía moverse o el dolor de piernas y espalda por estar siempre tumbada se incrementaría y no le permitiría dormir. Se sorprendió al sentir el temblor recorriendo su cuerpo al dar los primeros pasos, la torpeza de sus movimientos, pero luego todo volvió a la normalidad. Hacía algo de frío, tal vez fuese de noche en ese momento. Pensó en ponerse la manta sobre el cuerpo, pero tampoco estaría tanto tiempo dando vueltas por el sótano. Los primeros días trató de encontrar su ropa, pero acabó desistiendo, el monstruo se la habría quitado antes de encerrarla allí.

Tras contar en voz baja cincuenta vueltas alrededor de la columna central, y así esforzarse en hablar consigo misma, volvió a la manta y se acurrucó en posición fetal abrazando sus rodillas. El dolor de tripas por no comer había dado paso al sueño y a las náuseas, pero estas pronto desaparecerían. No quería pensar en nada malo, solo en su madre y así no hacerse preguntas sobre lo que sería de ella si el monstruo no regresaba.

—Por favor no me dejes aquí sola, no me abandones —susurró en la oscuridad.

Pero realmente no pensaba en su madre, necesitaba al monstruo más que nunca. Él era todo su mundo.

MARTES

14 de agosto de 2018

Cada mañana al despertar, Irene se sorprendía por haber podido dormir durante tantas horas y sentirse recuperada físicamente. La culpabilidad por estar descansando cuando su pequeño aún no había vuelto a casa la mortificaba durante el resto del día. No era justo que ella tuviera aquella cama cómoda y disfrutase de buena comida cuando no sabía el destino que estaba corriendo su hijo, y eso en el caso de que aún siguiera... No, no podía permitirse pensar en eso. Su niño no podía abandonarla, Dani era fuerte y sobreviviría al accidente que hubiese sufrido, debía estar desorientado y perdido, quizás herido, amnésico; como mucho, podría estar secuestrado por algún malnacido, pero no muerto. No, aquella palabra no la quería oír ni en pensamientos. Algo en su interior, un vínculo... un instinto que solo una madre podría sentir y comprender, le dejaba claro que su hijo continuaba vivo.

Se desnudó en el baño y abrió el grifo de la ducha, el espejo del lavabo le devolvió la imagen de una mujer que se acercaba a los cuarenta pero que aún conservaba gran parte de la belleza de la juventud. Su rostro, eso era diferente. El sufrimiento de esos días y el producido por el abandono de su marido durante años habían dejado una huella que las cremas y los tratamientos en clínicas de estética de primer nivel no había logrado frenar del todo. Sin darse cuenta, se vio acariciando la cicatriz de su cesárea, casi había desaparecido del todo, y sintió más que nunca el vacío que su pequeño había dejado en su alma. Lloró de nuevo, mientras se daba una ducha tibia, casi fría, y también cuando se vestía, sin importar que lo hiciese de forma elegante o conjuntada, ya pocas cosas importaban.

Bajó a prepararse el desayuno. Quizá Moisés ya estuviera despierto, aunque no apostaría por ello, se pasaba las noches solo y bebiendo en el salón. Por las mañanas lo encontraba abatido en su sillón, con una copa vacía en la mano o rota sobre la alfombra, o directamente no lo encontraba porque había salido temprano. ¿Dónde estaba aquel hombre que la conquistó diecisiete años atrás? Porque el cambio no se produjo cuando Dani desapareció, no, la metamorfosis fue larga y comenzó más o menos cuando el niño tendría unos cuatro años.

Moisés no era un chico guapo como los que hacían cola a diario en la puerta de casa de sus padres para invitarla a salir, pero era un hombre y no un niño, un hombre de verdad, como los de antes, como lo era su padre, hecho a sí mismo, decidido y concienzudo. Recordaba que no sintió nada al verlo por primera vez, ni siquiera al recibir sus halagos y sonrisas, era como contemplar a su propio padre o al padre de alguna de sus amigas. El morbo brillaba por su ausencia. Además, los dieciocho años de diferencia se intensificaban porque era muy maduro para su edad, mientras ella aún conservaba muñecas Barbie bajo la cama. Tras tanta insistencia, regalos y propuestas de poner el mundo a sus pies si aceptaba tener una cita con él, decidió darle una oportunidad para que dejase de insistir y quitárselo de encima. Quizá se cansase al comprobar su indiferencia, al soportar el malhumor que pensaba tener durante la cita. Pero no ocurrió como había pensado, aquella noche fue inolvidable. Nada de ir caminando o en ciclomotor al parque a comer pipas, beber en grupo de una botella de cerveza medio caliente ni oír fanfarronear a los chicos con sus estúpidas e infantiles fantasías de futuro. Moisés no quería ser futbolista, cantante o concursante de Gran Hermano, él ya había logrado el éxito y de un modo realista. Y sin que ella se lo pidiese, puso el éxito a sus pies, el futuro deseado por cualquiera de aquellos niños al alcance de su mano. La pasó a buscar en un Mercedes nuevo, la llevó a un restaurante caro, luego al cine y, tras la velada, la acercó a casa, bajándose del coche para abrirla la puerta. Moisés la escuchó todo el tiempo, sin interrumpirla, reírse de ella ni presumir o estar todo el rato hablando de sí mismo; observándola como si fuese el paisaje más maravilloso que jamás nadie hubiera contemplado. En ningún momento trató de propasarse, ni siquiera darle un beso. Cuando a la noche siguiente salió con su grupo de amigos a dar un paseo, no pudo evitar la cruel comparación. Supo al instante que no debía dejar pasar aquel tren, que no tendría una oportunidad mejor de ser feliz junto a quien se desvivía por ella y le estaba ofreciendo un futuro y una seguridad que ninguno de aquellos jóvenes guapos y descerebrados podría darle. Irene había visto muchas fotos de sus padres con diecisiete años en los álbumes de casa, así que comprendía lo volátil e insignificante que era el físico, sorprendiéndose de cómo desaparece con el paso de los años con más rapidez incluso que los sueños de triunfo basados en la suerte o la esperanza. No, había cosas más valiosas que garantizaban la felicidad y la seguridad en una pareja.

El solo hecho de no haber recibido la llamada de Moisés durante el día siguiente a su cita fue una tortura, pero al llegar a casa y ver la nota escrita por su madre sobre la mesita de noche: «te ha llamado un tal Moisés, dijo que lo llamas al regresar», significó más que un amanecer tras una eternidad de oscuridad.

Se casaron tras ocho meses de feliz noviazgo, y los primeros años de matrimonio fueron igual de maravillosos, regados con la dicha de tener a Dani antes incluso de cumplir el primer aniversario. Pero cuatro años después cambió, todo cambió.

—La culpa es mía y solo mía, no tienes por qué martirizarte.

La voz de su marido en el salón la hizo regresar al presente.

—Las decisiones se toman y luego hay que tener el valor de soportar las consecuencias. Yo lo he hecho, pero no puedo exigirte que lo hagas tú.

Irene comprendió que hablaba por teléfono, pues no había nadie más que ellos en la casa. ¿Con quién hablaba? ¿Qué significaba aquello que decía? Bajó con sigilo dos peldaños más y se agachó para tratar de observarlo.

—No te lo imaginas. Todo esto se ha convertido en un infierno, en una tortura. Deambulo por la casa como un fantasma, sin saber en muchas ocasiones si es de día o de noche, dónde estoy y si escucho al chico en su habitación, si se trata de su madre o es una alucinación. Ojalá termine todo y olvidemos esta pesadilla.

Llevaba un vaso en la mano, bebía a pesar de no ser aún las diez de la mañana; parecía tener la cara hinchada, no solo por la bebida, como si hubiera estado llorando durante horas.

—Sí, pronto te diré lo que tenemos que hacer, pero no llames a esta casa, podría coger el teléfono Irene y mi vida estaría acabada. Yo te daré las indicaciones para que salga todo como habíamos planeado. Espera mi llamada, ¿de acuerdo? ... Sí, sí, yo también.

Irene acompañó cada una de las palabras de su marido con un parpadeo que impidió brotar las lágrimas, como si hubiera recibido un duro golpe en el pecho con cada una de ellas. Subió a hurtadillas a su habitación y se encerró con llave, luego cayó al suelo con las manos apretando la boca para evitar que brotase el llanto o los gritos de impotencia. ¿Qué era aquello que había oído? ¿De qué demonios estaba hablando Moisés y con quién? ¿Culpa, decisiones, consecuencias, infierno y tortura, pesadilla...? Hablaba de secretos, de ocultarle a ella sus actos, ¿qué era eso que había planeado? Solo un pensamiento pasó por su mente, fue a por el móvil y llamó sin dudarle un instante.

Susana se comportaba de un modo extraño, lo había hecho durante la cena de la noche anterior y también esa mañana en el desayuno, alternando entre sonrisas exageradas mientras miraba al infinito, momentos en los que trataba de mantener la compostura y la seriedad de un modo casi caricaturesco y miradas

de colegiala enamorada hacia su marido. Ángel no había pasado por alto ninguno de aquellos gestos a pesar de fingir que no era consciente de lo que sucedía, conocía bien a la mujer con la que llevaba casado algo más de un año, pero saliendo como novios desde que ambos tenían quince. Si Susana deseaba decirle algo importante, lo haría cuando ella deseara hacerlo, por mucho que él insistiese antes. Así que decidió dejar pasar el tiempo y dar descanso a su maltrecho cerebro antes de otro largo día de búsqueda y entrevistas.

El sargento partió hacia la aldea, como había hecho cada uno de los días de esa semana, planificando durante el trayecto lo que podría hacer esa jornada para seguir buscando al chico, aunque no imaginaba lo que le esperaba al llegar a su destino. La llamada de Irene, la madre del muchacho, trastocó sus pensamientos y dio un vuelco a su investigación. No tardó ni cinco segundos en llamar al móvil de Marcos para pedirle su ayuda ante lo que se avecinaba.

El sargento de la Guardia Civil y el inspector de la Policía Nacional entraron en la vivienda de Moisés e Irene, tras abrirles la puerta esta última y ante la mirada atónita del primero, que no se esperaba lo que ocurriría a continuación. Un semblante serio precedió a la lectura de sus derechos y el siempre desagradable momento de esposar a una persona para llevarlo al coche patrulla; y de allí, en silencio, a una sala acondicionada para el pertinente interrogatorio.

En la calle aún no se veía a ningún vecino, salvo cuando Mimi salió por la puerta de casa. Parecía dirigirse a hacer algún recado, llevaba su bolso bajo el brazo, pero se giró y volvió a entrar tras observarles con un semblante serio unos segundos, ni siquiera saludó a Marcos antes de cerrar la puerta.

Una vez en el cuartel de Riotinto, pueblo que ofrecía agris dulces recuerdos al inspector Navarro, este y el sargento Ángel planificaron la línea a seguir para sonsacar al padre del chico los secretos que claramente guardaba en su interior. Aquel no era el caso de Marcos, pero Ángel no se arrepentía de haberlo invitado, podía ver en el rostro del inspector la satisfacción por poder estar allí y participar, ya que este consideraba a Moisés una pieza clave para resolver los dos casos.

—¿Cómo se encuentra? ¿Necesita algo? ¿Un café, agua, que le expliquemos de nuevo los motivos de haberle detenido?

—Pues no me vendría mal un poco de todo eso, sargento.

—Entiendo..., empezando por el último de esos puntos, le comunicamos, aquí el inspector Marcos Navarro de la Policía Nacional y yo, que su mujer oyó una conversación bastante comprometida esta mañana, una conversación que usted mantuvo con otra persona por teléfono móvil. Y ahora podría continuar usted, cooperando y diciéndonos con quién conversaba y sobre qué antes de que lo averigüemos nosotros rastreando la llamada.

—Lamento decirles que esa información querría consultarla con mi abogado, no sé si ha llegado ya.

—Aún no. En cuanto llegue, podrá entrar en esta sala sin impedimento alguno para asesorarle.

—En ese caso, solo podré agradecerles el café. Solo y sin azúcar, por favor.

Marcos y Ángel salieron de la sala en silencio, atónitos ante la frialdad que mostraba quien había sido detenido por su supuesta implicación en la desaparición de su propio hijo. Pasaron a una cocina donde el sargento dio orden de llevarle un café al detenido.

—¿Qué piensas? —preguntó a Marcos.

—Creo que lo mismo que tú. Ese tipo está sumergido hasta las cejas en el fango. No sé si ha sido el responsable directo o indirecto de la desaparición de su propio hijo, pero tiene mucho que decir y a nosotros nos vendría bien que colaborase. Claro que eso dependerá de la actitud de su abogado. ¿Sabemos cuándo llegará?

—No faltará mucho para que le tengamos aquí, viene desde la playa y el detenido lo llamó justo cuando entramos en su casa, calculo quince minutos como mucho.

—Entonces no tenemos mucho para planificar nuestro ataque contra ese muro que parece haber construido para impedir que conozcamos lo que ha hecho o lo que sabe —respondió Marcos.

—¿Qué sugieres? Seguro que has hecho muchos más interrogatorios que yo. Apuesto a que podemos hacer algo más productivo que jugar al poli bueno y poli malo con él.

—Puedes apostar a que sí.

El abogado sorprendió a todos los presentes en el cuartel al presentarse en pantalón corto y polo de mangas cortas, parecía llegar de un partido de golf. Tendría unos cuarenta y cinco años y se mantenía en forma, mostró seriedad y parecía querer terminar con aquella situación lo antes posible. Moisés García tenía un abogado caro, y eso significaba problemas para Marcos y Ángel.

—Quiero ver a mi cliente —ni siquiera se molestó en saludar— en una sala sin cámaras ni micrófonos. Ya.

—Por supuesto, ahora mismo lo llevaremos a un despacho y podrá hablar con él el tiempo que deseen —respondió atónito el sargento.

Cuarenta largos minutos después y en la sala de interrogatorios:

—Informamos a usted y a su abogado que esta conversación está siendo grabada. Los derechos se han leído en el momento de la detención y nuevamente al llegar al cuartel, ¿no es así? —el detenido asintió—, y les hemos informado sobre los motivos de la detención y de este interrogatorio. ¿Tienen alguna duda

al respecto?

Tras la negativa, comenzaron con las preguntas.

—Ya nos ha dicho en dos ocasiones su coartada para la noche en que desapareció su hijo, ¿quiere modificar o añadir alguna información al respecto?

—No. Les he dicho la verdad, aquella noche planificaba eventos para las fiestas de la aldea, estaba en casa junto a mi esposa.

—Bien, entonces pasemos a otro tipo de preguntas. ¿Con quién ha mantenido una conversación esta mañana?

—Eso es privado y no tiene nada que ver con la desaparición de Dani.

—Eso lo dice usted, pero nosotros podremos comprobarlo en cuanto la compañía telefónica nos pase el nombre del usuario al que ha llamado. Le recuerdo que colaborar con la autoridad sería beneficioso para usted en caso de ser juzgado.

—Y yo le recuerdo —interrumpió el abogado— que mi cliente está cooperando y comprometiéndose a decir la verdad, pero no desea aportar datos sobre un tema privado que nada tiene que ver con el caso que investigan.

—No comprendo la negativa cuando es cuestión de horas que descubramos ese dato. Como tampoco comprendo su frialdad ante el hecho de estar detenido como sospechoso de la desaparición de su hijo.

—Jamás le pondría una mano encima a Dani, jamás.

Por primera vez se mostró alterado, y Ángel vio sinceridad en sus palabras, era lo único de lo que estaba seguro cuando hablaba con aquel hombre. Miró a Marcos y este asintió como si conociera lo que estaba pensando.

—Bien, entonces no nos diga quién es el interlocutor de su llamada, pero conteste al resto de preguntas ¿A qué se refería con «la culpa es mía y solo mía» o «te daré las indicaciones para que salga todo como habíamos planeado»?

—Ya les digo que la conversación era privada y no guardaba relación con la desaparición de mi hijo.

—Comprendo, señor García. Le informo que, en vista de su nula cooperación y hasta que comprobemos esa llamada, permanecerá detenido como sospechoso.

—No tienen ninguna prueba para detener a mi cliente.

—Eso deberá decírselo al juez de instrucción. Será decisión suya que quede confinado en los calabozos o salga bajo fianza.

—¡Maldita sea! Quiero hablar con mi cliente, solo serán cinco minutos.

Ángel apagó la cámara y se marchó con Marcos a la sala contigua, donde podrían oír la conversación aunque no usarla en un juicio. Allí comprobaron que el abogado trataba de convencer a Moisés para que aclarase aquella conversación telefónica, de lo contrario, si era encarcelado como sospechoso, la

opinión pública y los informativos le destruirían en cuestión de horas, tanto su vida personal como la laboral. Si no quería ser linchado por sus propios vecinos y perder sus empresas en una bancarrota, debía hablar. Después de todo, aquel secreto saldría a la luz de todas formas. Moisés lo meditó durante unos instantes, mostrando por primera vez desde que apareció la policía en su casa la pérdida del aplomo que le caracterizaba. Se frotó la cabeza con ambas manos en una muestra de desesperación y asintió sin decir palabra.

Un gesto del abogado hizo que Ángel y Marcos regresaran a la habitación.

—Su nombre es Sara, Sara Leal, y es mi... ya saben... Llevamos juntos más de diez años. —El tono de voz era muy diferente al anterior, así como su aspecto. A los ojos del sargento era otra persona—. No es una querida, amante o lo que sea que estén acostumbrados a ver. Para mí es parte de mi familia, como Irene y Dani. Es... una prolongación, no sabría cómo definirlo mejor.

—¿Podrían omitir estos datos y los siguientes que aporte mi cliente en la declaración? Ya pueden ver que no están relacionados con el caso —solicitó el abogado.

—Podemos prometerle el mutismo más absoluto, pero toda la entrevista aparecerá en el informe.

—Ese informe pasa por muchas manos, usted sabe que se acabará filtrando a la prensa y supondrá un contratiempo importante en la vida privada de mi cliente.

—Déjalo, Alberto; tarde o temprano saldría a la luz. No se puede hacer nada. Irene no se merece esto, pero ya es tarde para lamentarlo. Aquí soy el único culpable y cargaré con las consecuencias.

—Comprenderán —añadía el abogado— que supondrá un nuevo golpe para un matrimonio ya muy castigado por la desaparición del chico.

Ángel hizo caso omiso al comentario y aprovechó para hacer unas preguntas.

—¿Podrá decirnos ahora a qué se refería con las indicaciones para que todo saliese como habían planeado?

Moisés se veía desaliñado, con el pelo revuelto, barba de varios días y la camisa arrugada. Su aspecto de alcohólico no había mejorado precisamente desde la primera vez que Ángel lo vio, pero era el peso de la verdad lo que parecía estar acabando con él, una verdad que llevase cargando sobre sus hombros más tiempo del que pudiera soportar.

—Sara lleva años insistiendo para que hable con Irene sobre nuestra relación, para que ponga fin a la farsa y formalice mi situación con ella. Yo estaba... pensé que estaba enamorado de mi esposa, no se imagina cuánto, hasta que Sara se cruzó en mi vida. Fue un huracán que borró todo lo que había sido yo antes de ese momento, todo lo que pensaba, deseaba, amaba... No sabría describirlo, pero

desde entonces vivo esperando el momento de estar unos minutos u horas a su lado, por poco que sea. No quiero hacer daño a Irene, ni quería romper mi familia con un divorcio y la pelea por la custodia de un niño tan pequeño. Dani... bueno, el niño es lo mejor que me ha pasado en la vida, tanto es así que supuso desde el primer momento el único motivo para seguir con el matrimonio, seguir junto a Irene y no obedecer lo que realmente deseaba hacer. Pero Sara no se conforma con verme unos pocos días al mes, ni con la casa que construí para ella, el dinero, el personal de servicio, los coches. Ella lo quiere todo. Y entiendo que tiene derecho a exigirlo tras más de una década soportando ser «la otra». Desde hace un tiempo hemos ido planificando la forma de poner remedio a esa situación, pero yo quería esperar a que Dani fuese mayor de edad y pudiera comprender que los hombres a veces... Sara ha querido hablar con Irene en alguna ocasión, pero siempre la he convencido de que debemos hacer las cosas bien y no forzar un enfrentamiento que no conduciría a nada.

—Entiendo, continúe.

—Cuando Dani desapareció, Sara quiso estar a mi lado en un momento tan importante, y lo cierto es que la he necesitado y la necesito tanto como a mi propia esposa, pero no sería apropiado, ¿comprenden?

—Usted ha dicho que el chico, hasta cumplir los dieciocho, era el impedimento para poner fin a su matrimonio. ¿Quizá Sara pudo intervenir en todo esto para acelerar el trámite?

—Por dios, ni se le ocurra pensarlo. Ella no haría daño a una mosca. Además, estos días de agosto ha estado en la playa con sus hermanos y sobrinos, puede comprobarlo. De hecho, la factura del hotel en el que veranean corre de mi cuenta. Sara ha esperado todos estos años, no necesitaba cometer semejante locura cuando estábamos tan cerca.

La conversación no reveló más datos, solo detalles sobre la relación que Moisés había mantenido a espaldas de su familia durante los últimos años. Marcos y Ángel abandonaron el cuartel unos minutos después de que lo hicieran Moisés y su abogado, no sin antes encargarse de que se comprobase la coartada de la tal Sara, con la que Ángel deseaba hablar lo antes posible.

Ninguno de los allí presentes había visto cómo se llevaban en la mañana al padre de Dani en el coche de la Guardia Civil; de hecho, aún no se había levantado ninguno de ellos cuando ocurrió, pero eso no evitaba que en ese momento comentasen la noticia bomba que se había extendido por la aldea. Faltaban unos minutos para las doce del mediodía y los adolescentes se reunían

en la escuela, aunque debían abandonarla cuando apareciesen las voluntarias que se encargaban de preparar el almuerzo para los que seguían buscando al chico. Ese era el trato con sus padres. Leyre permanecía apartada, sentada en una esquina del salón, bajo el televisor y con cara de pocos amigos, observando cómo los demás hacían sus propias conjeturas.

—Pues yo no me creo que su padre se lo cargase, con lo mimado que estaba... Si el padre le diese palizas desde pequeño o fuera más cabrón con él, sería más creíble. Pero los padres del Dani no le han puesto nunca una mano encima. —Javi era bajito y muy moreno de piel, también el que mejor jugaba al fútbol, motivo por el que todos lo respetaban tanto como a Dani, que era el que más gustaba a las chicas.

—Esas cosas nunca se saben, lo que pasa dentro de las casas solo lo saben los que viven en ella —objetaba María, la mayor de grupo y la más sensata.

—Ya salió la listilla.

—Muérete, gilipollas.

—¡Callaos, coño! —Puso orden Nacho, que ese verano no se separaba de Dani por si le caían las migajas que iba dejando—. El Dani sigue sin aparecer y seguro que está muerto en algún pozo o barranco, y vosotros solo discutís.

—Tampoco haces mucho tú, ¿no? Claro, como ahora no está él, has vuelto a ser el que tiene a estas zorritas como locas.

—¡Cállate o te parto la cara!

—¡Callaos todos! —gritó María—. A nosotros no nos dejan participar en la búsqueda, están todos nuestros padres con el putito miedo a que nos secuestren. Pero si de mí dependiera...

—Pues yo no lo buscaría.

Todos se giraron para mirar a quien había aportado el último comentario: Leyre.

—¿Qué? No seáis hipócritas —añadía con furia—, parece que el Dani fuera un angelito y todos le quisiéramos mucho, pero iba a su bola y pasaba de todo el mundo. Igual que el año pasado todos pasabais de él, ¿no os acordáis? Era invisible, incluso os reíais de su aspecto. Este verano se dio la vuelta la tortilla y todos a lamerle el culo al guapo del grupo. ¡Os jodéis! Así es la vida. Y yo no pienso estar un verano entero buscándole por esos campos llenos de serpientes y a cuarenta grados. A saber qué le ha pasado y por qué, nosotros no tenemos la culpa.

—Entonces, ¿no querías que te buscásemos a ti si desaparecieras?

—No querría que lo hiciera nadie por compromiso. No.

—¡Vete a la mierda!

—Vete tú, Marta, que solo te preocupas por él porque os liasteis dos noches

antes, como si eso le convirtiese en tu novio. Sabes de sobra que esa misma noche ya estaba tirando la caña a Rocío y que el día anterior se lió con Eva. ¿No viste cómo pasaba de ti? Eres más tonta que un zapato.

—Te voy a partir la cara, niñaata amargada, boca-alambre.

—Aquí te espero, anoréxica de mierda.

—Venga, dejaos de decir gilipolleces, nuestras madres van a llegar ya para hacer la comida y tenemos que irnos. Iván, mira a ver si hay cervezas en el almacén y coge unas cuantas.

Leyre observó cómo se iban marchando, mirándola con desprecio. Ella prefirió quedarse allí sola y ninguno de sus supuestos amigos hizo el intento de convencerla para que los acompañase. Que les dieran por el culo. El silencio que quedó tras su partida hizo volver los recuerdos que llevaban días repitiéndose en su mente. Recuerdos de las tardes en la aldea cuando era pequeña. Ella y Dani las pasaban en mitad de la calle o en el patio de la casa de él, donde tiene una piscina, un columpio y muchos juguetes. La madre de Dani siempre les hacía sándwiches de Nutella y nueces para la merienda y el niño se desvivía por contentar a su única amiga; era bondadoso y le ofrecía sus juguetes más nuevos. Aún eran tan pequeños que se bañaban desnudos; competían para ver quién llegaba antes de un extremo al otro nadando, o quién aguantaba más la respiración bajo el agua, y Dani solía dejarla ganar siempre, aunque ella lo sabía, pero le gustaba ganar y callaba. Cuando ya tenían los labios morados y las yemas de los dedos arrugadas, salían tiritando y el padre de Dani los envolvía en sendas toallas y casi siempre sentaba a la chica en sus rodillas, preguntándole si sería la novia de su hijo en el futuro. Ella se moría de vergüenza y reía sin control, Dani se marchaba corriendo a la cocina para quejarse a su madre por las tonterías que decía su padre. ¿Siete? Quizás más años habían pasado desde aquellas tardes felices junto al tímido y regordete chico, pero también amable y de gran corazón, que ese verano se había convertido en un engreído superficial e insoportable.

Y prefería a cualquiera de aquella zorras como novia antes que a ella.

La reprimenda que estaba recibiendo de Laura era desproporcionada. Vale que se había quedado a dormir en Valverde con aquella chica tan maja que conoció la noche anterior, vale que se había levantado muy tarde y se había llevado el coche de la reportera sin su permiso, pero ¿a qué venían tantas prisas? Allí no pasaba nada de nada, y Laura siempre podía pedir un coche prestado a sus amigos o que Marcos la llevase donde quisiera. No era justo que lo tratase

como a un niño pequeño. Si su novio no le había dado lo suyo esa noche, que no lo pagase con él.

Bueno, ya está, ya había llegado a la aldea. Lo único que había ocurrido en toda la mañana era que la Guardia Civil se había llevado al padre del chico para interrogarlo en el cuartel de Riotinto, pero Laura no usaría aquella información de forma tan directa por petición de Marcos, a sabiendas de la crucifixión social que supondría para el interrogado. Entonces, ¿qué demonios iban a hacer durante todo el día? Podía haberse quedado un rato más en la cama con... ¿Aurora? ¿Aura? No se acordaba de su nombre, pero era una fiera bajo las sábanas y él llevaba meses de forzosa abstinencia.

«Dios mío, ¿no piensa callarse? Sigue soltándome la chapa sin parar».

—¡Bueno, ya está bien, ¿no?!

Laura quedó muda y atónita ante el grito y la mirada de su compañero.

—No eres mi madre ni mi jefa. Deja de gritarme y de decirme lo que tengo que hacer. Ya te pedí disculpas por llevarme tu coche sin permiso y por llegar tarde. No sigas tratándome como a un niño, joder.

La chica suspiró, pero no dijo nada.

—Entiendo que estás con mucha presión por la cancelación del programa —añadía Javi—, pero eso también me afecta a mí y trato de sobrellevarlo como puedo. El mundo no se acaba, ¿sabes? Por si todo eso no fuese suficiente, me hospedo en el sofá del salón de una de tus amigas, sin intimidación, sin comodidad... ¿Has visto que me quejase? —Tragó saliva ante la situación, jamás se habría imaginado a sí mismo con tanto carácter—. Si no te pedí permiso para llevarme tu coche fue porque no me lo habrías dado, y no puedes pretender que permanezca encerrado en esta aburrida aldea hasta que aparezca el chico o el asesino del anciano, cosas que pueden ocurrir dentro de meses o quizás nunca.

El silencio cayó como una losa sobre ambos. Laura titubeó:

—Tienes tu parte de razón, no es justo para ti que tengas que soportar estas condiciones. Lamento haberte hablado así, no debería pagar contigo...

—No tienes que disculparte —la interrumpió en un murmullo—. No necesito que lo hagas. Vamos a hacer nuestro trabajo y actuemos como si no hubiera pasado nada.

—Me parece bien —Laura se mostraba alicaída— adelantemos algo de grabaciones. Por cierto, si necesitas el coche esta noche, puedes llevártelo, pero trata de ser puntual mañana.

Javi la vio partir hacia el coche, sintiendo algo nuevo en su interior: fortaleza, decisión, autoridad. Le gustaba aquello. Tener sexo había desatascado no solo sus cañerías, también ese estado de subordinación y obediencia hacia el mundo en el que se había sumergido. Se acabó lo de ser sumiso, un calzonazos.

El sexo era maravilloso.

Las magdalenas y las galletas eran compradas en un supermercado, pero su olor era delicioso e inundaba toda la casa, junto al del café recién hecho y el del centro de flores frescas que había colocado en mitad de la mesa; los aromas hacían más llevadero el murmullo originado por los vecinos que se agolpaban en el salón. Las sillas de la terraza se ubicaban por cada rincón de la estancia para que todos pudieran permanecer sentados. Un buen anfitrión no podía permitirse que sus invitados se quedasen sin merienda ni que estuviesen incómodos.

Ignacio, después del intento de linchamiento, tenía prohibido salir de casa, y no iba a desobedecer al policía nacional porque no deseaba enfrentarse a un juicio por su metedura de pata, que todavía no tenía tan clara, ni a que la reportera del Canal Sur le buscase la ruina con un reportaje. Claro que nadie le había prohibido recibir visitas. Bendito WhatsApp. Entonces observó varias sillas vacías a pesar de que pasaban más de quince minutos de la hora de la convocatoria. Hizo recuento mental de los allí sentados y comprobó que faltaban algunos vecinos fieles.

—Falta gente.

No había tenido que alzar la voz para lograr que el murmullo cesara y la atención se fijase en su persona.

—Andrés, Pilar, Mariángeles y Berta —enumeró uno de los vecinos.

—¿Aún no han llegado? Podemos esperar unos minutos más.

—No van a venir.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Mostraba un asombro inusual en quien siempre lo controlaba todo.

—Dicen que esto que hacemos no es nuestra tarea, que la búsqueda del chico y del asesino de Antonio deben hacerla la Policía y la Guardia Civil.

—Este es nuestro hogar, nadie va cuidar mejor de los nuestros que nosotros mismos.

—Aquí casi todos somos turistas, nos conocemos desde siempre pero no vivimos en la aldea todo el año, como es tu caso. El tipo mudo que casi matamos ayer es un turista como nosotros. No parecía que lo cuidásemos mucho, ¿no? —añadía una mujer con timidez desde una silla del fondo.

Ignacio forzó una sonrisa tranquilizadora.

—Por el amor de Dios, no íbamos a matarlo, solo a darle un susto para que confesase.

—Se nos fue de las manos, no lo niegues, Ignacio.

—Estaba a punto de liberarlo cuando llegaron los policías, en serio. ¿Tengo cara de asesino? Vosotros me conocéis desde hace mucho. ¿Creéis que iba a permitir esa barbaridad? —Sonreía, pero era el único en la sala. Todos lo miraban con expectación.

—Ya poco importa lo que discutamos sobre el tema. Ahora debemos pagar los desperfectos que ocasionamos y no son baratos. Muchos pensamos que siendo idea tuya la de ir a su casa...

—¿Cómo? No recuerdo haber puesto un cuchillo en el cuello de nadie para que me siguiera. Pero sí recuerdo cómo rompíais todo lo que teníais delante y cómo gritabais que lo matase. Yo no os alenté a hacer nada de eso.

—Bueno..., quizá se nos fue a todos de las manos, el caso es que no queremos seguir con esta búsqueda absurda, no es tarea nuestra.

—¿Absurda? ¿Y si la policía no lo encuentra? ¿Y si el chaval no aparece? ¿Y si el asesinato de Antonio queda impune? La mayoría de los casos nunca se resuelven. ¿Quién volverá a veranear el año que viene y dejará a sus hijos en mitad de la calle por la noche? ¿Vamos a permitir que lo que nos ha ocurrido quede sin castigo? Por supuesto que es nuestra obligación. Todos vosotros llegasteis aquí para ofrecer las mejores vacaciones a vuestros hijos, un lugar tranquilo donde nadie cierra la puerta de casa, donde, aunque no veamos a los chicos durante horas, sabemos que están a salvo. Ahora un miserable, o varios, han venido para destruir esa paz y seguridad. ¿Vais a permitirlo? No puedo creer lo que oigo, no puedo creer que os larguéis con el rabo entre las piernas.

—Pero nosotros no podemos hacer nada, no tenemos formación para investigar ni autoridad para detener a nadie.

—Y aun así conocemos la zona mejor que nadie, y también al resto de vecinos, esos que no se mezclan con nosotros, que pasan los días encerrados en sus casas y parece que les cuesta saludarnos cuando se cruzan por la calle. Nosotros podemos oír lo que pasa al otro lado de las paredes de nuestras casas, podemos observarles cuando entran y salen, cuando van a hacer a compra, a dar un paseo... No os digo que nos convirtamos en policías, pero sí podemos ayudar a las autoridades, de igual forma que damos comida a los voluntarios.

—A mí no me parece mala idea, aunque se acabaron los linchamientos.

—Está bien, os prometo que no nos tomaremos la justicia por nuestra mano.

El murmullo de asentimiento se extendió por el salón e Ignacio tuvo que contener la sonrisa de satisfacción al comprobar que volvía a tener el rebaño bajo control.

—¿Y qué pasa con Moisés? Si la Guardia Civil sospecha de él, quizá tengan algo de razón —añadió un vecino, el resto quedó mudo, a la espera de conocer la opinión del alcalde.

—Bien, ese es un tema complicado... —hizo una pausa de afecto y comprobó que todos le miraban con atención—. Yo no creo que Moisés hiciera daño a su hijo, claro que... esas cosas nunca se saben. Quizá lo hayan interrogado por el caso de Antonio.

—¿Antonio? Pero, ¿por qué iba Moisés a matar al viejo?

—Eso solo lo sabrá la Guardia Civil y el propio Moisés, en el caso de que esté implicado. También podrías encargarte tú —miraba a uno de los vecinos—, ya que tienes una buena relación con él.

—Sí, claro, aunque no sé cómo abordar la conversación. No puedo llegar y preguntarle si ha matado a Antonio o si ha tenido algo que ver en lo de su hijo.

—Eso lo trataremos más tarde tú y yo. Por lo pronto, ya sabéis lo que tenéis que hacer, ojos y oídos en todas partes y buscad algo que os resulte extraño, luego me lo contáis en un mensaje de móvil.

Había perdido toda la mañana, porque no pudo llegar a tiempo al cuartel de la Guardia Civil de Riotinto para grabar la entrada ni la salida del padre del adolescente junto a su abogado, además, había prometido a Marcos que no comentaría nada para no crear alarma social, así que decidió tomarse lo que quedaba de tiempo hasta el almuerzo para dar un paseo por la aldea.

Cruzó la plaza observando la fuente y los tres escalones donde todos se sentaban desde hacía generaciones para pasar el rato y conversar, desde los más ancianos del lugar hasta los niños pequeños, pero sobre todo los adolescentes durante las noches. Allí había oído por primera vez, de boca de Eva, su mejor amiga, que Marcos quería algo con ella. Aquel pequeño rincón, empedrado y con una incómoda pendiente, hacía brotar fantásticos recuerdos que no se habían perdido del todo. Y como si de una sesión de hipnotismo se tratase, con todo lujo de detalles, volvió a ver la ropa que vestían quince años atrás, oler de nuevo los perfumes que comenzaban a usar, sentir la emoción y timidez de gustarle un chico por primera vez y el hormigueo en el estómago al comprobar que él también la miraba de soslayo cada pocos minutos. Allí habían planificado todas sus aventuras, gamberradas o simples paseos para mitigar el aburrimiento. Aún creía recordar el sonido de las risas hasta altas horas de la noche.

Unos veinte metros más allá, se sorprendió al ver cómo sus pasos se escoraban ligeramente a la izquierda. Era la costumbre de haber recorrido tantas veces el camino hacia la puerta de la casa de sus abuelos, ahora propiedad de algún desconocido. Observó la fachada, pintada de un color diferente, suspiró y siguió su paseo.

La aldea era tan pequeña que, aún caminando despacio, bastaban veinte minutos para recorrerla de punta a punta. En la puerta de la última casa, o la primera cuando se paseaba en sentido contrario, estaba Salvi, una amable señora nacida en la zona pero emigrante a Barcelona muchas décadas atrás. Se saludaron mientras la mujer permanecía sentada en la puerta, atenta a los juegos de uno de sus nietos.

Decidió continuar hasta la antigua estación de tren; ya puesta, quería recibir toda la dosis de recuerdos y nostalgia posible. Caminar en solitario y bajo aquel silencio era tan diferente a hacerlo cuando estaba trabajando con Javi y tenía un objetivo al que visitar o grabar... Un destello fugaz captó su atención. Tras la cancela metálica del cementerio, a su izquierda, se divisaba movimiento. No recordaba cuándo fue la última vez que visitó el lugar, seguro que unos diez años como mínimo y para llevar flores a la tumba de sus abuelos, desde entonces solo su madre se acercaba cada año para limpiar la lápida y colocar ramos nuevos de flores de plástico.

Sin saber por qué, se vio caminando sobre el camino de baldosas blancas que comunica la aldea con el cementerio. Quizá su instinto de periodista le impedía dejar de curiosear también en los momentos en que no trabajaba.

—¿Hola?

La vecina se sobresaltó, parecía distraída contemplando una lápida.

—Laura, qué susto me has dado.

—Ya imagino, disculpa Miriam. Vi movimiento aquí desde la carretera y me acerqué, espero no molestarte.

—No, solo curioseaba... Con tanta gente por las calles durante el día, si quieres estar un rato tranquila este es el mejor sitio.

—No lo había pensado —respondió Laura con una sonrisa—. Mis abuelos están enterrados allí al fondo, a la derecha. ¿Tienes familiares aquí?

—No, lo cierto es que no, pero me encantan los cementerios tan pintorescos, pequeños y cargados de historia. Me gustan estas tumbas centenarias con azulejos partidos y cruces de forja torcidas, pero estarían mucho mejor acompañadas por musgo y hiedra que aportase un aura de decadencia en paredes y lápidas.

—Sé lo que quieres decir, hay uno en el barrio inglés de Bellavista, en Riotinto, que te encantaría. La vegetación casi ha devorado las lápidas.

—Me lo apunto para visitarlo en breve.

Laura suspiró mientras observaba a su alrededor, evocando recuerdos perdidos que volvían más rápido de lo que era capaz de asimilar.

—Aquí entrábamos, cuando los chicos de la aldea éramos pequeños, para ver quién aguantaba más tiempo tumbado sobre una lápida. Ya sabes, juegos de

niños. Ahora parece tan absurdo al contemplarlo desde el paso de los años...

Miriam mostraba una amplia sonrisa, como evocando su propia niñez.

—En absoluto, es la época para hacer tonterías, ¿cuándo si no?

—Tienes razón. Por cierto, voy a la estación, hoy toca dosis de nostalgia. ¿Quieres acompañarme?

—Gracias, prefiero volver a casa, ya hace demasiado calor y pronto empezaré a preparar el almuerzo. Además, la nostalgia es esquiva cuando uno está acompañado o conversando.

Laura asintió, se despidió con una sonrisa y salió del cementerio. Antes de volver a la carretera y seguir con su camino, se fijó en los agujeros de la fachada, docenas de capas de pintura no habían acabado del todo con las marcas de los fusilamientos de la guerra civil, siempre se estremecía al volver a ver aquel muro horadado por la historia.

Durante el trayecto hacia la estación no pudo concentrarse en rescatar más recuerdos, una extraña sensación la embargaba hasta el punto de olvidar su destino y emprender el camino de vuelta al cementerio; allí ya no estaba su vecina, pero no había regresado por ella, sino por lo que contemplaba en ese momento a sus pies.

—No deseaba comentar nada delante de los demás, por si fuese importante. Ya sabes lo rápido que se extiende un rumor o una sospecha por la aldea, y más aún en un momento como este, estando Moisés en boca de todos.

—Has hecho bien en hacerlo así. Elena y David son amigos desde hace muchos años, pero hubiera sido difícil que guardasen un secreto sobre algo que pudiera estar relacionado con el caso.

Laura se había encontrado con Marcos frente a la puerta de una de las primeras casas de la calle, así que no tuvo que llamarlo por teléfono para contarle su hallazgo.

—Entonces, ¿Qué piensas sobre ello?

Marcos fruncía el ceño y se daba pequeños golpes con el puño cerrado en la barbilla, trataba de ubicar aquella nueva información en el rompecabezas que suponían los dos casos. Quizá fuese la pieza que hiciera encajar todas las demás, o solo un dato sin relevancia, como solía ser la mayoría de las veces, y no deseaba perder el tiempo investigando en una dirección equivocada.

—No viste que Miriam colocase las flores, solo estaba allí embobada, según me comentas.

—Sí, entiendo que las flores podía haberlas puesto otra persona, pero cabe la

posibilidad de que fuese ella, de que haya alguna conexión.

—No descartaré investigar ese dato. Enviaré la información a la comisaría para que investiguen el nombre de la lápida. Gracias de nuevo, agente Moreno.

Ella hizo un saludo militar, ambos rieron y se despidieron para continuar con sus trabajos.

A pesar de tener decenas de tareas pendientes, Marcos no pudo dejar de pensar en ese dato, en que debía investigarlo por sí mismo. Las palabras del teniente Pablo Aguilar resonaban en su cabeza. Debía estar atento a ese tipo de detalles, a los comportamientos diferentes de sus vecinos, a su instinto. Y su instinto se encontraba en ese instante con todas las alarmas encendidas y a punto del colapso.

Tanto trabajo realizado, tantas esperanzas puestas en ese sistema, y al final resultaba que Fran tenía razón y no se usaba en los casos de robo porque era trabajar durante docenas de horas para no conseguir ningún resultado fiable. Cristina, Nuria y Fran habían seguido el recorrido de las tres furgonetas desde los atracos hasta los puntos de partida, retrocediendo en el tiempo a través de los vídeos de vigilancia, y los tres habían dado con la misma zona, claro que se trataba de un gran ángulo muerto de la ciudad. La barriada de la Navidad era enorme y no contaba con una sola cámara de vigilancia, ningún comercio se dignaba a colocarlas, a sabiendas de que tardarían horas en romperlas; casi no había cajeros en la zona, casi todos destrozados o llenos de grafitis; y la central de tráfico había desistido de reponer las que habían roto los vecinos una y otra vez para evitar multas o ser vigilados.

—No tenemos efectivos para controlar todas las entradas y salidas del barrio —dijo Fran—. Tampoco creo que sirviese de mucho, ya que pueden evitar la avenida principal y acceder desde la zona de La Merced, o desde La Orden, incluso bajar desde El Conquero. Aquello es un coladero con mil vías de entrada y escape.

—El lugar perfecto para ellos —murmuró Cristina.

—¿Cómo dices?

—Decía que es la zona perfecta. Grande, con vecinos que no se entrometen en lo que hacen los demás, muchos delincuentes que te protegen en lugar de otros vecinos que te podrían denunciar, bien ubicado para escapar en caso de redada... Esos tipos han estudiado bien la ciudad antes de venir.

—Ya contábamos con ello.

Cristina no respondió, se marchó al baño en silencio, era la quinta vez desde

la mañana. No faltaba mucho para tener que quedarse en casa y lo sabía, lo que provocaba mucha presión sobre sus expectativas de resolver el caso. Una vez se pusiera de parto, tendría que olvidarse de resolverlo. Cuando regresara de la baja de maternidad, los ladrones estarían fuera de la ciudad o detenidos por otro equipo de policías. Ni siquiera podía consolarse con que le diesen el caso a Fran, que aún era agente, el comisario optaría lógicamente por un oficial o subinspector que no estuviese de vacaciones o que ya hubiera regresado de ellas.

Sentarse en el inodoro era cada vez más engorroso, por el volumen de la tripa y por no ver absolutamente nada más allá de la misma. Tenía que fiarse de la palabra de Fran y contar con que los dos calcetines fuesen del mismo color. Cada vez que tenía que vestirse, atarse los cordones de los zapatos, visitar el baño o acelerar el paso, entre otros muchos momentos cotidianos, se acordaba de quienes defendían que estar embarazada era una bendición. Ya le gustaría agarrar por el cuello a esas que escriben libros llenos de exageraciones y verdades a medias; aromas de flores, nubes de arcoiris y felicidad provocada por alguna droga extraña; ocultando todo lo que, por otro lado, ninguna mujer querría saber para evitar la extinción de la especie. Y aún quedaba el parto, quitarse los kilos de más, poner pañales, pasar noches sin dormir... ¡Coño! Si lo peor aún no había llegado, ¿qué sería de ella en los próximos meses?

«Mierda, hoy no he llamado a Cristina».

El caso la absorbía hasta el punto de olvidar todo aquello que era importante de verdad. Esa mañana no había llamado a la chica que asistieron una semana atrás por un altercado doméstico. Había prometido hablar con ella cada día que le fuera posible para conocer la evolución de su embarazo y si había vuelto a tener problemas con su pareja. La coincidencia de sus nombres y descubrir que también estaba esperando un bebé crearon un vínculo que sentía diluirse por culpa del nuevo y absorbente caso.

—¿Qué tal estás? Esta mañana no pude llamarte, estoy muy liada con un caso.

—No pasa nada, no tienes por qué molestarte.

—No es obligación, lo hago porque me apetece, porque me preocupas y quiero ayudarte.

—Me encuentro bien, gracias.

—¿Tu pareja te ha vuelto a pegar?

—No, por ahora lo llevo bajo control.

—Solo tienes que decirlo y le haremos una visita o le tendremos unos días en el calabozo.

—Eso solo lo enfurecería más aún. Prefiero ser yo la que lo mantenga a raya.

—Eso que dices no me transmite mucha seguridad.

—Pero tú a mí sí. Me vale con que me llames, haces que no me sienta tan sola.

Cristina estaba más sensible que nunca en el último mes de embarazo y tuvo que contener las lágrimas mordiendo el puño de su mano izquierda.

—Aún estás ágil y fuerte, pero dentro de unos meses, cuando la barriga sea un incordio y necesites ayuda, no sé cómo podrás arreglártelas sin una pareja o familiar que te ayude.

—No hablemos de eso ahora. Ya me las arreglaré en ese momento. Dime algo sobre ti, nunca te pregunto y me siento mal después de colgar.

—¿Sobre mí? Uf, mi vida es muy monótona, embarazo y trabajo, no hago otra cosa. Fran, el policía que me acompañaba cuando nos conocimos, es mi pareja y el padre de la niña, que se llamará Eva, como su tía. Fran me ayuda mucho en casa y en el trabajo, sin él sería difícil. Y en lo referente al trabajo, estoy al mando de la investigación por los robos a restaurantes, lo habrás visto en las noticias. No tenemos prácticamente nada, son una banda especializada que ha venido de fuera para disfrutar del verano en la ciudad, ya me entiendes. Parten de tu zona, aunque no sabemos de qué calle ni si residen allí o no. Estamos en blanco y sin saber por dónde seguir. Ya ves que mi vida no es tan maravillosa, está también llena de complicaciones.

—Me alegra oír eso, quiero decir que no me alegro de que no avances en el caso, sino de poder hablar de temas personales con alguien. En los últimos años, eres lo más parecido a una amiga que he tenido. Gracias por estar ahí.

Cristina se sorprendió de lo poco con que se conformaban algunas personas. Mientras casi todo el mundo buscaba éxito, fama y dinero, aún quedaba gente que solo añoraba tener a alguien con quien hablar o a quien tener en caso de necesitar un hombro para llorar. No pudo contener las lágrimas.

—**B**uenas noches, estimados televidentes. Hoy se cumplen seis días desde la desaparición del adolescente de dieciséis años Daniel G. R. y tres desde el asesinato de Antonio C. G. Podemos asegurarles que tanto la Guardia Civil como la Policía Nacional están estrechando el cerco sobre los criminales, aunque no se nos permite dar detalles sobre los nuevos hallazgos. Hemos acompañado a los inspectores, como cada día, en la realización de algunas de sus tareas rutinarias durante la investigación, también hemos conseguido una entrevista con ellos y con algunos de los vecinos del lugar. El reportaje completo podrán verlo a continuación y luego emitiremos una entrevista exclusiva con el alcalde de la aldea. Les garantizo que no quedarán indiferentes ante su punto de vista.

Una hora más tarde, Laura iba a entrar en casa de Elena y David cuando Marcos salió por la puerta y le pidió hablar unos minutos a solas, sabía que la anterior decisión, tomada de forma unilateral, no iba a gustarle al inspector, pero quería avanzar en el desarrollo de su programa.

—No debiste entrevistar a ese tipo, no es trigo limpio.

—Es solo un pueblerino con anhelos de grandeza, se cree importante por ser el alcalde de una aldea de quince habitantes y por tener a una docena de vecinos a su alrededor considerándole imprescindible.

—Es un incitador, un manipulador y estuvo a punto de convertirse en el asesino del mes.

—De acuerdo, no vamos a canonizarle. Y disculpa por no haberte avisado sobre la entrevista, aunque me gustaría no tener que disculparme por cada decisión que tomo en mi trabajo. Soy mayorcita y, triunfe o tropiece estrepitosamente, debo ser yo la que decida cómo recorrer el camino.

—Estás en un programa que depende de la información que la policía te proporcione, y por la policía me refiero a mí mismo, así que debes andar con pies de plomo y consultar cada paso que das o podrías echar por tierra días o semanas de investigación por una mala decisión o un comentario inoportuno en directo. Jamás te diría cómo hacer tu trabajo si este no dependiese del mío. Te proporciono datos, te concedo entrevistas, te dejo acompañarme a hacer entrevistas ¡incluso un registro de una vivienda! Así que no quieras ir por libre cuando te apetezca, ¿entendido?

—Sí, mi capitán.

—Prefiero que no te lo tomes a broma y sigas una conducta más acorde a la que expusiste cuando el programa empezó y solicitasteis colaboración a mi comisario, recuerda que yo respondo por ti ante él, tanto de tus buenas acciones como de las que perjudiquen al departamento.

—Está bien. Sabes que comprendo la situación, pero no podía evitar entrevistar a un tipo tan peculiar.

—Es una forma interesante de decir que tiene el norte perdido, ese tipo cree que vive en la posguerra y que puede hacer y deshacer a su antojo. Ya viste cómo hablaba y se gustaba a sí mismo al contar todo lo que hacía por la aldea, por la seguridad de sus vecinos y por las fiestas, cuando su cargo no es más que anecdótico, ya que casi todas las funciones municipales corren a cargo del Ayuntamiento de Zalamea La Real.

—Bueno, pero él se siente feliz y útil de cara a sus convecinos.

—Sí, sobre todo hacia los que no intenta linchar...

—Venga, no seas gruñón y desconecta del trabajo. Vamos a reír un rato con

los chistes viejos de David. No vas a tener la suerte de encontrarte con situaciones así en el resto de casos: volver a casa a descansar y tener amigos que te pongan un plato de comida, diversión y cama.

—¿Cama? ¡Por Dios no me hables de la cama!

—Calla, nos van a oír.

No llegaba al bar, no llegaba a tiempo ni por asomo, así que decidió aliviar la vejiga en un callejón que encontró entre los patios traseros. Ya era de noche y, con un poco de suerte, no le vería nadie y podría seguir su camino después de haber hecho más de diez entrevistas esa tarde. Diez nada menos, eso era trabajar y ser efectivo. Lo que se estaba perdiendo la Guardia Civil con su destitución...

Eso sí, Matías había aceptado las cervezas que cada vecino le ofrecía, con ese calor entraban mejor que un café caliente, y es de mala educación rechazar un regalo u ofrenda desinteresada. Había usado las puertas traseras de los patios para no ser visto desde la calle por sus clientes ni por los policías, deseaba seguir aquella investigación en secreto y no despertar envidias ni competencia. Lo que había sido un fallo garrafal era pensar que podría llegar desde la última casa hasta el bar a pesar de sentir la llamada de la naturaleza en su vientre desde hacía un largo rato.

Aquella tarde había sido muy fructífera y se sentía esperanzado. Contaba con el apoyo del alcalde y sus vecinos fieles, aquel tipo sí que sabía cómo hacer las cosas con efectividad, sin andarse por las ramas. Un alcalde así hubiera querido para su pueblo y no el lameculos que hizo que lo expulsaran del cuerpo. Hablando de expulsión, ¿dónde andaría la periodistucha esa? Le apetecía decirle unas cuantas verdades. Puaró, ¿qué significaría eso de puaró que le dijo el día anterior? Mira que si le había llamado mariquita...

Sacudió su herramienta, se subió la cremallera del pantalón e interrumpió el hondo suspiro de satisfacción cuando vio una sombra moviéndose con sigilo en el callejón. Pasó cerca de él, a menos de tres metros, pero no reconoció su cara en la oscuridad, así como el detective tampoco fue descubierto. ¿Adónde iba con tanto secreto y a una hora en que todos estarían cenando? No, aquello no olía bien y un sabueso con tan buen olfato como el de Matías no lo dejaría pasar.

El sospechoso continuó su camino, parando de vez en cuando para girarse y comprobar si le seguían. Aquel tipo no tramaba nada limpio, no señor. Matías iba unos treinta metros tras él y usando todo lo que tenía a su alrededor para ocultarse, fuese un contenedor de basuras, un arbusto seco o el muro de una antigua porqueriza. No podía perder la mejor oportunidad de su vida de resolver

un caso de asesinato y ver la cara de asombro de todos sus retractores. Pensó en la periodista, en el policía de la capital, en el alcalde de Riotinto y en el malnacido teniente de aquel pueblo cuyo nombre no quería ni pensar. Aquel fulano no se le escaparía, era su pasaporte al éxito.

Por un momento perdió la referencia visual y tardó unos interminables minutos en volverle a ver. Había entrado en una parcela cercana a la aldea, no parecía que hubiese ninguna casa edificada en la misma. Matías no comprobó la cancela metálica, haría demasiado ruido al abrirla aunque no tuviese el cerrojo echado, y no podía permitirse delatar su posición. Saltó a duras penas por la pared de piedra, de un metro de altura, y trató de recuperar la distancia perdida y el resuello por el esfuerzo.

¿Dónde se había metido? No había nadie a su alrededor, pero eso era imposible, salvo que hubiese saltado hacia otra parcela colindante o se mantuviese agazapado en algún lugar oculto, tras una encina o un matorral en la oscuridad. No, imposible, nadie le había descubierto, era un lobo experto en el arte de seguir a sus presas. Matías estuvo buscando durante más de diez minutos bajo la débil luz de la luna en el horizonte y la poca que llegaba desde las farolas de la aldea; y ya estaba a punto de desistir y marcharse cuando escuchó el quejido, poco más que un murmullo, pero claro y definido bajo el silencio de la noche. Había sido a su izquierda, caminó despacio pero no veía nada, ni personas ni ninguna construcción. ¿Le estaba jugando su mente una mala pasada? No había bebido tanta cerveza como para oír fantasmas.

Perdió el equilibrio al pisar una piedra, pero no cayó al suelo, logró salvar el equilibrio, aún a costa de aferrarse con fuerza en el último instante a un alto matorral a su derecha. «Ha faltado poco», pensó suspirando. Pero algo no iba bien, aquel matorral estaba demasiado seco y se había zarandeado como una noria de circo. «Estoy fuerte, robusto, pero no tanto como para romper una jara de este tamaño».

No le costó ningún esfuerzo levantar el arbusto, y quedó petrificado ante lo que observó a sus pies.

Era la primera vez que ella lo visitaba antes que él. Sus carceleros se habían convertido en los únicos habitantes de su nuevo mundo, ya que padres y amigos habían quedado relegados a protagonistas de unos recuerdos que eran como una película vista hace demasiado tiempo como para recordar sus caras y voces. Por eso aquel dato, nimio por definición, se volvía importante en su nueva vida. La mujer, cuyo olor personal ya era reconocible desde la distancia, entró en el

sótano y permaneció en silencio en el otro extremo. ¿Qué haría allí durante tantos minutos? ¿Por qué no hablaba? Ella solo golpeaba, cada vez más y con más furia. Mejor así, mejor tenerla lejos.

Cuando él entró, supo que se repetiría el ritual de siempre, que un nuevo día había pasado mientras todo seguía sumido en la monotonía y desidia que embargaban su vida. Primero llegó el baño a presión con la manguera, que cada día parecía contener agua más fría, luego una comida casi líquida que ya no se molestaba en catalogar, era simplemente su sustento, lo que lograba que siguiera un día más con vida. El relevo entre ellos se produjo rápido y los golpes comenzaron, sin mediar palabra, sin aparente motivo, solo un mazo de madera que impactaba una y otra vez contra su cara, pecho y brazos.

Entonces apareció una tercera persona. No había recibido ni una docena de golpes cuando lo oyó llegar, ni siquiera estaba mareado aún. Cada día mostraba una mayor resistencia al castigo, pero este, en compensación, era cada vez más salvaje y duradero.

—¿Qué coño está pasando?

La pregunta, con voz grave y enfundada en el eco de una cueva, resonó como si el universo implosionara, como si todo lo que Dani hubiera conocido se tambalease hasta derrumbar las paredes sólidas de su cárcel. En un primer momento, pensó que sería otro carcelero que se apuntaba al disfrute de golpearle hasta lograr que perdiera la consciencia. Bienvenido sería si fuese capaz de acabar con la tortura y enviarle a la siguiente fase, la tan deseada muerte. Luego pensó que era un policía que llegaba para salvarlo, aunque aquello era demasiado hermoso para ser verdad, así que lo desechó en el acto.

Todo se resolvió rápido y sin tener que mediar palabra alguna. Visto desde la penumbra de la suave luz sobre la puerta, el tipo que acababa de irrumpir en el sótano parecía buscar algo entre sus ropas, sin duda un arma; uno de los captores de Dani se acercó rápido, intuía que la mujer, y lo golpeó con fuerza en la cabeza. El nuevo se desplomó en el suelo de hormigón, el sonido fue sobrecogedor. Volvían a estar solos y el castigo retomaría su curso. Aunque no fue así, la incertidumbre pareció abandonar a Dani para arribar en quienes le castigaban cada día. Sin hacerse una sola pregunta, tras mirarse en la oscuridad, dejando claro lo que debía hacer cada uno, levantaron al intruso y lo amordazaron y maniataron en otra silla a escasos dos metros de Dani. Luego se marcharon sin decir nada, sumiéndolo todo de nuevo en la bóveda negra que era la vida del chico.

«¿Qué demonios ha pasado? ¿Es ese tipo un policía? ¿Vendrán más luego? ¿Dónde están los secuestradores? ¿Me han encontrado por fin y me rescatarán?». Era la primera vez que quedaba consciente tras la visita de sus captores y con la

novedad de tener un compañero dentro de su celda particular, aunque permaneciese inconsciente y amordazado. Un resquicio de esperanza se mostraba en el horizonte, debía resistir todo lo posible.

24 de agosto de 1998

Tanto anhelaba su contacto, su voz, incluso sus gemidos, que corrió hacia él y lloró abrazándole con fuerza el día en que apareció tras su ausencia. Suplicándole que no volviera a dejarla sola nunca más. El abandono había supuesto un vacío más oscuro del que había experimentado en toda su corta vida.

Tras aquello, su situación regresó a la normalidad, su mundo se restableció y todo volvió a marchar como debía hacerlo. El monstruo la visitaba cada mañana, o cada noche, eso no era importante. Primero la lavaba, luego la alimentaba y dejaba una botella de agua, luego venían el juego y los golpes. Ella soportaba el momento como podía, como llevaba haciéndolo tantos días que ya parecían componer una vida entera. Quedaba exhausta, dormida en el rincón del sótano y bajo la manta cuya aspereza y hedor ya no le importaban, solo apreciaba su calor y el contacto sobre su piel.

Hacía días que no recibía la visita de sus padres y de sus amigas, pero no los echaba de menos, no aportaban nada a su bienestar, solo suponían recuerdos de lo que tuvo y nunca volvería disfrutar; aquello le hacía daño y prefería apartarlo para siempre de su lado. Lo cierto es que solo lo necesitaba a él, al hacedor, a quien decidía cuándo recibía comida y cuándo no, cuándo debía bañarse y cuándo podían estar juntos unos minutos. Él se había convertido en su única familia, su único amigo, el encargado de cuidarla y de castigarla si ella lo mereciese. Su único contacto con la humanidad, tanto físico como espiritual. Por él vivía y por él moriría. Todo estaba en su mano y ella sería una niña buena, como se había prometido a sí misma desde el primer minuto. Sería buena y obediente.

Ya no sentía dolor cuando el monstruo jugaba con ella, como tampoco sangraba después ni sentía ganas de llorar hasta quedar dormida. Llorar, lamentarse o preguntarse los motivos de todo aquello no servía para nada, solo incrementaba su culpa por acciones en las que no tenía voluntad para negarse. En ese momento, en que ya no le dolían los golpes ni los juegos, todo era más llevadero. Pasaba casi todo el tiempo dormida, ni siquiera tenía ganas de caminar por el sótano. Tocaba sus brazos y piernas y notaba los huesos marcados, al igual que en las costillas del pecho, ya sin carne alguna bajo la piel. La debilidad era algo con lo que no contaba, pero la desidia había podido con ella también.

¿Qué final le habría deparado el destino? Había oído a su madre cientos de veces quejarse por su suerte o su destino, casi siempre por cosas sin importancia, vistas desde la distancia y desde su rincón bajo la manta del oscuro sótano. ¿Qué le había tocado a ella entonces? Allí desnuda, golpeada y sintiendo aquello tan extraño en su vientre, empezaba a creer de que estaba pagando por las quejas sin fundamento de su madre.

Su madre preguntaba a Dios por su mala suerte. Ella prefería pensar que no había tal Dios en el cielo, porque si lo hubiese, tendría que responder a demasiadas preguntas cuando se tuviesen frente a frente.

MIÉRCOLES

15 de agosto de 2018

Despertar y no pensar en el dolor de espalda y cuello sería maravilloso si el motivo fuera haberse adaptado a la cama, pero nada más lejos de la realidad. Marcos no podía apartar de sus pensamientos el dato que Laura le proporcionó la tarde anterior. El ordenador portátil de la chica le sirvió para acceder al registro central de la comisaría y buscar en el servidor los datos que rondaban por su cabeza. También aprovechó para mirar su correo y comprobar si se habían obtenido datos sobre una información de los padres del adolescente desaparecido que había solicitado el día anterior; no solo la coartada de Sara, la amante de Moisés, sino también historiales médicos, tanto de hospitales públicos como de clínicas y especialistas privados. En agosto todo iba más despacio, era desesperante contar con tan pocos recursos y, para colmo, que los policías que quedaban en la central estuvieran saturados y tardasen mucho más en atender las demandas. El único avance parecía ser la entrevista que un agente de la Guardia Civil hizo a Sara, comprobando luego con los testigos que la noche de la desaparición de Dani estuvo cenando en un restaurante muy conocido de la costa, su coartada era más que sólida.

Hasta el momento en que el secuestrador u homicida pudiera cometer un error, su única vía de actuación era investigar el nombre de la lápida y tratar de hablar con Miriam, quizá ella pudiera ofrecer algo de luz al caso. Era temprano para eso, pero no para llamar a otro vecino de la aldea que solía estar despierto a esas horas. Podría ir a verle en persona, ya que solo les separaban dos casas en la calle, pero no quería invertir más tiempo del necesario en una sola pregunta.

—Buenos días, espero no molestarle.

—Buenos días inspector. ¿Tiene alguna novedad sobre la desaparición de mi hijo o es que desea seguir el interrogatorio? ¿Quizá debiera tener a mi abogado delante?

—No tiene por qué mostrarse tan hostil. Solo trato de hacer mi trabajo. No querrá culpabilizarme por tener una amante, ¿verdad? O de que su esposa le sorprendiese hablando con ella.

—Bueno, vaya al grano, no tengo tanto tiempo.

—Está bien, solo quería preguntarle si conoce a dos personas de la aldea. Una de ellas es Miriam, no conozco su apellido pero puedo averiguarlo en unos minutos, es una chica de poco más de treinta años que posee una casa junto a su marido en esta misma calle, rubia, ojos miel, de baja estatura, su marido se llama Manuel, delgado y con gafas.

—Creo que sé quiénes son. Compraron la casa de Agustina y Horacio hace pocos años.

—¿Y bien?

—No sabría decirle, no creo haber hablado con ellos nunca. No les conozco de nada, solo sé las habladurías, que llegaron del norte por un traslado de trabajo a la capital y compraron luego esta casa para pasar los fines de semana. Dicen que por tema de salud de ella. No sé más.

—Bueno, ya sabes más que yo. El otro nombre quizá sea más complejo, ya que la persona de la que hablamos falleció hace dieciocho años, por lo que ahora reside en el cementerio.

Marcos percibió algo de duda por su parte cuando tardó unos segundos en contestar al nombre de la lápida. Incluso su tono había variado de un modo casi imperceptible. Según le contó Moisés, se trataba de un vecino que ya era anciano cuando él estudiaba la carrera universitaria, recordaba que era amable pero no comprendía la relación que tendría un fallecido hace dieciocho años con la desaparición actual de su hijo, así que se mostró enfadado y colgó el teléfono. Marcos estaba seguro de que escondía información, su sexto sentido volvía a activarse, claro que aquel hombre no decía nunca más de dos palabras sin que resultase sospechoso o pareciese que ocultaba algo.

Suspiró hondo y entrelazó las manos en su nuca, notando el crujido de su espalda al estirarse. Por la ventana ya se filtraba un fino haz de luz que cortaba la penumbra del dormitorio, esbozando la silueta de Laura bajo la fina sábana. Aún dormía. Marcos se sentía extraño al dormir con ella cada noche en la misma aldea en la que lo hicieron por primera vez, cuando solo tenían 17 y 15 años. La de vueltas que daba la vida, pensó.

En la pantalla del portátil se veía un correo electrónico a punto de ser enviado, pero decidió suavizar el tono. Quizá la información no le había llegado aún porque sus compañeros estaban saturados o no lograban encontrarla, no debía agobiarles más de lo que ya estarían al pasar el mes de agosto encerrados en la central. La mayoría de ellos eran jóvenes que no disponían del privilegio de elegir la fecha de sus vacaciones en primer lugar, esa opción era para aquellos policías que estaban casados y tenían hijos. Conciliación familiar. Luego siguió buscando noticias relacionadas con el nombre de la lápida; hizo una bola con el pequeño papel en el que lo tenía apuntado, tras comprobar que ya lo había

memorizado, y buscó una papelería donde arrojarlo. Cuando dieran las ocho y media, mandaría a David un mensaje para decirle que se quedaría trabajando toda la mañana ante el ordenador. De los pocos vecinos que quedaban por entrevistar podría encargarse su compañero. David había logrado integrarse entre sus viejos amigos de la aldea con una facilidad asombrosa, así como con el resto de vecinos; casi era uno más. Aquel don de gentes no se aprendía en una escuela o universidad, se nacía con él. David sería un excelente policía.

Moisés trató de olvidar la conversación con el inspector preparando el desayuno, aunque no recordaba cuándo fue la última vez que cocinó. De hecho, no solía entrar en la cocina de la casa salvo para buscar algo de beber en el frigorífico, en su casa de la capital lo pedía directamente al servicio.

¿Qué significaban aquellos nombres que había oído? Uno de ellos era más que familiar para él, el otro... ¿Por qué se había removido una mierda que llevaba tantos años secándose? Luego estaba ella, la había visto el día anterior y la reconoció al instante. No cabía duda, era ella, después de tanto... ¿Cuánto tiempo llevaba allí, a su lado, sin que él lo supiese? Y estaba claro que no había regresado a la aldea para hacer turismo, había vuelto para cobrarse su venganza ¿Lo estaba haciendo ya? ¿Era ella quien tenía retenido a su hijo? ¿Estaba Dani tan cerca de su casa? ¿Lo tendría retenido o lo habría...? —Sacudió la cabeza para evitar ese pensamiento—. No sería justo que el chico pagase por acciones ocurridas antes de su nacimiento. Cuando terminase lo que se había propuesto para esa mañana, saldría a hacer unas visitas, necesitaba respuestas.

Preparar el desayuno estaba resultando mucho más complicado de lo que había calculado antes de empezar. Tostadas, huevos revueltos, fruta troceada, zumo de naranja y café. Él solía conformarse con un café solo y sin azúcar, pero su mujer tomaba algo de fruta y tostadas, así que quiso compensarla por aquellos últimos días... No, lo cierto es que debía retroceder muchos años, una eternidad de abandono hacia la mujer que cortejó siendo una niña y que había dedicado su vida a cuidar de la casa y del único hijo que habían tenido. Un desayuno no compensaría nada.

¿Cómo había sido capaz de pagar tanto cariño y lealtad con engaños y desviviéndose por otra chica más joven? No importaba cuántos años cumpliera o cuánta madurez acumulase, la debilidad por la carne firme, la piel tersa, los labios turgentes y la inocencia escondida tras los enormes ojos de la juventud, rompían todas sus barreras. Desde siempre sintió debilidad por las chicas más jóvenes. Ya peinaba canas con treinta y cinco cuando se enamoró como un

colegial de aquella chica aniñada con la que logró casarse en menos de un año, pero la pasión duró lo que tardó ella en convertirse en madre y perder el halo de magia que poseía cuando aún era una adolescente despreocupada. Cuando se convirtió en mujer. Dejó de sentir deseo por ella, el hastío invadió su vida y la vista se le iba sin pretenderlo hacia las faldas cortas y las mallas apretadas de las chicas de la universidad. Qué jovencitas parecían algunas, cualquiera diría que aún iban al instituto. Cuatro años resistió la tentación, justo hasta que Sara irrumpió en su vida como un huracán que destruiría (o arreglaría) su existencia, aún hoy no estaba seguro del todo. Dieciocho años, delgada, casi sin forma de mujer aún, sonrisa socarrona, pero con las ideas muy claras. Moisés tardó muy poco en ofrecerle el mundo, a pesar de habérselo entregado ya a su esposa. Ella no lo dudó un instante, ¿para qué estudiar o buscar trabajo? ¿Para qué soportar a un chico joven, guapo y despreocupado, que luego se convertiría en un fracasado gordo que solo desearía ver la tele desde el sofá tras llegar del trabajo y esperarse su plato de comida sobre la mesa y una casa limpia? Ahora tendría una casa de verdad y no un piso colmena como el de sus padres, ¡y sin hipoteca! Personal de servicio, un coche de lujo y dinero para gastar en sus caprichos. Ni siquiera tuvo que fingir o mentir a Moisés, le dejó claras sus intenciones y cómo cada uno obtendría del otro lo que ansiaba. Esa misma noche hicieron el amor tres veces.

Diez años habían pasado desde aquel día. Y, aunque su mirada seguía desviándose ante cada faldita o escote generoso que paseaba por la calle, piernas largas y delgadas, sonrisas frívolas, miradas cargadas de hechizo, Sara continuaba aplacando sus más bajos y primitivos instintos, manteniéndolos bajo control. El único defecto que encontró en la chica fue su incapacidad para darle otro hijo. Él hubiera deseado tener otro chico y educarlo desde pequeño como hizo con Dani. Sara se consumía de rabia al comprender que esa carencia había supuesto que Moisés no abandonase a su anterior familia para estar definitivamente con ella.

La sorpresa de Irene en la puerta de la cocina alejó sus pensamientos y recuerdos. Su esposa miró alrededor como si limpiar aquel desastre fuese a llevarle todo el día, pero no le importase por el detalle que había tenido Moisés, el primero en más años de los que podía recordar. Su mujer se acercó despacio, observando la comida y la sonrisa de satisfacción que su marido le mostraba, y le besó después de meses de distancia. Un beso corto en los labios, menos era nada. Él llevaba puesto un delantal antiguo de su madre y no había podido anudarlo a la espalda porque su prominente cintura impedía tal operación, para fijarlo tuvo que meter los laterales del mismo por dentro de los bolsillos traseros del pantalón. Irene trató de no reír mientras observaba su aspecto, no quería arruinar el momento y el detalle que había tenido con ella.

—Te he echado de menos —susurró él.

—No me he movido de aquí.

Un largo e incómodo silencio, como barrera invisible entre ellos, fue reduciéndose a fuerza de miradas y del acercamiento que terminó con ambos llorando y fundidos en un abrazo, una eléctrica conexión que ya no necesitaba de Dani, aunque le seguían echando de menos como parte indivisible del conjunto. Sintieron de nuevo un contacto que nunca debió dejar de fluir entre ellos. Las lágrimas se convirtieron en improvisados testigos de los «te quiero» que nunca se pronunciaron, de las miles de caricias que quedaron huérfanas. El sombrío presente parecía dispuesto a albergar nuevos y luminosos futuros, haciendo comprender a Moisés que nunca había dejado de quererla. Todo lo demás era sexo, deseo, instinto animal descontrolado. Y había permitido que nublase su razón y ocultase sus sentimientos hacia la madre de su hijo, hacia la chica que conquistó diecisiete años atrás.

—Espero que te guste el desayuno.

—Seguro que me encantará, sobre todo por la compañía.

—No me moveré de aquí, te lo prometo.

—Hace tanto que no me haces una promesa. —Y su voz se quebró en el eco de años de desidia.

—No podré devolverte los años perdidos, pero me esforzaré en crear otros que los compensen.

—Entonces, no faltes a tu palabra.

Desayunaron entre tímidas caricias, risas contenidas y confesiones a media tinta. Moisés aún albergaba demasiados secretos en su interior, y quemaban hasta el punto de impedirle respirar con normalidad.

—No he sido... no he sido lo suficientemente sincero estos años. He guardado tanto en mi interior, tanto daño te he causado... Supongo que todas las disculpas del mundo no serán suficientes para recuperar aquello que tuvimos una vez.

Irene le observaba con los ojos inundados de lágrimas y un pesar que solo quien ha sufrido una década de abandono, desaliento y soledad podría comprender.

—Hace mucho que dejé de esperarte. No imaginas cuánto tiempo anhelé un regreso que nunca llegó.

—Me entristece que hayas dejado de esperar ese regreso. Aunque lo tengo bien merecido.

—Sí, quizá lo tengas merecido.

—¿Solo quizá?

—El daño hecho es difícil de reparar, aunque a veces el corazón pide al

cerebro que olvide para recuperar lo que fue valioso en el pasado.

—No me importará pagar el precio que sea necesario.

—Sería difícil cuantificar el mar de lágrimas que he llorado por ti.

—Sí, por desgracia imagino cuán doloroso tuvo que ser.

—No, no lo imaginas. No sabes lo que es vivir cuando la persona que amas, aquella que es parte de ti, de tu familia y la mitad de tu hijo, lo que más quieres del mundo, ama a otra mujer, a la que dedica todo su tiempo y su amor y deseo.

—¿Lo sabías? —Moisés se mostraba atónito.

—Claro que sí. ¿Piensas que sería tan idiota de no saber lo que ocurría con mi marido durante diez años?

—Pero nunca...

—Nunca dije nada, pero eso no significa que no fuera consciente de que otra te saciaba en su dormitorio como lo hacía yo antes, y que se llevaba las caricias, las miradas, toda la atención. Me llevó poco tiempo descubrir a esa chica flaca y descarada que te había sorbido el seso.

—¿Y por qué no dijiste nunca nada?

—Dani lo era todo para mí, para nosotros. Al principio pensé que dándote cariño, entre el niño y yo lograríamos retenerte, o traerte de vuelta. Luego el miedo me invadió y no quería verme en un futuro sin ti, peleando en un divorcio, la custodia y esas cosas, ya sabes. Ayer, cuando te oí hablar por teléfono, fueron el cansancio acumulado y el veneno de no tener a Dani con nosotros los que hicieron que llamase a la policía. Al poco de que te llevasen al cuartel comprendí que hablabas con ella. Que nunca le harías daño al niño.

—¿Y has sufrido y hecho todos estos sacrificios durante tanto tiempo por mí? No debiste... Yo no lo merezco.

Moisés se derrumbó ante su mujer, cayendo al suelo de rodillas y abrazando sus piernas. Ella acarició su cabeza.

—El amor se basa en lo que entregas, no en lo que recibes.

El espejo sobre el tocador mostraba una capa de polvo que delataba la semana de descuido en la limpieza, una semana en la que habían tenido cosas mucho más importantes que hacer. Entonces el alba los sorprendió afilando un destello en el contorno de encinas que perfilaban el horizonte tras las ventanas, pero los visillos... los visillos nunca impedían el paso de la cruel luz que dibujaba el castigo sufrido en su piel, las marcas que, aun difuminadas por la amnesia del tiempo o tapadas por la ropa, seguían mostrando el saldo de la vergüenza que invadía a su mujer, el recuerdo de unos actos que jamás podría

olvidar. La habitación se tiñó de oscuros añiles, que fueron tornando en doradas líneas envolviendo cada mueble, cada pliegue de las sábanas y cada curva de su piel. Antes de correr hacia el baño, en un arrebato que lo cogió por sorpresa, su mujer se volvió y dijo con frialdad.

—¿Qué haremos con el detective?

—No sabría qué decirte... —él se mostraba dócil y desorientado, como cada mañana—. Ni siquiera sé aún qué haremos con el chico.

—El chico tendrá el final que planificamos, el que merece. Pero ahora debemos pensar en el gordo. Quizá le dijo a alguien dónde iba antes de entrar en la parcela.

—Revisé su móvil ayer, no hizo llamada alguna desde las cinco de la tarde. Luego lo apagué y me deshice de él arrojándolo a un contenedor tras limpiar mis huellas.

—No lo revisarías en el sótano, ¿verdad?

—Claro que no, lo hice al lado del propio contenedor.

—¿Crees que deberíamos matarlo?

El silencio, además de necesario ante tan importante decisión, era incómodo por el exceso de luz que ya invadía el dormitorio. Ella parecía encerrarse en sí misma, encogiéndose sobre la silla y de espaldas al espejo, como si se convirtiese en una niña pequeña.

—Sería lo más rápido y lógico.

—Lo haré hoy mismo si tú lo deseas.

—No deseo que muera. Esto no tiene nada que ver con ese tipo, pero la historia se complicará si tenemos a dos en el sótano. No me apetece desnudarlo para darle un baño y alimentarlo cada día.

—Pensaba que lo decías por si nos identifica.

—Quizá te vio la cara cuando te siguió hacia la parcela, aunque en la oscuridad y con tanta distancia... ¡Maldita sea, debiste ser más precavido!

Quiso levantarse de la cama para abrazarla y pedirle perdón, pero la fría mirada que recibió a modo de contención le recordó que no debía saltarse las normas. Ella no dudaría en castigarlo otra vez.

—Lo siento, amor.

—Lo hecho, hecho está. Esta noche decidiremos lo que hacemos con él.

—Deberíamos bajar la voz, ser más cautos. Podrían oírnos, las paredes tienen oídos. Tenemos demasiado cerca al inspector y a la reportera.

Ella no hizo comentario alguno ante aquella posibilidad. Se levantó de un salto y corrió hacia el baño. El golpe de la puerta hizo que él se sobresaltase, se incorporó en la cama y buscó su ropa interior. Desde allí podía oír los sollozos de su mujer. Entonces tuvo dudas.

Se suponía que todo el infierno que llevaban años padeciendo se esfumaría tras cumplir su misión, pero después de una semana ella seguía igual que siempre. Lo que varios psicólogos habían tratado de solucionar, en vano, debía lograrlo aquel ritual. Y él se prestó a ayudarla en la organización y la ejecución desde el primer momento. ¿Qué no haría por ella? Cualquier cosa por ver vencidos los miedos que la asfixiaban, por derrotar a los monstruos que la mortificaban.

Mientras se vestía, observó las marcas en su pecho, se giró para ver también en el espejo las que sentía escociendo en la espalda. Se había cebado con él, solía arañarlo cuando hacían el amor, pero esa noche había sido más salvaje que nunca.

Un suspiro brotó espontáneo y hondo, miró a los ojos de su reflejo y comprendió que nada cambiaría tras la muerte del chico.

Laura permanecía tumbada en la cama, pero ya despierta y observando el baile de luces y sombras que la cortina proyectaba en el techo. Más que relajarla, la danza hipnótica lograba sumirla en el trance de pensamientos y decisiones que debía tomar. ¿Cómo podría abordar una conversación con sus amigas que resultase cordial y espontánea? Quería saber más sobre el nombre grabado en la lápida, un nombre que no recordaba de su época veraneando allí, claro que en la fecha de la muerte ella solo tenía once años.

Sentía un familiar dolor en la espalda, ya le gustaría que fuese por haber estado disfrutando bajo las sábanas con Marcos, pero el cansancio de la noche anterior y la vergüenza por intentar tener sexo en la casa de Elena y David hacían desaparecer la libido. Y eso que anoche alguien estuvo pasándoselo bien sin preocuparle demasiado que hubiera otros inquilinos en la casa. Antes de conciliar el sueño pudo oír cómo gritaba una pareja en lo que sería un homenaje en toda regla, bien por ellos.

Y volviendo al problema que ocupaba su mente, tendría que usar su imaginación para reunir a todas su amigas vecinas y de ese modo podría acercarse y entablar una conversación casual con Miriam, quizá en el bar o tomando unos chupitos en el patio de la casa de Isabel. Con unas risas y tras comentar algunos secretos y rumores que conocía sobre presentadores de su cadena, lograría la confianza necesaria para que ella no sospechase que aquello era un interrogatorio.

—¿Ya estás despierta?

Marcos la observaba desde la puerta de la habitación.

—Sí. ¿Y tú, cómo es que no estás trabajando?

—Bueno, no todo el trabajo se hace en la calle. Te he tomado prestado el ordenador otra vez, necesito hacer unas averiguaciones y estoy a la espera de recibir informes.

—De acuerdo, pero recuerda cerrar bien los programas cuando termines. No te quejes después si veo algo interesante para mi próxima conexión en directo.

Marcos hizo un mohín divertido ante la cara desafiante de la chica.

—Anda, vístete y baja a desayunar, que esto no es un hotel y tenemos que dar cierta imagen a nuestros anfitriones.

—Está bien, pero lo hago porque tengo cosas importantes para hoy y quiero empezar ahora mismo. Me vendrá bien desayunar con Elena, debo consultarle un asunto.

—¿Relacionado con lo de ayer?

—Sí, ¿por?

—No quiero que te metas en líos. Deberías dejar que nos encargásemos David y yo de seguir esa pista. Si condujese hacia un asesino, si el crimen del anciano fue por callar a un testigo, no apostaría mucho por tu integridad si te metes en la boca del lobo.

—Tranquilo, las cicatrices me recuerdan la fantástica idea de entrar en la iglesia de Riotinto a solas —dijo mientras se acariciaba la marca de su vientre.

—Me alegro de oírlo. Sensatez, ¿de acuerdo?

Laura asintió con fingida docilidad y, tras vestirse y maquillarse rápido en el baño, bajó a ver quién permanecía desayunando. En el salón se cruzó con David, el hermano de Elena parecía un zombi en calzoncillos y camiseta de tirantes manchada.

—Tío, quítate esas legañas, parecen raviolis.

—¡David! ¿Cómo se te ocurre venir así? —Su mujer estaba escandalizada y enfurecida.

—Tranquila, Mimi. A estas alturas no me voy a extrañar por nada.

—Pero mírale, si parece Torrente con esas pintas. Por Dios, qué vergüenza. Sube inmediatamente a vestirte.

Elena, su marido Carlos, los niños en el patio, todos reían ante el gesto de apuro de David, que volvió sumiso al dormitorio. Carlos terminó de desayunar y fue a llevar sus cubiertos a la cocina. Laura aprovechó para preguntar.

—Chicas, ¿qué os parece si luego montamos una fiesta? ¿Os viene mejor a la tarde o a la noche?

—¿Un miércoles? Pronto quieres empezar el fin de semana.

—Bueno, es agosto y estamos de vacaciones. Podemos llamar a las demás chicas y pasar un rato divertido. Tengo en el iPod unas canciones nuevas y he

pensado pasarme por Valverde para comprar comida y unas botellas de ron y de chupitos, ¿os apetece?

—Pues aún no me he despertado del todo —respondía Elena—, pero suena tan bien que es imposible negarse.

—Bien, pues decídselo a las demás, que no falte ninguna o se perderán la mejor fiesta de este verano. Os apuesto lo que queráis a que convencemos a David para que haga un estriptis.

—¿Mi David un estriptis? —Mimi se había quedado abrumada.

—No mujer, se refiere al compañero de Marcos.

Había despertado empapada, como cada mañana. El ventilador del techo no aliviaba una mierda el bochorno de la noche, a pesar de que Fran se arropaba con la sábana hasta las orejas. Encender el aire acondicionado no era una opción, no deseaba sufrir una gripe a solo semanas de dar a luz. Ya le habían comentado varias madres experimentadas lo perjudicial que sería para el bebé.

Quizás el insomnio se debiera, en parte, a la impotencia que sentía ante el caso de los atracos. Pero no quería llamar a Marcos para pedir consejo, necesitaba lograr resolverlo por sus propios medios. Si merecía el ascenso, debía demostrarlo en los próximos días. Si tenía que acercarse a la barriada de La Navidad para entrevistar o interrogar a todos sus vecinos, lo haría esa misma mañana, sin importarle la peligrosidad o cargar con la barriga. Miró sus tobillos hinchados y estos parecía protestar ante la idea. Algo tan arriesgado no debía hacerse a la ligera, su compañero tendría que acompañarla y, aún estando ella al mando de la investigación, respetaba su decisión y quería consultar su opinión.

Cristina abrió la puerta del baño para dejar entrar a Fran y este fue corriendo al váter.

—No podía aguantar más, necesitamos un piso con dos baños, hay que mudarse en cuanto nazca el bebé.

—Si te despertases antes que yo...

—Eso es imposible, parece que no duermas nunca. Al menos te vendrá bien como entrenamiento para cuando nazca la niña.

—¿Perdona? No estarás insinuando que voy a ser yo la que se levante cada vez que el bebé lllore, ¿verdad?

—Estoooo, no. Claro que no. Nos turnaremos. —Un sudor frío recorría su espalda mientras observaba a la chica, incluso se le había cortado el chorro.

Llegaban a la comisaría en ese mismo instante, después de discutir durante el

trayecto sobre la peligrosidad que entrañaba meterse en La Navidad para hacer preguntas incómodas. Necesitarían mucho apoyo y no había agentes disponibles para ello. Aparte de su opinión como padre, que Fran no podía descartar y menos en esa recta final del embarazo. Ni por asomo entrarían a buscar delincuentes organizados y armados con esa barriga bajo el chaleco antibalas.

La chica se sentó en el sillón frente a la pantalla del ordenador y no llegó a encenderlo. Sentía que allí no encontraría el paradero de los atracadores, que tenía que salir de aquel edificio y realizar trabajo de campo. Fran, desde detrás de la pantalla del escritorio de enfrente, parecía rezar para que su chica olvidase semejantes ideas. Pero no lo logró.

Dos horas más tarde estaban dando un paseo como una pareja cualquiera por el barrio en el que parecían residir los sospechosos. Se habían despojado de sus uniformes y llevaban una bolsa de supermercado llena de comida, iban agarrados de la mano y manteniendo una conversación real sobre lo que esperaban que fuese su vida cuando llegase la pequeña. A pesar de las sonrisas y de algún que otro arrumaco, no quitaban ojo tras las gafas de sol a todo ser viviente con que se cruzaban. Habían estudiado de tal modo el comportamiento, fisionomía y forma de caminar de los atracadores, que no dudaban en poder reconocer al menos a dos de ellos si los viesan por la calle.

—Reconozco que la idea es original, aunque este barrio es enorme y sería demasiada casualidad que nos cruzásemos con ellos —murmuró Fran.

—Hay que tener fe.

—La tengo en ti, pero no mucho en la suerte que estamos teniendo con el caso. Te contaré una anécdota, así pasará el tiempo más deprisa y mantendremos mejor la tapadera de cara a los vecinos de la zona.

—Adelante.

—Cuando tenía unos doce años, estaba loco por Sonia, la hermana mayor de mi amigo Javi. Éramos vecinos, a solo dos bloques de distancia en la plaza donde aún viven mis padres. Con solo uno o dos años más que yo, ya estaba bien desarrollada y mejor no te cuento la pinta que tenía con aquellas minifaldas que vestía para dar un paseo los fines de semana, y con las que no podía agacharse sin que se le viese todo el...

—Fran... no te disperses.

—Tienes razón, eso no viene al caso. Lo que quería decirte es que me pasaba el día en la calle, después del colegio y los fines de semana, todo el tiempo que podía tras hacer los deberes y merendar, solo con la esperanza de verla entrar o salir de casa.

—Ya lo imagino. A esas edades todos somos un poco acosadores, aunque no

nos atrevamos siquiera a acercarnos al chico o chica que nos gusta.

—Tú lo has dicho. Ni te imaginas la vergüenza que sentía, creo que nunca crucé una sola palabra con ella.

—¿Esta película nos llevará a alguna parte?

—Sí, no seas impaciente, que tenemos un montón de horas por delante y luego me pedirás que te cuente más. En fin, volviendo a la historia, me pasaba los días esperando, pero solo la veía de vez en cuando, quizá una vez a la semana y otras veces pasaba tres meses sin verla. En una plaza setenta veces más pequeña que este barrio, donde vivíamos menos de setecientas personas (aquí lo hacen más de cuatro mil), solo la veía una vez cada muchos días, y eso conociendo la puerta del edificio en que vivía. Imagina las posibilidades de ir caminando por cualquiera de estas calles y encontrarnos con uno o varios de los atracadores, podríamos estar dos años caminando seis horas al día para conseguirlo solo por casualidad.

—Como optimista no tienes precio, cariño.

—¿Me has dicho cariño mientras estamos de servicio? Eso podría interpretarse como acoso sexual por parte de mi superior al mando.

—Ya te gustaría. Por cierto, ya ves que el barrio es grande pero no tanto como para no cruzarnos con algún conocido.

Debía comprar algo de comida y la cerveza de su chico, o este se enfadaría al regresar si ella había olvidado alguna de sus obligaciones. Se había levantado temprano para limpiar la casa y poner una lavadora, luego había planchado durante un rato y en este instante aprovechaba para ir a comprar al supermercado de la calle de al lado.

Su vida podría ser más interesante, de hecho, podría ser muchas cosas y siempre mejorarían la situación actual. No se lo había contado a la policía que llamaba cada día, pero seguía recibiendo golpes. Por el momento lo controlaba arrojándose al suelo y protegiendo su cabeza con una mano y el estómago con la otra. No se quejaba ni trataba de defenderse, eso enfurecería más a Emilio. Estaba mucho más asustada de lo que quería reconocer; si su novio no tenía piedad ni consideración por ella ni por el bebé que crecía en su interior, ¿qué futuro les aguardaba? Ninguno. Había comprendido que el futuro solo existe para los que viven como en las películas y los anuncios, con un marido atento, hijos educados, sonrisas y respeto todo el día, un buen trabajo, un sueldo que sobra cuando llegas a fin de mes... Ella no tenía ninguna de esas cosas ni las tendría jamás, solo un piso de mala muerte en alquiler, en un quinto sin ascensor,

compartido con aquel perdedor que pagaba sus frustraciones sobre su cuerpo tras regresar borracho cada tarde. Lo tenía asumido y no se quejaba por ello, era la vida que le había tocado y su única meta era lograr sobrevivir el máximo tiempo posible. Otros buscaban dinero, fama, reconocimiento..., ella llegar al día siguiente.

Dobló la esquina y se encontró con una cara conocida, una que la hizo sonreír y ya casi no recordaba cuándo fue la última vez que lo hizo.

—Qué pequeño es el mundo. ¿No estáis trabajando?

—Sí, en realidad estamos de incógnito, no nos destroces la tapadera — contestó Cristina en su susurro de confidencia.

—Descuida, aunque no pasáis desapercibidos.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que hacemos mal?

—Miraos, agarrados de la mano y acaramelados. Aquí es más frecuente que discutáis por lo inútil que es cada uno a los ojos del otro. Ya sabes, que se note que estáis hartos pero os conformáis con lo único que habéis podido enganchar.

—Pues acabas de describirnos a la perfección —bromeó Fran—. Cristina, ¿qué le has contado sobre nosotros?

Las dos chicas rieron y Fran trató de mantener el tipo con una mueca de seriedad. Miró alrededor, desde la calle muchos les observaban tras las carcajadas.

—¿Adónde vas?

—Al supermercado de ahí enfrente. ¿Y vosotros?

—Ya te conté que sospechamos que los atracadores viven en el barrio, ya que parten siempre de esta zona para dar los golpes. Solo tratamos de observar por si ocurre algo sospechoso.

Fran miró a su chica con asombro, no sabía que iba contando datos confidenciales y tan delicados sobre la investigación a una extraña que había conocido solo una semana antes y que podría arruinarlo todo si se iba de la lengua.

—Es cierto, olvidaba que sigues con el caso. Yo debo marcharme, tengo algo de prisa para hacer el almuerzo a tiempo. Espero veros en otra ocasión.

Se despidió de un modo precipitado, no deseaba permanecer mucho más tiempo hablando con dos policías en mitad de la calle, aunque fueran de incógnito; allí no se veía con buenos ojos a los confidentes o soplones. Y su pareja le daría una paliza de muerte si se enterase de aquello. Entró en el supermercado a toda prisa y les observó marcharse a través de los ventanales. Aquella chica le caía fenomenal, era la primera persona que se preocupaba por ella en... No recordaba desde cuándo. Sus padres no eran cariñosos precisamente, de su casa huyó a los quince años para no volver a recibir una

bofetada de su madre ni una caricia en la entrepierna de su padre, pero no había logrado mejorar mucho su situación después de ocho años.

Además, el asunto en el que andaban metidos era muy feo, no sabían hasta qué punto.

Matías se quejaba mucho últimamente de las cenas y almuerzos que le preparaba, pero debía comprender que ella lo hacía por su salud. Ya no eran dos jovencitos que podían comer lo que quisieran, a su edad era el médico el que dictaba el menú diario, y no les permitía saltar aquella dieta bajo ningún concepto; bastante pasaba por alto las cervezas que se tomaba en el bar, seguro que acompañadas de frutos secos, torreznos y otras porquerías prohibidas por el doctor. Pero que la cena no fuera del agrado de su marido no lo excusaba para que aún no hubiera regresado, que no llamara para evitar que ella se preocupase ni que tuviese el móvil apagado o fuera de cobertura.

Alguna vez, en los años pasados, cuando tardaba unas horas de más en regresar a casa, llegó a pensar que podría tener alguna amiguita o pasarse por alguno de esos locales de carretera en los que los hombres solitarios, y también los casados que ya han perdido el deseo por su mujer, ahogan unos euros en una copa y un rato con una chica joven y extranjera. Su madre ya le decía antes de casarse que los hombres tienen unas necesidades diferentes a las mujeres, y que un matrimonio duradero es el que tiene en consideración aquellos detalles... para pasarlos por alto en pro de una convivencia amistosa.

En la actualidad, todas las relaciones de chicos jóvenes se basaban en peleas, en discutir, en imponer la autoridad de cada uno de ellos sin pensar en la opinión del otro. Así se acababan rompiendo todas al cabo de pocos años. Su propia sobrina estaba divorciada y con un niño al que criaba sola. No comprendía cómo iba a funcionar el mundo si las relaciones se abandonaban antes de intentar arreglarlas, si todos pensaban en sí mismos y no en los demás, si todos querían independencia propia pero que sus parejas no la tuvieran. Por eso ella nunca intentó trabajar fuera de sus labores en la casa, aquel era el sitio de una mujer decente, y el marido debía traer un sueldo para seguir adelante. Con ese reparto de tareas tan sencillo, el que se venía haciendo desde siempre, su matrimonio había pasado ya la barrera de los veinticinco años, sin contar los ocho que estuvieron de novios.

Si Matías necesitaba aliviar tensiones en un local de esos, ¿quién era ella para discutirlo? Claro que nunca había pasado toda la noche fuera, y sin avisar. Se acercaba la hora del almuerzo y seguía sin dar señales. La preocupación llegó

a tal extremo que decidió ir al cuartel a preguntar, allí podrían localizarlo con más rapidez. ¿Quién sabe? Quizás habría sufrido un accidente y necesitaba ayuda. Se santiguó, tratando de alejar aquellos macabros pensamientos, mientras caminaba rápido hacia el edificio donde su marido había trabajado durante la mitad de su vida.

La furgoneta blanca del pescadero seguía aparcada a la sombra en la entrada de la aldea, como cada miércoles, cuando ella llegó apresurada. Esa mañana había estado atareada y no pudo acercarse antes, así que quedaba poco género después de que comprasen sus vecinas, tampoco le importaba. Pidió una merluza y dos kilos de gambas para congelar. Tras pagar y despedirse del pescadero, que ya regresaría a Valverde tras la ruta del día por las aldeas cercanas, emprendió el camino de vuelta a casa.

Unos metros más adelante, cuando pensaba en cómo solventaría los pequeños problemas que habían surgido en su plan, oyó un susurro cercano. A su izquierda descendía la calle del Molino, con solo cuatro o cinco casas era una de las más pequeñas de la aldea. Allí pudo ver agazapado tras el saliente de una puerta a quien menos hubiera esperado.

En dos años le había visto en tres ocasiones por la aldea. La primera de ellas fue a los pocos meses de llegar, en el bar, fue solo un instante, pero esa noche no pudo dormir al comprobar que los recuerdos se multiplicaban y adquirirían una mayor nitidez. Su marido estuvo a punto de cometer una locura y olvidarse del plan, matándolo con sus propias manos. La segunda vez ocurrió un año después, entonces pudo controlarse mejor, pero no logró evitar las náuseas al verle entrar en la iglesia; los monstruos y los demonios deberían arder al contacto con suelo sagrado. La tercera fue hace solo dos meses, un fin de semana a comienzos de verano que seguro fue a la casa para asegurarse de que todo estaba listo para pasar el mes de agosto con su familia. Su mujer y su hijo lo acompañaban. Qué felices parecían, aunque él se mostraba distante, ni siquiera se fijó en ella cuando se cruzaron por la calle. Sintió pena por su mujer cuando esta la saludó, su hijo iba más pendiente de atusarse el pelo y contestar mensajes de móvil. No imaginaba, ni tampoco sus padres, lo pronto que sus vidas cambiarían.

Y allí estaba de nuevo, a solo unos metros, escondido tras una puerta y llamándola, ¿la habría reconocido y descubierto su secreto?

—¿Qué demonios crees que haces regresando aquí de nuevo?

—¿Disculpe? ¿Lo conozco?

—No juegues a esto conmigo. ¿No te bastó que te liberase? Ya es mucho

más de lo que hubiera hecho nadie por ti. ¿Qué derecho tienes a regresar y atacar a quien no te ha hecho ningún daño? —Moisés parecía fuera de sí, temblaba y le costaba vocalizar.

—No sé de qué me habla. Si no deja de molestarme, llamaré a la policía.

—Eso querría verlo, seguro que se sorprenden al registrar tu casa, zorra.

—Para eso necesitarían una orden de registro. Yo también querría ver qué les cuentas para que ellos sospechen de mí y la soliciten, quizá podrías narrarles la historia que protagonizamos hace veinte años. ¿La recuerdas? Yo podría describirla con pelos y señales. Aún voy con el cuerpo tapado para ocultar lo que hiciste conmigo.

—Zorra, ¿cómo puedes dormir sabiendo que estás pagando con un chico inocente lo que yo te hice? ¿Qué clase de monstruo retorcido eres?

—El que tú creaste. —Su frialdad y seguridad demostraban un control de la situación a la que Moisés seguramente no estaba habituado, y que mucho menos esperaba encontrar en ella.

—¿Qué quieres, dinero? Te daré todo cuanto tengo, pero no le hagas daño. Te lo suplico.

—Su sufrimiento puede terminarse cuando tú lo desees. Está en tu mano acabar con el calvario que está viviendo.

—Haré lo que me pidas.

—Está bien, entonces te daré dos opciones. La primera es que lo sustituyas y afrontes su destino.

—¿Quieres matarme?

—Hay cosas peores que la muerte, tú me enseñaste esa lección con solo doce años. Cosas mucho peores.

Moisés trataba en vano de tragar saliva, seguro que imaginaba todo lo que ella tenía pensado.

—¿Y la segunda opción...?

—La segunda es mi preferida. Que cuentes a la policía todo lo que hiciste hace veinte años, que confieses las atrocidades. Liberaré al chico en cuanto ellos te apresen.

—¿Y si elijo la tercera? Agarrarte del cuello y apretar hasta que ponga fin a esta locura. Lo que debí hacer cuando no eras más que un saco de huesos quejumbroso.

—Estarías eligiendo la segunda opción, porque en un sitio como este, en el que no para de pasar gente —señaló a su espalda y Moisés vio a dos vecinos saludarle mientras caminaban en dirección a la plaza—, te encerrarían por asesinato. Pero habría un extra a esa opción, mi marido mataría a tu hijo en el acto, tirando su cadáver luego a algún pozo en el que nunca se encontraría.

—Estás loca, completamente chiflada. Lo que hice entonces... no sabes cómo me ha perseguido, necesité tratamientos médicos, aún hoy me persiguen algunas de aquellas pesadillas, no he logrado reponerme jamás. ¿No te parece suficiente castigo?

—Ja, ja, ja. No me puedo creer que trates de solucionarlo todo dando pena. ¿Crees que siento lástima por tu sufrimiento? ¿Te parece mayor que el que he padecido yo? —Se acercó hasta tenerlo a menos de un metro de distancia, nunca hubiera imaginado que se atrevería a estar tan cerca del monstruo de nuevo, sintiendo incluso su olor personal—. ¿Crees que tu dolor es mayor que el que tu hijo está padeciendo en este mismo momento?

Se marchó despacio, con una sonrisa en los labios y a sabiendas de haberle destrozado. Aunque aún no del todo, quedaba mucho por hacer.

Un rumor parecía extenderse por las calles de la aldea, el cuchicheo entre vecinos era muy familiar para Marcos. Sabía que no se trataba del chico desaparecido, porque en tal caso estarían gritando a pleno pulmón, tanto si hubiera aparecido vivo como si se cumplían los peores augurios. Y estaba a punto de preguntar cuál era esa noticia cuando le llegó un mensaje al teléfono móvil. Un informe médico y un parte de defunción de hace dieciocho años, pero eso no esclarecía nada, aquellos datos oficiales no mostraban ningún vínculo con el crimen ni con la desaparición; mucho menos con Moisés o con Miriam u otro vecino. Respondió el mensaje rogando que se centrasen en buscar noticias relacionadas con aquel nombre que les había enviado, cualquier vínculo con robos, abusos, asesinatos, secuestros, aparte de una relación de familiares directos e indirectos; cualquier cosa ocurrida en los últimos veinte años de su vida. Otros datos serían irrelevantes.

Después de atar tantos cabos en su mente, y de desechar las hipótesis menos probables, una idea rondaba por su cabeza, algo descabellada y sin contar con una sola prueba, pero si aparecía un dato, pista o indicio nuevo que vinculase aquellos dos nombres que parecían tener electricidad en sus pensamientos, podría tener el nombre del secuestrador y el móvil en sus manos. Por el momento, solo podía esperar. Esperar a estar equivocado.

Una vecina conocida pasó a su lado y Marcos llamó su atención.

—Disculpe, Catalina. ¿Qué es eso que se comenta? ¿Ha ocurrido algo?

—El detective ese gordo y desagradable; dicen que su mujer ha denunciado a la Guardia Civil su desaparición, que no regresó a casa ayer por la noche.

—Vaya, gracias por la información.

Marcos salió a toda prisa en busca de David Sobrá, sabía que lo encontraría realizando las últimas entrevistas a la mitad de la calle de Arriba, por la zona de la iglesia. Lo vio salir de una casa y gritó su nombre para llamar su atención. Quería conversar con él antes de que entrase en la siguiente vivienda.

—¿Crees que le ha ocurrido a Matías algo relacionado con estos casos? — preguntó David.

—Yo no apostaría mucho por ello.

—¿Por qué estás tan seguro? Él investigaba por aquí, quizá vio algo o se entrevistó con el criminal y acabaron enfrentados.

—Que Matías encuentre al criminal solo sería factible si este fuese el camarero del bar. Quizás haya sufrido un accidente y esté tirado en alguna cuneta, o tal vez está de resaca en algún bar de carretera, recibiendo cariño extramatrimonial. Muchas hipótesis se pueden barajar, pero que haya encontrado al asesino es algo que costaría asimilar, salvo que haya tenido suerte y se lo haya topado por casualidad. En todo caso, habríamos encontrado su cadáver.

—Sí, yo pienso igual. Si el secuestrador mató al anciano por atar un cabo suelto, no dudaría en hacerlo con Matías allá donde se lo encontrase.

Marcos no añadió comentario alguno, intentaba colocar la ficha de Matías en el rompecabezas, y ya eran demasiadas piezas sueltas como para tener una imagen clara de la solución. Algunas de las que tenía en mente no pertenecían al juego, y debía descubrir cuáles eran para descartarlas o el caso se complicaría demasiado. Dudar de dos sospechosas, como hacía en ese instante, no favorecía la resolución del crimen.

—¿En qué piensas? ¿Tienes alguna información nueva?

—Demasiada, tengo demasiada información, y no sé si fiable o no.

—Cuéntame y seremos dos.

—Espera, tengo otro mensaje de la central.

Marcos emitió un largo silbido al leer algo que por fin aclaraba dudas y corroboraba sus sospechas. Ahora la balanza se inclinaba hacia una de las dos sospechosas, y su marido.

—¿Hacemos una mini reunión para que puedas conocerlo todo y darme tu opinión?

David asintió y caminaron a paso rápido hasta alejarse unos cincuenta metros de la aldea. Marcos, cuando vio que no había nadie alrededor que pudiera oírles, contó a su compañero el descubrimiento de Laura, el nombre de la lápida, sus reflexiones y los datos recibidos desde la capital. David asentía con el ceño fruncido.

—Pero si tenemos claro lo de los sospechosos, ¿por qué no emitimos una orden de registro?

—No sabemos si tienen al chico en casa o en otro lugar, si este permanece con vida, ni siquiera tenemos pruebas, solo sospechas basadas en datos circunstanciales. Sabes que ningún juez emitirá una orden de registro sin presentarle pruebas. Y además...

—¿Además qué?

—Estamos hablando de amigos, no son extraños. No podría mirarles a la cara nunca más si entro en sus casas para hacer un registro, tanto si encuentro pruebas incriminatorias como si no.

—Espero que el vínculo que tienes con tus amigos no interfiera en la investigación.

—Yo también lo espero.

—En mi opinión, deberíamos hacer algo ya, no esperar órdenes de registro ni leches. Si encontramos al chico y hemos llegado tarde por uno o dos días, y se pudiera haber salvado agilizando el proceso...

—Entonces nos caerá la mierda a nosotros por incompetencia. Está bien, nos centraremos en esa línea de investigación y avanzaremos todo lo rápido que podamos sin despertar el recelo de la sospechosa.

—Podemos ir ahora a charlar con ellos.

—No, Laura ya se apropió de esa misión, y me parece bien, podrá acercarse y conversar sin que sospechen que la policía va tras ellos. Si se asustan al ver que nos estamos acercando, podrían hacer una tontería en el caso de que el chico siga vivo. Aunque tengo que llamarla para darle datos que cambian mucho su plan y las sospechas iniciales.

—¿No será peligroso para ella? Acuérdate de lo que pasó en la iglesia de Riotinto. Y si esos dos son culpables de la muerte del anciano, quizá incluso de la de Matías, Laura podría jugarse la vida si ellos adivinan sus intenciones.

—No pasará nada, lo tiene todo bajo control. Además, estarán en una vivienda con dos puertas. Yo vigilaré la del patio y tú la de la calle, ambos estaremos dentro controlando la situación.

—¿Eso no será descarado? No comprendo ese plan.

—Pues deberías hacerlo mejor que nadie, porque te hablo de una fiesta.

—Un gitano y un moro entran en una panadería. El moro rápidamente roba una magdalena, se la mete en el bolsillo y le dice al gitano: «¿Has visto qué artista?». El gitano le responde: «Ahora verás quién es más artista». Se dirige a la panadera y le pide una magdalena para hacer un truco de magia; la mujer, intrigada, le da la magdalena. El gitano la coge y se la come despacio mientras

mira fijamente a los ojos a la panadera, esta empieza a enfadarse y le dice al gitano: «¿Dónde está el truco de magia?» y el gitano le responde: «mira en el bolsillo del moro».

David daba un sorbo a su copa tras contar el chiste, sus amigos reían. Frente a él, su hermana Elena era incapaz de controlar las caderas mientras iba de un lado a otro preguntando a los invitados si querían otra copa o chupito. La música sonaba a todo volumen por los altavoces que habían colocado en el patio y ya casi todos los amigos habían llegado, incluso los dos policías y la reportera, perfectamente integrados, aunque los dos primeros no probaban alcohol. La fiesta iba a concentrarse en el patio, pero David Sobrá, por algún motivo que los presentes no comprendían, no se movía del salón, justo al lado del acceso al recibidor de la vivienda, así que agrupó a un buen número de amigos que disfrutaban de sus bromas y anécdotas. Marcos, desde el fondo del patio, conversaba con Isabel y Javier. Laura, de un lado hacia otro, se divertía con Elena y Mimi; pronto estaría con su presa a solas y a punto para abordar el tema de conversación que tenía planificado, cuando tomasen todas algunas copas más y comenzaran incluso a bailar.

El hermano de Elena, aprovechando que su tocayo estaba dentro de la casa y no podía robarle protagonismo, seguía haciendo alarde de su repertorio de chistes ante Mimi, Laura y otros que se agrupaban alrededor. La tarde caía pesada sobre ellos, con un calor sofocante que favorecía el consumo de bebidas frías. Los vecinos de las casas de al lado no protestarían por el ruido, estaban también en la fiesta. Y Marcos, que ya llevaba cuatro refrescos bebidos, comenzó a tener ganas de ir al baño, pero no quería salir de su posición y perder el control de los movimientos de Laura, que parecía tener a su presa a punto de caramelo. Quizá pudiera aliviar la vejiga en tiempo récord y volver a la puerta antes de que se produjesen movimientos.

El inspector no podía dar muestras de estar trabajando, mantener la tapadera era fundamental, así que se resistía a consultar el móvil a cada instante, parecer distante en las conversaciones que se cruzaban sus amigos o seguir con la mirada a Laura. Mataría por saber de qué estaba hablando con su presa. Con un poco de tiempo, podían haber montado un operativo con micrófonos ocultos, pero debía conformarse con lo que grabase el móvil que la reportera llevaba en la mano como quien lleva un bolso de fiesta; la de chistes viejos que aparecerían en la grabación, menos mal que nunca tendría que oírla un juez por haber sido tomada de forma ilegal. Tocó madera para que sus interlocutores no percibiesen que el teléfono tenía la pantalla encendida y la grabadora activada.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas?

Javier estaba a su derecha, dejándose llevar por una canción de Maluma con

no mucho éxito, su copa salpicaba a cada golpe de ritmo.

—Al baño, vuelvo enseguida.

Laura oyó su voz y se giró para lanzarle una mirada de suficiencia y control. Él sonrió y siguió su camino. Trató de no tardar mucho, a pesar de encontrar el baño ocupado y tener que esperar unos minutos. Al volver todo seguía como si nada hubiese ocurrido. De repente, sonó una canción muy popular y muchos levantaron sus brazos con un grito de júbilo. Laura y él volvieron a cruzar sus miradas un instante, pero no había tiempo para divertirse.

Javi esperaba en el coche, enfadado como nunca, aparcado en la calle tras el patio, por si tenía que grabar desde la distancia la huída de los sospechosos. David suspiraba por una cerveza helada, Marcos por tener a Laura entre sus brazos para bailar un rato y ella... ella solo quería resolver el caso y demostrar que era capaz de hacerlo por sí sola, como había demostrado en Riotinto nueve meses atrás, pero habían quedado eclipsados su talento y esfuerzo por mantener una relación con el policía encargado de la investigación.

—Elena es especial montando fiestas, ¿verdad? —Laura sonreía de un modo forzado, tratando de aparentar que había bebido más de la cuenta. Por fin había aislado a la pareja y podía comenzar con su plan.

—Sí, y esta es la más grande que recuerdo. Nunca había visto a tanta gente en la casa, aunque no sé si es el momento adecuado...

—Venga, mujer, debemos poner buena cara ante la adversidad. Nadie falta al respeto a Moisés e Irene por divertirse durante las vacaciones.

—Bueno, es que tampoco soy muy de fiestas y bailar.

—Pues no sabes lo divertidas que son y la de anécdotas que ocurren. Si yo te contase lo que te puedes encontrar en las que organiza mi cadena. No sé si sabes quién es Isabel Soriano, la presentadora del programa infantil de los domingos, pues se pilla unos ciegos a base de gin-tonics que hay que frenarla para que no acabe desnudándose sobre una mesa. Por cierto, ¿no pasas calor con tanta ropa? Yo estoy sudando solo con verte. ¿Hablo demasiado? Cuando bebo hablo por los codos, pero no dudes en cortarme, ¿de acuerdo?

Marcos trataba de contener la risa, escuchaba a Laura desde la distancia y no sabría precisar si había bebido demasiado o era una excelente actriz.

—Menos mal que los hijos de Elena se han quedado con Leyre en casa de Isabel —continuaba ella su verborrea—, porque no estaría bien que vieran el espectáculo en el que puede acabar todo esto. Y hablando de niños, yo aún no me he decidido del todo a tener uno, quién sabe si con el tiempo. ¿Y vosotros? ¿No os decidís por tener un enano ruidoso?

Marcos notó cómo el semblante de la pareja que conversaba con Laura se iba endureciendo, a pesar de que ella seguía hablando animadamente, ajena al

cambio de actitud y a la distancia que habían tomado. La conversación no avanzaba en la línea que habían planeado y parecía ir a empeorar de un momento a otro si él no hacía algo por evitarlo.

Laura se apoyaba en una pared salpicada de macetas con geranios frente a la pareja. Los tres alejados del resto en un lateral del patio, los demás invitados inmersos en conversaciones distendidas o bailando. Marcos no sabía leer los labios, pero pudo intuir la conversación que se produjo a continuación: el sospechoso preguntó a su mujer y a Laura si deseaban otra copa; ambas, que habían agotado las suyas hace rato, asintieron. Marcos no podía controlar los movimientos que hizo hasta que regresó con dos vasos en las manos, pero no pensaba arriesgar la vida de su pareja.

—¿Te apetece bailar?

La mano del inspector había interceptado la de Laura cuando estaba a punto de coger la copa que le ofrecían.

—¿Bailar? —preguntó asombrada.

—Claro, cariño, es nuestra canción favorita.

En los altavoces sonaba un tema de Nicky Jam que ni por asombro tendría semejante honor, pero ella le siguió el juego al notar un brillo extraño en su mirada.

—¿Qué ocurre? Aún no les he sonsacado nada —susurró al oído de Marcos cuando se habían alejado lo suficiente.

—¿No estás bebiendo demasiado cuando tienes una conexión en directo en menos de dos horas?

—Hoy no hay directo, se emite un resumen desde el plató central. De todas formas, no hay mucho que añadir a la información que ya tenemos. Pero gracias por preocuparte.

—También te he venido a salvar cuando has estado a punto de beberte una copa que te ha dado uno de los sospechosos. ¿Cómo has podido cometer esa torpeza?

—Bueno, pero ellos no sospechan que nosotros sí sospechamos de ellos.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Olvidaste que estamos en una misión a vida o muerte y te dejaste llevar por el momento divertido. Has bajado la guardia pero ellos no.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Fácil. Porque se acaban de marchar.

Laura se giró y comprobó que ya no estaban donde los había dejado. Buscó a su alrededor. Nada.

—Quizás hayan ido al baño.

—No, no han entrado en la casa, han salido a toda prisa por la puerta del

patio.

—Allí está Javi, les estará siguiendo.

—No, no les sigue.

—¿Cómo...?

—No te ha enviado mensaje alguno, no se ha dado cuenta.

Marcos llamó a David Sobrá por el móvil, tardó en responder varios tonos.

—No oía tu llamada por la música tan fuerte, ¿qué pasa?

—¡Tenemos una espantada, te necesito aquí ya!

La situación era insostenible, llevaba una semana durmiendo en aquel sofá entre extraños y sin nada que hacer durante el día, peor aún durante la noche. Así que no era justo que, para una vez que se hacía una fiesta de las de verdad, con chicas y alcohol, se quedase fuera para cubrir una investigación sin fundamento. Todo aquello sonaba a castigo por haber pasado las noches en Valverde y por haberse llevado el coche sin permiso días antes. El arrepentimiento tan rápido de Laura no le resultó muy convincente. Javi sabía que la chica le prepararía un castigo ejemplar.

Estuvo aparcado y con el equipo listo durante las dos primeras horas en aquel secarral y a cuarenta grados al sol, que era igual tortura en el ocaso que durante el mediodía, pero nadie entró ni salió por aquella puerta roñosa. La idea de estar perdiendo la tarde, en lugar de pasarla con su nueva novia, tomaba más fuerza cada minuto que desperdiciaba contemplando en solitario el patio trasero mientras oía la música y las risas al otro lado.

Abrió la tercera lata de cerveza que había comprado en el bar, dio un sorbo y bajó rápidamente la ventanilla para escupir, ya estaba caliente y maldijo la mala suerte que tenía. Salió del coche para orinar contra unos arbustos, al volver dio una patada a una piedra y se hizo daño. Todo le salía mal, qué asco de día.

Quizá se pudiera hacer algo por cambiar su situación. Eran casi las ocho y aún podría llegar a tiempo de dar una vuelta con Aurora por el parque en Valverde, luego una cena en una terraza y quemar calorías en una discoteca, y más tarde en su casa... Recordar los buenos momentos con ella hizo que se enfadase aún más. Tener que trabajar en pleno agosto a pesar de haberse cancelado el programa era de gilipollas, ya que iban a cobrar el mismo sueldo que si se quedaban en casa. No entendía qué parte se le escapaba a Laura, tan obsesionada con el programa y con demostrar un talento que los productores no valoraban una mierda. Solo había logrado el trabajo por la suerte del año anterior, por estar con un inspector que le filtraba información y porque sus tetas

quedaban cojonudas ante la cámara.

Si decidía quedarse cumpliendo con el plan, le darían las dos de la madrugada, bebiendo cerveza caliente que sabía a meados y teniendo que orinar cada media hora entre arbustos resecos. Y no vería salir a nadie ni podría grabar más que las paredes de piedra gastada de los patios traseros de las casas y perros callejeros rascándose las pulgas. La música no paraba de sonar y él estaba castigado como un crío en un colegio.

No, a la mierda Laura, a la mierda el trabajo y a la mierda todo. Ahora mismo se marchaba a Valverde. ¡A vivir, que son dos días! Metió la llave en el contacto y arrancó el motor.

Mientras el coche enfilaba rumbo a la carretera principal, dos invitados de la fiesta se escabullían por la puerta que Javi vigilaba minutos antes.

Pasar un rato con la gente de la aldea, con los amigos de toda la vida de Elena y David, solía ser más que aburrido; siempre hablando de programas de telebasura, de la crisis, de sus trabajos y jefes abusivos, de lo mal que lo hacía todo el gobierno y de lo difícil que era criar a sus hijos, como si se recochinearan de su incapacidad para ser madre. Siempre salía con estrés de las sesiones de tarde que organizaban en los patios y de las cenas interminables, a pesar de disfrazarlo todo bajo risas, copas y chistes guarros, amén de promesas de quedar para ir a la capital a salir alguna noche de fiesta. Ni muerta se iba de fiesta con aquellas marujas que no aceptaban estar sufriendo una crisis de mediana edad y se aferraban a una juventud que las abandonó hace más de una década.

Su marido parecía disfrutar mucho más que ella, incluso contaba chistes a menudo y bailaba en algunas ocasiones; luego él le decía, cuando estaban a solas, que todo era para integrarse y no levantar sospechas, aunque ella no estaba muy segura de ello. El caso es que parte de razón tenía, debían asistir a reuniones como la montada esa tarde para lograr ser parte del grupo y no despertar recelos en un lugar tan pequeño. Aunque, ¿un miércoles? La gente ya no sabía qué excusa usar para emborracharse hasta perder los papeles. Lo bueno de aquello es que media aldea estaría ebria y bailando al otro lado de la calle mientras ella y su marido iban a visitar a sus «invitados». Nadie se daría cuenta de su ausencia cuando ya llevaran dos copas —o cuatro— de más.

La fiesta era como cualquier otra de las que montaba Elena, o casi, hoy estaban los dos policías y la entrometida reportera, que llevaba quince años sin aparecer por allí y de repente todos la trataban como si fuese la salsa de todas las ensaladas. Elena incluso le puso a su disposición un dormitorio con pensión

completa. Qué hipócritas, si no saliese en televisión no la mirarían siquiera; en cambio, allí estaba, saludando a todos como si fuese la propia anfitriona del evento, con una legión de paletos disputándose unos minutos a su lado y rogándole hacerse una foto. Para colmo, justo cuando su marido y ella la ponían a parir desde un lateral del patio, se acercó a ellos con su fingida sonrisa y comenzó a hacer todas esas preguntas. ¡Dios! ¿No podía dejar de molestar e interrogar a todo el mundo ni siquiera cuando estaba de fiesta? Borracha era aún más insoportable.

Permanecer hora y media allí fue toda una prueba de resistencia, ya le dolía la mandíbula por sonreír sin ganas, y eso que era consciente de lo que les esperaba, pero en ningún momento pensaron que la periodista iría desviando la conversación, como quien no quiere la cosa, hacia un tema tan personal como el de tener hijos. Pero, ¿qué le importaba a ella si quería o no tenerlos? ¿Acaso la gente no podía dedicarse a sus asuntos y dejar de entrometerse en los de los demás? Echaba de menos el saber estar y la distancia que se tomaban los vecinos en su antiguo pueblo. Allí nunca nadie le preguntó por su pasado, por sus orígenes, por sus motivos para ir de un sitio a otro; hubiera sido una indiscreción.

Se dio cuenta de que algo no iba bien casi al mismo tiempo que su marido, ni siquiera tuvieron que mirarse más de medio segundo para decírselo todo el uno al otro. Había que salir de allí cuanto antes y finalizar la misión, aunque aún fuese demasiado pronto, pero no podían permitir más intromisiones como las del detective gordo del bigote.

Cuando su marido trajo la copa con el somnífero, apareció de repente el policía a su rescate. ¿Quién cree en esas casualidades? Ella no, desde luego. No había más que sumar dos más dos y adivinar que los dos policías cubrían las dos zonas de salida de la casa. Debían marcharse lo antes posible o estarían perdidos, así que aprovecharon que la reportera y el inspector bailaban para escabullirse por la puerta del patio. En menos de veinte minutos estarían a salvo en el sótano, aunque era arriesgado ir cuando aún había luz, cualquier vecino podría verles; claro que eso ya no importaba.

Todo estaba decidido y se solucionaría en unas horas.

El hambre mordía sus entrañas hasta hacerle sentir que el estómago estaba ardiendo, era más fuerte incluso que la sed, quizá porque había bebido varios litros de cerveza antes de llegar allí. Para colmo, aquel había sido el motivo por el que se orinó dos veces encima, y aunque el hedor no era agradable, resultaba

insignificante comparado con la sensación de angustia y el acartonamiento de sus pantalones al secarse. Aunque lo peor de todo era la profunda oscuridad durante tantas horas; por más que trataba de adaptar sus ojos no conseguía ver nada a su alrededor.

Le llevó horas deshacerse de la mordaza de la boca, a base de gesticular con la cara, retorcer el cuello y remojar la cinta americana con saliva y sudor. Sentía un repugnante sabor amargo en la boca, pero por fin podía abrir la mandíbula y gritar pidiendo ayuda. Solo lo hizo una vez.

—No te molestes, no te oirá nadie.

—¿Quién eres? ¿Qué coño quieres de mí?

—Te equivocas de secuestrador. Yo estoy atado a una silla igual que tú.

—¿Eres Dani?

—Sí... ¿Cómo lo sabes?

—Me contrataron tus padres para encontrarte, soy Matías Sánchez, detective privado.

—Vaya, ¿no encontraron a nadie mejor? Como a alguien que trajese ayuda o un arma.

—¡Niño, un poco de respeto!

—Claro, gracias por la visita. Y si no es mucho pedir, ¿cuándo podemos marcharnos?

—A ver, estoy trabajando en ello, creo que pronto aflojaré las cuerdas de las manos.

—Mientras lo hagas antes de que nos visiten de nuevo y tengas prevista la forma de cruzar esa puerta metálica cerrada desde fuera...

—¿Visita? ¿Esos van a volver?

—Cada día y como un reloj.

—Espero que traigan comida.

—La comida es lo que menos recordarás si te dan el mismo trato que a mí.

—¿Te han agredido?

—Es una forma de decirlo.

—¿Estás malherido?

—No lo sé, ya no siento partes de mi cuerpo, ni siquiera cuando las golpean de nuevo.

—¿Les has podido ver? ¿Sabes quiénes son?

—No, ya viste al entrar la oscuridad. Pero tú les has seguido hasta aquí.

—En mitad de la noche y desde la distancia solo pude distinguir una sombra, además, no conozco a todos los de la aldea. Tampoco creo que sirva de ayuda saber quién nos ha encerrado aquí. Por cierto, ¿qué demonios quieren de ti?

—Esperaba que me lo dijeras tú. Nunca han hablado conmigo, me tienen

aquí atado y desnudo; todos los días me dan de comer, me lavan con una manguera y luego me muelen a golpes hasta que pierdo el conocimiento.

—Dios...

—Sí, y suena mucho mejor que vivirlo. ¿Han pedido un rescate por mí?

—Tus padres no me han dicho nada de ningún rescate, ellos y la Guardia Civil te buscan por si te has perdido o has tenido un accidente en el campo. Aunque yo sospeché del secuestro desde el principio —Matías creyó haberlo dicho con la misma convicción con la que se lo decía a sí mismo.

—Si no han pedido un rescate, pinta mal la cosa.

Ambos se sumieron en un silencio muy incómodo, no pudieron tragar saliva ante la idea de morir en aquel sótano oscuro, alejados de sus familias y bajo las torturas de dos sádicos dementes. A los pocos minutos un débil llanto inundó la estancia. No provenía del chico.

La conversación no se extendió más, ya que los pasos al otro lado de la puerta presagiaban que Matías conocería pronto su destino.

No podría decir que esa noche se alegrase de no ser él quien recibía los golpes, y no por haber asimilado el dolor o que su cuerpo recibiese el duro castigo como una necesidad para seguir sintiéndose vivo, la única que tenía desde que lo habían encerrado, sino por el sonido que emitía el detective con cada golpe que recibía, suplicando entre llantos que parasen.

Como siempre que estaban sus captores en el sótano, la luz de una diminuta bombilla sobre la puerta de la entrada trataba de abrirse paso en la oscuridad, demasiado débil para reconocer los rostros de los verdugos, pero suficiente para que estos se pudieran mover con soltura en su ritual diario. Dani observaba la luz tras la macabra danza de siluetas. Un tipo gordo recibiendo puñetazos y patadas por parte del hombre, que parecía pegar más fuerte que la mujer, mientras esta permanecía un metro tras la silla, observándolo todo.

El chico comprendía que la mujer se estaba reservando para el segundo combate de la noche, que por supuesto le tendría a él como protagonista, como cada velada. En ningún momento se hizo ilusiones de salir indemne, por mucho que Matías hubiera supuesto un soplo de aire fresco que necesitaba. Por unos minutos volvió a sentirse humano. Hablar con alguien, saber de sus padres, que le estaban buscando aún, la sensación de compañía. Solo oír la respiración del detective ya suponía una luz cálida en las tinieblas en las que se había ido sumiendo lentamente. Incluso sus gritos, súplicas y llantos al recibir los golpes en ese momento, significaban un hito de esperanza; ese pensamiento le hizo

sentir culpable, seguro que su nuevo compañero de fatigas no compartía su opinión y entusiasmo.

La tensión del momento le impidió calcular el tiempo que estuvieron golpeando a Matías, pero Dani apostaría que tardó algo menos de diez minutos en perder el conocimiento. Cuando dejó de gritar y de recibir golpes, el aire pareció enrarecerse de nuevo. Era su turno.

Si no fuera por la emoción de tener con quien conversar y la tensión de ser testigo de la paliza que recibió el detective, Dani se hubiera percatado de que algo diferente ocurría esa noche: sus captores no habían traído comida, tampoco les habían rociado con la manguera antes de empezar el ritual. Aquello no presagiaba nada bueno.

La mujer se acercó al chico, a esas alturas ya no necesitaba ver su silueta, la reconocía por el sonido de sus pasos y su olor. Puso una mano sobre su cabeza y él dio un respingo, no esperaba aquel gesto. Entonces ocurrió. Por primera vez desde que estaba allí, oyó un sonido claramente identificable. Se estaba riendo.

—¿Es por eso? ¿Todo esto es por puro placer? —se atrevió a decir, asombrado de sí mismo. ¿Qué importaba el castigo por su insolencia? ¿Qué iban a hacerle? ¿Pegarle? ¿Matarle? Poco importaba ya. La muerte sería un descanso comparado con aquel infierno.

—¿Placer? Sí y no —susurró a escasos centímetros de su oído, Dani sintió cómo abrasaba su aliento—. Aunque no por lo que estás pensando.

—Es puro sadismo, no lo neguéis. Disfrutar torturando a otra persona solo te convierte en un monstruo.

—¡Nooooooo! ¡No vuelvas a abrir la boca o te la romperé a patadas!

Parecía haber enloquecido de repente. Comenzó a tirar todo lo que tenía a mano contra las paredes, completamente fuera de sí, gritando sin parar «¡Noooooo!» Mientras el hombre la observaba sin inmutarse ni intervenir para tratar de calmarla.

Y todo volvió a la normalidad tan súbitamente que Dani exhaló un suspiro al quedarse sin aliento, acongojado y temiendo más por el castigo, ahora que la veía serena, que antes cuando parecía a punto de explotar de ira. En la penumbra del lugar creyó ver cómo se atusaba el pelo para recuperar la compostura. Se aproximó de nuevo a él, despacio, y Dani volvió a sentir el calor de su respiración en la oreja.

Entonces le susurró su secreto.

El chico lloraba cuando ella terminó la historia. Trataba de negar con palabras lo que acababa de oír, pero no podía más que gemir inconexos balbuceos, temblaba como no lo había hecho antes y maldecía a aquella perturbada por las barbaridades que se había inventado. Otro método más de

tortura, no podía ser otra cosa. Aquella historia no podía ser verdad.

No podía ser verdad.

Sin más dilación ni pausas de efecto, la mujer tomó de encima de la mesa un cuchillo cuya hoja emitió un sutil destello al reflejar la luz sobre la puerta. No hubo palabras ni gritos ahogados bajo la cargada atmósfera, solo el silencio de la muerte tras hundir el cuchillo en el cuerpo de su víctima.

2 de septiembre de 1998

«¿Dónde estás? ¿Por qué me has abandonado?»

¿Estaría enfadado con ella? ¿Por qué ya no la visitaba tan a menudo ni la acariciaba como antes? Cuando jugaban, cada vez menos, parecía enfadado, la golpeaba con saña y se marchaba escupiendo insultos que ella no comprendía. ¿Qué le había pasado? Ella seguía siendo una niña buena y obediente, hacía todo lo que estaba en su mano por cumplir sus órdenes. Es cierto que se sentía más débil que nunca porque la comida no era suficiente, ya no hacía ejercicio y los golpes que recibía, por la furia que parecía provocarle durante los juegos, eran más y más fuertes cada día. El dolor en una pierna, que casi no podía mover, la tenía postrada sobre la manta, por eso dormía más que antes y se sentía más cansada las horas que lograba mantenerse despierta.

Los últimos días percibía con claridad los huesos bajo una piel áspera que ya no reconocía como suya. Había cambiado, no solo por dentro, también su cuerpo era distinto; pero no porque se estuviese convirtiendo en otra persona o animal, sino en un monstruo horrendo que él ya no deseaba acariciar.

¿Qué sería de su vida sin él, cuando toda su vida era él?

No quería pensar en el tiempo que llevaba allí, si eran años o si, en realidad, había nacido en aquel sótano y el recuerdo lejano que tenía de sus padres y amigas era solo un sueño muy real que tuvo años atrás y que se resistía a abandonar del todo su mente. Aquel mundo tan pequeño y oscuro en el que habitaba, con un dios que la visitaba para asegurarse de que tuviese alimento, higiene y cariño, era todo lo que conocía ahora, y era más que suficiente. De hecho, pensaba que era más de lo que merecía.

La aberración en la que se había convertido no tenía cabida bajo las caricias de su dios, y debería comprender que aquellos golpes que recibía eran pocos por insultar con su presencia y con su áspero tacto las suaves manos de su salvador. No solo merecía aquel magnánimo castigo, debería sufrir mucho más. No era una niña, sino un monstruo despreciable y vago que no cumplía fielmente con sus tareas. ¿Cómo semejante monstruo iba a estar a la altura de su fiel... amor?

Sí, él era todo su mundo, era valedor aparte de verdugo. El respeto y el poco castigo, además de permitirle vivir, eran las pruebas de su amor por ella. A cambio, ella le demostraría que el amor recibido era insignificante comparado con el que podría ofrecerle a él.

Lo necesitaba, anhelaba su presencia, sus besos, sus caricias, su mera atención. No podría vivir sin él, ¿cómo fue tan tonta de no darse cuenta desde el principio, cuando aún era una niña bonita y no la aberración en la que se había convertido? Aquellos días aún hubiera estado a tiempo de corresponderle como merecía, en cambio, ahora solo podría llorar, lamentarse por su torpeza y procurar volver a cambiar para que él recuperase su sonrisa. Y volviese a disfrutar jugando con ella.

No recordaba cuánto tiempo llevaba entre pensamientos que iban y venían de su mente, pero su penitencia tuvo recompensa, ya que oyó a su dios entrar en el sótano. Volvía a visitarla, era feliz, incluso ahora que no se sentía con fuerzas ni para alzar una mano.

Sintió sus fuertes brazos levantándola y luego un gesto de ansiedad nunca antes visto. Casi no era consciente de lo que ocurría a su alrededor, pero aseguraría que su dios estaba preocupado por ella. Entonces le invadió el espeso velo del sueño.

Cuando despertó, la oscuridad había dado paso a un resplandor que no le permitía ver nada a su alrededor, solo logró oír llantos desconsolados.

Qué fácil resulta la vida, el mundo, cuando todo ocurre en una película o un libro, la imaginación obra el poder ilimitado en las acciones de los protagonistas y cualquier suceso se hace realidad. En la vida real, por contra, todo es mucho más difícil, o directamente imposible. Cuando Moisés consultó a su abogado por la posibilidad de contratar a un sicario en cuestión de horas, no imaginaba que aquel chupasangre iba a escandalizarse y hacer tantas preguntas indiscretas. Tuvo que pararle los pies, decirle que todo era una broma —no pareció creerlo— y pasar al plan B. En la aldea había muchos aficionados a la caza, conocía a varios de ellos y alguno era amigo suyo. Veinte minutos más tarde ya tenía en sus manos una escopeta de dos cañones y dos cajas de cartuchos; su amigo ni siquiera aceptó el dinero por prestársela durante un día para esa supuesta cacería de perdices a la que Moisés asistiría invitado por un empresario amigo, solo tuvo que prometerle que irían juntos la próxima vez que fuese invitado.

Nunca había disparado, pero no debía de ser muy difícil. Metió dos cartuchos y cerró el arma, luego quitó el seguro y se prometió a sí mismo que trataría de estar lo más cerca posible de esa zorra y su marido cuando los mandase al otro barrio.

El plan no podía ser más básico: con el ruido que hacían en la fiesta de casa de Elena, donde más de media aldea estaba ya borracha, él se las arreglaría para quedarse a solas con la pequeña putita o con su marido. Con el cañón de la escopeta metido en la boca, seguro que se mostraban colaboradores y le conducían al lugar donde tenían encerrado a su hijo. Si se portaban de un modo inteligente, cooperando, y Dani se encontraba bien, los dejaría en libertad y asumiría que aquel castigo, aunque recibido por un inocente, era el pago a sus atrocidades pasadas. Si no cooperaban o Dani estaba muerto o mutilado... Ir a la cárcel por matarlos sería un pago justo, y contaría con el atenuante de estar enajenado al ver a su hijo. «No sabía lo que hacía, señor juez. Ni siquiera recuerdo nada. Aquellos días no sabía dónde me encontraba ni con quién, todo era tan confuso. La ausencia de mi hijo me hizo beber día y noche hasta perder la conciencia». Motivos atenuantes, alegaría su abogado para reducir la condena al mínimo; y con buena conducta, sin tener antecedentes y siendo un ciudadano ejemplar, saldría en menos de cinco años.

Si había creado un holding empresarial desde la nada, cuando de pequeño no tenía casi zapatos, era gracias a una mente fría y a la toma de las decisiones acertadas.

Se bebió de un trago lo que quedaba de la botella de bourbon y salió a afrontar su destino con la misma decisión con la que lo había hecho todo en la vida.

Por primera vez en muchos años, tuvo una suerte que casi no pudo creer. La suerte del vencedor, pensó. Se disponía a entrar por la puerta del patio de la vivienda, como un vecino más que se apunta a la fiesta, aunque sabía que resultaría rocambolesco por ser el padre del chico desaparecido. ¿Qué hacía allí cuando debía estar buscando o llorando la pérdida de su vástago? Debía dejar la escopeta escondida fuera y lograr que esos dos malnacidos lo acompañaran para hablar, allí recuperaría el arma y les apuntaría para llevarlos hacia donde pudiera sonsacarles la información con calma. Pero no hizo falta llegar siquiera a la fachada trasera de la vivienda, se encontró con sus objetivos unos metros antes. Aquello no podía ser verdad, menudo regalo del cielo.

—Si os movéis, os parto en dos —dijo entre tartamudeos y con el arma apuntándoles. El alcohol no nublaba su vista del todo, pero Moisés era consciente de que seguía ahí y podría hacerle lento de reflejos o provocar una reacción equivocada. Trató de aflojar el dedo del gatillo sin que se notase.

—Si nos matas, ¿quién irá a dar de comer a tu pequeño esta noche? ¿Acaso sabes dónde está? Porque no lo tenemos en casa, está bastante lejos. ¿Quieres ser el responsable de que muera de hambre en un apestoso zulo? ¿De que esa sea su tumba para siempre?

Moisés observaba a la zorrita con ira. Ella tenía razón, no podía volarle la cabeza, ni al calzonazos de su marido, que en ese momento no parecía tan sonriente y chistoso como de costumbre. Por fin se habían quitado las máscaras. Solo tenía que volver a usar el cerebro, su capacidad para evaluar la situación y tomar decisiones rápidas... No debió beber tanto. Miró al suelo durante unos segundos y sonrió de forma maquiavélica antes de responder.

—Apuesto a que me llevas con mi hijo ahora mismo a cambio de que no le pegue un tiro a lo que más quieres en el mundo.

—No conseguirás nada por ese camino. Él está dispuesto a morir por mí, y también por mi misión.

—¿Quién te ha dicho que hablaba contigo, zorra? —Moisés levantó la vista hacia él y sonrió mientras apuntaba el estómago de su mujer.

—No le hagas caso, es un farol. No lo hará —gritó ella.

Amartilló el arma y el dedo en el gatillo comenzó a temblar.

—¡Espera! Espera, te llevaremos, pero no hagas una tontería.

—¿Veis? Siempre se me ha dado bien negociar. Solo hay que elegir al rival más débil. Andando, quiero veros delante de mí todo el rato. Si intentáis algo, os parto en dos.

A las nueve y media de la noche, seis vehículos de la Policía Nacional acordonaban un sector de la avenida de Cristobal Colón, en la capital onubense. Una docena de agentes uniformados y con chalecos antibalas permanecían tras los coches que iluminaban las fachadas con el parpadeo de sus luces azules. La tensión que reflejaban los rostros de los policías daba buena muestra de la poca importancia del sofocante calor. A su alrededor, tras las cortinas se adivinaba un centenar de curiosos que no se atrevían a asomarse a las ventanas para no verse implicados en los que fuera que iba a suceder en unos instantes.

El pitido agudo de un megáfono silenció el murmullo de la calle, a continuación se oyó la voz grave del policía al mando de la operación, Paco:

—Les habla la Policía. Se encuentran rodeados, depongan las armas y no se resistan a la detención. Sabemos que se encuentran en el número 39, en el piso 5º-B. Les repito que depongan las armas y no se resistan a la detención. En unos minutos un comando procederá a entrar a su vivienda, no empeoren la situación y cooperen en su arresto.

El comisario dio el megáfono a un agente y entró en uno de los coches patrulla, en el asiento del copiloto le esperaba Cristina.

—Me hubiese gustado subir —protestó ella.

—Has dirigido la operación y el mérito es tuyo. Y me aventuraría a decir que tendrás un ascenso por méritos.

—Ya, pero culminar la detención es tan valioso...

—Podrás hacerlo docenas de veces en el futuro. En tu estado sería una temeridad que subieses las escaleras para enfrentarte a esos tipos.

—Lo sé. He estado un poco terca estos dos últimos meses, ya sabes, por la valía de una mujer embarazada en este trabajo. Pero en realidad he sido una irresponsable.

—No te machaques ahora, recuerda que este es tu momento. Y no me vendría mal que me contases cómo llegaste a esta información. Todo ha sido tan precipitado.

Cristina sonrió al recordar cómo tres horas antes había recibido una llamada inesperada que cambió todo el curso de la investigación:

—¿Cristina? Soy yo, nos hemos visto hace poco en la puerta del

supermercado, aquí en el barrio. ¿Recuerdas?

—Claro. ¿Qué ocurre? ¿Te ha golpeado tu pareja? ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien, no se trata de eso, y no tengo mucho tiempo para hablar —susurraba—. Es por el caso que estáis siguiendo.

—¿El caso de los atracos? ¿Qué sabes tú sobre eso?

—Quizás aquí nadie se salude, pero todos nos conocemos y notamos cuándo llega alguien nuevo al barrio. Casi siempre vienen de otra zona y necesitan un lugar más económico para seguir sobreviviendo, pero otras... Digamos que este barrio está bien ubicado para entrar y salir de la ciudad, los vecinos no denuncian nunca y, bueno, ya sabes.

—Te refieres a delincuentes, lo entiendo. Has visto algo sospechoso, ¿es eso?

—Al principio fue así, una simple sospecha, pero luego se confirmó todo. Son un grupo de seis, creo; de Croacia, Bosnia o un sitio de esos, aunque hablan bien nuestro idioma. Nunca salen de casa salvo una vez cada tres días para comprar comida, y no hablan con nadie. Los días que la tele ha anunciado los atracos, ellos han salido en una furgoneta grande y luego han llegado por separado y con ropa diferente.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Aquí parece que los vecinos no están, o que no ven ni oyen nada, pero a nadie se le escapan detalles como esos. Y luego el rumor se extiende en el acto.

—¿Desde cuándo tienes esa información?

—Espero que lo comprendas. Aquí no vale nada la vida de un soplón. No te hubiera dicho nada si no fuese por todo lo que estás haciendo por mí.

—Y no sabes cuánto te lo agradezco. Quizá este sea el momento más importante de mi carrera. Te prometo que no pararé hasta encontrar una salida a tu situación actual.

—Gracias, pero no tienes que molestarte, sabré arreglármelas. Por cierto, supongo que te vendrá bien la dirección exacta de los atracadores.

—¿Lo dices en serio?

Cristina narraba su sorpresa ante la información y hacía hincapié en la necesidad de dispensar el mejor trato a los denunciantes durante los casos, incluso colaborar con servicios sociales para que se hiciesen cargo de la reinserción de ciudadanos honrados que se encontraban en semejante situación de abandono. Paco respondió que no siempre era posible hacer lo que uno deseaba, pero se alegraba de la suerte que había tenido con aquella chica.

—Espero que no hayas montado todo este operativo, con orden de registro judicial de por medio, solo por un chivatazo sin confirmar.

—Claro que no, comisario. Hice que un agente se vistiese de repartidor y

llamase a la puerta de los sospechosos con un pedido de comida en la mano. El minuto que estuvo conversando con el tipo que abrió la puerta, disculpándose por el error en la dirección, sirvió para observar el mutismo en el interior de la vivienda, murmullos, mala cara por parte de un europeo del este bastante musculoso, ya sabe...

—No, no lo sé. Eso me parece demasiado flojo como para montar este operativo.

—Ya, pero cuando se giró para cerrar la puerta, la pistola que ocultaba a la espalda se marcó en su ropa tan ajustada.

—¡Vaya! Eso ya es otra cosa. Si esos no son los atracadores que buscamos, seguro que podemos acusarles de otros delitos. No parecen hermanitas de la caridad.

Cristina se sobresaltó al observar al grupo de seis policías preparados en la puerta del edificio para asaltar la vivienda, llevaban un ariete portátil y rifles de asalto. Subir con el traje blindado y todo aquel arsenal a la quinta planta por las escaleras no hubiera sido posible en su estado.

Luego debía contar con el factor peligrosidad. Veinte minutos antes, cuando llegaron a la calle y comenzaron a bloquear con coches patrulla las posibles vías de escape, dos de los supuestos atracadores se asomaron a las ventanas portando armas en las manos. Toda una declaración de intenciones. Asaltar la vivienda sería casi un operativo en zona de guerra con gran probabilidad de bajas en ambos bandos.

Uno de los agentes hizo un gesto inconfundible para ella. Bajo el casco y el grueso chaleco antibalas iba el padre de su futura hija. Un sudor frío le recorrió la espalda y el miedo brotó como un volcán. No soportaría perderlo o que resultase herido en la operación; haría cualquier cosa por apartarlo de aquel grupo. Sintió la ansiedad extendiéndose a todos sus sentidos y tuvo que contener las ganas de llorar.

Entonces, solo entonces, fue consciente de lo que padecía su pareja cuando veía a diario que ella se empeñaba en no pedir la baja de maternidad y entraba en lugares peligrosos, sitios donde podría resultar herida o perder el bebé. No se trataba de machismo, como había pensado, solo de amor. El miedo a perderla era lo que movía a Fran todo el tiempo, no la sensación de que no fuese capaz de valerse como lo haría un hombre.

Los agentes entraron a toda prisa en el portal y a ella le dio un vuelco el corazón. A pesar de considerarse atea, rezó con todas sus fuerzas durante los eternos minutos que duró el tiroteo.

Maldita aldea de cotillas. Menos de doscientos metros y ya se habían cruzado con dos vecinas, una de ellas incluso se acercó a saludarlo con entusiasmo y a curiosear por la escopeta que llevaba en las manos; al menos seguía caminando tras la zorra y su marido sin que opusieran resistencia, marchaban obedientes sin intentar nada raro. Por ver libre y a salvo a su hijo daría lo que fuese, aunque pasase una temporada en la cárcel por matar a aquel par de desgraciados.

La luz de las farolas comenzó a compensar la que iba perdiendo el cielo. Bajaron la calle La Fuente y Moisés comprendió que era cierto que tenían al chico fuera de la aldea, o le estaban conduciendo hacia una trampa; en ese caso, no le temblaría el pulso a la hora de apretar el gatillo. Los nervios sufridos al encontrarse con ellos unos minutos antes se debieron a lo inesperado de la situación, pero en este momento estaba al mando y tenía la mente fría y el pulso firme.

—¿Ya elegiste una de las dos opciones? —preguntó la mujer.

—No hables, camina.

—¿Sustituirás a tu hijo y aceptarás tu destino? Ya compruebo que no has tenido huevos de llamar a la policía y confesar.

—He dicho que te calles, joder. No sigas por ese camino o te pegaré un tiro en una pierna, verás cómo lloriquea el mierda de tu marido cuando te vea desangrarte.

Ambos se pararon para mirarle con un semblante que le hizo comprender que se había pasado con el comentario. Tal vez tuviese la escopeta, pero seguía sin tener el control absoluto de la situación como a él le gustaría. Se alejaron de las casas y la oscuridad cada vez favorecía más a los que conocían el terreno, pero Moisés no se veía en desventaja.

—Caminad, vamos. Y que no os vea hacer ninguna tontería, no estoy acostumbrado a disparar y podría apretar el gatillo si me pongo nervioso o veo algo que no espere...

Llegaron a la puerta de una parcela, abrieron el candado y accedieron al interior; unos minutos más y, tras una mirada de ella, su marido se agachó ante un arbusto y levantó lo que parecía una trampilla que debía de ser el acceso al zulo en el que habían encerrado al chico. Moisés se puso muy nervioso.

—¡Apartaos, joder!

Se asomó al oscuro túnel, ya casi no había luz. No llevaban linternas y la luna estaba a punto de perderse en el horizonte siguiendo los pasos del sol.

—Eso parece muy oscuro, bajad vosotros primero y encended alguna luz. ¡Vamos! No voy a repetirlo.

La pareja dudó durante unos segundos, luego accedió a su orden adentrándose en las profundidades de la tierra. Moisés no se hizo esperar y les siguió escaleras abajo. La temperatura descendía al mismo ritmo que aumentaba la humedad tras cada peldaño. Aquel era el lugar ideal para que aquella pequeña bruja llevase a cabo su venganza: un espacio asfixiante, pequeño, frío, oscuro, silencioso y húmedo.

La luz que encendieron tras el largo tramo de bajada no servía casi ni para adivinar los rasgos de quienes tenía delante. Sin duda la zorrina había cuidado aquel detalle con el mismo mimo que el resto. Moisés sentía que le costaba respirar y notaba un olor tan desagradable que se tapó la boca y la nariz con la mano libre. No veía aún nada en la estancia a la que habían llegado salvo la silueta de una persona tumbada en el suelo y la de otra sentada en una silla. Si su hijo se encontraba allí y continuaba con vida, debía ponerlo a salvo cuanto antes, o quizá...

Todo se hizo tinieblas en su mente. Su cerebro, acostumbrado a tratar acuerdos entre empresas, se volvió loco ante una nueva posibilidad que, torpemente, no había contemplado. ¿Y si habían matado a su hijo desde el principio y todo era una trampa para llevarle a aquel zulo por su propio pie? Debía permanecer alerta ante cualquier movimiento brusco que hicieran aquellos dos.

—¿No quieres ver a tu hijo?

La voz de la bruja resonó en la estancia como un susurro burlón del diablo. Su marido se había apartado despacio hacia la izquierda, pero Moisés seguía vigilándole de soslayo, sin apartar la vista de ella, que caminaba despacio y de espaldas, para no perder el contacto visual con su monstruo personal.

—¿Es uno de ellos? —preguntó señalando con la escopeta a las dos siluetas—. Más te vale que siga vivo, zorra.

—Cuida ese vocabulario, no es el adecuado delante de un hijo.

Moisés fue a replicar, nervioso y casi ahogado por la falta de oxígeno, el efecto del alcohol se hizo presente de nuevo y le jugó una mala pasada. Tropezó, perdiendo el equilibrio un instante, y sintió que una rápida mano aferraba el cañón de la escopeta. Disparó como acto reflejo al perder el control sobre el arma, la estancia se iluminó con el fogonazo, y un golpe seco en la cabeza lo sumió todo de nuevo en la oscuridad.

Marcos gritaba a su teléfono móvil mientras caminaba en círculos en mitad de la plaza; pasaban las diez de la noche y David y Laura lo observaban

impotentes. El compañero de Laura había desaparecido con el coche, pero sabían que no estaba secuestrado, ella lo había llamado por teléfono y esperaba su regreso para volcar en él toda su ira. El inspector había hecho una llamada al registro de la propiedad, en vano a esa hora, y otra a la central para pedir refuerzos. Contaba en esos momentos con David, Ángel y dos guardiaciviles más, un operativo demasiado pobre a la hora de acorralar a la pareja, la cual seguía desaparecida y cada minuto era vital para asegurar que no se escapasen... ni cometiesen una locura.

El chico podría estar con vida aún, quizá incluso Matías, si es que había sido secuestrado también. Si existía una posibilidad de resolver el caso con un final feliz, Marcos debía darse toda la prisa posible, aunque necesitaba tanto apoyo administrativo como logístico.

—David, llama al alcalde; Laura, ve a buscar a María.

—¿María?

—La viuda de Ernesto, no se le escapa nada de lo que ocurre en la aldea. Quiero que les preguntéis a ambos por las ventas de las últimas parcelas, de cinco años hasta hoy. No creo que se hayan vendido muchas, pero alguno de ellos lo sabrá.

—¡Joder, Marcos! —Protestaba el subinspector—. Sigo sin entender que no entremos en la casa. Se acabaron las fiestas en la aldea y las risas entre amigos, tenemos que hacer nuestro trabajo, registros incluidos, sean quienes sean los sospechosos.

—La orden de registro tardará un tiempo muy valioso, puede que más de una hora, y lo sabes. Así que, mientras tanto, os necesito haciendo lo que os he pedido, por favor. —El agobio en su cara era familiar para David, aunque no lo había visto desde una noche que prefería olvidar.

Multitud de vecinos comenzaban a agolparse a su alrededor, pero Marcos solo podía ordenarles que se marcharan a sus casas o que se mantuviesen ajenos a lo que ocurría para no estorbar. Le ardían en el estómago las ganas de preguntarles detalles sobre sus sospechosos, pero cabía la posibilidad, remota, de que todo el planteamiento fuese un error. No podía señalar a un vecino sin tener más pruebas fiables de su crimen; si quisieron linchar a un vecino solo por la sospecha del alcalde, ¿qué harían con uno del que sospechase la propia policía? El teléfono seguía sin sonar, pero solo había pasado un minuto desde la última vez que lo consultó, aquel trabajo le provocaría un ataque al corazón.

«¿Dónde demonios os habéis metido? Habéis huido y apostaríais a que la bebida que disteis a Laura contenía alguna sustancia. No importa dónde estéis, os encontraré».

Miró a su alrededor, estaba solo, es decir, sin Laura y David a su lado,

tampoco Ángel y sus dos agentes; pero sí una docena de aldeanos que se preguntaban entre murmullos qué estaba pasando. Vecinos que cada vez se acercaban más y más, a pesar de sus órdenes y advertencias, por la confianza que se tomaban al considerarle uno de ellos, entre el grupo veía a Elena e Isabel. ¿Qué pensarían cuando supieran que...?

El aire se hacía escaso y todo daba vueltas a su alrededor. Mientras no viese sangre por todas partes, densa y oscura, cayendo por las paredes e inundando el suelo, todo iría bien.

Todo iría bien.

Ya no se oía la música de la fiesta, ni un suspiro siquiera en toda la aldea, tampoco se apreciaba movimiento alguno, pero aún así, Ángel golpeó con fuerza la puerta de metal y gritó varias veces su nombre. Nadie respondía, no parecía quedar nadie en la casa ni en el patio. El reglamento lo dejaba bien claro, y también se lo había recordado Marcos, no podrían irrumpir en la propiedad sin permiso de los dueños ni orden de registro. Solo una prueba de que se estaba cometiendo un delito tras la puerta les validaría para entrar, pero no tenían pruebas, solo sospechas e indicios. Aquella impotencia iba a acabar con sus nervios.

Los nacionales habían llamado a la puerta principal de la vivienda, donde tampoco habían logrado respuesta. Aunque ese mutismo no significaba que no estuviesen allí, quizá contaban con un sótano. Claro que a esas alturas ya podrían ir en un coche hacia el aeropuerto de Sevilla, o estar perdidos entre carreteras comarcales de Andalucía o Extremadura. Es lo que haría él si se pusiese en el pellejo de los criminales.

En ese momento en el que estaban tan cerca del final de la investigación, siguiendo la pista de dos sospechosos y con la duda de si encontrarían al chico con vida o no, Ángel pensó por primera vez en el dolor de los padres hacia la pérdida de un hijo. Había realizado siempre su trabajo como si se tratase de datos, fríos números o palabras a resolver en una difícil sopa de letras. Sí, empatizaba hasta cierto punto con los familiares de los muertos o desaparecidos, o eso había pensado hasta ese momento, ya que nunca quiso imaginar la tortura real que experimentaban durante tantos días, semanas o meses de incertidumbre. Su lado profesional se había aislado lo suficiente como para no dejar que los dramas que vivía en el trabajo afectasen a su lado humano. Esa noche era distinto. Por algún motivo que no lograba explicar, Susana no se marchaba de su mente. ¿Qué sentiría si ella desapareciese de su vida? ¿Cómo sería vivir

pensando que alguien se la había llevado y que pudiera tenerla retenida? ¿Estarían haciéndole daño? ¿Cómo se sentiría ella en cautiverio? ¿Esperaría ella a que él la rescatase? ¿Se sentiría abandonada con el paso de los días? La frustración había llegado a Ángel con una fuerza impensable, y provocaba miedo y enfado a partes iguales. Quería echar abajo aquella puerta de metal o saltar el muro y entrar a por...

—Sargento, uno de los policías se mueve, también la reportera.

—¿Tenemos noticias del inspector? ¿Visto bueno para entrar?

—No, aún no.

—Mierda.

—Quizá no estén aquí, mi sargento.

—Tal vez, pero tenemos que entrar por si acaso. Puede que hallemos una pista sobre dónde han metido al chico.

—¿Cree que lo tendrán aún con vida?

Ángel no respondió, no era el momento de pensar en eso. Tener que enfrentarse a los padres del muchacho para notificar su muerte era algo que aún no había asimilado siquiera, y sería la primera vez que realizase tan difícil tarea.

—Llama a Luis, quiero que te vayas con él a echar un vistazo a las parcelas más próximas a la aldea.

—¿Esas de ahí enfrente?

—Sí. Llevad linternas y mantened el comunicador siempre encendido, quiero oír vuestra voz cada minuto, ¿entendido?

—Sí, mi sargento. Pero, ¿qué debemos buscar exactamente?

—Una cabaña, una casa, un pozo a la vista u oculto en el suelo... lo que sea, pero hacedlo todo lo rápido que podáis y en silencio. Estad atentos a cualquier sonido extraño y vigilad cada uno la espalda del otro.

Los dos agentes se miraron entre sí y dejaron solo a Ángel bajo un manto de estrellas que apenas iluminaba la silueta de los tejados de las casas. Una gran luna llena en mitad del cielo les hubiera venido de perlas esa noche. El sargento observó a sus ayudantes desapareciendo en la oscuridad a poco más de veinte metros de distancia, al cabo de dos minutos aún les oía caminar, entonces encendieron sus linternas y dos haces de luz, como espadas láser, iluminaron la puerta de la primera parcela.

—Tened mucho cuidado —susurró Ángel antes de sacar el móvil del bolsillo y mandar un mensaje a su mujer, diciéndole que llegaría tarde y que la quería, luego otro a Marcos para decirle que seguía en posición y a sus ordenes.

Primero llegó un escueto <OK> como respuesta del inspector. Luego un mensaje algo más largo de su mujer:

<También te quiero mucho. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?>

No necesitaba verle ni oír su voz, Susana lo conocía mejor que su propia madre. Dudó unos segundos a la hora de responder:

<Estoy bien, solo tomando una cerveza con el inspector de la nacional. Luego hablamos. Un beso.>

No le gustaba mentir a su mujer.

La oscuridad era su aliada, su protectora, lo había sido desde sus más remotos recuerdos, agridulces imágenes que volvían a ella más a menudo de lo que deseaba. Sin embargo, el silencio no era tan bien recibido; aunque necesario, ya que no podían delatar su posición mientras culminaban el ritual que les había llevado hasta allí.

Aún vivía en el norte y no había conocido al que sería su marido cuando comenzó a planificar su venganza, su final, el momento en que saldría la mariposa de la crisálida y batiría sus alas, libre por fin para huir lejos del monstruo. Ese deseo quedó mitigado, relegado a un olvido momentáneo, cuando se enamoró y decidió crear una familia... en vano. La frustración trajo consigo de nuevo al miedo y la rabia. Y por fin estaba a punto de terminar su cometido. Había soñado miles de veces con ese momento, pero nunca lo había imaginado tan propicio para sus intereses; ni en sus mejores augurios se hubiera visto ante la visión que contemplaba en esos momentos. Padre e hijo a su merced, el monstruo junto a su engreído vástago, esperando un final justo y carente de piedad.

Lo único que lamentaba en esos instantes, enturbiando su triunfo, era que tras tantos años de preparación, investigación y esfuerzos por crear una forma de aplacar las voces que la torturaban en su interior, acabaría precipitándolo todo por culpa de esa entrometida periodista. ¿Cuánto tardaría la policía en dar con el zulo? El detective gordo consiguió encontrarlo él solo en mitad de la noche, aunque contó con la suerte de cruzarse con ellos. Calculaba que disponía de una hora o dos, siendo generosos. Una vez terminado todo, ya nada importaría, ni siquiera la seguridad de no tener futuro. Lo sentía por su pareja, su compañero fiel durante los últimos años, a su lado compartiendo sus secretos y soportando sus cambios de humor. Aunque se mostraba fría y distante con él, no era ajena al sufrimiento que su causa personal había provocado en un hombre tan bueno.

Desde hacía mucho, quizás un año, había pensado un plan minucioso para mantenerle a salvo en caso de ser descubiertos durante el ritual. Pensaba golpearlo y dejarle en casa maniatado y malherido. Cuando la Policía lo encontrase, ella ya habría desaparecido cargando con todas las culpas. Si él era

inteligente, se desentendería de todo aquello y nadie podría inculparlo porque no dejaría pruebas ni huellas que le señalaran; todo apuntaría a un brote de enajenación repentina en ella, actuando por voluntad propia y a espaldas de su marido. Pero todo se había precipitado y desmoronado ante sus ojos como un castillo de naipes en mitad de una tempestad, sin dar tiempo a planificar o reaccionar ante el contratiempo que ahora les había surgido. En una puta aldea desierta, donde nunca pasa nada y en la que nadie se preocupa por aquello que no les afecta directamente, lo sabía por experiencia, habían montado esa semana un maldito dispositivo sin precedentes, con cientos de voluntarios e incluso la prensa. Luego estaba Antonio. Si ese maldito viejo entrometido no les hubiera visto abalanzarse sobre el chico, no habrían tenido que matarlo y la Policía Nacional nunca hubiera intervenido, la reportera se hubiera cansado y marchado a buscar noticias más interesantes para su programa de mierda que solo veían marujas aburridas y morbosos.

En fin, solo quedaba una cosa por hacer y su marido ya había sacado los bidones de gasolina, le entregó uno a ella y comenzó a rociar todo el interior de la estancia. Cuando abrieran la puerta para que entrase aire y prendieran fuego, aquel lugar se convertiría en un horno que lo calcinaría todo. Aunque antes tendría su momento de diversión...

En el interior de la casa estaba todo limpio y ordenado de un modo que se podría definir como enfermizo u obsesivo. Los alimentos en los estantes de la cocina y del frigorífico estaban clasificados por tamaños, la ropa de los armarios por colores y los libros de la gran estantería del salón por orden alfabético en el apellido del autor. Incluso los cojines del sofá parecían esperar al fotógrafo de una revista de decoración, sin mácula ni arruga alguna, excesivo para tratarse de una simple casa de veraneo.

Mientras media aldea se agolpaba a las puertas de la vivienda, en el interior Marcos buscaba alguna prueba o indicio sobre dónde podría estar la pareja, centrándose en buscar una trampilla hacia un posible sótano. Había tenido que evitar tener que dar explicaciones a Elena e Isabel, que no podían creer que entrase en la casa a registrarla sin decirles lo que ocurría, como tampoco podían creer que sospechase de una de las chicas de la pandilla, de la familia que eran los componentes de la aldea. Elena lloraba desconsolada.

Marcos no había esperado a la orden de registro, aún sabiendo que aquello podría acarrearle una grave sanción. Pero no podía quedarse de brazos cruzados esperando la decisión del juez ni la información que había solicitado a sus

colaboradores.

Había encendido todas las luces de la casa y en ese momento observaba el patio desde las ventanas del salón. Vio moverse dos haces de luces en la distancia, dos linternas, y llamó rápido a Ángel.

—¿Son tus hombres los que están en una parcela a cien metros?

—Sí, les he enviado a husmear.

—¿Sospechas que puedan estar allí escondidos?

—Solo trato de usar la lógica. Si los sospechosos no están en casa, si tienen o han tenido al chico retenido, seguro que cuentan con un lugar apartado de miradas y oídos indiscretos. Lo más lógico es pensar en aquellas parcelas más cercanas a su patio trasero, para tenerlo todo a la vista y bajo control. Fíjate lo oscuro que está esto, pueden ir caminando en la noche sin que nadie les vea.

—Es lo más lógico. Bien hecho. Yo también pensé en alguna parcela cercana.

—¿Eres tú el que ha encendido las luces en la casa?

—Sí, casi puedo verte tras la puerta del patio desde aquí.

—Si tienes la orden de registro, podías haber avisado, pensaba que éramos un equipo.

—No tengo orden, por eso me he metido solo en este lío. Espera, tengo otra llamada. Enseguida vuelvo contigo. —Pulsó una tecla y volvió a poner el teléfono en su oído—. Dime, David, ¿qué tienes?

—El alcalde dice que la única parcela cercana a la aldea que se ha vendido últimamente fue la de un tal Teodoro Martínez hace dos años, pero que nunca se ha sabido quién la compró ni se ha visto a nadie por allí.

—¿Te ha dicho dónde está esa parcela?

—Pensaba que tú lo sabrías, habiendo veraneado tantas veces aquí...

—No me jodas, ¿no te ha dicho dónde está? Pues saca al alcalde de su casa y que nos lleve inmediatamente. Nos vemos en la plaza en dos minutos.

Tras finalizar la llamada, puso en conocimiento a Ángel y a Laura. Tardó menos de un minuto en llegar al punto de encuentro y allí observó a David junto a un acompañante que no parecía disfrutar de la reunión; Marcos y el alcalde no se habían vuelto a ver desde el tenso momento del linchamiento. Laura apareció corriendo desde la esquina, Javi la acompañaba con la cámara al hombro. Marcos pensó que el potente foco les vendría bien en mitad de la noche.

—No tenemos mucho tiempo, así que seré breve en la exposición. Tenemos una dirección probable y quiero dejar claro que es una operación policial de alto riesgo, tanto la prensa como el alcalde se quedarán en el perímetro de la parcela, ¿entendido?

Ignacio se mostraba visiblemente contrariado.

—Creo que los vecinos podemos ayudar, muchos tenemos escopetas de caza y...

—Lo que me faltaba por oír. Solo necesitamos la dirección, no queremos que esto se convierta en otro linchamiento, ¿entendido?

El alcalde parecía aceptar, aunque a regañadientes. En ese momento todo se complicó.

—¿Lo han encontrado? ¿Qué ocurre aquí?

Irene apareció escoltada por vecinos que atravesaban corriendo la calleja, los mismos que lo habían observado minutos antes allanando la morada de los sospechosos. La mujer estaba visiblemente alterada.

—Por favor, márchense a sus casas, no dificulten la operación. —David trató de calmarlos y evitar que les siguieran.

—Se trata de mi hijo, quiero acompañarles. Y mi marido no responde a las llamadas de teléfono ni sé dónde se encuentra. Por favor, no me dejen con esta incertidumbre.

David lanzó una mirada a Marcos, la desaparición de Moisés lo complicaba todo.

—Lo siento, pero no es posible que nos acompañen. Ninguno de ustedes puede venir. —Y se dirigió a la madre del chico—. Le recomiendo que vuelva a su casa y espere con el teléfono a mano cualquier novedad. Le doy mi palabra de que la llamaremos en cuanto sepamos algo relacionado con su hijo o su marido.

Tras deshacerse de la turba, David se unió a sus compañeros, que ya bajaban por la calle La Fuente para salir de la aldea, a pocos metros se encontraron con los dos guardiaciviles que regresaban por orden del sargento. El grupo, con las instrucciones precisas sobre las tareas de cada uno, dejó a la espalda la última casa de la calle y se zambulló en la oscuridad de la noche. Solo encendieron una linterna para que el alcalde se orientase sin llamar tanto la atención de los sospechosos. El grupo iba en fila de a uno y en completo silencio, dejando a Laura y Javi a la retaguardia.

—No me lo puedo creer, es la misma parcela que estábamos inspeccionando cuando nos ha llamado, mi sargento.

—Aquí no hay construcción alguna, al menos a la vista —añadió el otro agente.

—Entonces no está a la vista. Hay que buscar en el suelo, moved cada matorral y aseguraos de que pisáis tierra firme. Apuesto lo que sea a que hay una trampa por algún lado, quizá de un pozo cegado.

—¿Y si no están aquí? —preguntó Ángel.

—Nadie compra una parcela con tanto secreto, justo frente a su casa y para no edificar ni sembrar un huerto en varios años. ¿No os habéis fijado durante el

día en las demás parcelas de los alrededores? Pocas son las que no tienen huerto, animales o una casa o caseta.

Javi encendió el foco de la cámara tras el permiso de Marcos. La visibilidad mejoró notablemente, pero la potencia del led no lograba iluminar más allá de unos cinco metros con eficacia, lo justo para hacer conexiones o grabaciones a una reportera a esa distancia o menos. Laura y Javi refunfuñaban por no poder entrar en el lugar. El inspector no podía permitirse el lujo de trabajar con solo un ayudante y tres guardiaciviles, sin apoyo de ningún otro tipo y tener que vigilar los pasos de su pareja y otros dos ciudadanos. Cuando pensó meses atrás que el trabajo que habían ofrecido a la chica podía provocar tensiones, no imaginó que se vería en una situación tan peligrosa como aquella. Le vendrían bien dos docenas de agentes acordonando la parcela e impidiendo que nadie molestase, amén de unos buenos focos con generador. Los refuerzos que había pedido aún tardarían media hora, demasiado tiempo.

Cada uno con su arma en la mano, comenzaron a peinar el lugar buscando en cada centímetro del suelo.

A Susana le había quedado una extraña sensación en el cuerpo tras los mensajes cruzados con Ángel. No se trataba del embarazo, que aún no había comentado a su marido por no encontrar el momento adecuado, sino a algo más profundo, una especie de picor que se cebaba con sus entrañas. Conocía a su marido mejor incluso que él mismo y, aunque solo se trataba de un mensaje de teléfono, intuía que algo no iba bien.

Algo no iba bien.

Cortaba verdura en la cocina, había decidido hacer un puré para el día siguiente, y tenía la televisión encendida pero no prestaba atención. Por un instante sintió que no estaba en su casa, su mente se había evadido de tal forma que solo sentía a su alrededor las posibles situaciones que podrían haber retenido a Ángel. ¿Una amante? Imposible, llevaban poco más de un año casados y el sexo era magnífico entre ellos. ¿Una juerga con amigos? No lo había hecho en todos los años que le conocía, y mucho menos lo haría después de un día sudando en el trabajo con el uniforme puesto. ¿Una complicación en el trabajo? Quizá estuviese en algún apuro, claro que...

Oyó una palabra desde el televisor que la hizo volver a la realidad. Miró sus manos y comprobó que ya no le quedaba más verdura por trocear y que el agua del cazo estaba hirviendo en la vitrocerámica. ¿El Pozuelo? Sí, habían mencionado la aldea en la que se encontraba Ángel buscando al chico

desaparecido. En Tele5 daban la noticia a través de una conexión en directo con el Canal Sur, así que cambió al canal autonómico y pudo ver en mitad del campo a la reportera que solía cubrir esos sucesos graves. Tras ella y gracias al potente foco reconoció a tres guardiaciviles. ¿Por qué Ángel no le dijo la verdad? ¿Estaba en peligro? Tanto las palabras de Laura como las letras que pasaban a toda prisa sobre la imagen informaban sobre una pista definitiva para encontrar al chico desaparecido.

Metió las verduras en el agua, bajó la intensidad de la vitrocerámica y se marchó al salón para seguir la noticia en la televisión grande. Rezando para que Ángel no se metiese en líos y regresase esa noche sano y salvo, estuvo a punto de enviarle un mensaje al móvil, pero fue consciente de que solo sería una distracción inútil para él.

Esa noche no pudo evitar volver a recaer en un vicio olvidado y se ensañó mordiendo sus uñas con furia, no conseguiría dormir hasta saber cómo terminaba aquello. ¡Dios, cómo le apetecía fumar!

Hubiera deseado quitar la mordaza a Moisés para oír sus quejidos y súplicas mientras lo castigaba, así disfrutaría de semejante música celestial y de poder gritarle con todas sus fuerzas que ella nunca lloró mientras él la golpeaba, tampoco cuando jugaban a su juego favorito.

El sótano seguía sumido en una oscuridad que solo era desafiada por la débil bombilla de la puerta. La silla del muerto estaba ocupada en este instante por Moisés, que recibía una dosis especial de caricias por parte de la pareja. Los murmullos del protagonista y de su asustado acompañante, ambos con cinta americana sobre la boca, no hacían más que provocar un ensañamiento mayor por parte de sus verdugos.

—¿Creías que todo terminaría bien para ti? ¿Que llegarías con la escopeta para salvar a tu hijo a tiempo? ¿Que regresarías a casa a comer perdices con tu familia feliz? ¿Que acabarías conmigo? ¿Crees me conformaré con estos golpes?

Moisés lloraba al contemplar el cuerpo sin vida sobre el frío hormigón del suelo, a pesar de la penumbra, reconocía el cadáver y se sentía tan culpable...

—Dame unos minutos más, aún estoy entrando en calor. Y no dudes en protestar si no me ves a la altura de las expectativas. Llevo tanto esperando un momento así que puede que olvide algunos de los regalos que tengo para ti.

La mujer comenzó a quitarle los pantalones y calzoncillos mientras su marido esperaba con un palo muy grueso de madera en las manos.

—Tranquilo, solo duele las primeras veces que entra, luego te vas

acostumbrando al dolor y... bueno, ya sabes.

Los cinco formaban un círculo alrededor de aquella trampa que se podría considerar una obra de arte. Ni a la vista ni al pisarla se podría percibir la lámina que imitaba el relieve, la textura y los colores del suelo empedrado. Como si formase parte de dicho suelo, solo al golpearla con el pie notaron el sonido diferente de la pisada. Habían colocado hábilmente un gran matorral sobre ella para desviar aún más la atención de curiosos o la policía, pero cedió en cuanto uno de los guardiaciviles tiró fuerte de ella; las demás jaras que había forzado no se movieron un milímetro. Sin un análisis tan minucioso nadie hubiera descubierto la trampa, así como su asa para abrirla.

—Se puede descartar entonces la improvisación o arrebato. Creo que quien se toma la molestia de fabricar un zulo sin que nadie lo sepa ni le haya visto, aparte de elaborar esta puerta, tenía sus acciones pensadas desde hace mucho tiempo. —Los demás asintieron en silencio el comentario susurrado por David. No podían hacer el más mínimo ruido para no revelar su posición a los secuestradores.

Marcos parecía ausente, preocupado. Calculaba las posibilidades de lograr el éxito en la misión si los sospechosos tenían armas allí abajo, que las tendrían sin duda, cuando ellos, que no contaban con chalecos antibalas, entrasen en la boca del lobo. El pasillo o agujero bajo la trampa sería una ratonera por la que solo podrían bajar de uno en uno, así que su mayor número no sería efectivo contra la pareja armada. Lo que tenía claro es que no podía esperar a que llegase el equipo de refuerzo con los chalecos y las granadas de gas lacrimógeno. Seguía convencido de poder salvar al chico y resolver el caso de forma satisfactoria, y no con el fiasco que había resultado el gran caso anterior al que se había enfrentado.

Según la información que había recibido desde la central, se enfrentaban a dos personas muy peligrosas y con alto riesgo de estar enajenados mentalmente, nada de la pareja idílica y divertida que había visto los últimos días en casa de Elena. Abrir la trampa y gritar que saliesen con las manos en alto no funcionaba con ese tipo de criminales, podrían cometer una locura. Matar al chico, disparar a discreción a todo lo que moviese, incluso podrían contar con algún artefacto explosivo. En todo caso, debía afrontar un acercamiento aunque aún no supiera cómo hacerlo.

—Te dije que os mantuvierais fuera de la parcela.

Laura y Javi se encontraban a pocos metros de ellos y grabando la escena. El

alcalde estaba también a su lado.

—No nos moveremos de aquí, pensábamos que necesitabais más luz.

Lo que Marcos no necesitaba en ese momento era otra distracción más, suspiró hondo y calculó las posibles consecuencias de levantar la trampilla.

—En fin, no conseguiremos nada esperando, vamos allá.

—Espera, espera...

Marcos oyó tarde a su compañero, ya había dado un tirón seco a la placa, que resultó ser de un plástico grueso y no metal, mucho más ligera de lo que había calculado.

—¿Qué pasa? ¿Qué tengo que esperar? —susurró a David.

—¿Cómo sabías que la puerta no tenía alguna especie de explosivo que se accionase al abrirla?

—Porque estamos en una aldea en Andalucía, no en una película sobre la mafia en Chicago o sobre la guerra del Golfo. Y ahora, silencio.

Percibieron el aire viciado que provenía del interior, con una mezcla de olores rancios sobre el que predominaba la gasolina. Aquello los alarmó, debían darse prisa, quizá ya les estuviesen esperando. David quiso ir primero, pero Marcos se adelantó, antes había desencajado la puerta de la trampilla y la usaba como escudo, quizá aquel grueso plástico fuese capaz de amortiguar el impacto de una bala. El túnel se adentraba en la tierra de forma diagonal, con altos escalones y un diámetro de poco más de metro y medio, por lo que bajaban agachados para no golpearse la cabeza. Marcos contó veinte escalones —que serían unos cinco metros de profundidad— cuando oyó murmullos, comenzaron a bajar aún más despacio y procurando no hacer el más mínimo ruido.

La estancia que se habría ante él, con una luz menos que escasa, tendría unos tres metros de ancho por unos cinco de largo. ¿Dónde demonios habían metido toda la tierra y roca que habían excavado de allí? ¿Cómo nadie en la aldea les había oído ni visto al sacar unos cuarenta metros cúbicos? Habrían necesitado un gran camión que hiciese cuatro viajes a algún vertedero o escombrera. Desde su posición observó a cinco personas, una tumbada inmóvil en el suelo, dos sentadas en sillas y a los que debían ser los secuestradores moviéndose con rapidez, rociándose a sí mismos con sendos bidones de gasolina. Marcos había llegado justo a tiempo. Y aunque ver a los secuestrados inmóviles, aparentemente muertos, redujo sus esperanzas de poder salvarles la vida, tuvo que alegrarse al comprobar que sus captores no iban armados en ese momento.

El sonido de la puerta de la trampilla al caer al suelo cogió por sorpresa incluso a David. Casi al mismo tiempo, Marcos aprovechó la confusión para gritar:

—¡Policía, no se muevan! —Sabía que el alto tono de voz, unido a la

sorpresa, suele desarmar a los criminales.

No contó con que aquellos dos no temían en absoluto a que les disparase.

—¡He dicho que no os mováis! ¡Miriam, Manuel, levantad las manos!

Miriam miró a su marido, y bastó un gesto casi imperceptible en su rostro para que él asintiera y cogiese un mechero largo de cocina que tenía en la mesa de al lado. Manuel dedicó una última mirada a su mujer, con ternura, y susurró un lento «te quiero».

Una bala destrozó su muñeca y el mechero cayó al suelo. Miriam había aprovechado la distracción para tomar la escopeta que portaba Moisés cuando llegaron y apuntó al mismo.

«Aún se mueven, los que están en las sillas parecen muy malheridos pero aún se mueven, eso es buena señal». Marcos tragó saliva y sopesó sus opciones, no podía disparar a la mano de la mujer, como había hecho con Manuel, sin impedir que ella apretase el gatillo y matase al rehén. Dio un paso despacio hacia ella y David aprovechó el hueco para abalanzarse sobre Manuel, que trataba de recuperar el mechero con la mano que le quedaba sana.

—Suelta el arma y ponte de rodillas, no hagas ninguna tontería. ¿Me estás oyendo, Miriam?

Ella miraba de reojo a su marido, dos lágrimas brotaron al ver el jirón de piel sangrante que había quedado de lo que antes era su mano derecha.

—No, no he llegado hasta aquí para rendirme ahora.

El murmullo fue débil, pero la determinación que articuló esas palabras seguía recia e imperturbable. Marcos no sabía cómo poder razonar con ella, no era negociador, mucho menos sabiendo lo que había sufrido la chica. Si hubiera contado con esa información unas horas o días antes... Debía hacer algo, aquellas situaciones de ahora o nunca eran críticas para salvar la vida de los rehenes, las de los secuestradores y la suya y de David; todo pasaba porque Miriam no disparase la escopeta y el fogonazo incendiase los vapores de la gasolina que había vertida por todo el lugar.

—Sé lo que ocurrió hace veinte años en la aldea. Sé quién fue Horacio y no he tenido que pensar mucho para atar cabos, tú eres Rocío, la niña que desapareció con doce años, y uno de los tres que tienes delante es Moisés. Tu verdugo.

—No, no sabes lo que ocurrió, no tienes ni idea. ¡Jamás podrías imaginarte lo que ocurrió!

—Está bien, está bien. No te pongas nerviosa. Es cierto, no tengo ni idea de cuánto sufriste entonces ni de cuánto lo has hecho durante estos años. Aunque observando este lugar y analizando tu plan tan minucioso me puedo hacer una idea aproximada.

—Puedes ahorrarte el discurso. ¿Crees que me detendrás, que me privarás de mi venganza, hablando de la pena de cárcel que tendré que cumplir? ¿O piensas que tengo miedo a que me disparen y morir? ¿Tal vez tratas de convencerme de que la venganza no me devolverá lo que él me robó? ¿Alguna chorrada tipo cavar dos tumbas para cumplir mi venganza? ¿No te parece lo suficientemente grande esta tumba en la que estás? Aquí cabemos todos, incluso vosotros.

—¿Y el chico? ¿Qué tiene que ver el chico en todo esto? No merecía pagar por los delitos de su padre.

—El chico es igual que su padre, desprecia a las mujeres, solo son juguetes para él. Además, ¿qué mejor forma de hacerle el máximo daño posible a este cerdo que atacando lo que más quiere? —Golpeó con el extremo del cañón de la escopeta la frente de Moisés y él emitió un quejido.

—Ultimar tu venganza solo te convertirá en lo que es él. Romperás la inocencia de una persona, alguien que no te ha hecho daño, solo por satisfacer tus más bajos instintos.

—Yo no tengo la culpa de ser así, dale el sermón a quien tiene el honor de haberme convertido en lo que soy. Aquí le tienes. —Volvió a darle con el cañón en la cabeza.

—Tendrá mucho más que un sermón, pasará el resto de su vida en una cárcel.

—No me hagas reír. ¿En una cárcel? Natación, gimnasio, cine, biblioteca, paseos al sol... Y un tipo con dinero cuenta con más comodidades aún. No, no pisará una cárcel si yo puedo impedirlo.

—No iré a ningún sitio —balbuceó Moisés. La sangre y saliva de la boca habían aflojado la cinta americana—, pagaré por mis pecados. Pero quiero que sepas que yo no quería hacerte daño, nunca te lo habría hecho, te amaba más que a nada, por eso te llevé conmigo, para que fueras solo para mí.

Entre estertores y un leve gemido, parecía confesarse a sí mismo y pedir perdón.

—Aún recuerdo el día que volví a sentirme como un ser humano —continuaba Moisés—. El día que acabaste con la enfermedad y las voces de mi interior. Ya casi no tenía interés en estar contigo, me preguntaba si todo aquello no era más que una locura que debía enmendar de algún modo. Hacerte daño empezaba a hacérmelo a mí también. Llegué a la parcela de mis padres, en la que cultivaba un pequeño huerto y donde te tenía encerrada desde hacía más de un mes; comprobé que estabas inconsciente, moribunda; encendí la luz del sótano y observé lo que durante tantos días había hecho contigo..., con un ángel. El horror más indescriptible. Entonces supe que era el momento de salvarte, de que regresaras con tu familia. Te tomé en brazos y te llevé donde sabía que

pronto alguien te encontraría y llamaría a un médico.

—¿Así es como supiste que ya no eras un monstruo? ¿Tomando el cuerpo desnudo y moribundo de una niña de doce años, que habías torturado y violado todos los días durante un mes, y dejándolo en mitad de un camino para que se lo comieran las alimañas o lo atropellase algún conductor despistado?

—No, no lo comprendes. Eras fuerte, yo sabía que sobrevivirías. Yo te salvé, te salvé. Tienes que creerme.

Miriam iba a disparar de un momento a otro y Marcos sabía que no podría convencerla de lo contrario. Quizá tuviese una oportunidad si él disparaba primero, su pistola no emitiría un fogonazo como el de la escopeta de caza. Apuntó con precisión a su hombro derecho, si acertaba en el punto exacto, el nervio destrozado inutilizaría todo el brazo y no podría apretar el gatillo como acto reflejo. Era difícil de conseguir en buenas condiciones de luz, allí era poco menos que imposible. Además, llevaba mucho sin practicar en la galería de tiro de la comisa...

¡Bang!

Demasiado tarde.

El terrible estruendo en un lugar como aquel se magnificó hasta sumir a los presentes bajo un pitido molesto en el oído. El retroceso del arma hizo que Miriam cayese hacia atrás. La cabeza y parte del tórax de Moisés habían desaparecido.

David actuó rápido y esposó a Miriam. Su esposo permanecía en shock por la sangre que perdía a pesar del torniquete que le había improvisado el subinspector. Marcos se acercó al cuerpo que yacía inmóvil en el suelo, era Matías y estaba muerto. Luego se dirigió al chico.

—¡Está vivo! No me lo puedo creer pero está vivo. Hay que pedir una ambulancia.

El sargento Ángel estaba en la puerta, no podía pasar porque no cabía nadie más en el claustrofóbico lugar, que también provocaba fuertes náuseas por el olor a gasolina. Era un milagro que la detonación de la escopeta no hubiera convertido aquella tumba en un crematorio. Tras los guardiaciviles se oían las protestas y ruegos de Laura para acceder al lugar y grabarlo, pero tuvieron que retroceder todos aprisa para llamar desde el exterior a una ambulancia.

Debían apagar rápidamente los teléfonos móviles, los transeptores de radiofrecuencia y la cámara, foco y micrófono de los periodistas. Cualquier chispazo o interferencia electrónica dentro de esa sala provocaría una catástrofe.

A la espera de una ambulancia, forense y técnicos de la científica, salieron todos menos Marcos a la superficie. Laura observó a los vecinos llegando en masa, iluminaban el suelo con las pequeñas linternas led de sus móviles y

preguntaban con asombro si era un disparo lo que se había oído unos minutos antes. Irene iba delante de todos.

Marcos suspiró con decepción al comprobar, por la rigidez del cuerpo, que Matías llevaba muerto al menos un día.

—No es que te tuviese aprecio precisamente, pero tampoco te deseaba un final así, Matías. —Un gran charco de oscura y reseca sangre se disolvía con la gasolina en el suelo bajo su cuerpo.

Miriam emitía un sonido constante y parecido a un sollozo, su marido la observaba con rabia, una ira que no parecía dirigida a ella, sino a los entrometidos que no había permitido que finalizase su misión. Debían arder y terminar de una vez con el dolor.

El chico moribundo, los secuestradores con sus miradas de odio y decepción, los dos cadáveres, el denso olor a gasolina y sangre, la oscuridad... La escena era mucho peor que las pesadillas que había sufrido Marcos tras el caso en Sevilla en el que perdió a su compañero.

—Debiste dejar que la justicia se encargase de él. —Marcos se sorprendió al comprobar que había sido él quien había murmurado esas palabras.

—¿La justicia? —Miriam se giró para mirarle a los ojos, entonces Marcos adivinó que no era un sollozo, sino una extraña risa—. La justicia no sirve de nada contra alguien que tiene más dinero que tú, más aún cuando no tienes pruebas, solo tu palabra contra la suya, cuando no hay más que un recuerdo con veinte años de sufrimiento que ningún juez verá con la nitidez que yo aún sufro. La justicia real es la de pagar con la misma moneda.

—Te lo repito, el chico no tiene culpa de nada.

—Lleva su sangre, su veneno corriendo por las venas. Era cuestión de tiempo que se convirtiese en el mismo monstruo que fue su padre.

—Eso no puedes saberlo, no eres quién para juzgar ni convertirte en verdugo.

Ella no lo discutió, tampoco cambió su mueca de sonrisa grotesca, a mitad de camino entre la rabia por no terminar lo empezado y la satisfacción de haber matado a Moisés tras haberle hecho sufrir.

—¿Crees que ha merecido la pena? —añadía Marcos—. Ahora pasarás más de veinte años en prisión.

—Sí, claro que ha merecido la pena, aunque me hubiera gustado terminar también con la vida de su hijo.

Miriam miró a su marido con desazón y él la correspondió con ternura. Ambos parecían entrar en contacto físico solo con sus pensamientos. Entonces se dirigió a él.

—Solo lo siento por ti, no mereces lo que viene ahora.

—Si pasar veinte años en la cárcel es el pago por haberte conocido y haber disfrutado de estos años de felicidad, me ha salido muy barato.

Tras grabar unos cinco minutos el interior del zulo, gracias a su insistencia y a que Marcos estaba demasiado derrotado como para ofrecer más resistencia y discutir con su pareja, Laura salió al exterior y esperó el visto bueno de la cadena, cuando le dieran la confirmación de que las zonas más sensibles de las imágenes se habían pixelado, para iniciar su última emisión en directo.

—Por fin, estimados televidentes, por fin se ha encontrado a Dani, el adolescente que desapareció el día ocho de este mismo mes en la aldea de El Pozuelo, provincia de Huelva. El chico ha sido hallado en estado crítico en el interior de un zulo excavado en una parcela a poco más de cien metros de la aldea. Los presuntos secuestradores han sido detenidos y se encuentran camino de ingresar en dependencias policiales. El joven Dani, en cambio, se dirige al hospital Juan Ramón Jiménez en una ambulancia, los médicos tratarán de curar las múltiples heridas que presenta en el cuerpo. Aunque, por desgracia, no todo son buenas noticias. Lamento informarles de los homicidios que los secuestradores han perpetrado, el de un exsargento de la Guardia civil, reconvertido en detective privado y cuya desaparición fue denunciada hace menos de un día por su esposa, y el del padre del adolescente secuestrado, ejecutado justo en el momento en que sus asesinos estaban siendo detenidos. Enviamos las condolencias a los familiares de los fallecidos y aprovecho también para felicitar a los responsables de un rápido trabajo conjunto entre fuerzas del orden, especialmente al inspector Marcos Navarro y al sargento Ángel Díez, por su dedicación en el caso, así como a los cientos de voluntarios y vecinos que no han perdido en ningún momento la esperanza de encontrar al chico sano y salvo. Y no se marchen aún, ya que vamos a mostrarles en exclusiva el interior del zulo en el que se ha encontrado al chico, a sus secuestradores y los dos cuerpos de los fallecidos. Les aviso que las imágenes pueden herir la sensibilidad. Por cierto, quedamos a la espera de la rueda de prensa oficial para conocer si la muerte del anciano Antonio C. G. guarda relación con estos hechos.

Laura dio paso con un gesto al video y el piloto sobre la cámara volvió al color rojo. A su derecha, la madre de Dani se deshacía entre lágrimas, gritando desesperada por poder ver a su hijo; un guardiacivil le impedía bajar al zulo. La reportera no sabía si había prestado atención a sus palabras durante la emisión. Esperaba que la mujer no se hubiera enterado de la muerte de su marido a través

de ella.

—¿Qué será de ellos ahora? —preguntó a Marcos cuando este se acercó para abrazarla.

—El chico quedará marcado de por vida, tanto física como mentalmente. Ya viste lo que un cautiverio y un trato tan inhumanos hicieron con la mente de Miriam. E Irene ha recuperado a su hijo, pero ha perdido a su marido; ahora tendrá que enfrentarse a lo que se filtre a los medios, ya sabes lo que pasa en sitios pequeños. Y tendrá que vivir sabiendo que su marido era un monstruo.

—¿Crees que ella no sabía lo que Moisés había hecho?

—¿Quién sabe? La gente mira hacia otro lado cuando está enamorada. O quizás ella nunca supo cómo era su marido en realidad. Saber si era cómplice será una tarea dura que nos llevará muchas horas de interrogatorio.

—¿Sabes que por un momento dudé de Mimi, la esposa de David?

—Yo también, aunque mirándolo desde la distancia, ambas llegaron desde el norte hace pocos años, tenían un carácter similar, incluso vestían de forma diferente al resto de mujeres de la aldea.

—¿Y cómo supiste...?

—Horacio fue la clave. Sin ese nombre, sin tu descubrimiento en el cementerio, no habríamos resuelto el caso a tiempo. Miriam llevaba a menudo flores frescas a la lápida de quien la encontró en el camino y la llevó junto a sus padres. Tu capacidad para fijarte en esos detalles fue fundamental. Una vez que investigamos su nombre, descubrimos que aparecía en un parte de la Guardia Civil de hace veinte años, la documentación solo esclarecía que Horacio había encontrado a la niña, pero también que los agentes tuvieron que cerrar el caso cuando la familia desapareció llevándose a la pequeña Rocío con ellos. Los buscaron por la provincia durante meses y emitieron incluso una orden de búsqueda a nivel nacional, pero desaparecieron igualmente. Horacio no tiene familia en la provincia que pueda llevarle flores o limpiar su lápida, y la edad de Miriam concuerda con la que tendría la pequeña Rocío hoy en día, así que ¿quién sino ella llevaría las flores? Teniendo un móvil: la venganza, lo demás era averiguar si disponía de un terreno o casa en la aldea al margen de su propia vivienda.

—Pobre mujer, pobre niña. No imagino lo que tuvo que sufrir, ni sabría decirte lo que hubiera hecho yo en su lugar...

Marcos no respondió, permaneció callado ante esa idea. ¿Qué no habría hecho él mismo si la niña fuera su hija? ¿Querría traer un hijo a un mundo como este?

—Estoy embarazada.

Susana no había esperado ni a dar las buenas noches a su marido. En cuanto este entró por la puerta de casa, lo abordó con un fuerte abrazo que no fue ni la mitad de demoledor para él que la noticia que acababa de soltar.

—¿Cómo? —preguntó Ángel, aún confuso y cansado. Eran las dos de la madrugada cuando regresaba del cuartel, donde había redactado un informe preliminar sobre la resolución del caso. Tardó en asimilar aquellas dos simples palabras, pero, cuando por fin fue consciente de lo que implicaban, rompió a llorar abrazando con fuerza a su mujer. Ya no pensaba en el cansancio, en el calor, en el día y la noche de perros que acababa de sufrir, ni siquiera en la necesidad de una ducha urgente. Había olvidado incluso las escenas dantescas que contempló en el zulo.

Se sentaron en el sofá del salón y conversaron sobre el que sería su futuro inminente, entre caricias y besos, y no quisieron separarse el uno del otro ni cuando Ángel tuvo que darse una ducha antes de ir a la cama, casi al amanecer, y descansar por fin tras tantas emociones.

4 de abril de 2010

Hacía un frío aterrador aquella mañana de primavera en Santander, mal presagio; ella se bajó del coche y cruzó sobre su pecho las solapas del abrigo al tiempo que respiraba el aire húmedo que llegaba desde el cercano puerto. Caminó junto a su marido no más de treinta metros y entraron en el número catorce de la avenida Reina Victoria, la clínica IVI. Dentro la calefacción hizo arder sus mejillas, el ambientador dispensaba un agradable aroma a azahar. Esperaron en silencio unos veinte minutos en una sala pintada y amueblada por completo de color blanco, con fotos de bebés y madres muy jóvenes y felices por todas las paredes. Los sillones eran cómodos y multitud de revistas del corazón y de pediatría se apilaban por doquier sobre las mesitas de las esquinas. A continuación pasaron, con ilusión y esperanza mermadas por visitas anteriores a lugares de idéntico aspecto y olor, a conocer los resultados de sus análisis. Se entrelazaron las manos tras sentarse, aunque la expresión lúgubre de la doctora, al otro lado de la mesa, no auguraba buenas noticias.

—Hemos realizado todo tipo de pruebas —comenzó en un tono bajo de voz —, tanto de compatibilidad entre ambos como de capacidad de desarrollo de un embrión en su matriz. Los resultados no son completamente definitivos, quizá con más pruebas y aumentando el tratamiento de fertilidad... —Sin duda se trataba de un discurso aprendido a fuerza de repetirlo varias veces cada día.

Miriam soltó la mano de su marido, aunque este trató de impedirlo con fuerza. Temblaba, pero no de miedo, era ira, impotencia, decepción. Abandono. Aquel era su enésimo intento por conseguir que la ciencia ayudase a la naturaleza, a Dios, en su deseo de concebir vida en su interior.

—...los tratamientos de fertilidad han evolucionado mucho en los últimos años y no se descarta que puedan conseguir alumbrar por fin. Eso sería maravilloso, ¿verdad? Aunque tendríamos que hablar del nuevo presupuesto, claro.

Miriam miraba a la doctora con deseos de abalanzarse sobre ella y borrar esa estúpida sonrisa avariciosa de su rostro a puñetazos.

—Estoy desahuciada —susurró.

—Por dios, no diga eso.

—Claro que sí. Ya son más de diez clínicas sin resultados positivos. Nunca podremos tener un hijo.

—Bueno... la cosa está difícil, pero...

—Nada de peros ni de difícil. No es no; así que no trate de engañarnos como han hecho sus colegas antes. No soy estúpida, sé que nada puede crecer sobre un páramo esterilizado a la fuerza. Cuando era pequeña, un monstruo me dejó embarazada, mis padres y los médicos decidieron provocar un aborto. Aquello fue una carnicería que me destrozó por dentro.

—No sé de lo que habla. No tenemos información sobre lo que me cuenta, pero le garantizamos que podemos darle esperanzas en más de un cuarenta por ciento si aumentamos el tratamiento de...

—Ahórreselo, no gastaremos un euro más. Buenos días.

La sensación de frío era mucho mayor al salir del centro climatizado, o al menos eso pensó Miriam mientras regresaba al coche seguida en silencio por Manuel. Aquel era el último cartucho en la recámara. No había solución.

Entraron en el vehículo y ella se desabotonó el abrigo, parecía entera, fuerte, decidida. Era la Miriam que temía Manuel, la que no dudaba en castigarle si lo merecía, la que tenía ideas que le asustaban.

—Si no puedo tener hijos, él tampoco los tendrá —dijo antes de que su marido arrancase el motor.

—¿De qué hablas?

—Del monstruo, si yo no puedo tener hijos, él tampoco los tendrá.

—Pero...

—Calla y conduce.

19 de agosto de 2018

Habían pasado cuatro días desde la noche en que liberaron al adolescente de su cautiverio y Ángel estaba sentado ante el escritorio de su despacho por última vez antes de empezar sus vacaciones. Vestía de paisano y ultimaba los detalles de su permiso, además de designar a su sucesor al mando durante la ausencia y dejar claro que el ritmo de trabajo no podía descender o abriría expedientes a los agentes que se tomasen «libertades». No toleraría que fueran impuntuales, mucho menos que faltasen al trabajo y que desatendieran las denuncias de los vecinos. También dejó su número personal de móvil por si surgía una urgencia.

Al terminar todo lo que tenía que hacer, apagó el ordenador y se reclinó en el sillón. Cruzó las manos tras la nuca, suspiró hondo y recordó el primer día que tomó contacto con el que era su actual despacho. Fue durante el caso de los crímenes de niños que sacudió su pueblo en noviembre del pasado año. Antes lo había ocupado Matías. Ángel había experimentado muchas situaciones dolorosas a sus treinta años, demasiadas, pero el rostro de la viuda de Matías mientras bajaban el ataúd a su tumba dos días antes en el cementerio del pueblo sería de las que nunca olvidaría.

El caso que acababa de cerrar le había dejado claro que el amor por una pareja acaba abriéndose paso entre quienes menos se pudiera pensar. Y también lo pensaba por el que sentía y seguía sintiendo la viuda de Moisés, un despiadado torturador, violador y pederasta que, además, la había engañado con otra durante diez años. El anterior sargento de la civil era un perdedor, un vago, machista, racista y oportunista, pero también había dejado un vacío en el alma de su esposa que nada ni nadie podría volver a llenar. Y es que el amor tiende a ser más caprichoso de lo que uno podría pensar, y la vida no se puede soportar con todos los recuerdos que se acumulan en la mente si esta no decide olvidar aquellos que no aportan felicidad.

Cuánto había cambiado su vida en tan poco tiempo... Ayer era un chico despreocupado por todo lo que no fuera aprobar las oposiciones a la Guardia Civil o salir a tomar algo con la que era su novia desde el instituto. En la actualidad estaba al mando del cuartel y esperaba un hijo de quien ya era su esposa. Ayer su mente era una esponja que absorbía todas las experiencias

divertidas que vivía y ahora debía aislarse de sufrimientos, crímenes, testigos y familiares de fallecidos, pesadillas que se empeñaban en perseguirle cada noche, protagonizadas por un sinnúmero de grotescas criaturas esforzándose en no permitirle descansar. ¿Sería capaz de aislarse lo suficiente de su trabajo como para ser el padre atento, presente y cariñoso que deseaba ser para su futuro hijo? ¿Y si acababa por convertirse en su predecesor? No consideraba a Matías, por muy buen esposo que lo viese su mujer, como el padre del año. ¿Y si su final acabase siendo el mismo? Dejar a un hijo huérfano al cargo de una plañidera viuda no era su idea de ser el padre del año.

Quiso apartar aquellos pensamientos y el resultado no fue mucho mejor, ya que, en su lugar, aparecieron los vividos en su viaje la mañana anterior a la capital para visitar al chico que habían liberado. Marcos le llamó por teléfono para decirle que el chaval ya era consciente y, aunque con tacto, podrían hacerle algunas preguntas. Aquello no podía dejarlo escapar, así que se personó allí media hora antes que el inspector.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Marcos a Dani, que mostraba el cuerpo cosido al golpes y una extrema delgadez preocupante.

—Como si me hubiese tocado la lotería —susurró.

Ángel miró a Marcos, dando por hecho que los dos habrían esperado una respuesta más del estilo: «como si me hubiese pasado un camión por encima».

—¿Recuerdas algo de lo que te ha pasado?

—Claro, lo recuerdo todo.

—¿Sabes quién te ha hecho todo esto?

—Eran dos, él me daba con la manguera para limpiar mis... ya sabe, estaba atado a una silla constantemente. Luego me daba de comer, siempre purés o sopas. Por último, llegaba ella y... —se le quebró la voz al recordarlo y una lágrima recorrió su huesuda y maltrecha mejilla— me golpeaba hasta que perdía el conocimiento.

—¿Sabes por qué lo hacían?

El chico dudó durante unos segundos, miró a su alrededor hasta dar con su madre, esta asintió con pesar y él respondió.

—La mujer me lo dijo el último día, pero yo no quería creerlo, no podía...

—Debe de ser muy duro oír cosas como esas de un padre, y más aún certificar que es verdad.

El chico comenzó a llorar, como si conocer lo que había sido capaz de hacer su padre fuera más doloroso para él que lo sufrido durante el cautiverio y las torturas a las que había sido sometido.

Marcos y Ángel hicieron varias preguntas más, sobre todo relacionadas con

su estancia en el zulo, el trato recibido, las conversaciones mantenidas con sus captores y con Matías, así como todo lo que recordase del momento en que fue abordado por Miriam y su marido.

Ángel recordaba con pesar el aspecto del chico. En aquel momento pensó que nunca querría ver a su futuro hijo o hija en una situación como aquella; y no solo se refería al físico, el semblante derrotado, la mirada perdida, el rencor tras las palabras, el velo de demencia que levitaba a su alrededor... Aquel niño había sido destruido en todas sus dimensiones, y no era justo que pagase por los pecados o errores de su padre. ¿En qué mundo vivía? No podía creer que fuera en uno en el que despiadados enfermos hacían lo que deseaban con una niña pequeña y luego terceras personas debían pagar por el daño. Pero así había ocurrido, la realidad se había impuesto y mostrado lo que nadie desea ver ni oír.

La mención al mérito que recibiría a la vuelta de las vacaciones, así como ese periodo de descanso, no dejarían atrás o le harían olvidar sus miedos y preocupaciones, pero al menos contaría con la ayuda de Susana, con su apoyo y consejo. Su mujer era su puntal y lo sería también de la familia que pronto aumentaría; ella se encargará de todo, de dirigir el crecimiento y educación del bebé, de ayudarle en su enfoque del trabajo, de organizar toda la vida que le quedaba por delante. Confiaba en ella más que en sí mismo, ya que era la única que sabía que nunca le defraudaría.

Con Susana a su lado, nada malo podría pasar.

Ni lo que le habían dicho sus médicos, ni sus amigas ni lo que había leído en libros y por internet se acercaba a describir las sensaciones que experimentaba en ese momento con su hija entre los brazos. Tanto la parte negativa: el dolor sufrido, que aún no había remitido del todo, como la positiva: la magia de ver a un pedazo de sí misma moviéndose, llena de vida y en busca de alimento, estaban años luz por encima de las expectativas. Después del esfuerzo y de pasar una hora llorando, maravillada con su hija en brazos y dándole el pecho por primera vez, no deseó más que la dejaran a solas descansando mientras la niña dormía. Incluso su madre y Fran estaban de más en algunos momentos en los que necesitaba la intimidad más absoluta para comprobar que no había perdido el fuerte vínculo que sentía con ella cuando estaban conectadas a través del cordón umbilical.

No sentía mucho dolor en ese momento, aunque no habían pasado ni veinticuatro horas desde el parto y los médicos la avisaron de que podría sentir

un eco en el estómago, causándole náuseas o vómitos, el interior de su cuerpo debía moverse para adaptarse de nuevo a su situación inicial. Tantas emociones juntas y su fortaleza interior habían podido con las previsiones médicas y dos horas atrás había conseguido dar su primer paseo por la planta del hospital, apoyada en el brazo de su madre y tras asegurarse de que la pequeña dormía profundamente en la cuna.

¡Podía ver sus pies al caminar! Algo tan absurdo resultaba maravilloso a través de sus ojos. El cansancio por el parto y la escasa e insulsa comida que le habían servido no ocultaban la sensación de agilidad en su cuerpo. Pronto estaría entrenando en el gimnasio. Llevaba meses con el antojo de levantar pesas o hacer guantes, se acabaron los chocolates, la freidora y las cenas copiosas, tan solo quería sudar unas horas entre risas, anécdotas graciosas del trabajo o chistes verdes junto a los compañeros.

Se había despertado esa mañana temprano para dar la primera toma del día a la pequeña y luego desayunar; una media hora después se encontró rodeada de ruidosos amigos, pero no se quejaría, al contrario, se sentía muy feliz por su visita, y por el detalle de venir todos a la vez y así hacerse menos pesado el compromiso. Paco presumía de cómo la pequeña se parecía un poco a él, calvo y con barriga, los demás reían. Irene y Maite le habían regalado un surtido completo de embutidos y ya había abierto el paquete de jamón serrano, que comía a dos carrillos. Marcos un gran oso de peluche. David un kit de maquillaje para niñas pequeñas, que no hizo mucha gracia a Fran. Nuria un par de conjuntos de ropa de bebé y Paco una suscripción como socia del Recreativo de Huelva. El suave y respetuoso murmullo inicial había dado paso en pocos minutos a un ambiente más cercano al que vivían a diario en la comisaría, por lo que una enfermera tuvo que entrar a pedir silencio y regañarles como si fuesen niños pequeños.

—Dale un trozo de jamón a la niña. A mi me dieron jamón desde que nací y aquí estoy, hecho un toro —dijo el comisario—. El jamón endurece y te da carácter, mirad que barba más recia me sale desde entonces.

—Estaría preciosa la niña con tu barba, Paco —bromeó David.

—Callaos o vendrá la enfermera de nuevo, sois como niños —ponía orden Irene.

—Felicidades Cristina —añadió Marcos.

—Ya me has felicitado antes, gracias de todas formas.

—Te lo decía por el ascenso, futura subinspectora. Con una resolución tan rápida y sin bajas en un caso de esa dificultad, los de arriba no pasarán por alto la oportunidad de salir de nuevo en la prensa y televisión colocándote una medalla y otorgándote un ascenso.

—Entonces, felicidades para vosotros también. Lo del caso de la aldea ha sido increíble. No sé cómo tuvisteis valor de entrar en ese zulo sin chaleco antibalas ni saber lo que encontraríais dentro.

—No llevábamos chalecos, pero Marcos se colocó la puerta del zulo ante el pecho a modo de escudo como si fuera Don Quijote —apuntó entre risas David.

—No sé qué te hace tanta gracia, ya que eso te coloca a ti como Sancho Panza —añadió Irene. Todos rompieron a reír, menos David, que se recreaba imaginándose a sí mismo con una enorme barriga y montado en una mula siguiendo los pasos de Don Alonso Quijano Navarro.

—Gracias a todos por venir, amigos. Me siento una privilegiada por teneros como compañeros de trabajo, no sabéis hasta qué punto...

—El placer es nuestro, y ahora nos marchamos para que puedas descansar o para que vuelvan a entrar tus padres, que estarán desesperados por volver a ver a su nietecita.

El grupo salió despacio y en silencio por la puerta de la habitación. La última fue Nuria, que aún arrastraba el semblante apesadumbrado por haber terminado su relación con Inma. Ya habían hablado por teléfono horas antes y Cristina, que era la única que conocía por el momento la noticia, le había dicho que no se preocupase, que encontraría a la persona adecuada antes de lo que imaginaba, alguien que la valorase y respetase como ella merecía. Tenían pendiente una charla más en profundidad, pero eso esperaría unos días más.

La habitación parecía enorme cuando sus compañeros la dejaron a solas con la pequeña, aunque sabía que esa sensación solo duraría unos pocos minutos. Al menos le quedaba el consuelo de la noche, en que podría dormir en paz, o lo que la niña se lo permitiese, y el día siguiente recibiría el alta y regresaría a casa, donde pensaba colocar a Fran en la puerta con todo el equipo de antidisturbios para impedir que nadie profanase su templo de tranquilidad.

La luz de la mañana entraba por la ventana y anunciaba un día largo y caluroso, pero ella ya no tendría que sufrirlo con siete kilos de sobrepeso bajo un rígido uniforme azul marino. Claro que... por unas horas, quizá dos o tres nada más, no estaría mal volver a pisarle el acelerador al coche patrulla con la sirena y la luz encendidas por las calles del centro. Menudos meses la esperaban, debatiéndose entre cuidar a su frágil pequeña y el deseo por volver a la acción. Por lo pronto, se había descargado una serie de vídeos de Youtube en los que una madre hacía ejercicios en la compañía de su bebé, flexiones, abdominales, planchas, etc. En cuanto se pasasen sus dolores de tripa y recuperase algo de fuerza... ¡Qué ganas!

Casi no lo reconocía, estaba tan delgado, tan pálido, tan castigado por los golpes y las cicatrices... Solo su sexto sentido de madre le aseguraba que tenía ante sí a su pequeño, a su precioso ángel. No había parado de llorar desde que se montó en la ambulancia junto a él cuatro días antes, como tampoco había podido dormir ni ingerir más alimento que alguna sopa o zumo de vez en cuando. Notaba cómo su ropa se le había quedado varias tallas más grande en solo cuatro días.

Lo único positivo era que Dani parecía recuperarse a buen ritmo, había abierto los ojos dos días antes, Pero no había dicho media palabra ni reaccionado a ningún estímulo, salvo estar con la mirada perdida en algún punto del infinito o de los recuerdos que aún debían atormentarlo. La mañana anterior ya logró musitar algunas frases coherentes y parecía recuperar del todo la conciencia y la memoria; entonces llegaron los policías y le hicieron aquellas preguntas tan horribles. A veces lloraba y ella le secaba con mimo las lágrimas, procurando no hacerle daño en la herida que cicatrizaba en su mejilla derecha. Otras veces permanecía dormido durante tanto tiempo que Irene se asustaba pensando que hubiese entrado en coma, por lo que llamaba constantemente a las enfermeras. Querría poder alimentarlo como cuando era un niño pequeño, dándole cucharadas con paciencia, pero aún estaba conectado al suero, y esa porquería líquida no haría que se repusiera de su debilidad, necesitaba alimento de verdad. Quería volver a verlo sano y fuerte. Mataría por contemplarlo dando una vuelta con su moto, con su precioso pelo al viento y observando cómo las niñas babeaban al verlo pasar; a su bebé, a su pequeño ángel.

Luego llegaban las noches... Las noches eran lo peor, y no por lo incómodo del sofá cama de la habitación, se acostaría sobre clavos y cristales rotos antes de separarse de nuevo de él. Lograba dormir una hora u hora y media seguidas, como mucho, cuando se lo permitían las pesadillas que la acosaban incluso despierta.

El distanciamiento con Moisés de los últimos años la había sumido en una espiral de cruel soledad, solo mitigada por la presencia y el amor por su pequeño. Logró, no sin esfuerzo, acostumbrarse a pasar días y semanas casi sin mediar palabra con su marido; acabando por aceptar que aquel sería su mundo para el resto de sus días. Entonces, ¿qué le sucedía en esos momentos? Volvía a estar sola con su Dani, pero percibía un desamparo absoluto, se sentía sola por primera vez en su vida, y no por el estado de su hijo, se trataba de Moisés.

Cuando le contaron todo lo ocurrido en aquel agujero infernal, su mente actuó rápido y colocó los filtros adecuados para asimilar unas cosas mejor que otras, aparte de desechar las que su mente no podría soportar sin quebrarse en

mil pedazos. Su mundo se vendría abajo si pensase durante un solo instante en las barbaridades que contaban de su difunto marido. Moisés no podía haber sido el responsable de semejantes hechos, por muy seguros que parecieran los policías al narrarlas. ¿Qué significaban todas aquellas preguntas extrañas que le hicieron sobre la actitud y costumbres de su marido? ¿Cómo iba ella a saber que...? Pero si esas barbaridades no podían ser ciertas. No podían... no.

El mundo se vino abajo en cuanto le comunicaron que Moisés había sido el responsable de lo que había sufrido su pequeño, aunque no lo quiso creer ni cuando le aseguraron que lo había confesado a la policía antes de morir a escasos metros de donde su propio hijo había sido torturado. ¿Cómo podía ser verdad? Llevaba más de diecisiete años con él, ¿cómo no se iba a dar cuenta de algo así? ¿Cómo iba a ser su marido un despiadado pederasta y torturador sin que ella lo sospechase? ¿Había hecho realmente todas esas barbaridades a una niña pequeña?

Siempre se le habían ido los ojos detrás de las jovencitas, no podía disimularlo ni siquiera en su presencia, las falditas cortas y las piernas delgadas eran su debilidad. Ella misma era casi una niña cuando él, ya un hombre, se enamoró y le pidió matrimonio. La otra, Sara (sentía una punzada en el estómago cada vez que pensaba en ella), era aún más joven y aniñada, claro que una niña de doce años... eso no, no podía ser cierto.

El amor que seguía sintiendo por él conseguía velar la imagen de monstruo que se estaba formando en su mente tras la nueva información. A pesar de ser el posible culpable del estado de su hijo, de haberla engañado con otra durante diez años y de las barbaridades que, al parecer, había realizado, no podía evitar seguir sintiendo el mismo cariño y amor que brotaron los primeros días de su relación. Y a partir de este momento debía conformarse con estar a su lado solo cuando visitase su tumba en el cementerio. Definitivamente se hundiría al verse sola en casa.

No pasaba por su cabeza el juzgar los actos de Moisés, eso correspondía a un juez y a Dios. Ella se limitaba a pensar qué sería de su vida y de la de Dani tras aquello. Sobre todo de la del niño. Debió de ser un infierno sufrir aquellas torturas físicas sabiendo que el responsable de todo era su propio padre. Su niño pequeño... ¿Se recuperaría mentalmente algún día?

Su niño pequeño...

Isabel colocó la cafetera y un cartón de leche desnatada sobre la mesa, al lado de las tazas, cubiertos, azucarero y unas pastas que había comprado en el

supermercado. Elena la observaba en silencio, ella tampoco se había recuperado del palo que supuso la información sobre su amiga Miriam y su vecino de toda la vida, Moisés. Cuando Isabel se sentó a la mesa, aún permanecieron unos minutos observando el paisaje de encinas que se extendía frente al patio de la casa; a la izquierda se podía apreciar parte de la finca donde Dani había permanecido casi diez días encerrado. Un escalofrío recorrió la espalda y cuello de Elena, entonces Isa rompió el hielo.

—No será igual, ningún verano será igual desde ahora.

Otro minuto de silencio. Elena dio un sorbo al café y añadió:

—Se olvidará, ya lo verás, con el tiempo se olvidará.

—¿Cómo podría olvidarse algo así?

—Ya se hizo. Cuando éramos pequeñas. Hemos olvidado el verano en que desapareció Rocío, incluso la olvidamos a ella. Ni siquiera reconocimos a la que fue nuestra amiga los veranos y fines de semana cuando regresó hace dos años convertida en Miriam.

Pensar en lo que pudo padecer Miriam en las manos de aquel vecino que todos tenían por honorable hizo que comprendiesen la actitud de sus padres, enterrando aquel pequeño trozo de pasado en lo más profundo de su memoria para aislarlo de sus hijos. No con la intención de fingir que no había sucedido, sino con el ingenuo deseo de que jamás volviera a repetirse. Aquello explicaba que tantas familias vendieran sus casas y no regresasen a la aldea nunca más. El miedo a un monstruo que nunca fue capturado se convirtió lentamente, con el paso de dos décadas, en un recuerdo lejano y casi olvidado.

—Y pensar en lo que le hicieron al pobre Antonio. No comprendo aún cómo de perturbado tienes que estar para entrar a hurtadillas en una casa y matar a un anciano inocente a palos.

—No creo que podamos saber nunca lo que pasaba por la cabeza de Miriam. Pero debemos pensar que sus actos podrían estar justificados si la infancia que padeció destruyó por completo su mente. ¿Qué habiéramos hecho nosotras en su lugar? ¿Qué haríamos si alguien se llevase a una hija nuestra para...? Ya sabes.

No hacía falta responder. Las dos pensaban igual. La línea entre lo justo e injusto, entre lo legal e ilegal, entre lo que se debe y lo que se puede hacer, quedaba muy difusa cuando se vivía en primera persona una experiencia tan intensa y negativa como la que tuvo que sufrir aquella niña tan pequeña.

—Estos días he estado dando vueltas a la cabeza sobre una cosa. Podíamos haber sido tú o yo, en lugar de Roc... de Miriam.

—Peor, pudo haber sido mi hija Leyre. Cuando era más pequeña, pasaba las tardes con Dani en su casa.

—¡Dios!

—He hablado con ella, aún no puede creerse lo que ha sucedido. Ni lo de Dani ni lo de su padre hace veinte años. Ella recuerda muchos momentos jugando en el patio de su casa, bañándose en la piscina y merendando. Se bañaban desnudos, Elena... desnudos.

—Joder. Espero que...

—No, Leyre dice que Moisés nunca fue más allá de sentarla en sus rodillas, pero solo de pensarlo me dan escalofríos.

—Y un asco tremendo.

Isabel asintió con la mirada.

—No creo que regresen nunca más a la aldea, ya saben cómo funcionan aquí las cosas. Nadie creerá a Irene por mucho que asegure que no sabía nada de lo que había hecho Moisés. Y el niño, el pobre Dani..., ningún chico querrá tenerle cerca después de saber lo que hizo su padre, y no se fiarán por si se ha perturbado como Miriam.

—Pobre chica, y nosotras sin saber nada, sin reconocerla siquiera. —Elena parecía tener frío a pesar de que la mañana era cálida como las anteriores.

—Y parecía una más, se comportaba como una de nosotras, salvando que siempre estaba pachucha o alicaída algunos días. ¿Quién hubiera dicho que estaba tan trastornada?

—Qué mundo estamos dejando a nuestros hijos...

—Es lo que tiene la insensibilidad, a nadie parece importarles nada. Solo se preocupan de lo suyo, de que no les salpique la mierda de otros, de hacer sus vidas llevaderas y seguir hacia adelante. Ni siquiera se han suspendido las fiestas de verano, y son en unos pocos días.

—Marcos y Laura no saben si vendrán, tal vez piensan que no es apropiado. Quizá estén en lo cierto y todos deberíamos marcharnos a casa ese fin de semana para mostrar la sensibilidad que no está teniendo el alcalde. Aunque, ¿quién sabe? Lo mismo y se presentan a última hora en casa y montamos una buena fiesta para agradecer que todo ha salido bien, que seguimos aquí y que la vida continúa. No lo descarto, no sabes el gusto que le han cogido al dormitorio que era de mi abuela.

—Sí, claro, algo de eso había oído...

Sabía que Marcos estaría en el hospital despidiéndose de sus compañeros antes de las vacaciones, aprovechando para visitar a una de ellas que acababa de tener un bebé. Laura no se encontraba muy lejos de allí y fue a su encuentro.

Lo encontró en la cafetería.

—Espero que haya quedado alguien en la comisaría, no sería muy apropiado que se cometiese un delito en estos momentos, ¿verdad?

Los policías se levantaron para recibirla.

—Tómame algo, estamos de celebración —invitó Paco.

—¿Se celebra una boda? Pareces el padrino, Paco.

—Mira qué confianzas se toma la reportera más dicharachera, y eso que aún no hemos hablado sobre lo de colarse en el zulo sin permiso... Pero eso será otro día. Venga, en serio, te pediré una cerveza.

—Ja, ja, ja. No gracias, solo venía a veros, además de pedirnos prestado al inspector Navarro unos minutos.

—¿Inspector Navarro? Apuesto a que es así cómo se dirige a ti en los momentos de intimidad. —David reía a carcajadas—. Ponte el uniforme, señor inspector, con la porra incluida. Ja, ja, ja.

—Joder, David, vas a tener quince años toda la vida —respondió Marcos.

Todos reían.

—Pero no lo habéis negado, reconocedlo... ¿eh? Nadie discute al gran David Sobrá, el Doctor Amor.

Marcos y Laura se habían apartado unos metros y ya no prestaban atención a las palabras de David.

—¿Ha ocurrido algo? Te noto nerviosa.

—Hoy me han notificado la cancelación definitiva del programa. Los buenos datos de audiencia del último caso no han servido de nada. Haré una intervención en plató esta noche en Sevilla para un programa resumen sobre el secuestro y asesinato, pero será la última vez que tenga que correr tras un delito.

—Lo siento, es una lástima porque es un trabajo que se te da muy bien.

—Ya, pero Huelva... Andalucía no es Nueva York, aquí no pasan cosas tan impactantes.

—Por suerte.

—Claro, eso no se duda.

—¿Y cómo estás?

Laura se encogió de hombros y suspiró hondo.

—Pues mejor de lo que imaginaba. Si te soy sincera, solo me preocupa la reducción de sueldo. Ahora no podremos pagar el alquiler del piso, con la ilusión que me hacía vivir allí. Ha sido nuestro primer hogar y es tan grande y bonito...

—Seremos felices en cualquier otro piso.

—Sí, eso lo sé.

—Tenías tantas ganas de triunfar con el proyecto. Espero que no te arrepientas de tus decisiones por seguir con la relación.

—No te imaginas lo equivocado que estás al dudarlo. Soy más feliz que

nunca. Volveré al programa Andalucía Directo, pero ahora con más ganas que nunca. No debí dejarme llevar por la obsesión de progresar en mi carrera, menos aún descuidando todos los demás aspectos personales y familiares que son igual de importantes. Esos años pasados me sentía vacía, y pensaba que era por culpa de no seguir ascendiendo, pero el problema estaba en la falta de equilibrio, no tenía nada al margen del trabajo. Está bien tener metas y perseguirlas, pero con un fin claro, no por ansia de triunfo a secas. La ceguera que me produjo aquella obcecación provocó que me adentrara en una vía muerta, en un camino que no me ha llevado a ninguna parte. La felicidad se encuentra en el equilibrio, en tener aquello que te llena en todas tus facetas, como lo tengo ahora. —Sonrió y acarició la cara de Marcos.

—Me alegra que seas feliz, y más aún ser responsable de parte de ello.

—Más que responsable, eres quien me ha abierto los ojos, por eso ahora quiero dar un paso más.

—No te comprendo. ¿Qué quieres hacer?

—¿No es evidente? —Lo miraba con una sonrisa maliciosa y divertida a la vez.

—Debo de estar muy espeso, porque no te entiendo.

—El bebé, tonto; quiero que tengamos un hijo. Cumpliré treinta en un mes y es un buen momento para los dos.

Marcos no sabía qué decir, no podría abrir más la boca. No habría apostado un céntimo por esa respuesta, pero se alegró tanto por el deseo de ella de avanzar en la relación que la besó con intensidad. Su vida progresaba y no podía sentirse más feliz.

—Espera —la apartó hasta tener su cara a un centímetro de la suya, ¿no deberíamos casarnos primero?

—No seas antiguo, eso ya no se lleva.

La reportera debía volver a casa y prepararse para esa última conexión, y antes de partir hacia Sevilla, también dejar listas las maletas. A la mañana siguiente se marchaba diez días a la costa con Marcos. Unas merecidas vacaciones en las que tenía pensado practicar a diario para lograr ese nuevo objetivo personal que se había marcado. Se sentía más dichosa que nunca y la sonrisa de su rostro lo reflejaba mientras se despedía de los policías.

—Navarro, ya nos contarás el secreto para tener a tu novia así de sonriente —dijo Nuria.

—Pues ya te lo digo yo —irrumpió el comisario—, que llevan menos de un año juntos. Vente a mi casa y echa un vistazo a mi mujer. Más de treinta años de matrimonio, ahí es nada... Ya verás lo sonriente que me recibe cada vez que

llego de la comisaría.

—Venga, chicos. No empecéis con las bromas, que no tengo los ánimos estos días para aguantarlas. —Marcos necesitaba distanciarse del trabajo una temporada para olvidar lo sucedido en la aldea.

—¿Aún sigues dándole vueltas al caso, Navarro? Ya debiste desconectar.

—No es tan sencillo, no se trataba de una criminal común. Esa chica sufrió un infierno siendo una niña pequeña, tenía todo el derecho del mundo a cobrarse su venganza, aunque esté mal que yo lo diga y ella se equivocase de objetivo; el chaval no tenía que pagar las miserias del padre.

—Aprende una cosa —Paco se puso muy serio y bajó la voz, aunque no había casi nadie en la cafetería del hospital a esa hora—, el trabajo no siempre es agradable de realizar, a veces detenemos a personas con motivaciones lícitas cometiendo delitos que deben ser castigados igualmente, pero no nos corresponde a nosotros juzgar los motivos de sus crímenes, solo detenerles. No pienses en las barbaridades que hizo el padre del chico, no se trata de juzgar al monstruo, sino de detener a una víctima que se ha convertido a su vez en verdugo contra un inocente. Hablamos de un crimen muy premeditado. Ese matrimonio tuvo dos años para cavar en secreto un sótano insonorizado bajo un terreno que compraron con tal fin. A saber los años que planearon minuciosamente su venganza. Incluso mataron a un pobre anciano solo por eliminar a un testigo, ¿y qué me dices del detective? Ese Matías era un capullo, pero no creo que mereciese morir.

—Ya, no tienes que decirme todo eso, yo también lo pienso. Simplemente, la chica vivió un infierno siendo una niña, luego ha cargado con ello durante toda su vida y pasará a una cárcel o institución mental hasta, quizá, el final de sus días. Una vida destrozada, aparte de la de sus padres, de su marido, que irá a la cárcel también, el anciano y Matías asesinados, aparte del padre del chico, aunque ese sí se lo merecía, y por último el adolescente, que quedará marcado de por vida... Todo ello es responsabilidad directa de una persona, un malnacido que ha vivido veinte años como un rey, sin pagar consecuencias por todas las vidas que destrozó y las que le quedaban. Me parece que todo este sistema es una mierda, tanto trabajo para detener a semejantes salvajes y los jueces los castigan con unos pocos años en un centro lleno de comodidades que muchos mileuristas no disfrutaban. En el fondo me alegro de que la chica matase a su verdugo.

—Entonces deja la policía y entra en la política, ya que son ellos los que cambian las leyes.

El resto de policías, además de Irene y Maite, habían seguido la conversación en silencio, siendo todos conscientes de que tanto Marcos como Paco tenían

razón en sus exposiciones. La única opción que tenían para cambiar el mundo a mejor pasaba por hacer sus trabajos de la forma más eficiente.

La luz es oscuridad, o quizá penumbra, quién sabe.

Las nubes van y vienen, cada ojo puede verlas, cada uno debe hacerlo porque los ojos son así.

Ya no queda nada para el ocaso.

El monstruo blanco llena de luz mi interior, es la única vez que tiene luz, la única, la única, la única, la única, la única.

Su espada lo rompió todo por dentro. Se aseguró de que nada más volviera a crecer en mí.

Ahora vienen los otros, me agarran, me pinchan. Todo se hace de noche, luego de día, luego de noche. No quiero estar aquí, no quiero, no quiero, no quiero. Lo grito, lo suplico, lo digo, lo susurro. Parece que nadie lo oye. ¿Adónde se han ido las nubes?

El monstruo negro nace en mi interior, sale de mí, pero no alberga luz, solo protege desde dentro. Es una madre y una hija a la vez.

Picor en la piel, arañazos en el interior, el monstruo negro no hace nada, solo observa y llora ante mi desdicha. Grito con todas mis fuerzas, nadie parece oírme.

De repente, todo tiembla alrededor y siento que caeré al vacío. Qué más da. El picor no se va.

Todos los días, todas las noches, toda la vida. ¿Cuánto llevo aquí? Nadie responde. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no me dejan marchar? Caigo al vacío y nadie parece ayudarme, guiarme en la oscuridad, solo veo al monstruo blanco. No, tras su muerte, la segunda ese día, nace de nuevo y lucha contra el monstruo negro otra vez. Y vuelve a morir. Eso parece. Mañana volverá a estar vivo.

Mi vientre se mueve, hay vida dentro. No, es solo una burla más, el monstruo blanco se ríe desde su tumba, él se llevó todo lo que había en mi interior. El se lo llevó todo. Todo. Todo. Todo. Todo.

—¿Cómo está la paciente esta mañana? —preguntó el doctor a una de sus enfermeras. Ambos observaban a Miriam a través de una pequeña ventana de cristal en la puerta de su habitación.

—Sedada, como siempre. Da la sensación de que habla sola.

—Eso es imposible, con 60 mg de Cipramil no debería ni ser consciente de

que sigue viva.

—Pues parece asimilarlo, quizá se sometió años atrás a un tratamiento similar y su cuerpo lo contrarresta como si estuviese vacunada.

—Entonces sube a 80 mg. Al menos hasta que hayan pasado dos semanas. Luego veremos cómo evoluciona.

Él se lo llevó todo, se llevó a mi bebé, el bebé que crecía en mi interior. El monstruo blanco lo engendró y luego lo mató. Solo un triste páramo baldío me espera en la vida.

¿Oigo una tormenta? La enfermera sonrío, y tras el pinchazo todo se hace más turbio.

El bebé me habla, me grita. Está enfadado. Luego muere desangrándose lentamente ante mi llanto. No te mueras, no me dejes sola.

Me gritan. Que salte al vacío. No quiero. Aún queda mucho por hacer.

Nadie me escucha.

El silencio de la tarde era una bendición, hacía casi una hora que se habían marchado los últimos amigos y familiares y por fin se había quedado a solas con su hija. Fran había bajado a comer a la cafetería mientras ella daba buena cuenta del insulso menú del hospital. Mataría por un salero.

La niña dormía en su cunita, acababa de darle el pecho y en la televisión daban el especial del caso que había cubierto su compañero Marcos en la aldea de El Pozuelo. Allí estaba Laura, más guapa que nunca, aparte de un presentador trajeado, maquillado y con manicura que parecía no haberse metido en el fango de una investigación en su vida. Ojalá algún día tuviera la oportunidad de conseguir un caso así de importante y mediático, se moría de ganas de verse en algo tan difícil porque, aunque todos le decían, claramente complacientes, que resolver el caso de los atracos había sido asombroso, no se acercaba ni de lejos al que acababa de resolver Navarro, y mucho menos al de los asesinatos en serie de niños de noviembre pasado. Aquello sí que fue increíble. Desde niña había soñado con resolver casos como los de las películas americanas, como El silencio de los corderos, Seven...

El teléfono móvil vibró sobre la mesita, qué pesados. Menudas horas para llamar...

Insistió una vez y otra más. Aquello no era lógico. Lo cogió por fin y vio el largo número de una centralita. Qué extraño.

—¿Sí? ¿Con quién hablo?

—Buenas noches, lamento molestar. ¿Hablo con Cristina Collado?

—Sí, soy yo, ¿qué ocurre? ¿Quién es?

—¿Conoce usted a Cristina Madoz?

—No, no sé de quién me habla. Debe haberse confundido.

—Ella nos dio su nombre y su teléfono.

—Disculpe, aún no me ha dicho quién es usted.

—Mi nombre es Daniel Segura, doctor Daniel Segura, la llamo desde el hospital Juan Ramón Jiménez. Esta tarde ha ingresado una chica que dio sus datos cuando se le preguntó por un familiar o amigo al que contactar.

«¡Dios mío! Con todo el lío del parto, llevo varios días sin llamarla, ¿cómo pude olvidarme cuando le debo a ella gran parte del mérito por la resolución del caso?».

Se incorporó en la cama con una energía que no sabía que aún tenía.

—Precisamente estoy en el mismo hospital, en la sección de maternidad. Disculpe, pero sí que la conozco. ¿Cómo se encuentra? ¿Ha ocurrido algo con su embarazo?

—Me temo que eso ya no debe preocuparlas a ella ni a usted. La chica entró en estado grave, había recibido muchos golpes, casi no podía hablar cuando dio sus datos para contactar. Hace unos minutos que ha fallecido, no hemos podido hacer nada por ella.

El móvil cayó sobre la cama, segundos después lo hicieron lágrimas en silencio, un llanto sin contención y cargado de culpa.

«¿Cómo voy a ocuparme de casos como los de Marcos si no soy capaz de acordarme de quienes más me necesitan?».

El llanto no la abandonó en toda la noche, la culpa no lo haría nunca.

* * *

3 de Agosto de 2017

—Espero que te haya gustado, lo fui a comprar con mi madre a una boutique de Sevilla y me dijo que era el vestido más bonito que había visto nunca.

Leyre lo ha sacado de la caja y se muere de ganas por probárselo. Está confeccionado con gasa en tonos coral y lleva un lazo para la cintura. Parece hecho para una princesa.

—Gracias, yo no me acordé de traerte nada. Lo siento. —No mira siquiera a

Dani, a pesar de que él no puede apartar los ojos de ella.

Dani ha estado contando los días que restaban para verla y darle su regalo de cumpleaños atrasado. No le importa lo más mínimo no recibir el suyo. Solo con ver la cara asombrada de su mejor amiga al recibir el vestido se siente pleno.

—¿Te lo pondrás en la fiesta? Me gustaría que lo llevarás.

—No sé si mi madre me dejará llevar un vestido tan corto. Pero claro que sí, ya la convenceré. Con él seré la más guapa de todas.

«Lo serías con cualquier vestido que te pusieras».

Leyre le da un beso en la mejilla y corre a su cuarto para probárselo, él enrojece hasta sentir que le explotará la cara. Luego se marcha corriendo a su casa, no quiere verla con el vestido aún. En su mente lo ha imaginado y planificado todo, y aún quedan muchos días para las fiestas.

Dani espera todo el mes al momento mágico en que ella aparezca por la calle, justo por el hueco que deja el escenario de la orquesta, llevando el vestido que hará realidad todos sus sueños. Aquello le dará confianza para decirle las palabras que ha ensayado ante el espejo durante dos años, una eternidad para un niño de quince.

La música suena muy fuerte, es música para viejos, para que sus padres bailen agarrados y se acuerden de cuando eran jóvenes. Cada canción tarda una eternidad, o es el tiempo, que pasa más despacio que nunca. Los demás chicos se han ido a la plaza sin pedirle que los acompañase, sigue siendo invisible para ellos. A Dani no le importa, no le importa ser invisible ante aquellos idiotas. Esperará el tiempo que sea necesario hasta que Leyre aparezca. No ha ido a buscarla a casa porque eso sería muy descarado, se moría de vergüenza solo con pensarlo. Ya será lo suficientemente complicado declararse cuando llegue el momento.

Se ha puesto un pantalón negro y un polo rojo de mangas cortas con los que su madre asegura que no se aprecia que está un poco gordito. También lleva dos meses sin probar una sola chocolatina para que desaparezcan de una vez los granos de su cara. Ricky Martin, su madre dice que ahora se parece a Ricky Martin cuando era joven y empezaba a cantar. Dani duda, ¿será un elogio o un insulto parecerse a un gay? Después de todo, quiere conquistar a una chica y no a un chico.

Dios, ¿cuánto va a tardar en aparecer? Su madre le trae un refresco pero él lo rechaza, lo último que necesita es tener gases o ganas de orinar cuando acompañe a Leyre a bailar o a pasar el rato con el resto de chicos. El resto de chicos, ¡ja! Si de él dependiera, se podrían ir todos a la mierda, no son más que una panda de niñatos superficiales que solo valoran fumar y beber a escondidas o meter mano a la chica que se deje. Por suerte, Leyre no es así. Ella es una

princesa, es una mujer de verdad, como su madre. Es lo que más aprecia de ella, que no ha perdido la inocencia, las ganas de hacer bombas en la piscina, de jugar con muñecas, de reír con la boca abierta mostrando la comida que mastica. No, Leyre es especial.

Se muere de hambre, lleva todo el día sin probar bocado por los nervios y ahora mataría por un bocadillo de jamón. «Tranquilo, Dani, no es momento de pensar en comida».

No es momento de...

¿Las bombillas que cuelgan del techo de la carpa han multiplicado su intensidad? ¿La orquesta ha bajado el volumen de la música y ahora tocan más despacio? ¿Qué es eso que vibra en su estómago? Sus sentidos han desaparecido y percibe cómo brota uno nuevo que antes desconocía, y que en estos momentos se deleita con cada paso que Leyre da hacia él a cámara lenta. ¿Será verdad que pueda haber algo tan bonito en el mundo? Casi ni puede respirar. ¿Es justo que él sea el único ser humano que pueda sentir aquella felicidad? El vestido no la hace más bella, es al contrario. Parece hecho a la medida de sus curvas, aún livianas, perfectas. Lleva un brillo en los labios a juego con el colorete y la sombra de ojos rosada, le gustaría averiguar su sabor. Pensar en besarla hace que se ruborice.

—Qué guapa estás, pareces una princesa. —Ni siquiera sabe cómo se ha atrevido a decir eso. Le tiemblan y sudan las manos.

Ella tiene los ojos llenos de estrellas, aún más brillantes que su sonrisa y que las bombillas del lugar. No responde al halago del chico, solo camina hacia la calleja, Leyre quiere que todos en la plaza la vean aparecer así de guapa. Dani no se atreve a decirle lo que tiene ensayado, a declararse, prefiere esperar a un momento más propicio. Tampoco la coge de la mano, se moriría de vergüenza si ella lo rechazara o si todos los que están en la verbena lo vieran. Se limita a seguirla en silencio.

La noche pasa más deprisa de lo que él había imaginado, a pesar de que nadie habla con él. No importa, verla tan bella y feliz ya supone un entretenimiento más que satisfactorio. Está sentado en los tres escalones, al final del todo, observando los juegos y risas de los demás. No, en realidad solo contempla a Leyre disfrutando de su noche. Nacho lleva un rato contándole algo que la hace reír mucho. Enfrente, en la fuente, Iván se besa desde hace un buen rato con Marta, nadie se extraña, han estado todo el verano uno detrás del otro. Aquello da fuerzas y ánimos a Dani, él lleva muchísimo más tiempo tras Leyre.

En cuanto ella termine de hablar con Nacho, se acercará para decirle que tiene que contarle algo importante. En su mente suena todo de un modo tan fácil y rápido que no tardan ni unos segundos en besarse y abrazarse como si no

quisieran que terminase el mes. Tantos años sintiendo aquella química que los une, por fin tendrá su recompensa. Su primer hijo se llamará Moisés, como su padre, o quizá tenga que ser Javier, como el padre de ella. Esos detalles ya los discutirán más adelante.

A pesar de no haber probado un solo refresco, los nervios hacen que tenga que visitar el cuarto de baño del bar antes de lo previsto. Se ha alejado del grupo en silencio y ahora observa su reflejo en el espejo sobre el lavabo. Aún conserva el pelo impecablemente planchado, igual que el peinado que le hizo su madre. Ensayo la mirada que dedicará a Leyre para llamar su atención y su declaración posterior, hasta que oye los golpes de quien tiene una urgencia al otro lado de la puerta. Sale del bar y comprueba que la verbena está a reventar de gente, no hay una silla libre. Evita la mirada de su madre para no ponerse nervioso, ha decidido que ha llegado el momento de lanzarse.

Cruza la calleja respirando hondo, tratando de hacer oídos sordos a todos los miedos y complejos que tiran de él hacia atrás, hacia el fracaso. El camino se le hace tan largo y cuesta arriba como llevar un anillo a Mordor. Observa al grupo de veinte niños y niñas que ocupan la plaza, unos conversan, otros ríen, el resto está tratando de buscar un final feliz a la noche. Él persigue con la mirada el vestido coral, pero no lo localiza. Llega al lugar y se sienta en el mismo rincón de antes, ahora más frío y oscuro que nunca al no saber dónde está Leyre, tampoco tiene el valor de preguntar por ella. A él nadie le ha mirado ni preguntado a dónde ha ido, quizá ni se dieran cuenta de su ausencia... Sigue siendo invisible.

Los minutos pasan como siglos, Leyre no aparece. El aire no es frío pero sí denso como gelatina, le cuesta respirar en medio de tanta frivolidad y tanto aparentar que todos son ya mayores.

Se levanta y camina deprisa, pero no vuelve a la verbena, la deja a su espalda y enfila la calle de Arriba, quiere salir de la aldea. No desea estar más tiempo rodeado de anormales que fingen no verlo. Quiere saber dónde está la chica, pero no se ha atrevido a preguntarlo por no mostrar su interés. Ahora se arrepiente.

«Idiota, idiota y super idiota. Ellos la han visto salir de la plaza, ¿Por qué no les has preguntado? No vas a llegar a ningún lugar con esa actitud. Ahora te vas a perder en la oscuridad del camino de la estación sin saber dónde está ella, solo caminando como un imbécil».

Sus pies parecen tener voluntad propia, lo alejan deprisa de la aldea para sumergirle en una penumbra que conduce al lugar que todos conocen de sobra. La zona de la estación es la que usan los mayores por la noche cuando quieren darse el lote en serio. ¿Qué demonios hace allí? Ni él mismo sabe la respuesta.

Cualquier sitio es bienvenido en este momento.

¿Dónde estará Leyre? En la verbena. Sí, quizá fue a tomar un refresco y se cruzó con él sin darse cuenta, tal vez estaba con su padres cuando él salió del baño. ¿Y si fue a buscarlo cuando notó su ausencia? Quizás haya vuelto a la plaza y le esté esperando. ¿Qué hace entonces tan lejos de ella? Menudo error. Se da la vuelta y emprende el regreso a la aldea.

—¿Pero qué coño? —La voz surge de entre las sombras.

Dani tropieza y cae al suelo. Siente la arena seca entre los dientes; a la mierda su polo impecablemente planchado.

—Lo siento, no sabía... —balbucea.

—¿Dani? ¿Qué haces aquí?

La voz es muy familiar, dolorosamente familiar, cruelmente familiar, mortalmente familiar. Una pareja surge de entre la oscuridad y se muestra gracias a la luz tenue de la bombilla que un chalet lejano ha dejado encendida sobre la puerta de la entrada. Nacho sonrío mientras Leyre se muestra confusa. El vestido que le ha regalado, el que había ido a comprar a Sevilla con su madre, el que había entregado envuelto en un aura de ilusión, esperanza y amor... está arrugado en su cintura, mostrando por encima del escote el sujetador a medio quitar. Nacho aún trata de meter una mano entre sus piernas mientras ella sonrío sin negarse del todo. El brillo de labios rosado que ansiaba saborear ya no está, en su lugar quedan rojeces e hinchazón. Y entonces lo nota, al observar a Leyre ya no percibe su inocencia.

Comprende que él mismo ha cambiado también, nota el regreso de sus sentidos y el estómago deja de vibrar, hay algo diferente en su interior...

¿Hacia dónde se dirigen los sueños cuando uno despierta?

¿Cómo pueden convivir la felicidad y el dolor dentro del corazón?

Bueno..., ¿qué se podría esperar de un estúpido órgano que se limita a bombear sangre?

¿Qué sería de su vida ahora?

¿Podría regresar a la aldea el año siguiente? Por supuesto que no, ni por todo el oro del mundo. Se moriría antes de volver a mirar a la cara a aquel atajo de hijos de puta. Se moriría antes de volver a dirigir la palabra a aquella niñata.

No dice una palabra, se levanta y corre como si la vida le fuera en ello. Corre sin saber adónde ir. Leyre y Nacho ríen cuando él tropieza con una piedra y vuelve a caer torpemente al suelo. Solo es un gordo lleno de granos y estúpido. Un idiota del que nadie se enamoraría, un bufón que solo sirve para ignorarlo o reírse de él.

Permanece en el suelo, no siente las fuerzas necesarias para levantarse ni para seguir corriendo. ¿Qué más da todo? Oye las risas en la distancia. Oye a

Leyre riéndose de él.

El vestido color coral se vuelve oscuro y pegajoso, está sucio... como ella.

«Las princesas no existen, son todas unas putas».

Libros publicados por el autor hasta la fecha.

TRILOGÍA DE ALFIL: (Novela negra)

Tres novelas autoconclusivas que podrás leer en el orden que desees. Su nexo de unión es el protagonista, en este caso el asesino, viviendo los tres episodios más importantes de su vida. Cada novela posee una trama y un subgénero diferentes. La primera (Alfil negro) es una novela negra de asesinatos en serie. La segunda (Alfil blanco) es una doble precuela que explica los orígenes del protagonista, a modo de aventuras, intriga y romance. La tercera (Alfil rojo) es una novela de espionaje que retoma la historia unos meses tras el fin de la primera novela.

No se trata de descubrir al asesino. En estas novelas intentarás descubrir los motivos de sus acciones, a la vez que te sumerges en las aventuras, persecuciones y suspense de averiguar si sale victorioso o es atrapado.

SAGA AMURAO: (Novela negra sueca)

Sigue las investigaciones del inspector Marcos Navarro y de su pareja, la reportera Laura Moreno, por la provincia de Huelva. Escenarios únicos y un sinfín de personajes inolvidables te sumergirán en oscuros casos de asesinato, secuestro, torturas..., mientras los protagonistas tratan de seguir adelante con sus vidas.

Sistema de narración sueco, con capítulos largos divididos en escenas, cada una de estas desde el punto de vista de un personaje de la trama. Ritmo que acelera a medida que avanzan los casos y finales frenéticos. Descripciones justas e inmersivas. Ecos en el tiempo que justifican, o tratan de hacerlo, las barbaridades que los criminales afrontan.

Forma parte de las vidas de Marcos y Laura y disfruta de una literatura sin ningún tipo de censura.

BLOODY MARY: 11 Relatos de horror y violencia.

¿Duermes bien por las noches? Eso es porque no hay fantasmas en tu mente, o que no les has permitido entrar aún.

Imagina la tortura de una hermana que llora por quien no pudo salvar de las tinieblas, pero le queda la venganza. Imagina el deseo de un asesino a sueldo que ansía dejar de matar pero no puede cuando se le plantea el caso más interesante y beneficioso de su vida. Imagina la libido de un violador y asesino que disfruta, en primera persona, de castigar a los niños que captura en su garaje. Y así hasta once relatos escalofriantes.

Un día te levantas y te encuentras en medio de una historia de esas que solo

ocurren en las películas o en los sucesos de los informativos. Uno de esos relatos enfermizos del maestro Stephen King. Todo puede suceder, todos somos vulnerables de protagonizar el suceso más espeluznante de la década, solo nos falta ese último empujón... En este libro tendréis once relatos medios de unas 9000 palabras cada uno, escritos y recopilados en la primera entrega de relatos sangrientos del autor. Todos con una temática completamente original. Sumérgete en la densa atmósfera y el ritmo acelerado que te provocarán todas estas historias.

EL OTRO LADO DEL RETRATO: Ivette nunca pensó que viajar a París para buscar respuestas acabaría por sumergirla en la mayor aventura de su vida. Inmersa en una búsqueda frenética para superar las pruebas de acceso en una sociedad secreta mientras huye de una banda de criminales, tendrá que elegir entre sus sentimientos o la razón; entre naufragar ante sus deseos o dejar atrás la magia que ha envuelto el último mes de su vida.

El Retrato de Dorian Gray (Oscar Wilde) es el punto de partida de esta ofrenda que el autor hace a la fantástica novela del dramaturgo irlandés. Un homenaje y secuela no oficial que pretende sumergir al lector en una historia llena de aventuras, fantasía, magia, amor, sociedades secretas y un viaje inolvidable por el París de Baudelaire.

Viaja por la capital francesa a través de sus rincones más secretos y acompaña a Ivette por los monumentos y escenarios más emblemáticos de la bella Ciudad de la Luz. Conviértete en testigo de una fascinante historia escrita en París y que formará parte de ti para siempre.

HERENCIA DE CENIZAS: Novela dickensiana, ambientada en Inglaterra durante la época victoriana.

Newhaven (Inglaterra), 1867. La joven Elizabeth Heep parece divagar entre los sueños y recuerdos de una vida plena de agrídulces acontecimientos, cuando, en realidad, esta narrando a alguien muy especial los hechos que la han llevado a sufrir tan dramático destino. Comienza la historia con sus primeros recuerdos en una niñez apacible en Kingston, rodeada de amigas en el colegio y de sus crueles hermanas, para, tras sufrir un inesperado revés familiar, verse obligada a trabajar desde los diez años como ayudante de doncella en una mansión de un pueblo cercano. La vida no fue especialmente grata ni fácil para la joven Lizzie, que tuvo que aprender la parte amarga de las decepciones, las mentiras y el duro trabajo de sol a sol.

Novela actual con temática y estructura victorianas y homenaje especial a la figura de Charles Dickens y su maravillosa obra. Sumérgete magistralmente en

una Inglaterra en plena expansión industrial, con la terrible e injusta lucha social que se vivía por todo el mundo, y acompaña a Lizzie a lo largo de las etapas de su vida.

WANDA Y EL ROBO DEL CRISTAL: Narrativa juvenil (fantasía y aventuras)

Hace milenios que el Cristal de Arkhul se quebró en cinco pedazos. El egoísmo y ambición del rey Sartan por reunir los trozos y recuperar su poder se verán frenados por la valentía de la joven Wanda, una simple terran que se enfrentará a toda la cruel raza Frogg para salvar a su reino.

Wanda arriesgará la vida en una peligrosa travesía por el mar inexplorado. Un viaje fantástico por la Tierra Conocida en busca de aliados para frenar la invasión de los sanguinarios Frogg.

Y desde Renzar, una pequeña y humilde aldea en el sur de la Región de Silian, el joven Pek tendrá que organizar las defensas de todo su reino, mientras espera a la chica que robó su corazón y partió en un viaje desesperado y suicida. ¿Conseguirá Renzar contener la invasión hasta la llegada de la chica?

Sumérgete en la primera aventura de la valiente, traviesa y divertida Wanda. Un mundo de fantasía como nunca has visto, sin orcos, elfos, enanos, tragos, etc. Completamente original y protagonizado, por primera vez, por una fantástica heroína.

ANATOMÍA DE UN SUICIDIO: Relato largo (75 páginas) Auto-ayuda con clave de humor ácido y satírico.

Conoceréis con todo lujo de detalles lo que acontece durante y después de un suicidio. Basado en un hecho real, os mostrará la poca importancia que tiene vuestro mundo y lo que os rodea, en comparación con el maravilloso don de la vida que poseéis. Un relato de autoayuda narrado en tono ácido y satírico sobre la importancia de vivir y de quererse a uno mismo.

No podrás evitar reír con las declaraciones de los testigos de la muerte de la protagonista, como lo son la sangre que sale de sus venas, el piso en el que vive, los gusanos que dan buena cuenta de su cadáver o la hoja de afeitar que sirvió para tal fin. Regálalo a quien te importe o a quien desees demostrar que es valioso para ti.